

# LA VECINA DEL TERCERO DERECHA

Eugenia Dalmau



**La vecina deL tercero derecha**

**EUGENIA DALMAU**

Los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Copyright © 2018 Eugenia Dalmau

Imagen de cubierta:

© Blanca Martínez Delgado

*Alguien te observa.* Acuarela 35\*25 cm. 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a [www.eugeniadalmau.es](http://www.eugeniadalmau.es) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

A los que han permanecido ahí en los momentos  
dificiles.

# Índice

- Prólogo
- Valencia, 1 de noviembre de 2018
- Valencia, diciembre 2017 (once meses antes)

1. Mañana de autos
2. Hablando con el doctor
3. Pésame a la viuda
4. El Segundo izquierda
5. Mañana ajetreada
6. Un secreto
7. El tercero izquierda
8. Revelaciones
9. Disputa
10. Funeral
11. Una visita inesperada
12. En el hospital
13. Una llamada de auxilio
14. Obstáculos

15. Cena en un japonés
16. Algo que se rompe
17. Un encuentro programado
18. Desencuentros
19. Con la policía
20. Confidencias ante una copa de vino
21. Mirando al mar
22. Golpes en la puerta
23. Volviendo a la realidad
24. Sufrimiento
25. Complacencias
26. Siempre puede ser peor
27. Otro registro
28. Segundo funeral
29. En el juzgado
30. Líos
31. En la portería
32. Una petición descabellada
33. Una verdad
34. Regreso al hospital

35. Una llamada de teléfono
36. Certezas
37. Camino de la estación
38. Cambio de planes
39. ¿Único culpable?
40. Satisfacción personal
41. Cenando
42. Una pareja imprevista
43. Aprovechando el tiempo
44. Noche de lluvia
45. Sé que fuiste tú
46. Necesito desahogarme
47. En un segundo

Agradecimientos

Sobre la autora

Otras publicaciones



Prólogo

## *VALENCIA, 1 DE NOVIEMBRE DE 2018*

Sin dejar de frotarse los ojos doña Josefa recorrió unos pasos hasta situarse en el centro de la amplia y majestuosa portería. No tenía la menor intención de abandonar su puesto hasta que los encargados de trasladar el cuerpo de Enrique Giner al Instituto Anatómico Forense lo hubiesen instalado en el furgón. La policía así se lo había pedido y ella iba a cumplir con su obligación; se consideraba la responsable de todo lo que sucediera en el edificio, por algo esa era su portería.

Agarrada con fuerza a la medalla de la Virgen de los Desamparados se quedó absorta mirando la luz que atravesaba la enorme cristalera situada sobre la puerta de acceso al patio, que inundaba la estancia de vivos colores transformando el blanco mármol del suelo en la pantalla de un inquieto caleidoscopio. Reflexionó que aquella alegre luminosidad era lo menos apropiado para un día de difuntos, y más con un vecino todavía de cuerpo presente. Hablaría con el resto del vecindario para ver si estaba de acuerdo en colocar un crespón negro que cubriera aquel inadecuado optimismo.

Y aunque Josefa no perdía detalle del reflejo de los cuatro caballos pintados sobre el vidrio tintineando sobre las paredes, y torcía el gesto porque no terminaba de creerse que aquella muerte hubiese sido un designio divino, era una persona demasiado curiosa como para no estar en todo y que se le pasara por alto el peculiar sonido del ascensor. Alguien lo acababa de llamar.

Por el rabillo de sus inteligentes ojos se fijó en que se paraba en el tercer piso. Por la hora que era le parecía demasiado temprano para que fueran los del tercero izquierda, así que su mente apostó por Violeta, la vecina del tercero derecha.

Permaneció a la expectativa recolocándose la toquilla de ganchillo

hasta que unas manos empujaron la pesada cancela de hierro del ascensor y se sintió satisfecha al comprobar que su intuición seguía funcionando con precisión y había dado en el clavo.

Sin darse cuenta puso cara de aprobación y enfocó la vista en la mujer vestida con pantalones vaqueros y botas de tacón, envuelta en un poncho de tonalidades azules y naranjas, que se aproximaba con su hija Sofía cogida de la mano.

—Buenos días, Josefa —la saludó Violeta de buen humor. Estaba tan acostumbrada a disimular su nerviosismo que nadie se podría ni imaginar la existencia del nudo que le comprimía la boca del estómago, solo por el hecho de estar en la portería con la posibilidad que eso acarrearía de cruzarse con su ex suegra— ¿Qué hace aquí y así vestida? Mejor dicho, desvestida, va usted en camisón —le comentó divertida mientras la niña observaba la reacción de la portera con ojillos curiosos—. ¿Se ha olvidado de que hoy es fiesta o la han sacado de su casa los golpes y gritos desesperados que se han escuchado hace un rato? ¡Menudo jaleo!

—No, señora Violeta, ni lo uno ni lo otro —Con un solo gesto la portera era capaz de transmitir angustia y misterio. Para crear expectación dejó pasar un par de segundos y bajando el tono de voz cuchicheó—: A primera hora de la mañana la señora Jacinta ha *encontrao* muerto a su marido, me ha *avisao* y hemos *llamao* al 112. Se nos ha *presentao* la policía y «en después» han venido el juez y el médico... Como no se sabe lo que ha *pasao*, se lo van a llevar *pa* que le hagan la «autopsia». Ya ve, uno se acuesta tan tranquilo por la noche y no sale *pa ná*, porque el señor Enrique anoche no salió, eso lo sé muy bien, y ya no se levanta.

—¿¿Qué?! ¿¿Que Enrique Giner está muerto?! ¿Mi vecino de abajo? ¡No es posible! ¡No me lo puedo creer! —Violeta se estremeció y apretó a la niña contra sus piernas, pero la pequeña ni se inmutó y siguió la conversación con interés— ¡Si lo vi ayer por la tarde y estaba como una rosa!

—Como se lo cuento, pero los chillidos no eran de la viuda, no, eran de la señora Ana que se ha puesto «histerica» cuando se ha *enterao* y se ha subido como una loca a buscar al doctor Vázquez... A ese buen hombre lo lleva por el camino del calvario —Josefa frunció el ceño y arrugó la boca.

—¡Dios mío, qué barbaridad! Es que no me lo puedo creer... — Violeta se llevó la mano a la frente al notar que se le emborronaba la mente y el cuerpo se le aflojaba.

—Ni yo tampoco —replicó la portera—. Llevo toda la mañana aquí, pensando, y «me creo» que para ese hombre ha sido una pena morir. ¡Con lo bien que vivía! —añadió al tiempo que se santiguaba— ¿No le parece a usted raro que en pocos meses llevemos dos muertos en una finca donde solo hay siete puertas? Ya sé que la señora Vázquez era mayor y que murió de una neumonía, pero no paro de darle vueltas a que, «en precisamente», también en pocos meses, han venido dos vecinos nuevos... Y el señor Víctor, el hombre del primero izquierda, es muy misterioso —y prosiguió en un murmullo—. Y el señor Carlos, el marido de la señora Ana, también es muy raro. Igual es el mal de ojo...

Violeta no la dejó continuar.

—Josefa, por favor, no diga esas cosas y menos delante de Sofía, que luego no para de hacer preguntas y no hay forma de que se meta en la cama — Violeta resopló.

—Pues mejor márchese ya, porque bajarán al muerto de un momento a otro y además acaba de salir doña Mari Sales con los perros y no tardará en volver, mejor si no se la encuentra —y sentenció—: Pero yo le digo que aquí ha pasado algo muy «sintagmático». La señora Jacinta está *demasio* entera... —Josefa entrecerró sus avispados ojos y los posó en los de la atónita Violeta.

Se sintió tan agobiada de pensar que podía toparse con la demente de su ex suegra que, murmurando unas palabras de agradecimiento por la información, agarró con violencia a la niña y se alejó con paso presuroso agachando la mirada. Ya pasaría a ver a su vecina más tarde, se dijo.

Estaba tan deseosa de salir que, sin mirar, abrió la puerta y se abalanzó a pisar la calle, tropezando con el hombre moreno, enfundado en una cazadora de cuero, que entraba en ese preciso instante. Violeta se vio obligada a desprenderse de la niña y, para evitar el choque, él la sorprendió sujetándola por los hombros. Sus rostros llegaron a rozarse y durante un segundo de vacilación se miraron y se sonrieron. Violeta se sonrojó y con un: «Perdona»,

continuó su camino, pero durante un buen rato su mente y sus fosas nasales siguieron percibiendo el aroma del *after shave* que usaba su atractivo vecino del primero izquierda.

Valencia, diciembre de 2017

*(once meses antes)*

Ana Gallego se subió el cuello del abrigo, agachó la cabeza en un intento de protegerse del viento y apretó el paso. No debía quedarse rezagada, pero tampoco podía acercarse demasiado a Carlos; no debía descubrir que lo estaba siguiendo. Abandonó la iluminada calle Ruzafa y se adentró por la gran vía Marqués del Turia, donde el tráfico también era denso pero el bullicio de gente era menos intenso y los adornos navideños menos llamativos.

Dudó unos instantes por si cruzaba y continuaba por el jardín que dividía la avenida, así podría pasar más desapercibida, las sombras y los árboles la resguardarían, pero temió perderlo de vista y siguió pegada a las fachadas por la acera de adoquines cobrizos.

Les separaban veinte metros de distancia y él frenó en seco, justo a la altura de la calle Conquistador, frente al señorial y modernista edificio de cuatro alturas presidido por aquellos imponentes caballos dibujados en el cristal, con amplios balcones y miradores que ocupaba el chaflán.

Conocía aquel lugar como la palma de su mano; una vez por semana durante el último año y medio acudía sin falta a su cita. ¿A qué iba su marido a la consulta de su psiquiatra un viernes a las ocho de la tarde?

Un escalofrío le recorrió la espalda y las manos comenzaron a sudarle. Le pareció que Carlos se giraba en su dirección y, como una intrusa a punto de ser pillada *in fraganti*, trató absurdamente de esconderse en el hoyo del árbol que tenía más cerca. Pensó en correr y llegar hasta la palmera de la esquina, su grueso tronco la ocultaría de la mirada de su marido, pero si lo hacía llamaría la atención, así que se quedó quieta y esperó que el estruendo del tráfico y los peatones la ayudaran a pasar inadvertida.

Una mujer con unas enormes gafas de sol que paseaba a dos perros

salchicha, que olisqueando pretendían acercarse al mismo árbol, la miró con desprecio y se camufló como una espía en la oscuridad de un portal cercano. Pero Ana no se inmutó y poniéndose de espaldas a Carlos se apoyó en el raquítico tronco y cerró los ojos, como si con eso fuera a conseguir que él hiciera lo mismo. Sentía los latidos en las sienes y empezó a pensar en una excusa creíble que inventarse, caso de que en menos de un minuto apareciera pidiéndole explicaciones.

—Ana, ¿qué estás haciendo ahí metida? —escuchó preguntar a una gruesa y ronca voz masculina— ¿Te encuentras bien?

—Yo..., verás, estaba pensando... —balbuceó, pero enseguida reaccionó y se obligó a abrir los párpados muy despacio. Aunque la voz le resultaba muy familiar, no era la de Carlos — ¡Ignacio! —exclamó desconcertada.

—Ana, ¿estás siguiendo las pautas de la medicación que te prescribí?

Normalmente la presencia de su psiquiatra le servía de sedante, pero en esos momentos se sintió intimidada por la voz profunda y la mirada penetrante de Ignacio quien, a pesar de que estaba a punto de convertirse en septuagenario, seguía conservando ese aire de caballero interesante y decidido.

—Sí, sí, Ignacio —Ana estaba nerviosa y a él no le iba a pasar desapercibido. Necesitaba encontrar una buena justificación que resultara convincente para que no creyera que estaba colocada ni que seguía con sus paranoias; no quería que le diese la razón a Carlos y concluyera que no estaba en su sano juicio. Tuvo una inspiración—. Estoy aquí... —dudó—, porque acabo de ver un piso que se vende en tu finca y he sentido la necesidad de pararme unos segundos a reflexionar. Me ha parecido precioso —mintió.

—Mudarte sería una excelente idea, Ana. Vivir en un chalet, apartada del mundanal ruido, no es bueno en tus circunstancias. Hace tiempo que te lo llevo diciendo —Y se subió las solapas de su elegante abrigo azul marino.

—Por eso me he decidido a buscar nuevo domicilio —No lo miró a los ojos, dirigió su vista hacia la blanca y poblada cabellera que aquel hombre peinaba con esmero con una marcada raya en el lado izquierdo— y... vivir

por el centro siempre me ha hecho ilusión... Lo de la urbanización era para cuando llegaran los niños..., pero como todavía no han llegado...

Se estaba quedando sin argumentos, pero la divina providencia quiso que se vieran interrumpidos por la llegada de una mujer de cabello castaño claro y ojos verdes que la miraban con curiosidad. La dulzura de sus rasgos y su deportiva elegancia no le resultaron desconocidos y, a pesar de que llevaba el pelo revuelto y su cara reflejaba cansancio, la idea de que era el tipo de mujer que fascinaba a los hombres se incrustó en el cerebro de Ana; aquellas greñas le daban un aire sensual que todavía la hacían más seductora.

—Ignacio, ¿estáis bien? Os he visto aquí, en el árbol, y he pensado que quizás esta chica se hubiese mareado.

—No, Violeta, tranquila —le respondió el doctor con determinación—, a lo mejor es simplemente que vamos a tener una nueva vecina. ¿Os conocéis? Es posible que hayáis coincidido alguna vez en la escalera —e hizo las presentaciones—: Ana Gallego, la doctora Violeta Medina.

—Sí —aseguró Violeta—, me suena mucho tu cara, eres la mujer de Carlos Gómez, ¿verdad? Tu marido y yo trabajamos en el mismo hospital, aunque tampoco coincidimos mucho. Él, como anestesista, está en cirugía, y yo soy pediatra —y prosiguió para tranquilizar a Ana—. No hará mucho me comentó que eras paciente del doctor Vázquez y, como creo que sí que hemos coincidido en alguna ocasión, te he reconocido inmediatamente —Violeta emitió una breve risa para distender el ambiente.

Durante unos instantes los ojos de Ana se ensombrecieron y se quedaron fijos en la figura de Violeta. La hostilidad que sintió hacia aquella mujer fue tan palpable que se podría haber cortado con una fina navaja. Violeta e Ignacio se quedaron perplejos y se miraron entre sí; no entendían qué podía estar pasando por la cabeza de aquella mujer para que su actitud se hubiese transformado en pura aversión. Ignacio alzó los hombros y dirigiéndose a Ana le volvió a preguntar si todo estaba en orden. Ella pareció recomponerse y, como alguien que lleva la lección aprendida, le aseguró que se encontraba mejor que nunca. Se volvió hacia Violeta y de manera áspera le respondió que efectivamente era la esposa de Carlos Gómez y que estaba encantada de conocerla, aunque, lamentándolo mucho, llevaba mucha prisa y llegaba a otra

cita con el tiempo justo.

Sin salir de su estupefacción y sin ganas de pronunciar palabra los labios de Violeta dibujaron una forzada sonrisa. Ignacio mantuvo la compostura y la despidió con palabras de ánimo en cuanto a sus posibilidades de ser madre: «Ana, tienes treinta y seis años y mucho tiempo por delante. Relájate y hasta la semana que viene». Y, como si la empujara un resorte, Ana echó a correr por entre los coches que circulaban lentamente por la congestionada gran vía del Marqués del Turia. Algunos le pitaron, pero ella no se alteró, sus neuronas se habían puesto a trabajar de forma rápida: «Tal vez esta atractiva joven de pelo ondulado sea el motivo de las visitas de mi marido a esta casa. No, no tal vez... Seguro que esta devorahombres es la amante de mi marido».

Violeta, resoplando, se quedó observando al hombre que permanecía a su lado y se puso a hablarle mientras a paso lento se dirigían a su edificio.

—Ahora entiendo por qué va a tu consulta. Esta tía está muy mal, pero no quiero que me cuentes nada —comentó mientras se quedaba quieta y se cubría la cara en un intento de frenar la ráfaga de viento que los azotaba—, que ya tengo bastantes problemas como para cargar con los de los demás.

—Ana es buena chica, pero está paranoica perdida y está convencida de que su marido se quiere deshacer de ella —dijo el psiquiatra mientras buscaba la llave para abrir el portal—. La tengo que atiborrar a pastillas para que se tranquilice y pueda dormir por las noches; y eso que no soy partidario de que los pacientes se enganchen a las píldoras —Ignacio hizo una pausa mientras intentaba acertar la llave en la cerradura—. Necesita un cambio de vida y mudarse le vendrá de cine. Y en cuanto a Carlos, lo único que te puedo decir es que nosotros le estamos muy agradecidos, a él y al cirujano que realizó la intervención, el doctor Trullenque; desde el momento que salió del quirófano, y de eso hace ya seis meses, Mercedes ni se acuerda de la obstrucción intestinal, y no quiere más que salir a cenar por ahí —Ignacio soltó una carcajada.

—Va, abre ya, que seguro que tengo a Mari Sales pisándome los talones —Violeta estaba nerviosa y se puso a mirar en todas direcciones—. Además, Sofía está con la chica y se tiene que ir a las ocho y media. Uy, date prisa que por ahí vienen la estirada de Cintia y el atontado de su marido, y no me



apetece un pimiento hacer el paripé mientras esperamos el ascensor —miró por el rabillo del ojo y exclamó—: ¡Uff, horror! Y para cruzar está tu «familia perfecta». Corre y abre ya de una vez, que si nos alcanzan nos tendremos que oír algunas de sus estupideces.

—Si no me piden nada, ya me doy por satisfecho. Oye, ¿y a ti qué te pasa que pareces más antisocial de lo normal? —quiso saber Ignacio mientras giraba la llave y empujaba el portón de madera.

Con rápidas zancadas Violeta llegó al ascensor y se puso a apretar el botón de llamada con insistencia.

—Que yo también estoy paranoica. Como no me deja en paz, veo a la loca de Mari Sales en todas partes y he adquirido la costumbre de volver la cabeza constantemente para ver si me está siguiendo. ¡Y no tengo ganas ni de topármela a ella ni de aguantar las miradas de superioridad de Cintia ni de escuchar la maravillosa vida de Sonia! —hizo una pausa y añadió con pesar —: Y mucho menos contar lo mierda que es la mía.

—Que tu ex suegra te persigue no es una paranoia, es una realidad —El doctor le apretó suavemente el brazo mientras ella recostaba la nuca sobre el cristal del ascensor y se mordisqueaba el labio—. Te voy a dar un consejo, por mucho que me pese, tú también deberías ir pensando en mudarte, lo que estás viviendo es una auténtica pesadilla.

—Oye, ¿y desde cuándo hay aquí un piso a la venta? —preguntó Violeta extrañada al recordar el comentario sobre el traslado de Ana Gallego.

—Parece ser que desde hoy mismo.

El doctor Vázquez, de forma mecánica, se rascó el mentón y recapacitó que, si pudiera, él también tomaría las de Villadiego. Mari Sales Martínez era un ser que no tenía límite; para ella el fin justificaba los medios y, si en esos medios entraba llevarse a alguien por delante, se lo llevaría; pero esa apreciación decidió guardárselas para sí.

Violeta suspiró y asintió con la cabeza. Se bajó en el tercer piso, Ignacio subió al cuarto.





Valencia, 1 de noviembre de 2018

## 1. Mañana de autos

Cintia Bonillo entreabrió los ojos y medio dormida observó cómo parpadeaban los dos puntos rojos de su reloj de mesa que separaban las horas de los minutos. Eran las seis y media de la mañana; demasiado temprano para levantarse. Pero la inquietud que la corroía por dentro y que no acertaba a definir de dónde procedía le aventuraba que ya no volvería a conciliar el sueño; quizás esa desazón estuviera relacionada con la conversación que mantuvo con su marido la noche anterior. Enrique no se había tomado bien lo del divorcio y tal vez ella se hubiese precipitado al comunicárselo.

Por una parte la ruptura le vendría bien para quitarse a semejante parásito de encima, pero al mismo tiempo volvería a estar sola y ese estado de soledad social, la soledad individual la sintió desde el día en que se casó, no lo iba a llevar nada bien.

Lo sabía porque no era la primera vez que se divorciaba, aunque la vez anterior fue diferente. La vez anterior fue cuestión de tomarle la delantera a aquel marido tan poco complaciente y que tan poca atención le prestaba, y a quien en el fondo se sentía incapaz de dominar. Lo culpaba de empujarla a caer en brazos de desconocidos para sentirse deseada y, a pesar de que siempre juró que no se debía a terceras personas, se decidió a dar el paso cuando conoció al que creyó su gran amor. Resultó no ser más que un espejismo que ella se empeñó en convertir en realidad, pero tras los continuos rechazos se sintió despechada y, al encontrarse sola, se aferró a Enrique como a un salvavidas, sin pensar en las consecuencias de su decisión.

Aquella boda fue un pacto tácito: él se comportaría como el marido y padrastro perfecto y, a cambio, ella se encargaría del sostenimiento familiar, con todo lo que ello implicaba. Aparentemente Cintia lo llevaba con la

máxima dignidad y hablaba a todos de su marido con orgullo y admiración, pero la realidad era que, aunque Enrique cumplía con su papel a la perfección, su desprecio iba en aumento. Convivir a diario con alguien a quien no admiraba ni amaba era una ardua tarea.

Pero algo le decía que otro divorcio no sería lo más conveniente para ella. La superioridad que le confería pertenecer a una familia tan acaudalada y conocida como la suya tenía su parte negativa: aparentar ante todos que su vida era un cúmulo de excelencias. Así, al menos, era como ella sentía que debía ser.

Se giró hacia la izquierda y se quedó observando a su marido. Allí estaba, tendido de espaldas a ella, sin moverse. Cintia pestañeó un par de veces, estiró la mano y la colocó sobre el brazo de él. A través de la fina tela del pijama pudo notar el frío que desprendía su cuerpo y la rigidez de sus miembros. Se incorporó y, con un rápido movimiento, colocó la figura de Enrique de cara al techo. Alzó el mentón y se quedó observándolo en silencio. No sintió la necesidad de abalanzarse sobre él, tomarle el pulso, ver si respiraba y comprobar si todavía quedaba un resquicio de vida en aquel ser. Sabía que estaba muerto.

Se levantó de la cama y se acercó a la silla donde se encontraba su bata de seda. Con una frialdad pasmosa se la enfundó y bajó en busca de la señora Josefa; ella sabría cómo actuar en semejantes trances.



Ana Gallego se levantó con mal cuerpo y una sensación de malestar la embargó por dentro. Debería hacerle una visita a sus padres en el cementerio, pero llegó a la conclusión de que sería mejor dejarlo para otro día; estaría abarrotado y qué más daba una mañana que otra.

Echó de menos sus benditas píldoras y recordó que el doctor Vázquez le había reducido la dosis. Todavía era pronto para echar mano de ellas, aunque

nadie se enteraría si cogía alguna cajetilla del armario de la cocina. Pero lo reflexionó mejor y optó por algo mucho más natural: un café con leche cargado y un buen porro para empezar el día. Aún era temprano y Carlos seguía durmiendo; a saber a qué hora habría llegado y a qué hora se levantaría, si lo hacía a las dos, ya se podía dar por satisfecha.

Le había asegurado que tenía guardia, pero Ana imaginó que sería otra de sus mentiras, probablemente habría ido a hacerle una visita a la vecina del tercero derecha, pero a esas alturas de la historia las actuaciones de su marido le importaban bastante poco. La idea del divorcio iba cobrando más fuerza en su maltrecho cerebro. Solo le faltaban el empujón y la seguridad, que estaba a punto de conseguir, que el psiquiatra Ignacio Vázquez le estaba insuflando. Si lo que Carlos quería era su dinero, ni matándola lo iba a obtener, ya la había hecho sufrir durante muchos años. Ana era consciente de su carácter débil y de sus adicciones, pero de ahí a pensar que estaba loca había un abismo.

Le pareció escuchar voces que procedían del rellano de su piso y acabó por estar segura, los decibelios iban en aumento. Dio un par de fuertes caladas al canuto y cuando notó que el humo había llegado sin problema a los pulmones, lo aplastó contra el cuenco de papel de plata que había improvisado de cenicero —su marido tenía terminantemente prohibido fumar en casa y, si la pillaba, con el mal carácter que se gastaba, la iba a machacar—, lo tiró a la basura, escondiéndolo debajo de unas pieles de naranja, dejó la ventana de la cocina abierta y se dirigió presurosa a la puerta de entrada. Apartó la hoja de la mirilla, comprimió el ojo contra ella y apretó las manos sobre la madera, como si aquella posición le permitiera ampliar su campo de visión.

El descansillo estaba a rebosar de gente. Por el uniforme distinguió a dos policías; los otros dos le eran totalmente desconocidos, pero entre los cuatro sujetaban a una desolada Cintia quien, con un camisón de raso azul cielo y el batín a juego, y entre chillidos desgarradores, se desplomaba por momentos. A través del minúsculo cristal que distorsionaba las imágenes, lo fea que le resultaba su vecina se le hizo más patente: sin maquillar, las bolsas de los párpados eran tan evidentes que los ojos le recordaron a dos mosquitos portando una saca de huevas. Por suerte para Cintia, y a pesar de tener tres hijos, conservaba una bonita silueta. Aunque se fijó mejor y llegó a la conclusión de que su vecina había engordado.

Tal vez debería haber abierto la puerta y comprobar lo que estaba ocurriendo, pero entre que Ana notaba la aversión que su engreída vecina sentía hacia ella, y que se acababa de fumar un porro y no quería arriesgarse a ser interrogada por los agentes de la ley, se fue precipitadamente al salón y le pegó un trago a la botella de ginebra. Aquello le templó los nervios y le dio el valor que necesitaba. Volvió a la puerta a observar y ya solo quedaban Cintia, abrazada a su hija de catorce años, y los otros dos niños más pequeños llorando sin consuelo

Le dio otro sorbo a la botella, se lavó los dientes y se metió en la lengua una pastilla Juanola. Después se puso una chaqueta de punto a modo de batín y cuando se aseguró de que ya no quedaba nadie en el rellano, salió y llamó al ascensor. Josefa le daría toda la información de lo acontecido. Abrió primero la cancela de hierro y después separó las dos hojas de madera. Lo habían restaurado manteniendo la centenaria estructura y los cristales que rodeaban la cabina apenas se notaban. La caoba antigua y la botonera dorada acababan de conferirle ese toque añejo e imperial que impactaba a las visitas.

Salió precipitadamente del ascensor y saltó de un brinco los dos alargados peldaños de mármol blanco, que le dieron el impulso necesario para plantarse en el centro de la amplia portería. No le hizo falta acercarse a la vivienda del conserje, la señora Josefa, a pesar de ser festivo, estaba allí, omnipresente.

Aquella mujer entrada en carnes lucía un camisón de felpa rosa hasta los tobillos, raído por las lavadas. Con la mano derecha se sujetaba las puntas de su toquilla y la izquierda la dejaba reposar sobre el bulto del estómago. Tenía el rostro desencajado y no dejaba de suspirar permitiendo que sus gafas de montura dorada resbalaran por su achatada nariz. Pero el pelo cardado color cobrizo permanecía indemne y ni una sola hebra se encontraba fuera de lugar, debido a la ingente cantidad de laca que utilizaba. Tampoco se había olvidado de engalanarse con anillos y pulseras de oro, y estaba tan acostumbrada a llevar pesados pendientes que había conseguido que sus grandes orejas todavía lo pareciesen más al permitir que los agujeros de sus lóbulos se hubiesen convertido en oscuras estacas. En un momento de lucidez Ana supuso que Josefa dormiría con todo su ajuar encima.

—¡Ay, qué desgracia tan grande señora Ana! —exclamó la portera lamentándose con la cara descompuesta nada más verla.

—¿Qué ha ocurrido, Josefa? Me ha parecido escuchar un revuelo en el rellano de mi piso —le preguntó con apremio.

Al llegar a su olfato el aroma de la ginebra Josefa apretó los labios con repugnancia en señal de reproche. Se quedó mirando a aquella mujer de tez morena y ojos oscuros que, siendo guapa, al ser menuda y con una pobre y corta melena, le parecía poca cosa. Una sola Juanola no había sido suficiente para tapar el olor del alcohol. Ana se dio cuenta y se ruborizó.

—Han *encontrao* muerto a su vecino, el señor Enrique —le apretó un poco el brazo y le susurró al oído la confidencia—: A saber lo que ha *pasao* ahí —y la observó con suspicacia.

—¿Mi vecino, Enrique Giner? ¿Muerto? —Un temblor comenzó a recorrerle las piernas y se convenció de que necesitaba otro trago.

—Sí —y volvió a pegarse a su oreja—. Se lo tienen que llevar para hacerle la «autosia» —Su voz era un murmullo, pero sus astutos ojos no dejaban de escrutar las reacciones de la vecina.

—¿Autopsia? ¿Por qué? ¿Lo han asesinado? —quiso saber intentando aparentar tranquilidad.

—Señora Ana, aquí nadie ha *hablao* de asesinato —Josefa le apretó de nuevo el brazo—. Los policías me han dicho que siempre se hace «asín» cuando alguien que no estaba enfermo muere en su casa de repente. ¡Menudo «choc» para la señora Jacinta! Se queda con tres hijos. La mayor ya anda sola y como es de otro padre..., pero los dos chicos todavía están por criar. ¡Vaya «catrástrofe»!

—¿Jacinta? Querrá usted decir Cintia —la corrigió perpleja.

—Mire usted —le dijo levantando el mentón—. Yo llevo aquí muchos años y su madre, cuando necesitaba entrar por algo y su hija no estaba, me pedía la llave de su Jacinta. Si ahora ella quiere decir que se llama «Sintia», que se llame como le dé la gana. Para mí es Jacinta —sentenció y chasqueó la lengua—. Aunque es «de veras» que su madre hace mucho que ya no viene por aquí, usted no lo sabe porque lleva poco tiempo, pero «asín» es —Josefa



arrugó la nariz porque aquel detalle se le había pasado por alto y le pareció muy extraño.

—¡Oh, vaya! En cualquier caso, esto es una tragedia —comentó Ana con desasosiego—. Le habrá dado un infarto al pobre infeliz —Y soltó un hipido.

—¿Quiere que subamos y le hacemos un poco de compañía a la viuda? — Pero lo pensó mejor y concluyó—: Aunque yo tengo que esperar para acompañar a los de la «autosia»

—Entonces, mejor vamos más tarde —Ana estaba tiritando como una gelatina y lo último que le apetecía era estar con un muerto—. Ahora necesito subir al cuarto piso y hablar con el doctor Vázquez.

Se dirigió de vuelta al ascensor y, dejando a su derecha la escalera con sus enormes bolas doradas, pulsó el botón de llamada y subió directa al segundo piso. Entró en su casa, cogió la botella de ginebra y dio un trago rápido. Se sintió reconfortada y regresó al ascensor para pulsar el botón número cuatro. A pesar de su estado de ansiedad, se fijó en dejar bien cerradas las puertas y llamó al timbre de Ignacio. Nada. Respiró hondo y repitió la operación. No hubo respuesta. Así que volvió a insistir con más ímpetu dejando el dedo pegado al timbre. Como tampoco le abría, se decantó por aporrear la puerta y gritar su nombre como si estuviera poseída por un ente diabólico. Al no escuchar ningún sonido su desesperación fue creciendo hasta que se puso a llorar mientras, apoyando la cabeza contra la madera, seguía dando golpes cada vez más suaves y dejaba resbalar su cuerpo hasta quedar acurrucada en el umbral, imaginando que, a esas alturas, todos los vecinos, menos su marido, ya se habrían enterado de que estaba intentando entrar en casa del psiquiatra. Su nublada inteligencia le dejó una grieta para pensar que, si la vieran allí, con un pijama masculino a rayas grises y una chaqueta extra grande de punto, apestando a marihuana y alcohol, se ratificarían en lo que ya opinaban: que era una desequilibrada.

El único consuelo que le quedaba era que el ático tenía terraza y, por tanto, la única planta donde solo residía un vecino: Ignacio Vázquez. Si aparecía alguien más, antes escucharía sus pisadas al subir por la escalera, pues el ascensor seguía en su misma posición; aunque en ese momento tampoco le preocupaba demasiado. Apoyó las manos en el frío mármol y se levantó, no

sin cierta dificultad. Decidió que debía volver a hablar con la portera.

Josefa seguía allí, haciendo guardia, solo que ahora aferraba su mano a la medalla de la Virgen de los Desamparados. La cara transmitía sensación de angustia y, al mismo tiempo, autoridad. Era la cara de alguien que, a pesar de la adversidad, sabe que es la única persona que puede hacerse cargo de la situación, y lo disfruta.

—¡Josefa, el doctor Vázquez no me abre la puerta! ¡Quizá ha sufrido algún percance! —Ana tenía la cara hinchada y roja.

—Lo que le pasa al doctor es que está durmiendo, como hace mucho personal un día de fiesta —le contestó con resignación—. Que es lo mismo que debería hacer usted, «así» se le pasaría... el disgusto —Josefa hubiera preferido decir cogorza.

—¡No, no! No puede estar durmiendo. ¡No se imagina la de veces que he llamado a su puerta y no me ha abierto! ¡Estoy muy preocupada! —Casi le caían las lágrimas y notaba cómo el alcohol seguía su curso por las venas, pero eso no fue obstáculo para que se fijara en los tres pelillos que brillaban en la barbilla de Josefa y se muriese de ganas por tener unas pinzas en las manos y arrancárselos sin piedad.

—Me lo imagino más de lo que usted se piensa —Hubo cierto retintín en su voz—. No me he movido de aquí..., y desde aquí se oye todo.

El ascensor emitió un chirrido y comenzó a subir, pero no le prestaron atención porque, por las escaleras y, como de la nada, se les apareció la vecina del primero derecha: la septuagenaria Mari Sales Martínez, viuda de Garrido, con unas enormes gafas de sol y enfundada en un inapropiado abrigo de visón para el calor que todavía hacía en Valencia, acompañada por sus dos inseparables perros salchicha. Llegó a su altura caminando con las piernas rectas como palos, sin apenas flexionar las rodillas al dar los pasos, con el tronco inclinado hacia delante, y se introdujo en la conversación.

—¿Qué pasa hoy que hay tanto escándalo? Llevo toda la mañana escuchando gritos y golpes —se quejó moviendo mucho las manos—. Menos mal que mi hijo Juanjo duerme como un muerto, y Pixy y Dixy ya estaban

despiertos y no han dicho ni mu. ¡Son tan buenos!

—¡Uy, señora Mari Sales! —exclamó Josefa— Hablando de muertos, hemos tenido una «disfunción». El señor Enrique, justo arriba de usted. ¡Qué le vamos a hacer!

—Pues no lo veo para tanto alboroto. Si ahora le da por hacer funciones de teatro, él sabrá— Y prosiguió abriendo mucho sus labios siliconados, que siempre juraba que eran naturales—. Y qué quiere, ¿hacer una representación aquí en el patio? Pues no sé si me parece bien.

—No —la corrigió Ana con voz pastosa. Mari Sales la miró con repugnancia, el aliento a licor de Ana la hizo retroceder un paso—, lo que Josefa quiere decir es que se ha producido la defunción del señor Giner —la vecina del primero derecha se quedó con la boca abierta—. En fin, que ha fallecido y estamos esperando que vengan a recoger el cadáver para hacerle la autopsia.

—¡Pero qué horror! El Señor siempre se lleva a quien menos lo merece. ¡A la caradura de mi nuera no se la lleva, no! —Con la mano que no sujetaba la correa de los perros se atusó la media melena rubia que, como siempre, llevaba impecable— Bueno, yo me voy a pasear, no sea cosa que me tenga que cruzar con el muerto y con el mío ya tuve suficiente.

El ascensor se aproximaba y Mari Sales aprovechó para desaparecer de la escena, no fuera a bajar el finado y le tocara a ella lidiar con la situación. Josefa farfulló entre dientes: «Bruja».

El corazón de Ana se puso a latir a mil por hora y tuvo que cruzar los brazos para que no se notara que las manos le temblaban. Le estaban entrando ganas de vomitar. Las puertas del ascensor se abrieron.

—¡Ignacio! —exclamó con alivio.

Quiso acercarse a él y quedarse abrazada a su regazo, pero no pudo. Multitud de puntos blancos y negros le nublaron la visión y ya no pudo continuar en pie. La mitad de su cerebro hacía esfuerzos por mantenerse en contacto con la realidad, pero la otra mitad fue más fuerte y sucumbió a la

tensión que había estado sufriendo desde que amaneció. Perdió el conocimiento y se desvaneció en los brazos de la atenta Josefa.

—Ayúdeme, Josefa, que la voy a subir a mi casa —comentó el doctor.

—Sí, mejor. Dentro de nada va a venir mucha gente y si la dejamos en su casa, con su marido, va a ser peor. Ese no se va a ocupar de esta infeliz.

—Cójala usted por un hombro y yo por el otro hasta llegar al ascensor.

—No se preocupe que subo con usted y bajo enseguida —se ofreció la portera—. Esta chica es debilucha, pero ahora es un peso muerto y es *demasiao pa* uno solo. Y usted hace muy mala cara, doctor.

—Gracias, Josefa.



Mari Sales salió sin rumbo fijo. No tenía ningún lugar especial al que acudir. Ese día todas las tiendas estaban cerradas y ni El Corte Inglés ni Consum abrirían sus puertas. Tampoco sabía cuáles iban a ser los movimientos de Violeta, así que, como llevaba a los perros, se decidió por dejar la calle Conquistador y encaminarse por Cirilo Amorós para dirigir sus pasos hacia el Mercado de Colón, el edificio de ladrillo rojizo decorado con cerámica valenciana que hacía ya unos años había sido rehabilitado como centro comercial y de restauración, y que se había convertido en el foco de reunión de lo más florido de la sociedad valenciana.

No paraba de darle vueltas a la idea de que su vida tendría que haber sido de otra manera. Desde el momento en que salió de la iglesia del brazo de su marido se prometió olvidar todos sus sueños y dedicarse a él en cuerpo y alma, pero a cambio solo recibió desplantes y sinsabores, aunque no olvidaba que Juan José siempre fue generoso y, para tenerla aplacada, le daba todos los

caprichos que ella pedía.

Así fue como Mari Sales se acostumbró a gastar sin medida, abarrotando su armario de ropa cara, su joyero de perlas y su casa de antigüedades. Los bienes materiales fueron llenando los vacíos espirituales; vacíos que incluían infidelidades y ninguneos, que se veía obligada a tapar porque así tenían que hacer las mujeres decentes y porque, aunque su marido jamás lo supo y a ella tendrían que martirizarla para confesarlo, le hizo vivir una gran mentira.

Tampoco los hijos le supusieron una tabla de salvación en la que apoyarse. Juanjo, el mayor, en el que había depositado sus ilusiones y orgullo, resultó ser un vago sin aspiraciones que se había conformado con heredar el estanco de su tía y al que solía acudir cuando no tenía nada mejor que hacer. Lo que le gustaba era entrar y salir de casa a su antojo, y con aquellas amistades que tan mala espina le daban. Era una pena que ya no tuviera relación con el doctor Carlos Gómez, con lo bien que le caía a ella; si al menos se independizase o se casara, que con cuarenta y cuatro años ya era hora, tendría un respiro, pero no le veía ninguna pinta ni de lo uno ni de lo otro. Además, desde que su marido faltó, hacía ahora cuatro años, todavía veía más difícil que se marchara de casa. Aunque suerte había tenido su difunto de no ver lo que aquella mal nacida de Violeta le había hecho a Emilio, su otro hijo, y, por tanto, a toda la familia Garrido. Con lo que ella había querido a Violeta, como a una hija. Pero aquella denuncia lo había estropeado todo y la insensata Violeta lo iba a pagar muy caro. ¿Qué le hubiera costado cerrar la boca, como hacían la mayoría de las mujeres? Su nuera le quitaba el sueño y se había convertido en una obsesión. ¿Y si estaba con otro? Necesitaba saber qué hacía cada minuto y quería estar segura de que su vida se había convertido en un infierno, y si no era así, ella se encargaría de que lo fuera.

Ya había llegado al mercado, pero se lo pensó mejor y estirando de Pixy y Dixy volvió sobre sus pasos. Necesitaba hablar con el doctor Ignacio Vázquez y, aunque él le había remitido a otro colega, ya se las compondría para que cambiara de opinión; no iba a resultarle tan fácil deshacerse de ella. Cuando se le metía algo en la cabeza nada la frenaba, y no paraba hasta conseguirlo.

Pensó en el difunto Enrique Giner y se repitió que Dios se lleva a los que menos lo merecen, Violeta o Ignacio hubieran sido más adecuados.

Entró en la portería y no vio a nadie, pero fue cuestión de un segundo, enseguida apareció doña Josefa con un vestido negro muy acorde para la ocasión.

—¿Ya de vuelta, señora Mari Sales? —Y sin esperar respuesta, continuó—: Ya se han llevado al señor Enrique. Si ha sido un infarto, mañana lo sabremos y podrá descansar en paz.

—Pues me parece muy bien — replicó con cara de disgusto. En realidad, le daba igual y no tenía ganas de cháchara. Quería dejar a los perros en casa y subir al cuarto piso a hablar con el médico — ¿Ha visto salir al doctor Vázquez? ¿Y a mi nuera? —preguntó como si tal cosa mientras se retocaba el pelo.

—El doctor está en su casa, atendiendo a la señora Ana que se nos ha *desmayao* — y añadió—: Ahora estoy esperando a mi Vicente. Como se nos ha hecho tarde, iremos primero a comer y luego al cementerio a visitar a mi marido, que en paz descansa.

—Pues cuando vuelva, dele una fregada al suelo de la portería que le hace falta —dijo con autoridad y con las gafas de sol puestas.

Y sin dar opción a réplica, como el ascensor estaba ocupado y tardaba, la vecina del primero derecha decidió subir por las escaleras. Doña Josefa arrugó la boca y se la quedó observando con malicia hasta que las patitas de los perros se perdieron entre los peldaños. No le había dicho que Violeta y la niña se habían marchado hacía un rato, ni tampoco que ese día era festivo y que no tenía intención de ponerse a trabajar. Además, su portería la fregaba todos los días y la tenía más limpia que una pila bautismal.



Se abrieron las puertas del ascensor y por allí salieron Sonia Domínguez y Alejandro Lerma con sus cuatro hijos. Eran la visión de la familia perfecta. Cada niño se llevaba dos años exactos con el siguiente: dos chicos, el mayor

de catorce años y el otro de doce, con camisas idénticas, pero de diferente color; impecables. Las niñas, una de diez y la pequeña de ocho, vestidas iguales con trajecitos sueltos de color gris con motas beige por encima de la rodilla y manoleínas grises; las rebecas eran beige.

La melena castaña y lisa de Sonia recaía sobre un chaquetón de ante color verde botella que, al llevarlo desabrochado, se veía que era reversible en cuero gris. Llevaba tacones de aguja, pero los vaqueros le daban un aire informal. Para el gusto de Josefa aquella mujer estaba excesivamente delgada y morena de piel, pero Sonia estaba encantada cuando podía decir que hasta finales de noviembre sacaban el barco todos los fines de semana. En cuanto a la delgadez, le costaba grandes sacrificios mantenerse así, pero eso solo se lo confesaba a sus más íntimas.

Alejandro era alto y atlético, con el pelo oscuro salpicado de canas y cierto aire de guasa en el rostro que hacía imposible distinguir si es que estaba de buen humor o simplemente era que se sentía superior al resto de mortales. Por eso no solía granjearse las simpatías de la gente, y eso que él se esforzaba por parecer gracioso, pero no siempre sus comentarios resultaban ser los más acertados y lo único que conseguía era el resultado opuesto al pretendido. En ese momento no se le notaba esa particularidad porque estaba reprendiendo severamente a la menor de sus hijas: «Olivia, deja de jugar con el botón. ¡Ya está bien!», y la empujó para que saliera.

En cuanto vio a Josefa le volvió a aparecer la sonrisa y tanto Sonia como él aprovecharon los saludos a la portera para preguntarle por el escándalo que se había escuchado durante toda la mañana. Doña Josefa les fue dando las explicaciones.

—¿Nos está diciendo en serio que Enrique está muerto? —preguntó una incrédula Sonia mientras cogía la mano de su marido— ¿Está usted segura? — Parpadeó varias veces y con disimulo miró a Alejandro.

Josefa no pudo evitar pensar que si aquella mujer seguía adelgazando acabaría por convertirse en un cadáver andante.

—Y tanto, yo misma lo he visto de buena mañana con estos ojos que se han de comer los gusanos. ¡Con la vida tan tranquila que llevaba y se ha

tenido que morir tan joven! Parece mentira... Hoy estás aquí y mañana allá.

Josefa se agarró a su medalla mientras se fijaba en las miradas que se lanzaba el matrimonio. Alejandro agachó la cabeza con aflicción, aunque Josefa hubiese jurado ver una sonrisilla maliciosa en su boca; aunque tal vez solo se tratase de su habitual gesto burlón.

—Pues tendremos que ir a ver a Cintia. ¡Estará hecha polvo! Todavía no habrá reaccionado —Se soltó de la mano de su marido y se la pasó por el pelo—. Pero tengo el día complicadísimo y mañana he quedado con los Iborra para ir a la parcela de Campo Olivar con los planos... ¡Madre mía!, tendrá que ser a última hora.

Sonia no quería perder la oportunidad de quedar bien con una vecina de tan alta alcurnia y, de paso, poder intimar un poco más con ella. Su máxima aspiración desde que se casó con Alejandro era ampliar su círculo de amistades codeándose con la gente que ella consideraba «de nivel» y Cintia Bonillo, por supuesto, pertenecía a ese grupo de élite. Enrique siempre había sido más cercano y habían tenido más trato con él, pero Cintia era mucho más estirada y siempre había guardado las distancias. Pensó en cómo ingeniárselas para encontrar hueco en la agenda; en todo caso podría ir el sábado. Lo seguro era que al entierro no faltaría.

—No te preocupes que ya voy yo y se lo explico, me sé de memoria ese proyecto —la tranquilizó Alejandro—. He quedado con otro cliente, pero lo puedo posponer.

—Bueno, ya veremos —Sonia parecía contrariada—. Y vámonos ya que es la hora de comer y llegamos tarde. Mis padres son muy puntuales.

Le faltó decir que llegaban tarde y no era cuestión de perder el tiempo hablando con la portera.



## 2. Hablando con el doctor

Pasaban de las ocho de la tarde cuando Violeta pulsó el timbre de la única puerta del cuarto piso. Sentía la necesidad acuciante de charlar un rato con Ignacio y ni siquiera pasó por casa para deshacerse de los tacones. Con el paso de los años, y teniendo a toda su familia en Madrid, había llegado a considerar al matrimonio Vázquez como una especie de padres adoptivos.

En un principio, al casarse y trasladarse a Valencia, la relación con Ignacio y Mercedes se limitó a la de simples vecinos, pero como resultó que Ignacio también trabajaba en el hospital Casa de los Desamparados, comenzaron a ir juntos cuando los horarios coincidían y al poco tiempo ya habían entablado una sincera amistad, hasta el punto de comer o cenar con los Vázquez en infinidad de ocasiones, sobre todo desde su divorcio, dos años atrás.

El duro golpe que supuso para Ignacio la muerte de Mercedes en el mes de junio estrechó todavía más ese vínculo. Violeta trataba de visitarlo con frecuencia y, a pesar de que la excusa era consolar a Ignacio, lo cierto era que se hacían compañía mutuamente.

Esperó un par de minutos hasta que un abatido Ignacio Vázquez, que arrastraba las zapatillas más que andaba, la invitó a pasar y a tomar una copa en la terraza.

Se había hecho instalar una estufa junto a la mesa de jardín y pensaba encenderla, aunque a esas horas la temperatura en Valencia era extraordinariamente alta. Ella accedió animada y se decidió por un gin-tonic. Mientras esperaba en el comedor, que tanto le recordaba al estilo de las casas inglesas en las que pasó varios veranos, a que volviera de la cocina se distrajo contemplando los tres cuadros del maestro Pinazo enmarcados en gruesa y retorcida madera pintada en oro viejo; aunque por los años que aparentaban tal vez el aspecto desgastado fuese auténtico.

Ignacio apareció con una bandeja y ella se apresuró a descorrer la hoja del ventanal. A pesar de que la había visto en infinidad de ocasiones, volvió a sentir el impacto arrollador que le provocaba aquella terraza que Ignacio, asistido por un jardinero, cuidaba con tanto esmero. Parecía sacada de una revista de decoración, con las traviesas de madera, la explosión de color de la vegetación, y las bonitas vistas a la gran vía. El adjetivo era espectacular.

Violeta puso cara de resignación al compararla con su casa. Por supuesto que no aspiraba a una terraza como esa, sencillamente se conformaría con un sitio al que llamar hogar. Al casarse, Emilio le prometió que la tirarían abajo y harían una reforma integral, pero ese día nunca llegó y la vivienda seguía de origen. Como no era suya se veía atada de pies y manos y, a pesar de que le había dado un par de capas de pintura, no fueron suficientes para tapar el olor a rancio que desprendía. Pero prefirió no expresarlo en voz alta para no hacerse repetitiva y pesada, y se limitó a suspirar.

Mientras tomaban posiciones y llenaban las copas Violeta le explicó su gran jugada maestra: ella y la madre de una amiga de Sofía, en circunstancias parecidas y cual divorciados bien avenidos, se turnarían a las niñas los fines de semana. Las niñas contentas porque no estaban solas y ellas también con su tiempo de respiro. Pero enseguida pasaron a otros temas:

—Siento tener que decirte que tu aspecto es lamentable, Ignacio. ¿Te encuentras bien?

—En realidad, no. Llevo un día de perros —contestó Ignacio tras dar un breve sorbo a la copa—. Entre Ana, que ha estado aquí durmiendo la mona hasta la hora de comer y me ha tocado llevarla a su casa y meterla en la cama; y la horrible Mari Sales, que ha estado llamándome toda la tarde y como no se lo he cogido se ha puesto a llamar al timbre como una loca, no he tenido un segundo de descanso —Y se dejó caer sobre el respaldo de la silla—. ¡Ah! También se ha pasado Sonia, para pelotear un poco, supongo; ¡a saber qué me va a pedir! Y encima lo del pobre Enrique. Tanto tú como yo deberíamos mudarnos a otros barrios.

—Y ahora llego yo y te quito el único rato de relax que tienes, lo siento —se disculpó Violeta abriendo un poco los ojos—, porque en realidad no quería nada especial: ver cómo estabas y, de paso, desahogarme un poco —

resopló con fuerza—. En cuanto a lo de la casa, te doy toda la razón, pero tal y como están las cosas la abogada me insiste en que debo quedarme, tanto por motivos económicos como judiciales, que si me quieren desahuciar que lo hagan; ya sabes que el piso está a nombre de mis ex suegra, así que Sofía y yo estamos en lo que se llama precario. Pero, si nos tiran, Emilio me tendría que dar una compensación económica, y ese lo que no quiere es soltar ni un euro. Por eso me presiona tanto la bruja, para que coja a la niña y nos vayamos por nuestro propio pie, así les sale gratis. Aunque probablemente le daré la victoria, no sé si aguantaré mucho más. Si tuviera más dinero, ya habría pasado de la abogada y estaría en otro sitio. Ya sabes el acoso al que me somete y, encima, tener que verla a diario es la peor de las pesadillas. Intuyo que me ha puesto un detective. Como de vez en cuando quedo con algún amigo, Mari Sales se cree que tengo novio porque ahora, cuando me aborda, me llama puta —Estiró las piernas y se dejó resbalar por la silla—. ¿Por qué dejaría yo Madrid para casarme con semejante cabronazo? ¿Por qué, Señor?! —exclamó mirando al cielo. Y soltó una carcajada de desesperación— ¡Vivo en la casa de los horrores! ¡Estoy deseando que me desahucien!

—Sí, te entiendo perfectamente, sé muy bien de lo que me hablas. Yo también sé lo que es sufrir a esa mujer —La voz de Ignacio sonaba más lenta y ronca de lo habitual—. Pero haz caso de tu abogada, ya sabes que pienso que en general hay que hacer caso de los profesionales. Y, por cierto, espero que no olvides que tu presencia en esta casa siempre es bienvenida —Se incorporó para apretarle la mano—. Esos preciosos ojos verdes, que parecen hablar, siempre me aportan luz. No te preocupes que ya llegará el momento en que podrás irte de aquí, reharás tu vida y durante grandes periodos de tiempo ni te acordarás de lo que ha pasado —Se irguió y se frotó la barbilla—. No puedo evitar pensar en lo injusta que es la existencia. Tú y tu hija sufriendo un acoso sin tregua, total porque ese cretino no quiere pagar un poco más de pensión, y el bueno de Enrique Giner, que en paz descanse, viviendo a costa de otro tío. ¡Hay que joderse!

Violeta se quedó un poco extrañada ante el comentario.

—¿Pero el piso no es de Cintia? Ella siempre habla de su casa con el mayor de los orgullos —Violeta sintió calor bajo la estufa y se deshizo del poncho.

—Solo la mitad, la otra mitad es de su ex marido, un tío muy majo. Apenas pudiste conocerlo porque se divorciaron en cuanto se encaprichó de ese primo tuyo. Me lo he encontrado alguna vez que ha venido a recoger a la niña y me ha comentado que Cintia y Enrique tienen tanta cara que hasta tiene que pagar la tasa de la basura para que no le embarguen, y por supuesto la parte de IBI y todos los impuestos que le corresponden. Y mientras tanto, Enrique ha podido vivir tan ricamente y ha tenido el derecho de morirse en su casa — Ignacio miró a Violeta y encogió los hombros—. Y eso es lo que hay.

—¿Me estás diciendo que, por una niña, el pobre ex marido tiene que aguantar que en su casa viva otro hombre con dos niños más? —Violeta se había quedado de piedra— Me sabe mal comentarlo porque acaba de fallecer, pero qué poca dignidad por parte de Enrique ¿Es que no hay un tío decente en este mundo? —Dejó pasar unos segundos para reflexionar— ¿Y Cintia? ¿Cómo se podía sentir bien con semejante tipo al lado? A mí no me gustaría nada un hombre que, sabiendo que la mitad de la casa es de mi ex, se mete ahí a la sopa boba y le importa un comino. ¡Qué poca hombría! —Violeta se levantó a por más hielo y a rellenarse la copa. Ignacio le dio la suya para que hiciese lo mismo. Era evidente que ella se sentía como en su casa— Supongo que si las cosas están así será porque el juez lo permite, pero hay circunstancias en que una cosa es la legalidad y otra la moralidad. Con lo fácil que hubiera sido que ella o Enrique le hubiesen comprado su parte o, mejor, venden el piso y empiezan una nueva vida. ¿No tiene Cintia tanto dinero?

Violeta desapareció hacia el interior y volvió a los pocos minutos con los gin-tonics poco cargados, como les gustaba a los dos.

—Si hablásemos de moralidad, la mayoría de la gente estaría en la cárcel —comentó Ignacio cogiendo la copa—. Más de la mitad de los vecinos de este edificio estarían allí. En realidad, alguno debería estar ya allí —lo dijo con una sonrisa maliciosa en los labios—. Lo sé, porque los conozco mucho a todos, quizá demasiado.

—Pues, si tanto los conoces a todos, ¿qué sabes del vecino del primero izquierda? —Violeta lo preguntó con cara de inocencia— Creo que se llama Víctor.

—Ahí me has pillado porque, aparte de que es informático, no sé nada

más. Bueno, sí, que es guapito y que te has fijado en él. Lo cual me alegra mucho porque ya va siendo hora de que empieces a confiar en el género humano —Su voz profunda sonaba aletargada. Ignacio se sentía cansado, pero al mismo tiempo quería seguir disfrutando de la compañía de su interlocutora. Por eso no dijo nada y poniéndose serio continuó hablando—. Pero, si quieres saber más, pregúntale a Josefa, ¡esa sí que sabe! Si alguna vez necesitas recabar información, dirígete a ella.

—Si de él no me puedes decir nada, y de Cintia y Enrique ya me has contado algo, nos quedan: Ana y Carlos, aunque, en realidad, ya sé de sus vidas más de lo que pueda interesarme, y con la cara de asco que me pone Ana ya tengo de sobra; tu sobrina Sonia y Alejandro, de los cuales tampoco me interesa nada; y Mari Sales y Juanjo, quienes, cuanto más lejos, mejor. Pero —Violeta flexionó el codo, apoyó la cara en la palma de su mano y se quedó observando a Ignacio— me encantaría que me explicases la obsesión que Mari Sales siente por ti. Ya sé que es una tarada, pero no sé... ¿Te ve como un soltero interesante o tiene otro problema que solo tú como psiquiatra puedes solucionar?

—Te voy a hacer una confesión: estoy agotado y ahora no puedo responderte porque tengo un problema, que no pensaba contarte, pero que acabo de decidir que sí que lo voy a hacer— Ignacio se puso tenso—. ¿Qué trato tienes con Cintia?

—¿Con Cintia? ¿Es ella tu problema? — Violeta pareció sorprendida, pero el doctor se quedó en silencio esperando su respuesta— Bueno, al principio ni me miraba, ya sabes que es una estúpida y con esa cara de vinagre que tira para atrás no te apetece darle ni las buenas tardes, pero en cuanto supo que era pediatra las cosas cambiaron y me empezó a sonreír cuando nos cruzábamos. Cuando se enamoró perdidamente del putero de mi primo y él pasó de ella me llamaba sin tregua, pero luego las cosas se normalizaron. Resumiendo, que me trae los niños a casa cuando se ponen enfermos y como pago me invita de vez en cuando a tomar café a su casa. ¿Por?

—Porque me ha desaparecido un talonario de recetas.

—¿Y? ¿Crees que te lo ha cogido ella? —Violeta estaba intrigadísima

— Si estás seguro de que ya no está en tu poder, tendrás que poner una denuncia.

—No, Cintia no lo ha cogido. Creo que fue Enrique —A Violeta le pareció distinguir unas líneas de preocupación en la frente de Ignacio. Ella se serenó y tomó las riendas de la situación.

—A ver, explícamelo bien. ¿Por qué crees que fue Enrique? ¿Era paciente tuyo? ¿Tomaba alguna medicación?

—Verás, Enrique no era un paciente habitual, venía una vez cada dos o tres meses y charlábamos. No le daba medicación, porque, en realidad, vivía mejor que tú y que yo. Pero la gente que no hace nada también tiene sus bajones —Hizo una pausa y a Violeta le pareció más viejo—. El problema es que ayer por la noche Enrique vino a verme —El psiquiatra se quedó pensativo unos instantes y Violeta se puso nerviosa.

—¡Sigue, por Dios! ¿Qué quería?

—Estaba asustado porque Cintia le había pedido el divorcio y no sabía qué iba a ser de su vida. Nos sentamos, llevábamos cinco minutos hablando y le dije que se tomara algo. Me fui a la cocina a por hielos y me pareció escuchar el sonido de un teléfono. Cuando volví se había marchado.

—Fue entonces cuando te diste cuenta de que te había desaparecido el talonario —aseveró Violeta.

—No, a los diez minutos de irse Enrique subió Carlos y se me fue el santo al cielo. Ha sido esta mañana, justo antes de saber que Enrique estaba muerto. Había recordado algo que no estaba en su lugar, y eran las recetas.

Ignacio era la personificación de la desolación. Se le veía demacrado y unos surcos violáceos rodeaban sus párpados. Violeta fue consciente de que, desde la muerte de Mercedes, Ignacio habría perdido al menos diez kilos. Lo mejor sería tranquilizarlo y que se fuera a descansar.

—¡Perfecto, Ignacio! Si de lo que tienes miedo es de que Enrique se atiborrara de píldoras con tus recetas, resulta imposible. Así que ya te puedes

relajar —La voz de Violeta sonaba triunfal—. Josefa me ha dicho esta mañana que Enrique no salió para nada. De todas formas, si te vas a quedar más tranquilo, le puedo decir algo a Cintia para que busque el dichoso talonario.

—No, gracias, Violeta, déjalo estar. Tal vez tengas razón y solo sean alucinaciones mías; veo cosas donde no las hay. Lo buscaré bien, igual lo dejé en algún otro sitio.

—Oye, ¿y Carlos? ¿Qué quería? Ese tío es una incógnita —Los ojos verdes de Violeta se abrieron ligeramente— ¿Qué estará haciendo ahora? No sabes las barbaridades que se dicen de él.

—Repetirme que su mujer está muy mal y que tenemos que hacer algo para tenerla vigilada y que no se lesione; algo como internarla —Cerró los ojos al dar un trago y con un suspiro apoyó el vaso sobre la mesa. Pareció desfallecer—. En cinco minutos me lo quité de encima.

A Violeta le hubiese gustado seguir la conversación, pero al notar su desgana se puso en pie y le dio un beso en la mejilla.

—Acuéstate, mañana vengo a ver si ya tienes mejor cara.

—Una última cosa —la frenó—, y no voy a admitir un: «No, Ignacio, no puedo aceptarlo». En cuanto te largues a otro piso y comiences una nueva vida, quiero regalarte el cuadro de Pinazo, el que se ve a los niños jugando en la playa. Sé que es el que más te gusta.

—¡Ignacio! ¡Es demasiado! —protestó confusa—Me encanta, pero...

—¡Pero nada! —La voz de Ignacio pareció despertar de un profundo sueño y sonó más ronca— Para que se lo lleve Sonia, prefiero que lo tengas tú.

Violeta reflexionó y puso cara de comprender.

—Bueno, llegado el momento, ya veremos —Y sin perder la sonrisa le hizo un guiño.

Se volvió a agachar y le dio un cariñoso abrazo. No esperó a que él la

acompañara a la puerta y con paso rápido bajó hasta su casa. Ni siquiera encendió la tele, cenó algo rápido y se acostó. Le costó conciliar el sueño porque no se quitaba de la cabeza una pregunta: ¿Para qué querría Enrique Giner un talonario de recetas si no se medicaba? Los párpados comenzaron a pesarle. Le venía bien pensar en otras cosas para olvidarse de sus propios problemas. El último pensamiento que cruzó su mente fue que al día siguiente iría a darle el pésame a Cintia.



### 3. Pésame a la viuda

Después de comer y haber hecho una siesta de quince minutos Violeta se decidió a hacerle una visita a su vecina de abajo. Le hubiese gustado ir antes, pero no le había sido posible; se había pasado toda la mañana en el hospital atendiendo a un sinfín de niños griposos.

Consideró que era una hora prudencial y tras arreglarse un poco y ponerse unos zapatos de cuña, abrió la puerta y se aseguró de que Mari Sales no se encontraba haciendo guardia en el rellano. Tenía el camino libre. Bajó y llamó al timbre. Pensó que estaría cinco o diez minutos y se iría; además de darle el pésame, tampoco tenía mucho más que decirle. Suponía que la casa estaría repleta de gente arropando a la viuda, y ella no era tan allegada como para quedarse dándole palique.

La chica de servicio le abrió la puerta y la invitó a pasar. El silencio que se respiraba en aquella vivienda tan poco convencional la sorprendió. El blanco de las paredes y el suelo era tan brillante que tuvo la impresión de estar sumergiéndose en un algún tipo de experiencia futurista. Miró a su alrededor y trató de que no se le notase la impresión que le provocaba el contraste de aquella blancura con el negro y dorado de la decoración, mezclado con esa inesperada quietud; Violeta se estremeció. No esperaba que estuviesen poniendo música, pero, al menos, sí escuchar el murmullo de la gente hablando en voz baja. El sentido común la avisó de que allí no había nadie; tal vez esa vida social que ella imaginaba tan intensa y sofisticada no lo fuera tanto, y Cintia estuviera más sola que Robinson Crusoe antes de que Viernes se cruzara en su camino.

Se quedó unos segundos en el recibidor examinando atentamente el enorme y oscuro aparador que presidía la entrada. Había varias fotos y unos candelabros de cristal. La asistente se giró y la miró desconcertada. Violeta se había quedado allí parada, sin seguirla. En cuanto se sintió observada reaccionó y por decir algo comentó lo bonita que era la figura de un tigre

tallado en bronce, pero ella misma se quedó sorprendida al darse cuenta de que, inconscientemente, estaba buscando el talonario de recetas. Mientras andaba por el pasillo no pudo evitar escudriñar los muebles que salían a su paso. Le entraron tentaciones de abrir los cajones y revolver todo el contenido, pero no resultaría conveniente y alejó de su cabeza esa idea absurda. Enseguida llegó al salón.

Cintia se apartó la manta de terciopelo morado que la cubría y se levantó del sofá como si llevara un muelle para saludarla, con una efusividad tan impropia en ella que Violeta se quedó apabullada. Sus pies desnudos recorrieron la alfombra de estampado de cebras y tras decirle: «¡Qué alegría que hayas venido!», la abrazó. Violeta no se esperaba aquella reacción tan afectuosa, pero le respondió con la misma intensidad, como si fuesen amigas de toda la vida. Al soltarse se fijó en que la viuda no llevaba ni una gota de maquillaje, lo cual no la beneficiaba en absoluto, y parecía realmente destrozada, pero algo le decía que aquella mujer era genio y figura hasta la sepultura; probablemente se debiera a la negra y ajustada camisa que llevaba, que mostraba un generoso y poco apropiado escote.

Le ordenó a la asistenta que preparase un café y condujo a Violeta hasta el sofá para que se sentase a su lado. En cuanto se quedaron solas comenzó a explicarle, con todo lujo de detalle, lo terrible que había sido encontrarse muerto a Enrique; había sido la peor experiencia de su vida. Violeta iba asintiendo con la cabeza y de vez en cuando decía: «Sí, horrible» o «Te entiendo perfectamente», pero en el fondo estaba pensando si sería buen momento para abordar el tema de las recetas.

—Pero ¿sabes lo peor? —iba diciendo Cintia mientras se apartaba de la cara un mechón de su corta melena. Violeta se quedó a la espera—. Pues que yo pensaba que hoy ya me devolverían el cuerpo de Enrique y así mañana lo podría enterrar, pero me han dicho que todavía tenemos que esperar a los resultados. ¡Serán vagos! —Cintia emitió un bufido de contrariedad. Era una mujer dominante y no podía soportar no salirse con la suya.

A Violeta le salió la vena médica y defendió a los del gremio. No iba a consentir que Cintia le pisara el terreno por muy desolada que se encontrara en ese momento.

—Perdona, Cintia, ya sé que estás muy nerviosa —le iba comentando con mucho tiento—, pero soy médico y sé que, si la autopsia se demora, es porque hay algo que no les cuadra; estoy segura de que te habrán dado alguna explicación más.

Cintia miró hacia la ventana y se llevó la mano al pecho.

—Me han dicho que sufrió una parada cardíaca, pero que los resultados no son concluyentes. Han encontrado restos de whisky y alguna otra sustancia que tienen que analizar —Volvió a mirar a Violeta—. Pero yo no acabo de crérmelo, Enrique apenas bebía.

En otras circunstancias Violeta no se hubiera preocupado del comentario que estaba escuchando, pero el asunto de las recetas no se le iba de la cabeza y la imaginación estaba empezando a jugarle una mala pasada. Se dio cuenta de que estaba moviendo la pierna sin parar. Trató de serenarse y de recabar algo más de información.

—Tal vez el otro día se sirviera una copa y tú no te dieras ni cuenta. Tampoco tiene importancia. Nadie se muere por tomarse un whisky.

—Ya, pero él no bebió nada; al menos en casa. Lo he comprobado en el mueble bar, por curiosidad —cogió la taza de café y continuó hablando—. La otra noche salió media hora. Yo casi me había dormido, pero recuerdo que lo oí llegar y enseguida se metió en la cama.

Se le olvidó decir que habían tenido una pequeña discusión porque le había pedido el divorcio, pero eso no importó a Violeta. Lo realmente interesante para ella era que Enrique hubiese tardado treinta minutos. Recordó que Ignacio le dijo que en su casa estuvo cinco. «¿Con quién se tomó la copa?» Pero enseguida volvió a pensar en el maldito talonario y se dijo que nunca volvería a tener una ocasión como aquella. Así que, animándola a tener paciencia y asegurándole que en menos de una semana Enrique recibiría cristiana sepultura, se lanzó a su objetivo:

—Cintia, verás, tengo un problemilla y me gustaría que me ayudaras, si te viene bien, por supuesto.

Cintia levantó la barbilla con condescendencia e hizo un gesto con la mano invitándola a que continuara.

—¿Te acuerdas que hace casi un mes los niños se te pusieron malos? —Cintia asintió— Resulta que más tarde me encontré a Enrique en el ascensor y le dije que subiera a por una receta para ellos, no sé si te lo comentó —Cintia negó—. No importa, la cuestión es que me equivoqué y le di un sobre con un talonario de recetas y no me gustaría que anduviese por ahí, ya sabes, problemas con el colegio de médicos y esas cosas —Violeta cruzó las piernas y continuó con su argumento—. Quizás lo guardó en algún cajón. Si te supone una molestia, me dices dónde imaginas que lo podría haber puesto y yo lo busco.

—Ninguna molestia, pareces un poco angustiada —Cintia se puso en pie—. Si te parece, miramos por su mesita y el despacho y, si no, ya le diré a Evelyn que la busque mientras limpia.

Violeta la imitó y se pusieron a inspeccionar por los cajones de los muebles que había en el salón, después fueron al dormitorio y revolvieron el interior de la mesita de noche de Enrique, ahí no había nada. Por último, se dirigieron a la habitación que hacía de despacho. Violeta se preguntó a qué tipo de negocios se dedicaría Enrique, pero no le hizo falta interrogar, Cintia empezó a alabar de una forma exagerada las virtudes de su marido para las inversiones y de cómo había conseguido ampliar el patrimonio familiar de los Bonillo. Con la información que Ignacio le había dado sobre el estilo de vida de Enrique y Cintia, Violeta supuso que, con suerte, el difunto habría invertido algún dinero de su mujer, y poco más; esa manera tan fanfarrona de magnificar las cualidades de su difunto marido serían un intento de Cintia de encubrir las carencias de Enrique y, por tanto, de esconder sus verdaderos sentimientos hacia él. Tuvo claro que la mujer que tenía enfrente no estaba tan satisfecha en su matrimonio como pretendía hacerle creer.

Dieron por finalizada la búsqueda cuando a Cintia no se le ocurrieron más sitios posibles en los que buscar. Los baños, la cocina y las habitaciones de los niños no parecían lugares muy probables. Violeta no sabía qué pensar.

—Lo más seguro es que lo tirase a la basura —comentó Cintia levantando los hombros—. De todas formas, si por una de aquellas aparece, te lo daré

enseguida.

Parecía que ya no había más que hacer y Violeta se asió al pomo de la puerta y empezó a decirle palabras de consuelo para poner el punto final a la visita, pero, por lo visto, Cintia tenía algo más que añadir:

—Una cosa, Violeta —Cintia se mantenía más tiesa que un palo, pero trataba de sonreír y parecer cercana—, ¿cómo está tu primo Álvaro? Hace mucho tiempo que no sé de él, y al verte me lo has recordado.

Violeta se quedó sin saber qué cara poner. No podía creerse que, en esas circunstancias, aun siendo cierto que se lo había recordado, Cintia se atreviese a preguntar por el caradura de Álvaro. Sintió un poco de lástima por aquella mujer de aspecto agrio y se ratificó en su idea de que se sentía atrapada en un matrimonio insatisfactorio, y lo peor: llevaba todo ese tiempo acordándose de Álvaro, un depravado que se acostaba con todo lo que llevase faldas. Aunque lo cierto era que hacía un par de años que había perdido el contacto con él.

De la historia de Cintia y Álvaro había pasado mucho tiempo, casi ocho años. Violeta acababa de casarse y era una recién llegada en el edificio. En una de aquellas conversaciones intrascendentes que mantuvieron Cintia le comentó que se iba a jugar un campeonato de golf a Madrid, al campo donde, precisamente, Álvaro, un primo segundo de Violeta, era el gerente. Se le ocurrió decirle que lo llamaría para que la tratase de forma especial y a la vista de los acontecimientos así debió hacer. Cintia se volvió loca por él hasta la obsesión y pidió el divorcio. Se plantaba en Madrid cada dos por tres y Álvaro, desesperado, llamaba a Violeta para contarle que aquella chica no solo había perdido el norte, también había perdido la brújula. Después de insistir hasta la saciedad Cintia tuvo que renunciar y, tras negar cualquier tipo de relación con Álvaro, en menos de un año se casó con Enrique Giner.

Violeta no tenía la más remota intención de meterse en ese fregado, así que se limitó a dar largas:

—Hace años que no sé de él, supongo que seguirá haciendo vida normal, con su mujer y sus hijos.

—Sí, claro. Si lo ves, le das recuerdos de mi parte —comentó Cintia como

si no le importase.

Quería largarse cuanto antes, así que repitiéndole expresiones de aliento y recordándole que ella estaba para lo que necesitara, se despidió.

Decidió que sería bueno subir a contarle las novedades a Ignacio, tal vez debería buscar mejor las dichas recetas. Después saldría a cenar con unas amigas y despejaría su mente. A lo mejor tenía suerte y se cruzaba con Víctor, el vecino del primero izquierda.

## 4. El Segundo izquierda

Había madrugado y hacía un buen rato que Ana había desayunado y se había vestido de manera informal, con zapatillas deportivas color crema adornadas con incrustaciones plateadas. Se había fumado un porro y se estaba infundiendo valor para dirigirle la palabra a Carlos, tenía muy mal carácter y era capaz de soltarle cualquier cosa en el tono más hiriente posible; lo cierto era que ella le tenía miedo. Por eso había accedido a pintar las paredes de aquel color que le resultaba tan claustrofóbico y colgaron aquellos cuadros barrocos que su marido la obligó a comprar, y que en ocasiones le resultaban siniestros. A ella le hubiese gustado algo más moderno, pero Carlos le insistió en que aquellas pinturas eran mucho más valiosas, y no se atrevió a llevarle la contraria.

Hacía diez días que él no le hablaba. Había cometido el grave error de dejarse un mechero encima de la mesa de la cocina y eso para Carlos era imperdonable; en realidad, casi todo lo que Ana hacía era imperdonable y cualquier excusa era buena para no tener que hablar con ella. Era capaz de estar semanas sin ni siquiera mirarla.

Ana se repetía que esta vez tendría que escucharla. Si no podían vivir como un matrimonio, mejor afrontarlo y separarse, como ya tenía pensado gracias a los consejos de su psiquiatra, pero antes tenía que quemar el último cartucho, no quería que su conciencia le pasara factura en el futuro. Además, deberían pasarse a saludar a su vecina, era lo que dictaban las normas de cortesía, y más tarde se acercaría por la farmacia que sus padres le dejaron en herencia. Tenía varios empleados, pero recordaba el consejo de su padre de que debía estar la primera al pie del cañón y retirarse la última. Ana era consciente de que nunca había seguido esa norma, en especial en los últimos años, en concreto desde que se casó con Carlos, pero al menos trataba de guardar las apariencias y pasarse para hacer acto de presencia. Suerte tenía de que la farmacia estaba muy bien situada y marchaba sola, o tal vez la encargada era una gran profesional.

Eran casi las doce y media cuando un hastiado Carlos apareció por la puerta de la cocina. Tenía cuarenta y tres años y no era excesivamente alto, pero, pese a que hacía años que no realizaba ningún tipo de ejercicio físico, su complexión atlética y un peso acorde a su altura, sumado a los rizos castaños que le caían por las orejas, le conferían un aspecto deportivo y juvenil. La nota discordante la ponían sus ojos azules, siempre enrojecidos y con las pupilas dilatadas. Bostezó y se le empequeñecieron. Ana se puso en tensión y tragó saliva para que le saliera la voz. Los temores sobre su posible asesinato se le volvieron a apoderar.

—Buenos días, cariño —lo dijo en un tono muy suave para que él no le respondiera con un bufido—. ¿Quieres que te prepare un café con leche?

Carlos la miró con cara de desprecio durante un segundo y, obviando contestar, se fue directo a la nevera, sacó el bote de leche y tras depositar un chorro en una taza se acercó al microondas. Ana seguía sus movimientos atentamente.

—Deberíamos hablar, Carlos. El doctor Vázquez me ha dicho que tengo que conseguir que lleguemos a un acuerdo. No puedo ser siempre yo la que cede a tus pretensiones. Lo que para mí es importante, también tiene que contar.

Con la taza humeante en la mano Carlos dio un sorbo, y sin mucho interés levantó los hombros.

—¿Y qué quieres? —En realidad, le daba igual.

—Quiero tener un hijo —respondió ella con apremio, aunque enseguida vaciló y volvió a un tono sumiso—. Pero hace tanto tiempo que no me tocas que ya ni recuerdo cuando fue la última vez, juraría que años —Las manos le temblaban y tuvo que apoyarlas sobre la mesa para que no se le notase. Tenía la mirada gacha y los mechones oscuros le cubrían la cara. La imagen que daba era la de un pajarillo con el ala rota que supiera que iban a darle caza para meterlo en una jaula durante el resto de sus días. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza e hizo la fatídica pregunta—: ¿Estás con otra? Es lo único que se me ocurre para entender por qué ya no hacemos el amor.



Carlos abrió mucho los ojos y aparentó sorpresa.

—¿Con otra?! ¡Ves como estás loca! Lo que tienes que entender es que cuando la gente se casa pierde el interés por la persona que tiene a su lado — le iba diciendo utilizando un tono duro mientras salía de la cocina y se dirigía al baño con la intención de ducharse—. ¡Ve y pregúntale a todos los casados que conozcas con quién prefieren acostarse: con la desconocida que pasa por su lado o con su mujer!

Ana se quedó momentáneamente desconcertada, pero siguió a su marido por el pasillo y elevó la voz:

—Carlos, ¿te pasa algo? Desde el accidente cada día estás más raro y vuelves a unas horas que yo no sé cómo puedes rendir en el trabajo, si llegarás tarde un montón de veces. ¿Puedo ayudarte? —Era cierto que el accidente lo había transformado en alguien más frío y retorcido, pero la asustadiza mente de Ana era consciente de que su matrimonio nunca había funcionado. Él desapareció de su vista y ella apoyó una mano en la pared y en un susurro continuó—: ¿Tenemos alguna posibilidad?

No se quedó a esperar una respuesta porque sabía que no la iba a haber, aunque volvió a escuchar cómo él murmuraba que estaba mal de la cabeza. Se dirigió al salón y dio un trago a la botella de ginebra. Si solo era uno, no se iba a notar; sin embargo, fue alguno más. Se atiborró de pastillas Juanola y esperó hasta escuchar los sigilosos pasos de su marido. Sabía, porque lo hacía siempre, que él desaparecería sin dar explicaciones. Así que fue más rápida y, poniéndose delante, le interceptó el paso y le dijo muy dulcemente que debían pasarse juntos a dar el pésame a su vecina.

—¿A qué vamos a ir si esa tía no nos da ni los buenos días? —Sobre la camisa blanca llevaba anudado al cuello un jersey azul marino.

—Porque Enrique ha muerto y simplemente es cuestión de quedar bien. Le decimos que lo sentimos, que estamos para lo que necesite, y nos vamos — Ana trataba de sonar convincente.

Carlos puso cara de contrariedad y resopló mirando al techo, pero se dejó arrastrar por el rellano hasta la puerta de los vecinos. Ana llamó al timbre y

enseguida escucharon unos pasos que se acercaban. Era la chica de servicio quien, tras escuchar la presentación y los motivos de su visita, los dejó en el umbral a la espera de que los recibiera la señora de la casa. Ana y Carlos esperaron en silencio. En menos de un minuto volvió a presentarse con la mirada gacha y trastabillándose al hablar. Les comunicó que la señora les agradecía su interés, pero que se encontraba demasiado consternada para recibir visitas. Y sin tener más que explicar, cerró la puerta. No se había atrevido a decirles la verdad, que la señora le había dicho que a esos dos los mandara a tomar viento.

Ana se quedó perpleja, no entendía qué le podían haber hecho a aquella mujer para que mostrase semejante antipatía hacia ellos. Carlos caminó unos pasos y se recostó sobre el ascensor para observar, con descarado desdén, a su mujer.

—¡Mira que eres estúpida! Ya te avisé de que para esa tía somos cucarachas. No nos quiere ver ni para pisotearnos —Se metió las manos en los bolsillos y con la izquierda tocó la jeringuilla que se había guardado; con la derecha palpó la ampolla de Fentanest que llevaba escondida. Se sintió seguro — Así que yo me largo —Dio media vuelta y sin darle a Ana la posibilidad de hacer comentarios, se dispuso a bajar por las escaleras.

Llegó al primer piso y recordó que debería haber cogido el ascensor, hacía dos meses que se había prometido no volver a pasar por allí, pero la fuerza de la costumbre lo había traicionado y le resultó imposible no mirar de reojo al primero derecha y acordarse de Juanjo. Cerró el puño sobre la ampolla que contenía el opioide y sin darse cuenta la acarició. Podría intentar que Juanjo lo perdonase. Con esa idea en la cabeza tomó aire y dándose impulso bajó los peldaños que le separaban de la salida de dos en dos.

Dudó hacia dónde dirigirse, pero al final se decidió por la casa de apuestas que había en la Plaza de la Reina. Hacía una mañana agradable para pasear, así que fue andando a paso lento por las céntricas calles de la ciudad, aunque estaba tan enfrascado en su mundo que miraba sin ver; ni siquiera se dio cuenta que ese día no habían puesto en funcionamiento la fuente de la Plaza del Ayuntamiento.

Ir a apostar era una forma como otra cualquiera de matar el rato.

Además, era muy difícil que se topase con algún conocido y tuviese que dar explicaciones sobre su vida profesional. Desde que se había despedido del hospital, pues así convinieron el director y él que dirían, intentaba que nadie supiera que se encontraba sin trabajo. Quería que su mujer siguiera en la inopia, aunque era consciente de que podía llegar a enterarse. Había gente cercana que se lo podría chivar, en concreto dos: uno era Juanjo, entre otras cosas se lo había dicho él mismo, pero no era probable que Ana y Juanjo mantuvieran una conversación; la otra era Violeta, con ella no había hablado del tema, pero que ya no estaba en el hospital y los motivos de su cese habrían sido la comidilla del resto de empleados; pero no existía relación entre Ana y Violeta, así que tampoco creía que esa fuera una vía de información. Lo que le preocupaba era si Violeta se lo habría contado a Ignacio, el psiquiatra de su mujer. Eso sí que sería nefasto. Necesitaba el dinero de Ana, él ya no tenía ingresos y al mismo tiempo veía que en ella se estaba implantando la idea del divorcio. Tampoco entraba en sus planes hacerle el amor y tener hijos con ella, esa no era la solución.

Trató de pensar en arreglos, pero no se le ocurrió ninguno. Con Juanjo ya no podía contar y ya no podría volver a recurrir a los préstamos de Enrique. Como en una nebulosa recordó a los vecinos mal pagadores de los que Enrique se quejaba; ellos tampoco podrían beneficiarse de esas ayudas económicas. Pero enseguida los olvidó porque sus conjeturas lo llevaron a Ana; en ella y en su demencia se encontraba la salida. Si conseguía torturarla más a menudo y sacarla de quicio con rapidez, Ignacio vería a esa paciente neurótica que ha perdido el juicio y le ayudaría a incapacitarla. Esa era la manera de apoderarse de sus bienes.

A pesar de sus pensamientos, no se puso nervioso ni sintió desesperanza. Hacía rato que el narcótico había entrado en su torrente sanguíneo y los efectos no se habían hecho esperar. Todo era posible en su mente y la idea de una nueva vida lo hacía sentirse feliz. Sus problemas se borraron como si un típex hubiese pasado por encima de ellos, y dentro de sus posibilidades se concentró en los partidos de fútbol del domingo y las apuestas.

## 5. Mañana ajetreada

Por la mañana madrugó y decidió salir a correr un rato por el río. Eso era más recomendable que quedarse en casa llorando recreándose en su pena. Pasó la vista por la báscula que tenía en el baño y le pegó una patadita para esconderla debajo del mueble de las toallas; lo último que Violeta quería era saber cuánto había adelgazado, pero sin poder evitarlo hizo un cálculo rápido, tal vez ocho kilos desde que se divorció, y bajando.

Siempre se había considerado una mujer fuerte y había aprendido a dominarse y salir a la calle con una sonrisa, poseía la habilidad de olvidarse de sus problemas y retomarlos llegado el momento, pero los juicios por causa de Emilio, la tensión que le generaban los constantes asedios de Mari Sales y la soledad que la invadía al verse con una niña de seis años enteramente bajo su custodia la estaban llevando a toda máquina y sin frenos a una desesperación que culminaba en una severa falta de apetito. A veces se olvidaba de cenar y se llevaba a la cama un paquete de galletas de chocolate que devoraba con ansia y que no le hacía ganar ni un gramo; al despertarse se encontraba con los restos del festín y se sentía culpable por no llevar un horario de comidas más ordenado. Se juraba que esa sería la última vez, aunque en el fondo era consciente de que no iba a ser así. La cuestión que le corroía era que por culpa de los reveses de la vida se estaba convirtiendo en una amargada llena de inseguridades.

Pero era sábado y no tenía ninguna obligación: Sofía seguía en casa de su amiga y no le cabía ninguna duda de que lo estaría pasando en grande. La llamaría más tarde para hablar con ella y escuchar su voz infantil, pero ahora tenía que aprovechar el tiempo porque el fin de semana siguiente tendría dos niñas de las que hacerse cargo. Así que lo mejor era salir a despejarse la mente, y de paso estirar las piernas. Sonrió al reconsiderar la idea de apuntarse a Pilates o a algún gimnasio cercano y obligarse a practicar más ejercicio, pasaba demasiado tiempo sentada, pero eso también era algo que siempre se prometía y jamás cumplía.

Miró el reloj y comprobó que eran las ocho y media. Si se daba prisa en desayunar podría estar por el cauce del Turia en media hora. Aunque hacía décadas que por allí no pasaba el río, lo habían arreglado y se había convertido en un jardín muy agradable para disfrutar del aire libre. Mejor ducharse después y no tentar a la suerte y darse de bruces con la insufrible de su ex suegra; seguro que a partir de las diez se pondría a hacer guardia. Cuando se encontraban, Violeta intentaba aparentar indiferencia y altivez, pero lo cierto era que el acoso al que la sometía desde hacía dos años le estaba destrozando los nervios; y lo peor era que su abogada le había asegurado que para ese tipo de situaciones no había solución, a menos que se pudiese probar con testigos, o de alguna otra manera, que existían insultos, amenazas o agresiones.

Recapacitó y llegó a la conclusión de que era muy probable que Mari Sales se mantuviera al acecho; desde la muerte de Enrique no había sabido nada de ella y la aparición estaría al caer. Cogió el bolso, y tuvo la precaución de sacar el móvil y llevarlo en la mano, así podría usarlo de forma rápida en caso de necesidad.

Echó una última ojeada a su piso y un sentimiento de tristeza se coló en su interior. Odiaba el gotelé de aquellas paredes y el raído suelo de terrazo; no entendía cómo la única reforma que se le ocurrió incorporar a Mari Sales fue sustituir el suelo de mármol por aquel terrazo, supuso que en su momento lo consideraría esnob y querría estar a la última. Violeta había comprado algunos muebles que aportaran un sabor diferente y le había dado una capa de pintura, pero el hedor a rancio invadía aquella vivienda a la que no consideraba su hogar.

Dio un portazo y para no tener que pasar por el primer piso, con la posibilidad que eso conllevaba de que se abriese la puerta del primero derecha en ese instante, y evitar el encontronazo, prefirió coger el ascensor. Normalmente, cuando se trataba de bajar, Mari Sales solía elegir las escaleras. Su ex cuñado Juanjo no le suponía tanto peligro, se ceñían a no dirigirse la palabra y a hacer como que el otro no existía; para Violeta era la mejor política.

Salió del ascensor y recorrió unos pasos. Todo estaba silencioso y en calma y se quedó un par de segundos parada de espaldas a los escalones de

mármol, observando los rayos de luz que traspasaban la vidriera. Se relajó y tomó aire con fuerza, pero ni siquiera tuvo tiempo de expulsarlo. Algo le sujetó el brazo y el corazón le dio un vuelco. Acertó a girarse y pudo ver a la peor de sus pesadillas agarrándola con fuerza. Como un fantasma Mari Sales se había deslizado desde el hueco de la escalera y la había sorprendido. Llevaba las enormes gafas de sol y se intuía una media sonrisa por la forma socarrona de torcer la boca. Como la pilló desprevenida, aprovechó para ponerse delante y entorpecerle el paso.

—¿A dónde vas, puta mentirosa? —le preguntó de manera retadora— Porque lo tienes todo: puta, mentirosa y ladrona. Seguro que te vas a ir con algún hombre ahora que te has quitado a mi pobre hijo de en medio. ¿Cuándo te vas a ir de mi casa? ¡Porque esa es mi casa y tú me la has robado!

—Mari Sales, olvídate de mí y deja que sea el juez quien se encargue —la voz de Violeta sonó firme, pero los nervios se le estaban apoderando — y, si te fastidia, te aguantas. ¡Qué te den! —le respondió intentando esquivarla mientras conseguía avanzar un par de pasos, pero Mari Sales copiaba sus movimientos y le impedía ir más rápido.

—¡Menuda cara tenéis, tú y tu hija, viviendo a mi costa! —La rabia hizo que se le escaparan unas gotas de saliva que salieron disparadas hacia el hombro de Violeta— Eres muy puta, ¿sabes? Si fueras una mujer como Dios manda, no le hubieses hecho eso a tu marido.

Violeta hacía como que no la oía, aunque los insultos de Mari Sales la estaban sacando de quicio. Agachó la cabeza para centrarse en el móvil y accionar la función del video, mientras, con pequeños empujones, avanzaba hacia la salida. Las manos le temblaban ligeramente y tuvo que aguantar un par más de ofensas hasta que consiguió poner la cámara a la altura de la cara de su rival y apretar el botón rojo.

—¿Qué estás haciendo, malnacida? ¿Me estás grabando?

Desconcertada, Mari Sales le dio un empujón y se apartó violentamente; instante que Violeta aprovechó para llegar a la puerta en un par de rápidas zancadas, pero la excitación le impidió acertar en la cerradura a la primera y Mari Sales, llena de furia, tuvo tiempo de arremeter contra su ex nuera y de un

manotazo le tiró el móvil al suelo. La ira invadió a Violeta e hizo amago de devolverle la jugada pegándole una bofetada, pero lo pensó mejor y fijó su odio en aquellas malditas gafas. Con un ágil movimiento se apoderó de ellas y las lanzó contra el suelo con la esperanza de que no quedara ni la montura.

Se escuchó un sonido de cristal resquebrajado, pero Violeta dejó de prestar atención a las gafas. El corazón se le había desbocado y en un segundo se le paró. Allí, en el primer peldaño de la escalera, observando la ridícula escena y sin dar crédito, se encontraba aquel hombre de metro ochenta, que la tenía tan intrigada: Víctor Fernández, el vecino del primero izquierda. Por unos segundos Violeta se olvidó de la situación en la que se encontraba y solo se le ocurrió pensar en la pinta de golfo que tenía con aquella chaqueta de cuero marrón, los botines del mismo color y la barba de dos días; le resultó de lo más seductor. En cuanto volvió a la realidad sintió vergüenza de que la hubiese descubierto en semejante circunstancia. Los ojos marrones de él enfocaban a una y otra sin decir nada.

Se metió una mano en el bolsillo de su desgastado vaquero y la otra se la pasó por el oscuro y ondulado pelo. Arrugó la frente porque fue lo único que se le ocurrió hacer y echó a andar para recoger las gafas y el móvil. Violeta se apoyó contra la pared y se dejó resbalar ligeramente. Mari Sales fue la primera en reaccionar y se dispuso a frenarlo, estirándole del brazo.

—¿Lo ha visto? ¿Ha visto cómo esta loca me ha pegado?! —le gritaba entre sofocos— ¡La voy a denunciar! ¡Y usted ha sido testigo! ¡Está loca!

Se abrió la puerta del fondo y apareció Josefa, con cara de reproche, enfundada en su batín rosa y su toquilla. Había escuchado alboroto y tuvo que salir a ver qué pasaba. Le dio tiempo a escuchar la respuesta de Víctor Fernández.

—Mire, lo siento, pero yo no he visto nada —le comentó tranquilamente mientras Mari Sales le arrebatava las gafas de un manotazo—. Lo único que sé es que cuando he llegado había unas gafas y un teléfono en el suelo. Por cómo me las ha quitado deduzco que las gafas son tuyas y el móvil es de la otra señora.

Al pronunciar la última palabra Víctor miró a Violeta y le sonrió. Iba a

añadir algo, pero Mari Sales se lo impidió.

—¿Qué pasa, que ya lo ha engatusado a usted también o ya se ha acostado con ella? —preguntó dominando su cólera y sin perder la fingida sonrisa— Porque no me creo que no haya visto cómo me ha pegado tal bofetón que hasta las gafas han salido volando.

—Señora Mari Sales —interrumpió Josefa—, si este señor dice que no ha visto *ná*, es que no ha visto *ná*.

—¿Y usted qué, tampoco ha escuchado nada ni ha visto la bofetada que me ha dado?

—Yo he *escuchao* unos golpes y por eso he salido, ¡pero yo qué sé si alguien estaba llamando! Mejor si se va a su casa y tenemos la fiesta en paz.

—Me voy a mi casa, pero para despertar a mi hijo Juanjo y que me lleve al hospital a que me curen. ¡Esto no va a quedar así! ¡Voy a denunciar a la loca de mi nuera!

Y diciendo esto y con cara de malas pulgas se dirigió a la escalera y comenzó a subir los peldaños. Los otros tres se quedaron en silencio hasta que se escuchó el portazo del primero derecha.

—¡Esta mujer está «transtocada»! —comentó la portera dando un bufido— ¿Señora Violeta, necesita algo? —La aludida negó con la cabeza— «Pos» me marchó que voy a casa de mi Vicente y tengo mucha faena.

Víctor aprovechó para acercarse a Violeta. Le cogió la mano y la sostuvo un segundo entre las suyas. Estaban tan cerca que Violeta hubiese jurado que estaba sobrepasando ese punto donde comenzaba su espacio vital y se introducían en una intimidad conjunta, pero enseguida su vecino le entregó el móvil y se apartó.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo por ti? —Su voz sonó segura.

—No, no, gracias, estoy bien —Se encontraba confusa y no se le ocurría nada que añadir.



—Si te apetece, nos podemos tomar un café... —mirándola directamente a los ojos y con una media sonrisa continuó—, y te desahogas. ¡Con qué mala leche le has tirado las gafas, joder! —soltó una risotada— ¡Venga, vamos que te invito!

—No, en serio, casi mejor me voy a correr y me quito toda la tensión, pero gracias, de verdad.

La invitación la había cogido desprevenida y todavía se encontraba desconcertada por el sobresalto que le había dado Mari Sales. Notaba temblores por todo el cuerpo y una parte de ella quería gritar que sí, que lo acompañaba, pero otra le decía que aquel tipo con pinta de sinvergüenza no le podría traer nada bueno.

—Como quieras —Arrugó la frente y levantó los hombros—. Otra vez será.

Abrió la puerta y salió. En menos de dos segundos Violeta se sorprendió copiando la maniobra y buscando la dirección por la que se había ido. Mejor arrepentirse de lo hecho que de lo no hecho. Víctor se había adentrado por la calle Conquistador y ella lo persiguió a paso rápido unos cuantos metros hasta darle alcance. Ni ella misma entendía qué hacía allí, pero como no había vuelta atrás algo tenía que decir.

—Acabo de darme cuenta de que puedo ir a correr después de ese café. Tienes razón, me sentará bien —lo dijo sin apartar la mirada del suelo. No se explicaba cómo había sido capaz de perseguirlo tan descaradamente.

—Estupendo. Me iba al bar de la esquina, pero si te parece podríamos ir a desayunar a Fabián; es uno de mis sitios favoritos para tomar chocolate con buñuelos, y como es temprano no habrá mucha gente. ¡Tengo hambre de ogro! Aún no he tomado nada y el estómago me cruje —Lo expresó con tanta naturalidad que Violeta se alegró de su cambio de opinión.

Modificaron la dirección y cruzaron Marqués del Turia, a esa hora el tráfico era fluido y no había mucha gente que se cruzase en su camino. Mientras andaban, y tras presentarse formalmente, se dedicaron a hablar del buen tiempo que hacía y de la suerte de poder vivir en un clima mediterráneo.

Violeta, por charlar de algo, se explayó comentando el choque que le produjo trasladarse a Valencia; en Madrid el frío era mucho más seco y los cambios de temperatura, mucho más drásticos. Pero al llegar a la esquina con la calle Ciscar y doblar Víctor cambió de tema y se centró en el último acontecimiento.

—¿Y a ti qué te ha pasado con mi vecina de rellano? ¿En serio es tu suegra? Como siempre te veo sola con la niña daba por hecho que estabas separada.

Violeta no se esperaba esa pregunta en absoluto, pero fue tan espontáneo y directo al preguntarlo que soltó una carcajada y la rigidez con la que se estaba comportando, por Mari Sales y sobre todo por tener que hablar del tiempo, se evaporó como el agua hirviendo y dio paso a una sensación de calidez que la reconfortó.

Entre comentarios divertidos llegaron a la chocolatería, que se encontraba a escasos metros del chaflán, y Víctor abrió la puerta para echar una ojeada. Solo había un par de mesas ocupadas, lo que permitía apreciar los azulejos valencianos que decoraban el establecimiento y las robustas mesas de mármol, pero las luces no estaban encendidas y esa penumbra le evocó un sentimiento lúgubre. La cerró de golpe y se tropezó con la inquisitiva mirada de Violeta. Víctor, reflexivo, se frotó la barbilla y empujándola suavemente por el hombro se dirigió hacia las mesas de la terraza.

—Dentro está un poco oscuro y hace muy buen tiempo. ¿Nos quedamos fuera? Si crees que vas a pasar frío, entramos —le preguntó con soltura.

—Fuera está perfecto. Si nos vamos a meter en el cuerpo un chocolate con buñuelos, casi mejor que nos dé el aire. Además, apetece quedarse aquí.

Discutieron sobre la cantidad de buñuelos a pedir y en cuanto el camarero les tomó nota Víctor, haciendo gala de una confianza poco habitual para unos desconocidos, prosiguió con la cuestión que se había dejado a medias:

—Nos hemos quedado con tu suegra —Y se inclinó un poco hacia ella para prestarle más atención.

—Ex suegra —matizó—, pero desde el divorcio no me deja en paz —No pensaba darle más explicaciones.

—¡Joder! Conozco muchos casos donde una de las partes no supera la separación, pero te juro que es la primera vez que me cuentan que quien no lo supera es la suegra.

Violeta no tenía ganas de seguir con el tema, así que, adelantándose a su interlocutor, decidió jugar en su misma liga.

—¿Y tú, no estás casado? —Se echó para atrás y se dejó caer un poco en la silla de láminas de madera y patas de acero, estirando las piernas, pero sin dejar de observarlo— Te advierto que como no estés divorciado, separado o hayas vivido con alguien te voy a poner en mi lista de bichos raros. Siempre he pensado que un tío de más de cuarenta, que nunca ha tenido pareja estable, es mejor que se quede con su madre.

—Pues ya puedes relajarte —comentó adoptando la misma postura que ella y poniendo una sonrisa maliciosa que descubría unos atractivos hoyuelos —, porque no estoy en ninguna de tus categorías. Acabo de cumplir los cuarenta, así que no tengo ni uno más, y me divorcié hace cuatro años —Sin dejar de mirarla ladeó la cabeza. A Violeta le hubiese gustado deshacerse del improvisado moño que se había hecho para salir a correr y soltarse la melena, pero no le pareció lo más apropiado—. Tengo una hija de doce años a la que veo menos de lo que me gustaría y soy programador informático en Technoscoop Hispania, en el Parque Tecnológico de Paterna. ¿Satisfecha o la señora desea saber algo más?

—De momento me vale, pero eso no quiere decir que más tarde no se me ocurra alguna otra pregunta —cruzando los brazos, continuó—: Por si te interesa, yo soy pediatra.

Mientras les servían el chocolate Violeta se acordó de que había salido con la cara lavada, solo se había puesto la crema hidratante y echó de menos un poco de color en sus mejillas. Sintió rabia porque nunca se le hubiese pasado por la cabeza que acabaría desayunando con su vecino y se juró que nunca más saldría a la calle sin maquillar, pero prefirió olvidarse de su aspecto y centrarse en los buñuelos. A ella no se le hubiese ocurrido mojarlos

en el chocolate delante de un desconocido, pero como él no dudó y lo hacía con total naturalidad, ella no fue menos.

Víctor soltó un par de bromas y enseguida llegaron las primeras risas. Hablaba con tal desparpajo y se desenvolvía con tanta soltura que a Violeta los minutos se le hacían segundos; además, podían comentar de cualquier cosa, tan pronto charlaban de temas literarios como de noticias de actualidad, incluso salió el asunto de la muerte de su vecino Enrique, pero pronto lo olvidaron porque Víctor aseguró que apenas lo conocía y a Violeta lo único que se le pasaba por la mente era la cuestión de las recetas, y eso no era algo que tuviera intención de mencionar. Como obviaron retomar temas personales, lo cual la complacía, fue notando cómo cada vez se sentía más cómoda en aquella inesperada cita hasta el punto de que ni siquiera recordaba dónde estaban sus preocupaciones.

Cuando se quiso dar cuenta, de los buñuelos quedaba solo el azúcar y del chocolate, varias salpicaduras sobre aquella mesa plateada. Como no iba a permitir que fuese él quien dijese lo tarde que se estaba haciendo y la prisa que llevaba porque tenía que llegar a algún sitio, Violeta tomó la delantera y flexionando el brazo echó un vistazo a su reloj.

—¡Uy, qué tarde es! Llevamos casi una hora y todavía tengo que irme a correr. ¡Con la de cosas que tengo que hacer hoy! —mintió.

—¡Qué pena! Con lo a gusto que estábamos. Podría haber estado otra hora más y no me habría enterado —dijo levantándose de la silla—. Pero no te preocupes y ve haciendo marcha, que ya entro yo y pago.

Violeta, todavía sentada, tragó saliva porque no sabía cómo comportarse en la despedida. Por una parte quería desaparecer y no volver a saber de aquel hombre que la estaba cautivando; ¿para qué quería ella meterse en líos con la de problemas que ya tenía? Un hombre en su vida no sería positivo. Pero eso era absurdo porque antes o después se iban a encontrar en la escalera y, aunque jamás lo confesaría en voz alta, estaba ansiosa porque le dijese que la llamaría. Decidió que fuese el destino quien decidiese por ella; le dejaría hacer a él.

Víctor rodeó la mesa y se inclinó hacia ella. Violeta le ofreció una mejilla,

pero se sorprendió al notar que le ponía la mano en la otra y le colocaba la cara enfrentada a la de él, y todavía se inclinó más. Un relámpago le recorrió del estómago a la garganta y a punto estuvo de que le saliera por la boca; sin darse cuenta, totalmente rígida, se asió a los reposabrazos de la silla. Entonces Víctor, enseñando sus seductores hoyuelos, cogió una servilleta de papel y se la frotó por la nariz. Violeta se quedó desconcertada y los instantes de tensión se difuminaron.

—Tenías chocolate justo en la punta de la nariz y no me he podido resistir. Perdona, tenía que haberte avisado, pero es lo que le hago a mi hija cuando se mancha. ¿Has creído que te iba a besar? —preguntó dejando la servilleta sobre la mesa.

—¡No, no, qué va! Solo que me has despistado un poco —La capacidad de reacción de Violeta era vertiginosa—. He pensado que se me habría corrido el rímel, pero en un segundo me he dado cuenta de que no llevo, así que lo siguiente ha sido en un bicho —comentó con disimulada ironía.

Por hacer algo Violeta agarró la servilleta y se puso en pie para darle dos besos. Mejor apartarse de aquel sinvergüenza y acercarse a terrenos más seguros, porque si en algo tenía certeza era en que con aquel hombre estaría perdida. Pero la fortuna no escuchó sus peticiones y aunque tras los besos ella ni siquiera comentó lo bien que lo había pasado y se dio media vuelta, la voz de Víctor la hizo detenerse y no pudo evitar que una punzada de alegría la corroyera por dentro. Se volvió a mirarlo.

—¡Espera!, ya sé que tienes prisa, pero tres segundos más no van a ningún sitio —Se estaba pasando la mano por el pelo—. ¿Te apetece cenar conmigo una noche de estas? Hoy no puedo, pero dime el día que la niña se va con su padre y lo arreglamos, preparo unos espaguetis carbonara deliciosos.

Violeta recordó que el fin de semana le iba a resultar imposible con las dos niñas, y otra semana más era mucho tiempo; ya vería cómo se las ingeniaría. Lo que no podía consentir era acabar en casa de un tipo tan peligroso.

—¿Te parece bien el jueves? —preguntó alzando la voz para que la escuchara, al tiempo que se deshacía del moño y dejaba al viento su rubia

melena— Y casi mejor nos damos una vuelta por ahí, me paso todo el día encerrada en el hospital y de lo que tengo ganas es de ver calle.

—¿Japonés? En la calle Salamanca hay uno que está muy bien.

—Me encantan los japoneses. ¡Hecho! ¿A las nueve?

Víctor levantó el pulgar, dio unos pasos hacia atrás hasta colocarse ante la entrada de la chocolatería y empujó la puerta.

Con paso rápido Violeta enfiló hasta la esquina con Marqués de Turia, después giró a la derecha y pasó por la Plaza de Cánovas hasta que, para cruzar y bajar al río, y viendo ya toda la vegetación que conformaba el cauce, le tocó parar en el semáforo que acababa de ponerse en rojo. Se concedió esos minutos de pausa para dar rienda suelta a todos sus sentimientos: miedo, angustia y, muy a su pesar, ilusión; se le había olvidado aquella maravillosa sensación de tormenta de verano en su interior. Se puso nerviosa y con un movimiento mecánico arrugó la servilleta entre sus dedos, en ese momento fue consciente de que todavía llevaba en la mano aquel papel y se acercó a la papelería de la esquina. Sin saber muy bien por qué, antes de tirarlo, se puso a alisarlo. Se quedó desconcertada al comprobar que no había ni rastro de chocolate. Fue haciendo una pelota con la servilleta mientras reflexionaba que ya se encargaría de averiguar si Víctor Fernández era un simple guasón o un mentiroso compulsivo, y la lanzó con desgana en la papelería. Pero para su desgracia su mente volvió a percibir el olor varonil de la colonia que usaba su vecino, que tanto la cautivaba.

## 6. Un secreto

Mari Sales no perdió el tiempo y nada más entrar en su casa y pegar un portazo, de la rabia que le daba no haber convencido al auditorio, se dirigió a la habitación de su hijo, encendió la luz y lo despertó sin contemplaciones. Los perros la persiguieron y se introdujeron con ella, de un brinco se subieron a la cama.

—¡Juanjo, levántate ya, que me tienes que llevar a urgencias! ¡La loca de Violeta me ha pegado! —le gritó con determinación— ¡Mira cómo ha sido que me ha roto hasta las gafas!

La colcha se movió y una mano, con unos dedos largos y estilizados, salió de entre las sábanas. Los perros correataron hacia la cabeza cubierta de pelo oscuro salpicada de canas y empezaron a lamer a su dueño.

—¡Juanjo! ¿Me quieres hacer caso? —le increpó mientras lo zarandeaba — ¡Te estoy diciendo que Violeta me ha pegado! Llama al abogado y pregúntale qué tenemos que hacer para denunciarla.

—Mamá, qué pesada eres —comentó con voz pastosa—. Déjame dormir un poco más y luego lo llamo. Apaga la luz al salir

Emitió una especie de bostezo y cambiando de postura volvió a meter el brazo entre las sábanas. Mari Sales comprendió que en plan autoritario no iba a conseguir nada, así que cambió de estrategia y decidió ser un poco más sumisa.

—Juanjo, por favor, atiéndeme —Se sentó en la cama y comenzó a temblar; unas lágrimas se filtraron a través de sus ojos. Controló sus nervios y prosiguió con victimismo—: Me he encontrado con Violeta en la portería y sin más ni más me ha pegado un bofetón, que mira cómo ha sido que las gafas han salido volando y se han partido —Aumentó los lamentos y lloros—. ¡Y no

puedo dejar de pensar dónde estará la pobrecita de mi nieta! ¡A saber con quién la deja esa mala madre para irse con unos y con otros!

Juanjo se giró hacia su madre y apoyándose en el colchón logró incorporar el tronco. Parpadeó unas cuantas veces y sus ojos color miel se clavaron en los de ella prestándole toda su atención.

—Me parece que esto no puede quedar así. No podemos consentir que esa caradura vaya por ahí robándonos lo que es nuestro, y encima aguantarle que me pegue —sollozó mientras se sorbía los mocos—. ¡Es el colmo!

—¿Pero tú no le has hecho nada? ¿No la has provocado?

Mari Sales se sacó un clínex y se sonó.

—Yo no le he tocado ni un pelo, te lo juro. ¡Y mira, mira cómo me ha puesto la cara! Si todavía se me notarán los dedos de esa desgraciada en la cara.

Juanjo se acercó un poco hacia su madre y entrecerró los ojos para escudriñarle mejor el rostro.

—Pues... no sé —titubeó—. Yo no veo nada.

—Porque ha pasado un rato y las marcas ya se habrán ido, hasta hace nada se me notaban, pero me ha dado tan fuerte que casi me tira al suelo. Que le hagan eso a una persona mayor como yo no se puede consentir, y menos un hijo —Como si le acabaran de pellizcar se puso en pie—. ¡Venga, levántate y llama al abogado!

Con gesto de resignación Juanjo apartó las mantas y muy despacio se fue irguiendo hasta que su más de metro ochenta y cinco alcanzó la vertical. Llevaba desabrochado un botón de más y cuatro pelillos grisáceos asomaron por el escote en pico del pijama a cuadros. Bostezó y se desperezó con calma, pero Mari Sales no le iba a dar tregua.

—¡Venga, date prisa, que para salir por las noches de juerga sí que te la das! ¿Con quién saliste? Seguro que te fuiste con esos amigos tan raros que no



me gustan un pelo. ¿Trabajan en algo? —A Mari Sales se le había olvidado su papel de víctima— Seguro que hacen como tú, que casi no vas al estanco, y siempre estás pensando en divertirte. Si al menos sentases la cabeza... Tu hermano, ese sí que es trabajador, pero tuvo que casarse con la zorra de Violeta...

—¡Mamá! Déjame en paz que voy a ir al baño —y de manera despectiva continuó—: ¿Te pregunto con quién vas al cine?

Estaba harto de aguantarla y por su cabeza circuló, como tantas veces, la idea de mudarse, pero lo cierto era que la comodidad que le suponía tener el plato caliente en la mesa y la ropa limpia era superior a cualquier otra fantasía. Tampoco tenía la intención de llevar a nadie a su casa; sabía muy bien cómo buscarse la vida cuando quería sexo y en cualquier caso siempre le quedaba el estanco, así que le salía más a cuenta soportarla de vez en cuando. Pero no le dio más vueltas, ahora su madre no era su prioridad, tenía otro problema mucho más grave y acuciante, que lo estaba consumiendo y le iba robando el sosiego. Lo afrontaría cuanto antes, aunque lo único que distinguía con nitidez era que Carlos Gómez lo iba a pagar caro.

—Es que mis amigas son normales y de lo mejor de Valencia. ¿Por qué ya no quedas nunca con Carlos Gómez? ¡Un médico! Pero no, tú, a rodearte de vagos...

—Me voy a duchar.

Y dejándola en el dormitorio salió hacia el pasillo. Su madre elevó la voz y, recordándole que llamase al abogado, le comentó que iba a salir quince minutos, pero que estaba preparada por si tenían que pasarse por urgencias.

No lo tenía planeado, pero la mente de Mari Sales maquinó que podría aprovechar ese tiempo que le daba su hijo para hacerle una visita de cortesía al doctor Ignacio Vázquez. La última vez que intentó hablar con él fue el día que murió su vecino Enrique Giner, y no pudo localizarlo. Era momento de volver al ataque y hacerse oír. Así que sin pensarlo más veces cogió el bolso y dejando atrás aquella casa tan plagada de muebles y antigüedades, que era casi imposible apoyarse en la pared sin tocar algún objeto, salió disparada al ascensor. Estaba ocupado. A través de los cristales vio a Cintia Bonillo que

bajaba con sus hijos y recordó que no le había dado el pésame; así que se sujetó a la barandilla de hierro y, con las piernas tías como postes, y el cuerpo rígido oscilando al compás de sus pasos, bajó los escalones. Gritó el nombre de su vecina para que no se le escapase y fue a su encuentro. La cara de Cintia dibujaba su habitual aspecto ácido, pero trató de insinuar una sonrisa que empeoró la acritud de su gesto. Le agradeció las dos palabras de consuelo y cada una siguió su camino.

Mari Sales ya había cumplido como buena vecina y enseguida se dispuso a coger el ascensor. Pulsó el botón número cuatro, pero, aunque imaginaba que su nuera no estaría en casa, le fue inevitable no intentar fisgar a través del cristal a la altura del tercer piso. Como había supuesto en el rellano no había nadie, y continuó más tranquila hacia el ático. Se aseguró de que las puertas del ascensor quedaban bien cerradas y llamó al timbre.

Un hastiado Ignacio apareció en el umbral, y entornando la puerta se quedó observándola. Resopló con descaro y con su voz profunda le preguntó a qué había ido; lo último que le apetecía era mantener una charla con la abominable Mari Sales.

—O me dejas pasar o me pongo a chillar a grito pelado para que todos los vecinos se enteren de quién es Ignacio Vázquez —lo retó con los brazos en jarras.

Ignacio dio un paso atrás y levantó los hombros.

—¿Quieres que diga yo quién es Mari Sales Martínez? ¿O prefieres la muy digna viuda de Garrido? Aunque da igual, todos los vecinos saben ya quién eres —y prosiguió en el mismo tono neutro y sosegado, pero sin perder un ápice de autoridad—. Lo que no entiendo es que con la de años que hace que nos conocemos se te haya ocurrido soltarme eso; creía que sabías que, a mí, amenazas... las justas —Y sin dar opción a réplica, cerró la puerta.

Mari Sales se quedó sin habla y un reguero de rabia le fue subiendo desde la punta de los pies al último pelo de la cabeza, hasta que consiguió nublarle el raciocinio y se puso hecha una furia a aporrear la puerta. Ignacio, que se había quedado a la expectativa esperando el momento de abrir, escuchaba los impactos con un sentimiento de resignación y de tanto en tanto alzaba la

mirada al cielo. Los nervios de Mari Sales se fueron templando y la altanería fue dando paso a ruegos y llamadas cada vez menos audibles. Ignacio se dijo que cuatro golpes más y alguna que otra súplica y le abriría.

—¡Me debes mucho, Ignacio! ¡Déjame pasar! Tengo que contarte lo que me ha pasado. ¡Por favor, abre!

—Yo no te debo nada, pero, si te calmas, te dejo entrar —le advirtió facilitándole el paso—. A quien yo le deba, ya se lo pagaré a su debido tiempo.

Mari Sales adoptó una actitud digna y cruzó el umbral. Pensó que con aquel jersey rojo y aquellos pantalones de pana marrones el doctor estaba muy elegante, pero no le pasaron por alto las arrugas de la frente, que le parecieron más marcadas, ni las profundas ojeras. Tuvo la sensación de que Ignacio había envejecido en las últimas dos semanas y así se lo hizo ver.

—Estás muy estropeado, Ignacio, se nota que no te cuidas. ¿Me invitas a sentarme?

—Sí, desde que murió Mercedes me ocupo menos de mi alimentación y de mi aspecto personal, y no, no te invito a que te sientes porque estoy esperando al jardinero y estará al caer, así que dime de una vez a qué has venido y me dejas tranquilo —Puso cara de contrariedad mientras observaba cómo Mari Sales se introducía por el pasillo y llegaba al salón—. Y si vienes a por recetas, ya te aconsejé que te tratara mi colega, el doctor Peris.

—Ya que lo dices, recetas también. Pero no he venido a decirte eso —le comentó dejándose caer en el sofá de cuero marrón—. ¿Sabes que Violeta me ha pegado y que en cuanto Juanjo salga de la ducha me voy a denunciarla? — Los labios siliconados, que le gustaba colorear en tonalidades rojas, le temblaron ligeramente.

—No me lo creo. Bueno, me refiero a que te haya pegado; en cuanto a la denuncia, por supuesto que te veo capaz, y por mucho que intente detenerte sé que no va a servir de nada —Ignacio, que seguía de pie, cruzó los brazos y cierto brillo de rencor se apreció en su mirada—. ¿Qué más tienes que contarme?

—Juanjo, me tiene preocupadísima; ni se casa ni se echa novia. Y va con unas amistades que no me gustan un pelo. Si al menos se tomase una cerveza con el doctor Gómez, como hacía antes... Y está muy raro, parece que tenga pájaros en la cabeza y casi no come. Le pasa algo.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Le doy un discurso a un tío de cuarenta y cuatro años sobre quiénes deben ser sus amistades o le suelto a bocajarro que tal vez soy su padre y que es mi obligación llevarlo por el buen camino? —le preguntó sin alterarse lo más mínimo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así! ¡No me trates como a una cualquiera!  
—Mari Sales se puso en pie de un brinco— ¡Claro que eres su padre! ¡Y tu herencia es suya! —Pretendía hacerse la ofendida, pero su propia excitación la delataba— Si te hubieses casado conmigo, las cosas hubieran sido diferentes

Con un tono de paciencia infinita y sin agitación la voz de Ignacio, más ronca de lo habitual, la cortó en seco.

—Se te olvida que cuando te conocí, no eras precisamente mocita. ¿O acaso ya no te acuerdas? —Se apreció un deje irónico— Me estuviste persiguiendo hasta que me lo pusiste tan fácil que caí como un imbécil, pero no tuviste suerte... conmigo —y continuó diciendo con pesar—: Nunca te prometí nada, sabías que quería a Mercedes y te lo dije, pero tú erre que erre hasta que me viniste con el cuento del embarazo. Te recuerdo que en su momento te aseguré que me haría cargo de la criatura, pero entonces no quisiste porque ya habías atrapado a Juan José, y querías ser su decente esposa. Entonces decidiste que querías mantenerlo en secreto —resopló—. Creí que ya te había perdido de vista, pero tuviste que volver a aparecer para hacerme la vida imposible. ¿Qué quieres ahora? ¿Mi dinero? —y con aire divertido, añadió—: Te advierto que, si reconozco que soy el padre, vas a quedar como la puta de Valencia. Tú misma.

Mari Sales recorrió unos pasos sin llevar una dirección concreta, parecía que quería hablar, pero ningún sonido salía de su boca. Estaba indignada por las palabras que acababa de escuchar, sin embargo reconocía que encerraban una gran verdad. Claro que quería su dinero, le correspondía a Juanjo por derecho legítimo y a ella por haber sufrido tanto; y, por supuesto, no iba a

tolerar que cayera en manos de ningún sobrino. Odió a Ignacio por no haberla querido e interiormente maldijo el día en que lo conoció; tendría que tramar con más calma cómo arreglar el tema de la sucesión, sin que ella quedase como una cualquiera.

Sintió que le faltaba el aire, no podía respirar, y empezó a darse palmadas en el pecho emitiendo unos quejidos de ahogo.

—¡Ay, ay! ¡Me asfixio! ¡Ay! ¡Mis pastillas! Corre, hazme la receta que me he quedado sin Prozac y, si no me lo tomo, me voy a morir —se puso a llorar al tiempo que tosía y entrecortadamente prosiguió—: ¡Me va a dar un ataque de ansiedad! ¡Me voy a morir!

—No, Mari Sales, no, mala hierba nunca muere —le comentó elevando la voz. Se había trasladado a su despacho y se encontraba en el escritorio sacando las recetas de uno de los cajones—. Te la voy a hacer porque eres tú y estás desquiciada, pero te pido por enésima vez que le cuentes tus rollos al doctor Peris —concluyó entrando de nuevo en el salón.

Se la extendió y con un movimiento rápido Mari Sales se la quitó de la mano y se la guardó en el bolso.

—En cuanto al chico, hablaré con él —le prometió—. Pero no lo hago por ti, lo haré por Juanjo y por mí.

—Gracias, ya hablaremos. Me voy que me está esperando.

Ignacio, preocupado, se dejó caer en una butaca. Mari Sales, sin necesidad de que la acompañase hasta la puerta y con ese paso de a quien la artrosis le está corroyendo los huesos, desapareció por el pasillo.

Al llegar a su casa Juanjo ya estaba preparado, se había puesto mucho fijador y el olor de la gomina impregnaba la estancia. Le informó de que, según el abogado, lo mejor era presentarse en urgencias para que le hiciesen un parte de lesiones; después pondrían la denuncia. Sin perder ni un segundo lo estiró de la manga y lo llevó a la puerta; a la media hora ya estaban en el hospital.

Tras casi tres cuartos de hora de espera entraron muy dignamente en la consulta. Mari Sales se explayó contándole al médico la agresión sufrida, pero este, después de varios minutos observándola con detenimiento, llegó a la conclusión de que no existía ningún tipo de contusión ni daño. Mari Sales intentó rebatirle el diagnóstico y se indignó con aquel medicucho que no tenía ni idea de lo que era sufrir malos tratos; el doctor hizo oídos sordos y firmó el alta. Al salir, Mari Sales, en un arranque de furia, culpó a Juanjo porque no se le había ocurrido pegarle una buena bofetada y que las marcas de sus dedos hubiesen quedado bien impresas. En un momento en que su madre no lo miraba emitió un bufido y subiendo al coche enfiló hacia la comisaría de Abastos para interponer la denuncia. Durante el trayecto Mari Sales no volvió a pronunciar palabra, estaba demasiado enfrascada en Ignacio y su herencia; a la muerte de Ignacio Juanjo debía ser el único beneficiario.

## 7. El tercero izquierda

Sonia Domínguez estaba acabando de darse los últimos retoques con el maquillaje. Mientras se dibujaba la raya sobre el párpado superior pensaba qué palabras debía pronunciarle a su vecina para darle consuelo y llegar a congraciarse con ella. Tenía que concentrarse en ser cercana, pero sin llegar a parecer íntimas, demasiada familiaridad podría llegar a ser contraproducente; Cintia era una persona muy especial y si no le caías en gracia a la primera ya podías olvidarte de conseguir su amistad. Ellas se saludaban cordialmente cuando se cruzaban en la portería, pero Cintia no le había dado pie a ningún tipo de acercamiento, y no sería porque Sonia no lo había intentado. Más de una vez le había insinuado que podrían tomarse un café o le había comentado que si la acompañaba a un pase de modelos que organizaba alguna conocida, pero Cintia siempre le había salido con la misma respuesta: «Qué lástima, no me viene bien. En otra ocasión». Así que no encontraría otra oportunidad como aquella para confraternizar con su admirada Cintia Bonillo, y de esa manera codearse con lo más selecto de la sociedad.

Con Enrique fue mucho más fácil, él era más mundano y simpático. No obstante, no debía olvidar que la relación que mantuvieron fue, por llamarlo de alguna manera, profesional. Y ese había sido el motivo principal por el que Alejandro había accedido gustoso a acompañarla a bajar al segundo piso y saludar a Cintia. Tal vez su vecina no estuviese al tanto de los tejemanejes de su marido.

Pero, a pesar de los esfuerzos de Sonia por mantenerse alerta, cierto sopor la estaba embargando, y eso que se había levantado de la siesta hacía ya más de una hora. Se había pasado todo el fin de semana ultimando unos proyectos que había prometido tener listos para la semana siguiente y eso, sumado a todos los extras que le suponían sus hijos, a quienes para ser los mejores había apuntado a todas las clases que se le habían pasado por la cabeza, desde golf hasta alemán, la dejaba por los suelos. Pero esos cuatro niños la colmaban de un potente orgullo: tener uno hubiera sido quedarse en un limbo entre «no

soporto a los niños y con uno es suficiente» o «no podemos mantener a más»; dos significaba la peor de las mediocridades; tres ya era un buen número, pero poder mantener a todo tren a cuatro criaturas era la mejor carta de presentación del estatus superior al que se pertenecía.

Estaba tan cansada que echó de menos comerse un bocadillo que la llenara de energía, pero eso no podía entrar en sus planes, se había jurado que ese mes iba a perder dos kilos y que los pantalones de la talla 36 que se acababa de comprar le sentaran como un guante, y no como una morcilla a punto de reventar sobre la sartén. Por eso había cogido la rutina de dedicarse dos horas de los domingos y destinarlas a descansar, pero como esa tarde sus prioridades habían cambiado, y prefería invertir ese tiempo en hacerle compañía a su vecina, tuvo que aguantarse con una aspirina.

Para no dejar solos a los niños habían llamado a la infeliz Violeta para que se pasara a su casa con Sofía y se quedara un rato al cuidado de su prole. Total, no le costaba nada, simplemente era cruzar el rellano.

Escuchó unos golpes en la puerta del baño y sus pensamientos se difuminaron.

—¡Sonia! —la llamó Alejandro aporreando la puerta— ¿Sabes dónde están los zapatos de color negro que me compré el año pasado? Sí, esos de cordones.

Alejandro llevaba su rizado pelo un poco revuelto porque acababa de levantarse del sofá. De pronto emitió un largo bostezo y se rascó el pecho.

—Estarán en el altillo, dentro de la caja —le respondió Sonia saliendo del baño—. Llevas la camisa muy arrugada. ¡Anda!, cámbiatela mientras voy a por la escalera y te busco esos zapatos. Son preciosos, a Cintia le van a encantar.

Mientras Sonia salía del dormitorio en busca de la escalera que se encontraba en la galería de la cocina Alejandro aprovechó para tumbarse en la cama y cerrar los ojos un par de minutos. Enseguida volvió a aparecer su esposa y esta se descalzó para subir. Tocando casi el techo con la cabeza se puso a levantar las tapas de las cajas. La melena castaña le brillaba bajo la luz



de la lámpara.

—¡Como siempre, está al fondo! —se quejó.

Alejandro entreabrió los ojos y la miró sin interés. De pronto clavó su mirada en el techo y frunció el ceño.

—Sonia, ¿ya has pensado en cómo lo vamos a enfocar para averiguar si Cintia sabe algo? He pensado que igual no tiene ni idea y lo mejor es dejar pasar el tiempo... Si no nos dice nada, es que no sabe de la misa la mitad.

—No es mala idea, pero, si lo sabe y nos hacemos los despistados, vamos a quedar muy mal —Sonia seguía en las alturas apartando cajas—. Y 50.000 euros son muchos euros; bueno, más los intereses.

—Ya te apañarás tú con el dinero. Te dije que lo de cambiarnos el barco por otro más grande no era buena idea. ¡Y lo de apuntar a los niños a tantas actividades! ¡Y socios del club de golf más caro de Valencia! ¡Si no juegas al golf! Hace unos años sí, cuando el boom inmobiliario hacía que los arquitectos fuésemos de oro, pero ahora no, ahora los clientes se cuentan con cuentagotas..., y no paras de gastar. ¡Estoy muy agobiado! —Como si le acabaran de pinchar se sentó con rapidez en el borde de la cama y se restregó los ojos— No sé cómo vamos a hacerle frente a la hipoteca si tu tío no nos da un empujoncito..., y algo más. Tus padres ya no nos pueden dejar, que yo sepa lo han vendido todo. ¿Les queda algo?

A Alejandro le gustaba la buena vida tanto o más que a su mujer, pero tenía muy claro que la responsabilidad de las deudas no era cosa suya. De dónde sacase Sonia el dinero no le importaba. Si ella estaba dispuesta a afrontar los pagos, e incluirlo a él en sus excesos, eso que se ganaba.

—Te ahogas en un vaso de agua, Alex —dijo Sonia despreocupadamente, mientras conseguía hacerse con la caja y la arrastraba para sacarla—. Aunque haya sido en el último momento, siempre hemos conseguido reunir el dinero. Y esta vez no va a ser diferente. Es verdad que de mis padres nos podemos olvidar, pero si tenemos suerte nos podremos librar de pagar 50.000 euritos. Además, mi querido tío Ignacio sigue ahí y, si deja de estarlo, me caerá una suma nada despreciable. Ahora lo mejor es coger el papel y llevarlo encima, a

ver qué pasa —Sonrió con malicia mientras pensaba que Alejandro estaba muy equivocado si creía que iban a reducir su nivel de vida, y bajó cuidadosamente los peldaños—. ¡*Voilà!* Vas a estar ideal con estos zapatos, pero cámbiate la camisa que con esa no vas bien...

Su intención era soltarle algún halago a su marido para tenerlo contento cuando se vio interrumpida por el sonido del timbre. Le dijo a Alejandro que sería Violeta con Sofía, y que fuese preparándose mientras ella se acercaba a recibirlas:

—¡Violeta, qué mona eres! No sabes el favor que me haces. Pasad y sentaos en la salita con los niños, están viendo la tele, pero si queréis ver otro canal lo decís y se aguantan —les iba diciendo mientras las conducía hasta la habitación. Sofía daba pequeños saltos de excitación solo de pensar que iba a poder jugar con sus vecinos más mayores—. Calculo que en media hora estaremos de vuelta, sobre las siete y media; prácticamente bajar y subir.

—Me puedo quedar hasta las ocho menos cuarto, Sofía está emocionada de estar aquí, pero quiero que a las ocho se bañe y como muy tarde a las nueve cenando —Violeta lo dijo como de pasada, pero su comentario encerraba una advertencia. Conocía a Sonia lo suficiente como para saber que si se liaba la cosa ni se acordaría de ella y luego aparecería con su agradable sonrisa pidiendo unas falsas disculpas y asegurando que vaya cabeza la suya. No sería la primera vez.

—No te preocupes, casi ni te enterarás de que nos hemos ido de lo rápido que será.

Violeta no estaba tan segura. Cuando a las doce del mediodía habían llamado a su puerta y se enfrentó con la afable cara de Sonia en el rellano, supo que venía a pedirle algún favor; por si le quedaba alguna duda, en cuanto vio las dos magdalenas que le ofrecía en un plato para que las probasen Sofía y ella, se le disolvió como una salpicadura de agua bajo el tórrido sol de julio. No se engañó pensando que no le hubiese gustado que ese inesperado dedo que pulsó el timbre hubiese pertenecido a Víctor, pero tampoco le supuso ningún trauma porque estaba hecha unos zorros y no le apetecía que la pillase otra vez sin arreglar. Intentó deshacerse de su vecina alegando que tenía que recoger a la niña antes de comer y que después tenía muchísimas cosas que

hacer, pero ante la complaciente insistencia de Sonia, y que en realidad tampoco le suponía tanto esfuerzo y estaba descansada de todo el fin de semana, accedió. Acudiría a las siete a echar un vistazo a los niños.

Se pusieron a ver una película para adolescentes que amodorró a Violeta y cuando se quiso dar cuenta eran las ocho. Se inclinó sobre las rodillas y se puso a repiquetear sobre ellas; Sonia siempre se la jugaba. Se levantó inquieta y dio unos pasos por la sala. Los cinco niños seguían absortos en el televisor y de vez en cuando Sofía los interrumpía para hacer alguna observación sobre si el personaje que aparecía en ese momento era el protagonista; le costaba seguir la película, pero estaba feliz de compartir un rato con otros niños.

Se le ocurrió sacar el móvil para hacerle una llamada a su vecina, pero cambió de opinión y decidió aprovechar que todos estaban tranquilos para dirigirse a la puerta. Tal vez escuchara algún movimiento en el piso de abajo que le advirtiera del fin de la visita. La abrió muy despacio para no levantar sospechas y suspiró de alivio al oír unas voces que se despedían. Le llamó la atención lo empalagosa que se estaba poniendo Sonia haciéndole la rosca a Cintia y cómo mostraba un interés desmesurado hacia su persona. A Violeta le pareció exagerado, pero tampoco le iba a quitar el sueño, no era su problema y lo único que quería era marcharse a su casa.

Estaba a punto de cerrar sigilosamente cuando sin pretenderlo escuchó los murmullos del matrimonio que ya subía por las escaleras. Iban sin prisa, parándose a comentar en cada escalón. Sabía que no estaba bien, pero no pudo evitarlo y se quedó allí, escuchando a través del estrecho espacio que había dejado entre la puerta y la jamba, prestando atención a cada palabra:

—¡No me lo puedo creer! ¡No tiene ni idea! Estoy segura de que Enrique no le hablaba de sus «negocietes», y ella vivía en la parra —A pesar de que hablaba muy bajo, la excitación de Sonia era palpable.

—Sí, parece que vamos a tener suerte, pero calla que aquí no es buen sitio para hablar. Mejor subimos y que Violeta se vaya —murmuró Alejandro subiendo un par de peldaños—. Oye, ¿qué hacemos con el documento? ¿Lo rompo?

Violeta ya no pudo quedarse ni un segundo más porque se jugaba que la

descubriesen *in fraganti*. Cerró con cuidado y cogiendo carrerilla llegó al salón y se sentó en el sofá como si no se hubiese movido de allí en siglos, pero no paraba de darle vueltas a cuál sería el asunto sobre el que habían tramado aquellos dos. Enseguida apareció el matrimonio Lerma Domínguez pletórico, como si les acabasen de anunciar que les había tocado la lotería, y saludaron alegremente sin pronunciar ni una sola disculpa por la espera; la felicidad que les embargaba hacía que les fuese imposible pensar en nada más, y Violeta, sin esperarlas, se puso en pie y agarró a Sofía de la mano. Ya no tenían más que hacer allí y se despidieron de los niños. Alejandro le agradeció el favor y desapareció por el pasillo. Violeta lo siguió con la mirada y verificó que se dirigía a la cocina. En cuestión de un segundo se le ocurrió preguntarle a Sonia si le podría dar un vaso de agua, estaba tan sedienta que no llegaba a su casa. Llegaron a la cocina y tuvo ocasión de ver que Alejandro cerraba la pequeña puerta situada bajo la pila, donde se encontraba la basura. Si se había deshecho del papel, tendría que encontrarse ahí. Dio un largo trago y se despidió con prisa.

Entró en su casa y diciéndole a Sofía que se fuese sacando el pijama y se desvistiera para meterse en la bañera, apretó el ojo contra la mirilla. Todavía no habían sacado la basura, pero no tardarían porque Josefa pasaba a recogerla sobre las nueve y media; era la única obligación que tenía los fines de semana.

Echó un vistazo al reloj y confirmó que eran las ocho y media; había tiempo de sobra. Se fue al baño y abrió el grifo del agua caliente y después el de la fría y, aunque estaba segura de que Josefa no habría pasado, la impaciencia de saber si aquella bolsa estaba ya en el descansillo devolvió sus pasos a la entrada. Oteó y sin novedad. Regresó corriendo al baño y controló el agua hasta que consideró que había llegado al nivel adecuado; cerró los grifos y llamó a Sofía. La niña se presentó agitada y con rapidez se metió dentro. Violeta echó unos patos de goma para que se entretuviese y muy a su pesar, pues quería aparentar calma, volvió a asomarse a la puerta. Corroída por el nerviosismo empezó a gritarle a Sofía que era muy tarde, que saliese ya y que no se lavase el pelo, eso le supondría perder un tiempo vital. La pequeña obedeció sin rechistar y Violeta, con decisión, empezó a frotar la toalla contra la piel de su hija. Su cuerpo estaba en aquel baño, pero su mente se encontraba a unos metros de allí, en el umbral de la puerta de sus vecinos.

Estaba tan ensimismada en sus reflexiones que la niña se quejó de lo fuerte que la restregaba. Intentó centrarse en su tarea y convencerse de que aquel papel no era tan importante y, en todo caso, quién era ella para entrometerse en la vida ajena, pero esos coherentes razonamientos le duraron poco. En cuanto le pareció escuchar el sonido de un portazo, salió disparada hacia la mirilla. Allí estaba su codiciado tesoro: una bolsa de plástico lila con un lazo anaranjado a rebosar de desperdicios. El corazón se le aceleró y su subconsciente le presentó el verdadero motivo por el que estaba decidida a escudriñar en los desperdicios de sus vecinos: la muerte de Enrique no había sido accidental. Un escalofrío le recorrió la nuca

Tomó aire e intentando no hacer ruido abrió la puerta. Para infundirse valor se dijo que el papel debía de estar por la superficie, y que no sería muy complicado encontrarlo, y dio un paso al frente; si la sorprendían se inventaría algo sobre la marcha. Llegó hasta la bolsa y se agachó con cautela. El nudo estaba muy apretado y no quería romperla para que no se notase que alguien había escarbado; además, estaba muy llena y podían caerse algunos restos y dejar la escalera hecha una pena. Miró la hora y corroboró que le quedaban veinte minutos. Si tenía que ponerse a recoger y cambiar el contenido de una bolsa a otra, era más que probable que no le diera tiempo. Inhaló y se puso con el nudo, con las asas lo habían hecho doble.

—¡Mami! ¿Qué haces? Tengo hambre —La sorprendió Sofía desde el recibidor. Las manos de Violeta se pusieron a temblar.

—Shhh... Ya voy, cariño. He perdido una cosa muy importante y ahora enseguida te preparo la cena. Ponte la tele que ya entro yo.

—Tengo sueño.

—Túmbate en el sofá con la mantita y me esperas que tardo un minuto — Violeta lo dijo en un tono dulce mientras cerraba los ojos, tratando de abstraerse y templar su agitación.

Sofía desapareció y Violeta volvió a concentrarse en las ataduras. Ya casi tenía el primer nudo cuando frenó en seco al escuchar el sonido del ascensor, pero continuó al comprobar que se había detenido en la segunda planta. Lo deshizo y cogiendo cada tira entre sus dedos se puso con el siguiente; estaba

complicado porque estaba muy apretado y le resultaba difícil distinguir a qué asa correspondía cada cinta que estiraba. Puso los cinco sentidos en aquellos plásticos naranjas y tiró con brío. La inundó una emoción casi mística cuando reparó en que empezaban a separarse. Unos segundos más y lo conseguiría, pero una voz procedente del ascensor la sobresaltó y le hizo girar la cabeza noventa y cinco grados y elevar la vista.

—¡Pero señora Violeta! ¿Qué hace ahí a cuatro patas «furgando» en la basura de los Lerma? ¡«Mare de Deu» Santísima!

Josefa, apoyada en la puerta del ascensor y arrugando la nariz, la observaba sin dar crédito. Violeta pronunció lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Pero usted no pasa a las nueve y media? —Eché un vistazo al reloj y se dio cuenta de que eran y veinticinco; había apurado el tiempo en exceso— ¡Por un momento he pensado que se trataba de Mari Sales! ¡Menos mal! —Y prosiguió titubeando desde el suelo— Estaba buscando la lentilla que se me ha perdido y como he estado en casa de los Lerma un rato esta tarde..., he pensado que se me habría caído al salir.

No entendía cómo se le había ocurrido una excusa tan vieja cuando ella ni siquiera utilizaba gafas.

—La lentilla..., en la basura —soltó Josefa con ironía. Resultaba evidente que no se lo había tragado—. Lo mejor que puede hacer —continuó diciendo mientras soltaba la cancela de hierro del ascensor y se llevaba la mano al escote, subiéndola y bajándola hasta el pecho varias veces, como si quisiera alisarse la bata de color azul marino que llevaba puesta para no ensuciarse; el semanario que llevaba en la muñeca empezó a sonar— es sacar su basura, que veo que todavía no la ha *sacado*, mientras yo voy metiendo esta en el ascensor, y voy a hacer como que no he visto *ná*.

—¡Josefa, no! —La propia Violeta se quedó asombrada ante aquella exclamación que le había salido de las entrañas, pero reaccionó y optó por ser resolutiva. Había llegado muy lejos y no iba a consentir quedarse en ascuas. Tenía que convencer a la mujer que tenía enfrente y lo primero que hizo fue levantarse y darle una explicación hablando en susurros—: Están ocurriendo

cosas extrañas y es muy posible que en esta basura podamos encontrar una pista; necesito encontrar un papel.

Josefa frunció el ceño y se estiró de uno de los pelillos que se encontraba en el lateral de la barbilla, las pulseras volvieron a tintinear.

—Ya le dije yo que en esta finca estaban pasando cosas muy «sintagmáticas» —se quedó pensativa unos segundos y continuó en un murmullo—: Meta esta bolsa en su casa, que yo subo al cuarto piso, bajo y vuelvo enseguida. Si alguien tiene que saber lo que pasa aquí, soy yo.

Cada una se fue a su cometido y en menos de cinco minutos Josefa estaba en la anticuada cocina de Violeta.

—Josefa, si le parece, lo dejamos para un poco más tarde. Sofía tiene hambre y no le he hecho la cena...

—¡Ni pensarlo! —prorrumpió Josefa— Yo me pongo a hacerles una tortilla de patata y usted busca ese papel tan «significante» y me va contando lo que ha *pasao*.

Se quitó la bata y guiada por su anfitriona, quien a la vez la iba poniendo en antecedentes, se hizo en un santiamén con todos los ingredientes necesarios y, mientras pelaba las patatas, Violeta se puso como una poseída a rebuscar entre pieles de plátanos, cartones de Bifrutas salpicados de manchas de tomate y un par de envoltorios de Bimanán. Aunque en las urgencias del hospital estaba acostumbrada a ver cosas insólitas y desagradables, se alegró de no encontrarse con ningún desecho escabroso. Enseguida vio algo y lo sacó. Josefa se puso alerta.

—Uff... Lo ha roto en pedacitos. Voy a tener que encontrar los trozos y unirlos. Si tengo que meter más la mano, casi que me pongo unos guantes.

—Usted por mí no se preocupe que yo no tengo prisa —En ese momento Josefa estaba echando la mezcla de huevos y patatas en la sartén.

Violeta, en silencio, fue encontrando fragmentos, que al principio miraba con detenimiento, pero cuando llegó a la conclusión de que con un: «se c» no

iba a llegar a ningún sitio, decidió sacarlos lo más rápido posible y apartarlos en un montoncito. Se sintió reconfortada al ver cómo Josefa y Sofia, con cara de sueño, hacían los honores a la tortilla y pensó que había sido una suerte que la portera la hubiese descubierto en aquella descabellada aventura. Una vez consideró que el montón era lo suficientemente voluminoso como para completar un folio se quitó los guantes, recogió el montón de papelitos y los colocó sobre el banco de madera. Se lavó las manos en la pila y fue a por un plato y un tenedor; bien podía comer y recomponer el endiablado rompecabezas al mismo tiempo.

Mientras de pie devoraba la tortilla y con el dedo iba moviendo las piezas por ver si encajaban, Sofia se terminó una manzana. Repitió que tenía sueño y Violeta la acompañó al dormitorio, la metió en la cama y le dejó la lamparita encendida para que se entretuviese con la lectura de Jerónimo Stilton; la besó y le prometió que volvería enseguida.

En la cocina se encontró a Josefa, sin tocar nada, intentando descifrar aquel revoltijo de letras. Violeta volvió a colocarse en el mismo lugar y Josefa se apartó unos centímetros, pero como al mover el brazo chocaba con el cuerpo de la portera, Josefa decidió no estorbar y sentarse en una silla a esperar.

—¡Menos mal que me ha *contao* lo que pasaba! No sabe la pena que me ha *entrao* cuando la he visto ahí «acachada» en el suelo. Me he dicho: la señora Violeta también está «transtocada»

Había colocado el codo sobre la mesa y negaba con la cabeza mientras la sostenía entre el pulgar y el resto de los dedos.

—Tranquila, Josefa, que, aunque me falte poco, todavía me queda algo de cordura —Y un brillo de triunfo iluminó los ojos verdes de Violeta—. Faltan algunos trozos, pero ya le puedo adelantar que estamos ante un reconocimiento de deuda... —y mirando directamente a Josefa, continuó—: privado.

Josefa abrió la boca con desaprobación y se restregó los ojos, sus espesas cejas revueltas se convirtieron en una oscura maraña.

—¡Lo tengo! —Violeta, sin salir de su asombro, se puso a hablar muy



rápido— Sonia Domínguez le firmó un reconocimiento de deuda a Enrique Giner por un importe de 50.000 euros más intereses. Y ya sabemos que Cintia no tiene ni idea.

—¡«Mare de Déu» Santísima! —Fue lo único que acertó a pronunciar Josefa, y se rebuscó en el escote hasta que se aferró a su medalla.

—Pero eso no es lo mejor —Violeta se mordisqueó el labio inferior—. Lo mejor es que el primer plazo venció el 1 de noviembre, el día que falleció.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía?

—¿Y qué les decimos? ¿Que hemos hurgado en la basura de unos señores, cosa que es ilegal, y juntando papelitos hemos descubierto que le debían dinero a otro, que casualmente murió hace tres días y que por eso se van a escaquear del pago?

—Vamos a pensarlo bien, señora Violeta —dijo Josefa con determinación levantándose de la silla—. Yo me llevo la basura, que todavía tengo que sacarla a los contenedores.

Violeta, sin dejar de pensar en aquel documento, acompañó a Josefa y después se fue a ver a su hija; su respiración era pausada y tranquila, hacía rato que se había dormido. Le quitó el libro, le dio un beso y apagó la luz. Una ráfaga le trajo a Ignacio a la cabeza, tendría que ponerlo al día en cuanto tuviese ocasión. Se desvistió y se puso el pijama, pero era consciente de que conciliar el sueño no iba a ser tarea fácil. Cogió el libro de Ken Follet que tenía sobre la mesita de noche y empezó a leer.

## 8. Revelaciones

Violeta se había pasado todo el lunes en el hospital; hacía ya tiempo que suplía las guardias con horas extras en un horario más convencional, estaban peor pagadas pero así tenía tiempo de ocuparse de Sofia. Eran las ocho y diez de la tarde cuando por Marqués del Turia se acercaba al cruce con la calle Conquistador. Como siempre, había dejado el coche en el parking del mercado de Colón y llegaba a su casa andando, pero, para jugar al despiste con su ex suegra, no siempre hacía el mismo recorrido. Antes de acercarse al portal se retiró las greñas que el aire hacía que le cubriesen la cara y se puso a mirar en todas direcciones en busca de Mari Sales; enseguida la vio con los perros en los jardines que dividían la avenida. Se aseguró de que no había advertido su presencia y apretó el paso, aunque la falda de tubo que llevaba le impedía amplificar sus zancadas, el repiqueteo de sus tacones al chocar contra la acera resonó más rápido.

Hacía un poco de viento y para protegerse agachó la cabeza y se arrebujó con el abrigo de lana marrón que le cubría hasta las rodillas. Como evasión se puso a contar sus pasos sin levantar la mirada de la acera; por eso no se fijó en que allí estaba Cintia acompañada por una mujer que hacía aspavientos con los brazos y negaba exageradamente con la cabeza. Casi choca con ellas y alzó los ojos. Enseguida reconoció a la madre de su vecina.

—¡Qué no, Jacinta, ni pensarlo! Que no pienso subir a tu casa. No quiero ver a ese asesino asqueroso ni en pintura. ¡Que se muera! Lo que tendrías que hacer es venirme conmigo y no pasar la noche aquí sola...

—¡Deja ya de una vez de llamarme Jacinta! —le ordenó a su madre pronunciando las palabras muy despacio y con determinación, al tiempo que acercaba su rostro enfurecido al de ella — Hace mucho que cambié en el registro ese horrible nombre. ¡Acostúmbrate!

—Perdón —interrumpió Violeta, y a su pituitaria llegó el penetrante olor a pachuli del perfume que usaba la madre de Cintia. Estuvo a punto de darle el pésame, pero como nunca se habían dirigido la palabra ni habían sido

presentadas, prefirió no entrometerse y subir a su casa; y de paso, no dar facilidades a Mari Sales—. Voy a abrir. Y ya sabes Cintia que, si necesitas algo, aquí estoy para lo que haga falta.

—Pues aprovecho para decirte que mañana es el entierro de Enrique —lo dijo con su habitual dureza en la voz y sin ningún pestañeo—. La misa será a la una en San Juan y San Vicente, si quieres te pasas.

Violeta asintió con la cabeza y le aseguró que allí estaría, pero una luz roja se encendió en su cerebro y la obligó a demorarse en introducir la llave. Si ya le habían entregado el cuerpo de Enrique, significaba que ya estaban concluidos los resultados de la autopsia. Tenía que ser lista y enterarse de la causa de la muerte, así podría olvidarse de las ideas absurdas que de vez en cuando le asaltaban la mente.

—Si subes ya, te espero y me cuentas el *planning* de mañana. Me tengo que organizar y no sé cómo lo tengo; quiero asistir al funeral, pero, si me es imposible, tal vez pueda acudir al tanatorio. Mejor si me lo explicas.

—Bien. Mi madre ya se iba y recogerá a los gemelos después de tenis; mi hija Sabina se ha ido con su padre, así que podemos subir a mi casa y decirle a Evelyn que nos prepare algún cóctel. Necesito desconectar.

Se había auto prohibido el alcohol, engordaba demasiado, pero se sentía tan estresada que era la única vía de escape que se le había ocurrido; no todos los días se tenía que encargar del entierro de un marido y, ya puestos, mejor hacerlo en compañía. La gente que lo hacía sola le resultaba patética y débil. Y eso era lo último que ella era.

—Perfecto —comentó Violeta—. Tengo hasta las ocho y media; a esa hora se va la chica que cuida de Sofía.

Cintia le dio un fugaz beso a su madre y siguió a Violeta hasta introducirse en la portería. Llegaron al ascensor y Violeta, con desesperación, comenzó a pulsar el botón de llamada como si un calambre le impidiese que el dedo dejase de moverse a un ritmo trepidante; que pudiese aparecer Mari Sales en esos momentos la sacaba de quicio. Pero no le pasó por alto la mirada, una mezcla entre asombro y superioridad, que le lanzó Cintia. Supuso que su

actitud la estaba confundiendo al no comprender su nerviosismo, porque lo que jamás hubiese sospechado era que Cintia estaba celosa de su atractivo y de que, en realidad, estaba pensando lo bonito que le parecía su revuelto y ondulado pelo; con la angustia permanente en la que vivía, nunca se hubiese imaginado que alguien pudiese tenerle envidia.

Algo se metió en el ojo de Cintia y comenzó a bizquear en el preciso instante en que Violeta giraba la cabeza, así que se sacó un pañuelo y con mucho cuidado agarró la punta y se dio pequeños toques sobre el lacrimal; se alegró de que aquellas lágrimas le permitiesen mostrar aflicción en público. Aparte de cansancio, poco más había demostrado.

Aunque la única sensación que tenía era la de que aquella mujer era una amargada, y no precisamente debido a la muerte de su marido, Violeta fue a decir algo para romper el silencio, pero el corazón casi se le sale del pecho del sobresalto que se llevó al notar que se abría la puerta de entrada al edificio. De forma inconsciente volvió a pulsar el botón de llamada.

El ascensor se acercaba, pero ya era tarde; aunque para su alivio no se trataba de Mari Sales, Ana Gallego, con un gorrito de lana muy ceñido a la cabeza y unas botas planas forradas de pelo, frenó sus pasos al ver a sus vecinas, y se acercó en su dirección caminando muy despacio. Era evidente que se había quedado desconcertada y no sabía qué actitud adoptar.

Por unos instantes Violeta y Cintia se quedaron observándola, pero enseguida Cintia desvió la mirada y poniendo cara de asco empezó a golpear el suelo con el empeine del pie derecho. Ana agachó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos para disimular el tembleque de sus manos, quería ser invisible.

En unos segundos se había creado una situación tan incómoda y palpable que las tres hubiesen jurado que sus poros se estaban dilatando por la tirantez. Violeta se convenció de que si se volvía a abrir la puerta y aparecía María Sales chillaría y desaparecería escaleras arriba, pero olvidó sus temores cuando un olor a mentol le inundó la nariz.

Ana llegó a la altura de las otras dos al tiempo que lo hacía el ascensor, miró de reojo a Cintia y de forma casi inaudible pronunció: «Buenas tardes», y

comenzó a subir peldaños. La única voz que contestó fue la de Violeta, aunque imaginaba que el saludo no era para ella, y como un proyectil se abalanzó a abrir la puerta de hierro mientras Cintia arremetía con las dos hojas de madera y se colaba en el interior.

Violeta estaba intranquila porque su ex suegra podía dejarse ver en cualquier momento y era lo último que le apetecía; que Ana la ignorase hacía tiempo que lo había superado. Lo que no entendía era la abierta aversión que Cintia manifestaba hacía su vecina de rellano. Mientras subían Cintia resopló y por hacer algo sacó el móvil y revisó sus mensajes. Salieron rápido del ascensor, pero al no ver a Ana ni escuchar sus pasos Violeta imaginó que estaba haciendo tiempo para no cruzarse de nuevo.

En cuanto entraron en la vivienda y se sintió a salvo, los músculos de Violeta se relajaron y esa calma la llevó a expresarse con total libertad:

—¿Pero qué ha pasado ahí abajo? Que Ana me tiene una manía descomunal, por algún oscuro motivo, lo sé desde que se mudaron aquí, pero ¿contigo? ¿Qué le has hecho tú? O, mejor dicho, ¿qué te ha hecho ella a ti? — iba preguntando mientras Cintia la conducía a la sala de estar— Perdona, estás hecha polvo con lo que te ha pasado y yo agobiándote con historias de vecinos.

—¿Quieres un mojito? Tengo los nervios destrozados.

Cintia le dio instrucciones a Evelyn, la asistente, y empezó a deshacerse de la chaqueta de astracán, dejando a la vista un ceñido vestido negro con una abertura en el escote. Violeta se fijó en que iba maquillada a la perfección, consiguiendo disimular sus poco agradados rasgos, al hacer que sus ojos se agrandaran un par de milímetros y que sus finos labios obtuvieran cierta apariencia de carnosos, pero su voz rasposa y autosuficiente, junto a la dureza de sus facciones y su expresión altiva, seguían delatando que era una mujer fría y distante.

Violeta dejó el abrigo sobre una silla y fueron a sentarse en el sofá. Cintia se quitó los zapatos y volvió a levantarse para salir de la estancia y regresar al cabo de un par de minutos acompañando a Evelyn, que portaba una bandeja con dos copas de color verde. Le ofreció una, colocó posavasos sobre la mesa

y desapareció.

—¿Sabes? —Cintia saboreó la bebida y cogió una servilleta— Mi padre falleció cuando yo tenía cinco años, y todos pensaron que me iba a quedar de hija única. Pero resultó que al cabo de unos años mi madre se volvió a casar, con un hombre maravilloso, y cuando cumplí los once nació mi adorado hermano Eduardo. Lo adopté como a un muñeco, al que había que proteger y cuidar, y así hice hasta hace tres años; hasta el día que salió con la bicicleta y un hijo de puta llamado Carlos Gómez lo atropelló y le robó la vida —dio un largo trago—. Como tuvo el detalle de parar a socorrerlo, aunque no había nada que hacer, la prueba de alcoholemia dio negativa y el respetable médico testificó que mi hermano se le cruzó sin previo aviso, y Eduardo no estaba allí para defenderse, fue absuelto. Y dos años después no encuentra otro sitio mejor para vivir que frente a mi puerta. ¿Entiendes ahora por qué no los puedo ver ni en pintura? Mi madre ya no quiere ni pisar la portería —Los ojillos pardos de Cintia llameaban rencor—. Encima tengo la impresión de que son tan subnormales que ni siquiera saben quién soy. No relacionan el apellido Bonillo con Raga, el de mi hermano. Me incomodan, pero lo que no pienso consentir es que me echen de mi —pronunció con énfasis— casa, antes se tendrán que largar ellos.

Violeta se había quedado tan impresionada que llegó a olvidarse del cometido por el cual estaba allí. Aunque no le pasó desapercibido el «mi casa» que acababa de vocalizar con tanta energía y se acordó del infeliz del ex marido. Muy despacio dejó el mojito sobre el posavasos, entrecruzó los dedos y se quedó mirando a Cintia.

—Me acabas de dejar sin palabras, ¡cómo no te voy a entender! Sabía que Carlos sufrió un accidente, pero no tenía ni idea de que arrolló a un ciclista, y menos de que fuese tu hermano —Violeta suspiró mientras se apartaba el pelo de la cara—. Te diría que hablastes con Ana, no entiendo por qué no me puede ni ver, pero no parece mala persona; desequilibrada sí, pero malintencionada no. Aunque tampoco lo tengo claro, lo más seguro es que yo actuase como tú... o peor. Igual en un arrebato me daba por escupirle.

—A esa mosca muerta que parece que de un soplido vaya a desaparecer no tengo nada que decirle. Esto es una guerra y los amigos de mis enemigos son mis enemigos.

Mientras Cintia cerraba los ojos y se entretenía paladeando el sabor de la menta en su boca para relajarse y zanjar el tema, Violeta trató de concentrarse y arrinconar todas las ideas que le circulaban por la mente: las recetas de Ignacio; la deuda de Sonia y Alejandro, daba por sentado que Cintia desconocía la existencia de ese compromiso de pago; y ahora el atropello del hermano de Cintia. Tenía que hablar con Ignacio y contarle todas las novedades, aún no había podido, pero antes debía serenarse y sacar a colación la muerte de Enrique.

Iba a abrir la boca, pero Cintia se levantó y le preguntó si se tomaría otro; le diría a la asistenta que los preparase porque ella sí que lo necesitaba. Violeta miró el reloj, calculó que todavía le quedaban diez minutos y asintió con la cabeza. Aún tenía pendiente una cuestión por resolver. El escaso tiempo que Cintia tardó en volver lo empleó en estudiar cómo encauzar el tema:

—Entonces, ¿mejor acudir directamente a la iglesia o prefieres que vaya al tanatorio? Si es que ya está ahí, claro, y no continúa en el instituto de medicina legal, que imagino que no.

—Sí, sí. Lo han llevado al tanatorio municipal y allí estaremos hasta las doce, más o menos, para llegar a la una a la iglesia. Ven cuando puedas — Cintia no estaba dispuesta a dar más información.

—Pues han sido muy rápidos con la autopsia, ¿ves como sí que saben hacer su trabajo y de forma eficiente? Seguro que ha sido un resultado que no encajaba y lo han tenido que repetir.

En ese momento se vieron interrumpidas por la aparición de Evelyn con los mojitos y la conversación se detuvo, lo que fastidió a Violeta que ya había entrado en acción y se moría de ganas por conocer todos los detalles. En cuanto la chica cerró la puerta dio un trago corto y volvió al ataque:

—¿Era eso, no? Un error que ya está subsanado

—Bueno —titubeó Cintia—, ha muerto de un ataque de alergia. Le dio muy fuerte hasta que se produjo una parada cardiaca. Fue una desgracia que yo no me enterase de nada, pero me han asegurado que de todas formas hubiese fallecido.

—¿Alergia? ¿A qué? —preguntó Violeta sin salir de su incredulidad— Si te pinchan el Urbason se te pasa muy rápido; y si era alérgico lo normal es tener en casa una inyección de adrenalina...

Violeta se interrumpió porque se dio cuenta de que se estaba metiendo donde no la llamaban y por la cara de su vecina supuso que le estaba creando un sentimiento de culpabilidad que tampoco era su intención. Cintia, con el vaso en la mano, se levantó y se acercó a unas de las paredes para poner recto un cuadro de figuras geométricas de Iturralde; su posición era perfecta, pero ella necesitaba moverse y hacer algo.

—Es que no sabíamos que era alérgico.

Violeta se mantuvo a la expectativa, pero como vio que la otra no tenía ganas de hablar, recordó que le había contado algo del whisky y otra sustancia y decidió seguir tirando del hilo.

—¿Era alérgico al alcohol? No lo había oído en mi vida, pero hay tantos casos raros...

—Mira, Violeta —la cortó en seco. La expresión dura volvió a marcarse en su cara y los ojos se le empequeñecieron—, como veo que te interesa el tema y, para mi desgracia, se va a abrir una investigación, que espero dure el menor tiempo posible, no te voy a hablar como amiga, porque no lo somos, ni siquiera como vecina. Te voy a hablar como paciente que le cuenta a su médico una intimidad y él tiene la obligación de guardar el secreto.

Violeta estaba tan intrigada que no le importaron las matizaciones de Cintia y se mantuvo a la escucha. Solo quería que continuase. Dio un largo trago al mojito para relajarse y de reojo comprobó que ya era la hora de marcharse, pero no se inmutó y continuó mirando a Cintia; le pagaría algo más a la cuidadora de Sofia.

—Era alérgico a la anestesia... y han encontrado restos mezclados con el alcohol. La cantidad era muy pequeña, pero para quien padece esa enfermedad rara parece ser que una gota es suficiente. El whisky no ha tenido nada que ver —Se acercó contoneando las caderas y se desplomó en el sofá—. Ahora me darán un poco la paliza porque me han informado de que harán unas cuantas



averiguaciones para confirmar que fue un accidente, y lo ingirió por error.

Se abstuvo de revelarle que le habían hablado de posible suicidio, pero al suponer que Enrique desconocía su intolerancia a los anestésicos era muy improbable que ese fuera el motivo. Tampoco le mencionó que lo último que entraba en sus planes era que figasen en su vida privada.

—¿Tienes anestésicos en casa? —quiso saber extrañada.

Violeta sabía que estaba haciendo demasiadas preguntas y demasiado inquisidoras, pero las recetas de Ignacio volvieron a pasarle por el cerebro y una sensación de intranquilidad empezó a recorrerle el cuerpo. Sin darse cuenta se puso a balancear la pierna.

—Seguro que sí. Tenemos de todo: Nolotil, Daparox, Ibuprofeno y yo qué sé que más... De todo —mintió— Estaría nervioso y sin mirar cogió lo que no tocaba. ¿Cómo iba a saber que era alérgico? Nunca lo habían operado, ni de pequeño.

—Es cierto, es una enfermedad muy rara, se llama hipertermia maligna — para distender el ambiente, continuó—: No te martirices, cuando a uno le toca, es que le toca; estaba en su destino —Lo soltó con aplomo, pero un algo, del que desconocía la procedencia, le susurraba que quizá no solo fuera el destino el que estaba involucrado. Respiró y se terminó el mojito—. Mañana será un día largo y tienes que descansar. Creo que lo mejor será que me pida un par de horas y me acerque a la iglesia.

Las dos se levantaron y Cintia se disculpó por no acompañarla a la puerta; estaba destrozada y necesitaba descansar, Evelyn lo haría encantada. Violeta le sonrió asintiendo, a pesar de que le pareció un signo de mala educación, y se acercó a recoger el abrigo. Sin esperarlo Cintia volvió a hablarle:

—Violeta, espero que esto no salga de aquí —Pareció más una advertencia que una petición.

—Y tanto que no.

—Una última cosa... ¿Has hablado con tu primo?

Violeta se quedó estupefacta.

—Si lo haces, cuéntale que me he quedado viuda... y, si puede, que me llame. Me vendría bien el hombro de un amigo para llorar.

—Hace tiempo que no sé de él, pero tranquila que si me llama se lo diré  
—Fue lo único que se le ocurrió responder, porque todavía no había salido de su desconcierto.

Las ideas se agolpaban en su cabeza como una lluvia de meteoritos, por eso aprovechó el momento con Evelyn para asegurarse de que había buscado bien el talonario de recetas y que no lo había encontrado. La muchacha puso la mano en el fuego ratificando que había examinado hasta el último rincón y que en esa casa no estaba la dichosa libretita. A Violeta se le puso mal humor al pensar en qué nefasta hora Ignacio le había hablado de las recetas.

Eran las diez de la mañana cuando Juanjo se lavaba las manos para quitarse los restos del fijador que le confería a su pelo ese aspecto mojado que tanto le gustaba, y que le subía el color gris hasta casi parecer negro. A pesar de que llevaba tiempo inmerso en una inquietante preocupación, trataba de aparentar normalidad y no descuidar su aspecto personal; así que le dio dos vueltas a los bajos de su vaquero y se puso la chaqueta de *tweed* marrón, para el funeral de Enrique Giner le pareció una buena opción.

Había decidido pasarse por el estanco y desde allí acudir directamente a la iglesia. No sería necesario coger más ropa de abrigo, el día era soleado y la temperatura de veinte grados le hacía suponer que en un par de horas todavía sería más alta.

Sabía que llevaba meses posponiendo su visita al hospital y se sentía un cobarde por no haberse atrevido a afrontar antes una posible fatalidad, pero se disculpaba a sí mismo porque a veces uno tarda en digerir las adversidades y necesita su tiempo para darse cuenta de que mejor enfrentarse una vez al rojo que vivir en cientos de agonizantes amarillos, que solo conseguían sumirlo en una corrosiva incertidumbre y en la más absoluta de las apatías. Ese día lo dejaría estar porque tenía que asistir al entierro de su vecino y le servía de excusa, pero ya no se iba a permitir que pasara ni un minuto más; lo primero que haría a la mañana siguiente sería presentarse en la clínica y aceptar su suerte. Tal vez la vida le pasaba factura por su comportamiento y había llegado el momento de pagarla.

Se puso las gafas de dos dioptrías, se metió la cartera en el bolsillo y se dirigió a la puerta, pero no llegó a abrirla porque la repentina entrada de su madre lo cogió desprevenido. Llevaba un abrigo de zorro y unas gafas de sol marrones que le cubrían media cara. Con las correas estiraba a Pixy y Dixy.

—¿Hijo, ya te vas? ¿Has desayunado? ¡Seguro que esa vaga de Celia no te ha calentado la leche y te la has tomado fría! Si no la meto en vereda, esa

chica no hace nada —se iba quejando mientras liberaba a los perros y se ponían a corretear sobre las cincuenta y cuatro alfombras afganas y persas que había distribuidas por toda la casa—. ¿Sabes? He visto a Violeta esta mañana, pero no he podido decirle nada porque cuando he salido ella ya estaba subiendo a Sofía al autobús. En cuanto la pille le voy a cantar las cuarenta. ¡Es una caradura!

—Sí, ya me voy —respondió Juanjo con hastío—. Nos vemos en la iglesia a la una... Y deja en paz a Violeta, ¿no le has puesto la denuncia? Pues ya le llegará. Además, si comete alguna imprudencia te lo dirá el detective, que para eso se le paga y sale de todo menos barato —Y ya en el descansillo prosiguió—: Y ten cuidado porque si la persigues tanto todos pensarán que estás loca. Ve por los cauces legales.

Mari Sales aún tuvo tiempo, entre susurros, de hacerle un par de observaciones.

—El domingo iremos a ver al pobre Emilio, acuérdate, pero que no se entere nadie. Bastante cotilleo tenemos ya, y estoy harta de decir que tu hermano está fuera —y añadió—: Y tú, es una pena que no quieras trabajar de abogado, ¡con la carrera que te pagamos!, y prefieres estar ahí, encerrado en ese sitio que parece una caja de cerillas. Tú te mereces más...

Juanjo no hizo ningún comentario y la dejó con la palabra en la boca. Si le llevaba la contraria podrían enzarzarse en una discusión sin salida, así que empezó a bajar la escalera mientras escuchaba el rumor de las quejas de su madre.

Era cierto que ejercer de abogado le hubiese proporcionado mayor prestigio, pero por nada del mundo cambiaría la vida tranquila y sin complicaciones que le proporcionaba el estanco. Le vino a la mente su hermano y concluyó que Violeta era otra víctima de su madre en la que había dejado recaer toda su frustración. A fin de cuentas, lo único que había hecho era decir la verdad, pero Mari Sales se había obcecado tanto que le resultaba imposible quitarle esa idea de la cabeza. Lo mejor sería que su madre empezase a admitir que Emilio no era ningún santo, como se había convencido él.

Fue caminando a paso rápido hasta que llegó a la plaza Porta de la Mar, dejando a su izquierda el arco y la cruz que presiden la verde rotonda, y se adentró por la calle de los antiguos juzgados para cruzar el cauce del río por el puente conocido popularmente como la Peineta, por el arco que forma su peculiar diseño. No prestó atención al jardín que tenía bajo sus pies y a los veinte minutos ya estaba en la reducida trastienda del estanco, donde entre montones de cajas había conseguido incrustar un desvencijado sofá cama. Como Mari Carmen, la chica que tenía contratada, estaba atendiendo aprovechó para leer el periódico y después salió a tomar un café. Regresó a los diez minutos y se entretuvo revisando las cuentas, hasta que pasadas las doce y media deshizo el camino andado para poner rumbo a la iglesia.

Paseó por la calle Colón y se distrajo contemplando los escaparates de los comercios que la inundan hasta que llegó al cruce con Isabel la Católica y dobló hacia la izquierda. Recorrió unos metros y distinguió un grupo de gente que se arremolinaba en torno a la entrada de la iglesia. Continuó andando, pero una mano le apretó el hombro y se obligó a pararse y girar la cabeza. Sintió repugnancia al toparse con la cara de Carlos Gómez que lo observaba con la mirada entre gacha y esperanzada. Dio un respingo con cara de asco y consiguió separar su hombro de la mano de aquel hombre que le producía tal aversión. Tendría que llevar la chaqueta a la tintorería, no soportaba que ni el más leve fluido de ese canalla permaneciese cerca de él. Carlos obvió el desprecio y se puso a murmurarle en tono animoso. Hacía rato que el opioide había empezado a hacerle efecto y aún mantenía el valor y la calma necesarias para empezar aquella conversación.

—Juanjo, tenemos que hablar. Lo tengo todo controlado. Tenemos que ir a Suiza...

—¡Déjame en paz, capullo! Ya te advertí de que no volvieras a acercarte a mí —le interrumpió Juanjo sin miramientos—. ¡Y ni se te ocurra volver a tocarme! ¡Me das asco!

Carlos parpadeó un par de veces intentando que su visión fuese más clara y sintió que le costaba coger oxígeno. Se apartó el cuello del suéter verde oscuro de la garganta y se la frotó como si así le fuese más fácil respirar.

—¡Escúchame! —le insistió mientras Juanjo seguía su camino. Carlos se

pegó a sus talones y le susurró al oído—: Voy a tener mucho dinero y he encontrado el lugar perfecto en Suiza. Todo se va a solucionar.

—¿Qué te has chutado esta vez, gilipollas? ¡No quiero saber nada de ti ni de tus malditas mentiras! —La única idea que rondaba por la cabeza de Juanjo era machacar a aquel cretino.

—Pero que es verdad —le dijo muy bajito—, cerca de Ginebra hay...

Juanjo no le dejó terminar. Estaban llegando a la puerta de la iglesia y aunque trató de controlar sus nervios, estos fueron superiores a él y no pudo evitar frenar en seco y con todas sus fuerzas encajarle un firme codazo en el estómago. Carlos se retorció de dolor y se llevó las manos al vientre. Le pareció soñar con un ruido a cristal roto y, a pesar del aturdimiento y la magulladura, introdujo sus dedos en el bolsillo de la cazadora. Pequeños trozos de vidrio pegajoso por el líquido desparramado se le fueron incrustando en las yemas; y cuanto más escarbaba, mayor era el número de esquirlas que se clavaba. Acababa de desperdiciar una ampolla de anestesia, pero no tuvo tiempo de pensar más porque Juanjo, sin ninguna compasión, le asestó una potente patada en la espinilla mientras le dejaba claro que no sería responsable de sus actos si volvía a molestarle.

Algunas de las personas que esperaban la llegada del féretro se apiñaron en torno al doctor Carlos Gómez y trataron de ayudarlo a incorporarse, aunque él los apartaba con exagerados aspavientos y les aseguraba que se encontraba bien. La evidente confusión de Carlos, junto a los ojos de ido que lo acompañaban y su tartamudeo, unido a los restos de sangre que le cubrían la manga llevó a que más de uno se empecinara en llamar a una ambulancia. En cuanto escuchó la palabra ambulancia Carlos sacó fuerzas de flaqueza, y asegurando que se encontraba perfectamente emprendió el camino hacia su casa. Anduvo cojeando unos metros y en la esquina de enfrente le pareció distinguir a su esposa hablando con un hombre. Imaginó que se trataría de algún conocido y por su nublada mente flotó la idea de que así tendría tiempo de comer algo ligero y meterse en la cama sin ser molestado. Se apretó la mano contra el estómago, y ciertas manchas oscuras se quedaron impresas en el jersey de color verde. Tratando de pasar inadvertido, siguió caminando.

Hacía ya varios minutos que Juanjo, entre miradas y cuchicheos de desprecio de los corrillos que se habían formado, se había introducido en la iglesia. Todavía no había llegado el cortejo fúnebre y buscó a su madre con la mirada. Al verla en el tercer banco, más tiesa que un palo y toda vestida de negro con sus enormes gafas oscuras, decidió quedarse más retirado; lo último que deseaba era aguantar los comentarios de Mari Sales que, o bien serían para compararlo con su hermano, donde él no iba a salir bien parado, o para criticar la indumentaria de alguno de los asistentes. Se arrodilló, cerró los ojos y trató de serenarse. Todavía le temblaba el cuerpo de la disputa que le había enfrentado a Carlos y sintió que la cabeza le iba a estallar. Llevaba demasiada tensión acumulada y pensar que en menos de veinticuatro horas iba a encontrarse con su destino lo sacaba de quicio. Cerró los ojos e hizo lo que pocas veces en su vida había hecho, rezar por su salvación.

## 10. Funeral

Violeta acababa de aparcar en el garaje del mercado de Colón y se dirigía a la esquina de la calle Cirilo Amorós con Isabel la Católica, junto al edificio de ladrillo rojo, para reunirse con Ignacio; habían quedado que asistirían juntos al funeral y que ese sería el punto de encuentro. Como llegaba con un poco de antelación se detuvo frente a la cristalera de un escaparate y observó su reflejo. Se había cambiado en el hospital, pero lo había hecho tan rápido que no tuvo tiempo de ver el resultado final. Con el pantalón azul marino y el abrigo marrón, que se había dejado abierto porque no hacía frío, se sintió elegante; los tacones y el pelo suelto le daban un aire sofisticado. Satisfecha, se sonrió y continuó andando.

Nada más llegar al lugar de la cita se topó con el rostro serio de Josefa, quien con abrigo y toquilla negra se dirigía a la iglesia.

—Buenos días, señora Violeta, ¿usted también va a la misa?

—Buenos días. Sí, he quedado aquí con el doctor Vázquez. Para estas cosas es mejor ir acompañada; y si encima sé que Mari Sales va a estar cerca, prefiero ir con alguien, la verdad. Además, aparte de los vecinos, no conozco a casi nadie.

—A mí me da igual. Yo voy adonde tenga que ir, y el que no quiera mirar, que no mire —Josefa dio un pequeño bostezo y cruzó los brazos—. Bueno, me voy que quiero coger sitio. Como esta gente es de «ablengo» seguro que la iglesia se llena.

—Si se espera un minuto, puede venir con nosotros...

Iba a proseguir con la invitación, pero la visión de una pareja en la otra esquina, conversando de algo aparentemente divertido por la cara entre tímida y jovial que ponía la mujer la dejó fuera de juego. No le cupo ninguna duda de



que ella era Ana Gallego. Al hombre no le veía la cara, pero ese pelo moreno y la cazadora le eran muy familiares. No podía ser otro más que Víctor Fernández.

Josefa notó su desconcierto y siguiendo la dirección de la mirada de Violeta, giró la cabeza sin ningún disimulo.

—Mire esos dos haciéndose «rumacos» —comentó Josefa arrugando la nariz—. Ella hace bien, porque con el marido ese que tiene... Pero el señor Víctor no me da buena espina... Y no quiero hablar más que yo estoy para ver, oír y callar.

Violeta sintió una punzada de celos, pero como no quería que Josefa se diese cuenta prefirió cambiar de tema.

—Por cierto, ¿ha pensado algo sobre lo del otro día? —Se pasó la mano por el pelo y se retiró un mechón de la cara—. Me refiero a la deuda que Sonia y Alejandro tenían con Enrique Giner. Yo todavía no he podido quitármelo de la cabeza. ¡Son unos estafadores!

—Sí, pero yo no tengo claro que la señora Jacinta esté en la «impía» — Los ojillos oscuros de Josefa cobraron un brillo de inteligencia—. Esa sabe más de lo que usted se cree.

—¿Por qué dice eso?

Josefa no tuvo tiempo de responder porque se vio interrumpida por la llegada de Ignacio Vázquez. A pesar de que se le marcaban las ojeras, su alta figura, el pelo blanco con su perfecta raya al lado, el abrigo azul marino y el olor a colonia masculina le conferían el aspecto de apuesto señor maduro.

—Buenos días, señoras —las saludó cordial.

—Buenos días —respondieron a la vez. Y Violeta continuó—: Estás francamente guapo, Ignacio, pero o duermes más o las ojeras te acabarán rozando los zapatos

Al tiempo que lo decía no pudo evitar mirar de reojo a la pareja que, en

conversación animada, se alejaba en dirección opuesta.

—Sí, eso es cierto, no sé qué me pasa, pero a las cinco de la mañana se me ponen los ojos como platos y ya no puedo volver a cerrarlos —se lamentó Ignacio con su característica voz profunda—. Por cierto, la que va de tía buena eres tú. ¡Estás espectacular!, ¿qué pretendes, quitarle el puesto al muerto?

Y soltó una carcajada. Josefa sonrió y mirándola con admiración comentó:

—Sí que es de veras que está usted guapa, señora Violeta. Pero es que usted es guapa a todas horas. Un poco más rellenita, mejor, pero guapa de todas las maneras.

—Gracias a los dos —dijo Violeta entre encantada y resignada—, pero para lo que me sirve. Bueno, vamos yendo que vamos a llegar los últimos.

Ignacio y Josefa emprendieron la marcha. Violeta se quedó unos pasos rezagada y, aunque luchó por no hacerlo, miró hacia su izquierda para ver si todavía tenía ocasión de observar el camino que habían tomado Ana y Víctor. Tuvo que tragarse su decepción al confirmar que seguían juntos y que caminaban muy despacio; muy interesante sería lo que tenían que decirse. Lo más probable era que se dirigiesen a su edificio.

No quiso darle más vueltas al tema y se acercó a la pareja que le precedía. En cuanto llegaron a la puerta de la iglesia un hombre corpulento y trajeado para la ocasión se acercó a saludar a Ignacio. En la tercera frase ya le estaba explicando el incidente entre Carlos y Juanjo. Violeta y Josefa escuchaban boquiabiertas.

—Yo no quiero hablar, pero me he cruzado con el señor Carlos al venir *pa* aquí y ese iba borracho o *drogao*. Ni me ha visto —le cuchicheó Josefa, recomponiéndose la toquilla.

—¿Está segura, Josefa? —Violeta lo preguntó con extrema sorpresa y se quedó mirando fijamente algún punto en la cara de Josefa, estaba analizando sus palabras.

No le había prestado demasiada atención al hermetismo con que Ernesto

Rovira, el director del hospital, y el propio Carlos, habían llevado su cese, pero en ese instante se preguntó si el comentario de Josefa no tendría algo que ver con el misterioso motivo. Habían hecho creer que fue Carlos quien se despidió, pero tal vez no fuese así y alguno de los muchos rumores que circulaban acerca de las desavenencias entre ambos fuese cierto.

Ignacio se deshizo del conocido y pasaron al interior de la iglesia. A pesar de que era muy espaciosa, como había previsto Josefa, quedaban pocos huecos. Tuvieron la suerte de que unos amables feligreses les hiciesen sitio y pudieron colocarse los tres juntos en uno de los bancos traseros. Violeta tomó asiento junto al pasillo central. Ignacio, que se encontraba en el medio de las dos mujeres, tocó el brazo de Violeta y acercándose a su oído empezó a comentarle:

—Pues Juanjo Garrido parece buen chico ¿no? Tú lo sabrás porque, siendo tu ex cuñado, lo habrás conocido bien.

—Mira —respondió Violeta sin quitarle el ojo a los parroquianos—, a mí no me ha hecho nada, pero raro es un rato. Si no fuera una señora y no estuviésemos en un lugar sagrado, te diría —puso cara maliciosa y pegó su boca a la oreja de Ignacio— que raro de cojones. Además—prosiguió separándose un poco de él—, tampoco hace falta ser una eminencia en psiquiatría para saber que un hombre con casi cuarenta y cinco años que sigue viviendo con la insoportable de su madre, muy normal no parece... Y no te hagas el tonto porque eso tú ya lo pensabas. Por cierto, voy a cotillear a ver si encuentro a Mari Sales.

Se puso a mirar en todas direcciones y al único que vio fue a Juanjo, unos bancos por delante al otro lado del pasillo, arrodillado, con la cabeza entre las manos, como si una gran pena lo embargase y se mantuviera concentrado en su dolor. Violeta se preguntó si tanto conocía al finado como para estar tan afectado o si sería por el incidente que todos comentaban. Enseguida lo olvidó y se centró en su ex suegra; no quería que la pillase con la guardia baja. Así que con todo el disimulo de que fue capaz, que no fue mucho, se subió sobre la madera del reclinatorio y comenzó a otear. Se quedó tan pasmada con lo que vio que se atrevió a situarse en el centro del pasillo y anduvo unos metros, haciendo como que buscaba a alguien, para cerciorarse de que su vista no la había engañado. En menos de un minuto volvió a su sitio.

—¿Qué haces? —La voz de Ignacio sonó intrigada.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó ella muy bajito— La muy descarada de Mari Sales, ahí, con sus gafas de sol, se ha colocado en el tercer banco, como si fuese de la familia. Pero no te pierdas lo mejor, pegadita a ella está tu querida sobrina Sonia. Esa oye postín y se apalanca en el medio para que todos la vean. ¡Es tremenda!

—Habla con propiedad, querida Violeta, esa oye: postín... y dinero. Ahora verás, cuando se entere que estoy aquí, lo cariñosa que se me pone.

Enseguida llegó el cortejo fúnebre y solo fue audible el silencio. Pasó el féretro y a poca distancia apareció Cintia, muy digna, flanqueada por su madre y un señor, probablemente el padre de Enrique, con un pañuelo que utilizaba para apartarse las lágrimas y sonarse. Violeta se fijó en que iba maquillada en tonos tan suaves que parecía que no llevase una gota de pintura en la cara; dedujo que el rímel sería resistente al agua. De vez en cuando se mojaba los labios con la lengua y agachaba la cabeza aparentando resignación. Lo que no le pareció de recibo fue el jersey de punto negro que había elegido para la ceremonia, con un cuello tan ancho que, simulando que no lo pretendía, enseñaba el hombro con descaro. Pensó que querría demostrar que estaba tan destrozada que se había puesto lo primero que había encontrado en el armario. Lo que le pareció insufrible fueron las voces que, al paso de Cintia, clamaban: «Pobrecita».

—No sabía que veníamos al teatro. Si lo llego a saber me arreglo un poco más —le comentó a Ignacio con ironía.

—Alégrate —le respondió él aparentando seriedad—, es posible que hasta nos guste la función.

Sin esperarlo escucharon la voz en *off* de Josefa diciendo: «*Massa pa la carabassa*». Violeta tuvo que taparse la nariz para que no se escuchase su risa, e Ignacio se cubrió la cara con la mano, aunque el movimiento oscilante de su cuerpo delataba que algún sentimiento, ya fuera de tristeza o alegría, le recorría. No hacía falta estudiar valenciano para entender que a Josefa aquel numerito también le parecía excesivo.

Violeta se colocó un poco fuera del banco para seguir contemplando la escena. Lo que ocurrió la dejó sin aliento. El ataúd llegó junto al altar y Cintia, con su aspecto desvalido, hizo ademán de acercarse para tocarlo, pero no llegó a hacerlo porque, llevándose las manos a las sienes, sufrió un desmayo. Como una centella por la cabeza de Violeta pasó la idea de la suerte que había tenido Cintia de no caer hacia atrás y de que los tacones no le hubiesen jugado una mala pasada; y se convenció de que la viuda era una maquinadora nata que lo tenía todo calculado.

Pero su estupor fue mayúsculo cuando se fijó en que una mujer con melena castaña y lisa, totalmente exaltada, y como si le fuese la vida en ello, saltaba desde la tercera fila y acudía en auxilio de la desfallecida. A punto estuvo de que se le saliesen los ojos de las órbitas al contemplar a Sonia Domínguez, agachada junto a Cintia y tomándola de la mano como lo haría una hermana, tratando de reanimarla y dando órdenes a los allegados.

Pero el susto duró un suspiro y Cintia se levantó simulando desconcierto. Cada una ocupó su lugar y dio comienzo el servicio religioso.

Violeta también se sentó junto a Ignacio y negando con la cabeza se llevó las manos a las mejillas.

—Aquí están pasando cosas muy extrañas —decía para sí—. Le quita la pasta pero luego sale corriendo en su auxilio como si no existiese un mañana...

—¿Qué murmuras? —le preguntó Ignacio, quien no se había levantado en ningún momento.

—Tu sobrina, que es una ladrona capaz de cualquier cosa. Cintia se ha desvanecido y ella se ha precipitado como alma que lleva el diablo a recogerla.

—Ladrona no sé, pero garrapata, seguro —Ignacio se aclaró la voz—. A esa le va la «píjería» más que las chuletas a los perros. Si tiene que hacer puntos, no dudes de que los hará.

—Tengo muchas cosas que contarte, Ignacio, pero no sé qué día voy a estar

libre para subir. No quiero que Sofía se entere de nada y este fin de semana me tocan ella y la amiguita —comentó Violeta con pesar—. Además, tengo una cena... y necesito que me hagas un favor. Uff, tendré que hacer encaje de bolillos para que todo me cuadre.

—¿Es sobre Emilio? —Pareció que Ignacio se preocupaba al hacer la pregunta.

—No, ese está bien donde está. Es sobre los vecinos, de todos. Mejor hablar en otro momento.

Al terminar la ceremonia se acercaron al primer banco a darle el pésame a la viuda y allí se les unió Sonia. Como por arte de magia apareció Alejandro Lerma, vestido de forma deportiva y con su indomable pelo rizado un poco revuelto. Su mujer le envió una mirada de desaprobación.

—Como no había sitio me he quedado de pie, al fondo. Pero todo ha sido muy entrañable, Cintia —comentó con su característica sonrisa, donde resultaba imposible distinguir si trataba de flirtear con su vecina, se burlaba de ella o simplemente trataba de ser amable.

—Gracias a todos por venir —dijo Cintia con una sonrisa que se quedaba a mitad de camino entre la acidez del limón y la sequedad de la mojama.

Sonia, por detrás, posó sus manos sobre los hombros de Cintia y le dio un beso en la mejilla. Violeta pensó que así debió de ser el beso de Judas. Pero, sin más contemplaciones, Cintia se apartó del grupo y continuó recibiendo las condolencias de otros asistentes. Los cinco comenzaron a recorrer el pasillo lateral en dirección a la salida.

—Tío —Sonia agarró a Ignacio del brazo, quedando así unida a él—, estoy pensando que el domingo podrías comer con nosotros. Hace tiempo que no pasamos un rato juntos y me apetece muchísimo. ¿Reservo en algún sitio?

Ignacio pensó que algo querrían sacarle y titubeó.

—Bueno... Tengo que ver cómo lo tengo. Ya te diré.

—Sí, Ignacio, es una idea fantástica —intervino Alejandro, poniéndose al otro lado del doctor. Ignacio se sintió atrapado como una mosca en una pringosa telaraña.

—Como ustedes tienen cosas que decirse, y yo muchas que hacer, aquí les dejo —se excusó Josefa. Y aferrándose a la medalla de la virgen que asomaba por entre la toquilla, apretó el paso.

Violeta se sintió observada y por instinto giró la cabeza. Escondida tras una de las columnas descubrió a Mari Sales, con sus labios pintados de rojo y sonriéndole con malicia. Estaba tan cerca que le pareció distinguir una mancha de pintalabios en un incisivo. De repente dejó de sonreírle y marcando mucho el movimiento de sus labios, para que la entendiese bien, deletreó la palabra: puta.

—¡Espere, Josefa, que voy con usted! —exclamó Violeta mientras miraba a Ignacio con cara de disculpa— He de volver al hospital.

Ignacio hizo un disimulado gesto de sumisión al elevar levemente las cejas y torcer los labios. Y allí, avanzando con lentitud y aguantando sus melosas zalamerías, se quedó con sus sobrinos.

A Violeta le hubiese gustado tener una conversación más profunda con Josefa y preguntarle acerca de sus sospechas sobre Cintia y, de paso, sobre Víctor Fernández y Ana Gallego, pero como debía regresar al trabajo y Josefa a sus quehaceres, no le quedó más remedio que posponerla.

## 11. Una visita inesperada

Ignacio Vázquez se encontraba leyendo en el sofá de su salón, aunque se veía obligado a hacer pausas porque la vista se le cansaba y porque, para su desgracia, la cabeza se le iba por otros derroteros. Le había costado quitarse de encima a la pelota de su sobrina y al aprovechado de su marido. Sin embargo, por alguna extraña razón, no le habían pedido nada y se habían ceñido a ser corteses. Que vivían por encima de sus posibilidades era algo que Ignacio sabía de hacía tiempo, y que a su pobre hermana le habían sacado hasta los hígados, también. Pero tal vez las cosas les fueran más favorables y ya pudieran permitirse mantener ese alto ritmo de vida que les gustaba aparentar, sin necesidad de ir pidiéndole préstamos que sabía que jamás le devolverían.

Pero, aunque pretendiera olvidarlo, ese no era el asunto que le preocupaba. Seguía existiendo el problema con Mari Sales y su hijo Juanjo, y lo que era peor: le preocupaba la inusitada muerte de Enrique.

Sonó el timbre de la puerta y sorprendido miró el reloj. Eran las siete de la tarde y no tenía consulta, así que lo más seguro es que fuese alguien que se presentase a molestar. Violeta ya le había dicho que tenía el día liado y dudaba de que se tratase de Sonia. Llegó a la conclusión de que sería la pesada de Mari Sales y optó por hacer oídos sordos. Dejó caer la espalda sobre el sofá y, quitándose las gafas, se masajeó los párpados, pero el timbre volvió a sonar. Haciendo un esfuerzo se levantó y tratando de que sus pasos fuesen imperceptibles, se acercó a la puerta para curiosear a través de la mirilla. Se quedó extrañado al reconocer a su imprevisto visitante y abrió.

Allí estaba Ana Gallego, con un enorme y grueso jersey de punto y unos pantalones tobilleros que dejaban al descubierto sus informales zapatillas. Se había recogido su fina mata de pelo en una descuidada coleta y algunas greñas negras se escapaban por sus sienes. Durante un segundo se quedó mirando a Ignacio, pero enseguida, y sin dejar de morderse las uñas, volvió la cabeza



hacia las escaleras y después intentó que su vista alcanzase el ascensor. Parecía que pretendiese dar esquinazo a un imaginario perseguidor.

—Buenas tardes, Ana, ¿te pasa algo? Si no recuerdo mal, hoy no tenemos consulta.

—Ya..., ya lo sé —titubeó—. Pero necesito hablar contigo. Mi marido hace cosas muy raras y ya no puedo más —y añadió en voz baja—: es muy probable que ahora me esté espiando.

Ignacio estaba cansado, pero no podía abandonar a una paciente en semejante estado de alteración. Así que le hizo pasar y la acompañó hasta el despacho que utilizaba de consulta.

La escasa luz natural que a esas horas entraba por la ventana le obligó a encender la dorada lámpara de pie que, además de iluminar, proporcionaba a la sala un entorno cálido para la charla. Mientras, Ana se sentó en la silla que enfrentaba con la butaca del psiquiatra, separadas por una robusta mesa de caoba con tapa de piel verde. Sus ojos oscuros repasaron sin prestar atención los libros que tapizaban la maciza estantería y los diplomas que cubrían las paredes. La uña del dedo índice seguía entre sus labios.

Ignacio ocupó su lugar y juntando las palmas, y rozándose la barbilla con las yemas, cerró los ojos para imbuirse de la serenidad que necesitaba para concentrarse.

—A ver, cuéntame qué es eso que hace Carlos que te pone tan nerviosa. ¿Has hablado con él como te dije?

—Yo lo he intentado, Ignacio, te lo juro —Se llevó la mano al pecho y apretó la boca—. Pero es como darse golpes contra una pared. Le hablé de las cosas que yo quiero... Bueno, de que quiero tener una familia normal y ser madre, pero él no me escucha, se va y me deja a medias —Intentó sin éxito ponerse una greña rebelde tras la oreja—. Pero ya no es eso. Hace una vida que yo no sé cómo no lo echan del trabajo, y siempre durmiendo o por ahí y con cara de ido. Tengo la sensación de que solo le importa mi dinero..., y por eso quiere matarme —dijo en un susurro.

—Para el carro: no quiere matarte —Ignacio resopló y se quedó pensativo. Enseguida continuó—. Pero no te queda otra más que la separación —Se inclinó hacia ella—. Llevamos ya muchas sesiones preparándote para esto. Carlos es un egoísta que solo piensa en sí mismo, y con él no vas a conseguir lo que tú quieres. Es más, todavía no te has dado cuenta, pero tú tampoco lo quieres a él.

—¿Pero qué dices? Lo adoro. Es todo para mí —Ana se apartó con la mano unas lágrimas, que dejaron un reguero pegajoso en sus mejillas—. Pero tiene una amante... que está muy cerca.

—Sí, lo es todo para ti porque tus padres murieron cuando eras muy joven y no tenías más familia. Entonces apareció Carlos y te aferraste a él como a una mascarilla de oxígeno, sin pensar si en realidad estabas enamorada y te llenaba lo suficiente. No querías estar sola, eras vulnerable y te dejaste arrastrar, y ya no has conocido otra cosa —sentenció Ignacio con su voz profunda—. En cuanto a lo de la amante, ya te dije que era evidente que, si no se acostaba contigo, alguien más habría. Pero como te vas a divorciar, ya no debe importarte lo que haga.

—Pero al principio era tan encantador... —El cuerpo de Ana temblaba bajo aquel jersey.

—Te recuerdo que te casaste en menos de un año y me contaste que fue decir: «sí, quiero» y transformarse en otra persona. Persona que fue a peor desde que atropelló a un ciclista hace tres años, incidente del que nunca habla y del cual no sabes de la misa la mitad, y tu vida se convirtió en un infierno; por eso acudiste a mí. Así que el principio te duró poco... Además, tú y yo sabíamos que la probabilidad de un divorcio era muy alta, y ya hemos trabajado tu valía, tanto profesional como personal, para seguir el camino tú sola. Debes dejar a Carlos en la cuneta y continuar por tu cuenta. Cosas nuevas y mejores te vas a encontrar en el trayecto —Ignacio se recostó en la butaca—. Pero, como todo en esta vida, no hay nada gratis, y la felicidad no es una excepción. Debes trabajarla para conseguirla, a veces se hace esperar, pero te aseguro que llega. Y lo primero que debes hacer es pasar el trago que supone un divorcio; aunque más que trago, en tu caso, será una liberación.

—Vale, pero recétame pastillas. ¡No puedo más! —Estaba tan angustiada y

se movía tanto en la silla que solo le faltó ponerse de rodillas.

—Ni pensarlo. Me ha costado un año quitarte el hábito y ahora no vamos a ir como los cangrejos. Solo falta que tú acabes de creerte que lo puedes conseguir. No consientas que ese hombre te deje la autoestima por los suelos porque mira: eres joven, eres guapa y tienes dinero. ¿Qué más quieres? —le sonrió— Solo espero que no acudas a tu farmacia en busca de ayuda extra. Si te parece, y solo para el tiempo que dure el tema del divorcio, te voy a recetar un tranquilizante para que puedas dormir bien. Pero olvídate de los antidepresivos y ansiolíticos, que una vez te hayas quitado a tu marido de encima verás la vida de otro color.

—Fumo porros —confesó muy deprisa y agachando la cabeza.

—¿Cuántos?

—Depende —comenzó a girar su alianza—, un día ninguno y otro día dos.

—No pases de uno al día y, en cuanto finalice el proceso, te vas de viaje con alguna amiga, te olvidas de los porros y las pastillas, y te dedicas a vivir.

—¿Y si intenta hacerme daño... o matarme? —Ana se había levantado y se estiraba las mangas del jersey— No sabes la cara de loco con la que me mira. Pone unos ojos... —Y volvió a comerse una uña.

—Si intenta hacerte algo, subes corriendo y ya me encargaré yo —Ignacio también se puso en pie y añadió con sorna—: Por cierto, sé que eres más lista de lo que aparentas. A ver si te crees que me tragué que te mudaste a este edificio por casualidad. Cuando te pillé hace un año apoyada en el árbol no venías de ver ningún piso, entre otras cosas porque no se vendía ninguno. Estoy seguro de que fue lo primero que se te pasó por la cabeza y después te pareció buena idea, sé que querías estar cerca de mí y por eso te lo vendí —comentó Ignacio con un aire entre malicioso y divertido.

Ana puso cara de cervatillo atrapado en las fauces de una boa, pero no se atrevió a contradecirlo. Caminaron en silencio hasta la puerta y cuando Ignacio iba a despedirse, Ana le preguntó:

—¿Cómo ha estado el funeral? Me hubiese gustado ir y darle el pésame a Cintia, estará muy hecha polvo, pero como noto que no le caigo bien he preferido no asistir... Enrique parecía muy buena persona.

—Sí, una persona excelente —Ignacio se abstuvo de comentar que también un caradura—. El funeral ha sido como todos, muy triste.

—Ignacio, muchas gracias por atenderme. Como la consulta era mañana, y me he quedado más tranquila, mejor si vengo la semana que viene.

En la lejanía comenzó a escucharse el móvil de Ignacio.

—Sin problemas. Pero si antes te entra algún bajón, no dudes en llamarme.

—Vale, y corre, ve y atiende el teléfono. Me bajo por las escaleras.

Ignacio le levantó la mano y cerró la puerta. No llegó a atender la llamada, pero vio que era Violeta y se la devolvió de inmediato. Tras escuchar el favor que le pedía de quedarse con Sofía el jueves de nueve a once y media porque tenía una cita y asegurarle que podía contar con él, se acercó de nuevo al sofá, cogió la novela de Charles Dickens en la que estaba inmerso y se centró en la lectura durante un buen rato.

## 12. En el hospital

Violeta se levantó a las siete y media y tuvo tiempo de ducharse y desayunar antes de abrirle a la chica, a quien tenía contratada cuatro horas por las mañanas y tres por las tardes, para que la ayudase en las labores domésticas que a ella le resultaban imposibles de atender.

Despertó a su hija y la ayudó a ponerse el uniforme. Miró la hora y al comprobar que se les hacía tarde, sin tiempo a darse unos toques de maquillaje, salieron con impaciencia para no perder el autobús; en el hospital tenía un neceser de emergencia y ya tendría tiempo de ponerse un poco de colorete. Bajaron los escalones corriendo y llegaron a la portería mientras pensaba que de la parada saldría volando a por el coche.

Su subconsciente estaba tan acostumbrado a la oculta presencia de Mari Sales que sin darse cuenta respiró aliviada al no ver a su ex suegra. Traspasaron el umbral y mirando a ambos lados de la calle volvió a cerciorarse de que tenía vía libre. Debían cruzar la gran vía y se acercaron al semáforo, acababa de ponerse en rojo. Al tiempo que le preguntaba a la niña por sus deberes se vieron asaltadas por una voz que las increpaba:

—¡Sois unas ocupas! A ver cuándo os largáis de mi casa, porque esa casa es mía —la última palabra fue pronunciada con un odio desmedido.

Mari Sales, estirando la correa de Pixy y Dixy, se puso al lado de la niña. Violeta, sin mediar palabra, mantuvo su vista al frente y apretó con más fuerza la mano de su hija.

—Sofía, mi niña, soy Nana, tu abuelita —dijo cambiando el tono, tratando de agudizar la voz para fingir dulzura ante su nieta—. Ven a darme un besito —Sofía se acercó todavía más a su madre y observó a aquella mujer de enormes gafas quien, a pesar de saber que era su abuela, le provocaba un profundo temor. Sin esperarlo, le cogió un moflete y se lo pellizcó. No le hizo

daño, pero al ver las uñas rojas de Mari Sales, que se curvaban hacia abajo, le recordó a una bruja y se asustó y comenzó a llorar. Pero los lloros no frenaron a la intrépida abuela, quien no dudó en proseguir con sus insensateces—. Tu papá te quiere mucho, pero ahora no puede venir a verte por culpa de tu madre. ¡Tu madre es mala y no le deja que venga a verte! ¡Qué pena que no seas huérfana de madre!

El semáforo cambió a verde, pero todavía quedaban algunos vehículos circulando sobre el paso de peatones; aun así Violeta se dispuso a cruzar, sorteándolos y desoyendo a Mari Sales, quien hizo el mismo ademán de continuar, pero el frenazo de un coche Nissan azul marino delante de ellas les impidió la maniobra. Desde su asiento el conductor bajó la ventanilla. Violeta creyó que le iban a preguntar por alguna dirección y agachó el cuerpo, pero supo que se había equivocado en cuanto le llegó a la nariz aquel inconfundible efluvio a *after shave* que desprendía el coche. Enseguida distinguió el pelo y la voz de su vecino.

—Violeta, ¿hay algún problema? —Sus labios mostraban una sonrisa, pero su rostro transmitía autoridad.

La visión de aquel hombre espantó a Mari Sales, que también se había inclinado para curiosear, y sin mediar ofensa verbal, pero muy contrariada, tomó el camino por el que había venido.

—No, Víctor, gracias. Ningún problema —mintió, porque lo primero que le pasó por la cabeza fue que aquel individuo siempre la cogía sin maquillar—. Me voy pitando que perdemos el autobús.

—¿Te acerco a algún sitio? ¡Y no te olvides que mañana cenamos! —Los signos de seriedad habían desaparecido del rostro de Víctor y en su lugar se instalaron unos rasgos zalameros.

Violeta sintió rabia al recordar que el día anterior lo había descubierto coqueteando con Ana Gallego y tuvo sentimientos encontrados de amor y odio. Ojalá la hubiese visto, con lo guapa que estaba, y no como en ese momento que iba hecha unos zorros. Se preguntó por qué tenía tan mala suerte en los encuentros con su vecino. Volvió a recordar la escena de la mañana previa, de la pareja flirteando, y se sintió invadida por el mal humor.

—No, ya nos vemos mañana —le contestó sin entusiasmo mientras estiraba de Sofía y cruzaba la calzada.

—Okay. Mañana a las nueve —Apretó el acelerador y el motor rugió.

Violeta se dio prisa para tener tiempo de atravesar el jardín y llegar al siguiente semáforo. Tuvo suerte y lo consiguió; Sofía subió al autobús y ella sin perder tiempo enfiló hacia el garaje del Mercado de Colón.

Condujo con toda la rapidez que le permitió el tráfico y en cuanto llegó al hospital se puso la bata blanca y le preguntó a la enfermera si había alguna urgencia. Al saber que no, y tras darle instrucciones para que fuese preparando a los pacientes, salió y, bajando por las escaleras de mármol blanco que conducían a la planta baja, se acercó hasta la máquina de café. Le hubiese gustado tener tiempo y poder relajarse en la cafetería, pero como esa opción no era posible la descartó de su mente.

Se quedó observando como el caliente líquido salía a chorro por el pitorro de metal y caía a toda presión sobre el vasito de plástico. Cogió un sobre de azúcar, y en el momento en el que se disponía a rasgarlo fue consciente de la presencia, a unos tres o cuatro metros de distancia, de un hombre que más que andar parecía que se arrastrase debido al peso de unas invisibles cadenas que lo aferraban al suelo. Si hubiera sido otra persona se hubiese marchado rauda a pasar consulta, pero, como lo conocía de sobra, prefirió perder unos minutos observando el comportamiento de su ex cuñado Juanjo Garrido.

Él se paró junto a una columna y, con el brazo izquierdo flexionado, se apoyó en ella. Para disimular, Violeta se puso a remover el café con un palito y agachó la mirada, aunque por el rabillo del ojo no perdía detalle. Juanjo volvió a incorporarse y con gesto abatido se dirigió a una cercana papelera de color marrón claro, estiró el brazo y retiró un algodón de la articulación. Abrió un envoltorio y sacó una tirita que pegó en su lugar. A Violeta le resultó obvio que acababa de realizarse una analítica. Siguió fingiendo y empezó a dar pequeños sorbos sin apartarse el vaso de la cara.

Le pareció que Juanjo tomaba aire como para darse impulso y ya con una actitud más decidida y caminando más rápido se fue en dirección a la salida.

Sabía que la estaban esperando y la impuntualidad le parecía una falta grave de educación, pero se había fijado en que la cara de preocupación que reflejaba Juanjo era la misma que exteriorizó en el funeral de Enrique, donde había tenido un altercado con Carlos, y algo le decía que tanta afectación debía esconder algún asunto más siniestro. La curiosidad le pudo y se marchó directa a la sala de extracciones.

Allí se encontró con la recepcionista, a quien solo conocía de vista, y después de identificarse amablemente y darle un poco de palique, le solicitó el volante con los valores a estudiar de Juan José Garrido Martínez. Tras rebuscar un par de minutos la joven se lo dio y Violeta, un poco nerviosa porque llegaba tarde, empezó a examinarlo. Casi suelta un grito al leer los datos requeridos, pero su raciocinio la impulsó a llevarse la mano a la boca y a decirle a la recepcionista que necesitaba un clínex porque estaba un poco resfriada. La chica se había quedado algo desconcertada al ver la reacción de la doctora y no pareció conforme con esta explicación, por lo que se decidió a echarle una ojeada.

—¡Vaya! —exclamó la joven— Si fuera una mujer que acabara de dar a la luz pensaría que va a llevar a algún banco el cordón umbilical, pero como es un hombre...

Violeta no la dejó continuar con sus elucubraciones porque ni le apetecía seguir con el tema ni quería hacerse esperar, así que le soltó una excusa y, ya alejándose, tiró el vaso en una de las papeleras y salió desbocada hacia el primer piso. Se alegró de que hubiesen renovado el hospital y que el blanco que cubría todas las estancias se hubiese salpicado de objetos y elementos decorativos en relajantes tonos marrones. A pesar de que era de las que opinaba que el director iba de persona campechana, cuando lo que le gustaba era figurar, reconocía que la idea de Ernesto Rovira de darle un aire moderno y sin estridencias a las instalaciones le parecía de lo más acertada.

Entró el primer paciente, un bebé de pocos días, y se concentró en su trabajo; tenía bronquiolitis y lo mandó ingresar. Así, niño tras niño, estuvo más de tres horas sin parar y sin permitirse el lujo de cavilar en otros asuntos. A las doce y media decidió hacer una pausa y pasarse por la cafetería; charlar con algún colega de temas que no fuesen sobre criaturitas enfermas la ayudaría a olvidarse durante un rato de su trabajo y de todos los flashes que le



relampagueaban el cerebro cuando menos lo esperaba. Que eso le pasase con Mari Sales era normal y lo tenía asumido, pero ahora era distinto porque tan pronto le venía la imagen de Juanjo, como se le aparecía la de Sonia y Alejandro, para transformarse en la de Cintia y su marido muerto y entre ellos, como una aparición, se le cruzaba la figura de Víctor. Trataba de quitárselo de la cabeza, pero sin pretenderlo se le dibujaba el rostro de la desvalida Ana. Al verla se acordó del único al que había dejado olvidado en el ropero como a un abrigo viejo: Carlos; ese hombre le suponía un enigma.

Volvió a bajar las escaleras, pero esta vez giró hacia la izquierda en busca del bar. Para un recién llegado hubiese sido fácil perderse por el laberinto de pasillos y puertas del hospital, pero ella ya llevaba muchos años y se conocía cada recoveco al dedillo. Dejó atrás el servicio de radiología y dobló a la derecha. Sabía que en cuanto pasase por los aseos no tenía más que torcer a la derecha y allí encontraría su destino.

Creó que no sería mala idea entrar en el baño y adecentarse un poco. Llevaba un pintalabios en el bolsillo que, colocado con diferente intensidad, también le podía hacer las veces de colorete y sombra. Además, aprovecharía para recogerse el pelo en un moño.

En esas reflexiones estaba cuando su corazón dio un vuelco de alegría al comprobar con satisfacción que Ignacio se acercaba por el pasillo que se encontraba a su izquierda. Era la persona que más deseaba ver en esos momentos; se moría de ganas por charlar con él. Su caminar era lento y su espalda se encorbaba ligeramente, pero pudo notar cómo brillaron sus ojos al descubrirla.

Violeta se quedó quieta, esperándolo, y él anduvo más rápido y pareció erguirse. Pero no tuvieron tiempo de encontrarse. Un hombre de mediana edad, muy bien vestido con un traje gris, se puso detrás de Ignacio y lo retuvo por la manga. Era el doctor Rovira, el director del hospital. A Ignacio no le quedó alternativa y se giró a saludarlo. En cuanto Violeta observó que le rodeaba los hombros con el brazo entendió que la conversación iba para largo.

Podría haberse acercado e intervenir, pero lo último que le apetecía era intimar con el director del hospital. Así que aprovechó que Ignacio la miraba con cara de circunstancia para levantarle la mano con disimulo y despedirse.

Él elevó las cejas y apretó la boca en señal de sumisión; no le quedaba otra más que quedar bien con su antiguo jefe.

Violeta permaneció contemplando cómo se acercaban a los ascensores e imaginó que se lo llevaría a su despacho de la quinta planta para mantener un profundo y soporífero diálogo. El doctor Rovira era un hombre que se vanagloriaba de conocer a todos sus empleados y de mantener un trato excelente con todos ellos; ya se encargaba él de que así fuera llamándolos constantemente y acribillándoles con cuestiones que poco tenían que ver con los temas estrictamente profesionales.

Ella se metió en la cafetería, se tomó otro café y un bocadillo tamaño pulga mientras se recreaba mirando el jardín que se encontraba tras las enormes cristaleras. Tras la pausa volvió a la consulta.

### 13. Una llamada de auxilio

Había decidido madrugar más de lo habitual para tener tiempo de lavarse y secarse el pelo. Violeta tenía su cita muy presente y esa noche, aunque odiase tener que reconocérselo a sí misma, quería estar radiante. Hubiese preferido ir a la peluquería, pero la tarde anterior llegó con el tiempo justo y al tener que ocuparse de su hija le resultó imposible dedicarse a ella misma. Por la noche estaba tan cansada que solo tuvo ganas de acostarse.

Por eso, a las siete de la mañana, recién salida de la ducha y cayéndole goterones del pelo, fue capaz de escuchar los portazos y gritos que procedían del rellano. Se enrolló una toalla por el cuerpo y otra en la cabeza, y se fue directa a ver qué sucedía. Nada más entreabrir la puerta los golpes procedentes del piso de arriba ganaron intensidad, alguien a dos manos pegaba puñetazos, y en medio de aquel escándalo se distinguía una desgarradora voz femenina que chillaba con desesperación. Entre esas palabras pronunciadas entrecortadamente Violeta pudo identificar algo parecido a: «¡Me quiere matar, socorro, me quiere matar!».

Con toda la rapidez que le permitieron sus piernas volvió al dormitorio y se vistió con unos vaqueros y una sudadera gris de las que utilizaba para correr. Con la toalla todavía en el pelo subió como una bala de ametralladora hacia el piso de Ignacio. El ruido había cesado y sintió pánico al pensar que algo terrible le hubiese sucedido.

Se quedó tranquila cuando llegó y vio que Ignacio, todavía en el interior de su vivienda y con un batín marrón oscuro, trataba de serenar a una Ana Gallego, en pijama y fuera de sí, mientras la abrazaba como a una hija y le hablaba, con esa voz pausada y profunda, dando rienda suelta a toda su verborrea de psiquiatra experimentado. Durante unos segundos se quedó absorta observando aquella dramática escena y cierta pelusilla le rozó el corazón. Se acercó a la pareja y efluvios de pastilla Juanola mezclada con alcohol le acariciaron la nariz.

—¡Qué susto me habéis dado! He pensado lo peor.

—No pasa nada —le respondió Ignacio con aplomo y sin soltar a la chica—. Vamos a bajar a casa de Ana y vamos a ver qué ha pasado. Lo más probable es que haya tenido una pesadilla, pero para que se quede satisfecha...

—No, no y no, Ignacio —lo interrumpió Ana con determinación, al tiempo que se separaba de él—. No es ninguna pesadilla. Aparte de que la casa está revuelta, con libros tirados por el suelo y uno de los almohadones del sofá ha sido despanzurrado con un cuchillo, había una nota, escrita con pintalabios rojo, que ponía: «Vas a quedar como este almohadón», y en el espejo de la entrada y en la puerta había escrito: «Te voy a matar» —se cruzó de brazos y ordenó con inusitada energía—: ¡Vamos a llamar a la policía!

Ignacio tardó en responder porque todavía no había salido de su estupor al procesar la inesperada rotundidad con la que Ana había expuesto su argumento.

—¡Joder, Ana! Creo que he hecho un buen trabajo —y dirigiéndose a Violeta prosiguió—: Llama por favor al ascensor, que nos vamos a la segunda planta y no tengo ganas de ir andando. Si todo eso es cierto, llamamos a la policía.

—Ha sido mi marido, ha sido Carlos —Ana empezó a contener la respiración y hacer pucheros—. Esto ha sido un aviso —sentenció con palabras trémulas, desapareciendo así toda la potencia interior de la que había hecho gala en su anterior intervención.

Ignacio y Violeta cruzaron unas miradas de incredulidad, y tras cederle el paso a la compungida vecina se introdujeron en el ascensor.

La puerta de la casa estaba entornada y la empujaron para pasar al interior. No había muchos muebles y eso daba sensación de amplitud, pero estaba pintada en un tono granate que a Violeta le pareció cargante. Se fijaron en el espejo de la entrada y estaba limpio y reluciente. Ana encendió las luces para que la visibilidad fuera mayor, pero ni rastro del nombrado carmín. Pensaron en batirse en retirada, pero Ana se puso insistente y les suplicó para que

inspeccionaran el salón. Hacia allí se dirigían cuando apareció Carlos, salía del dormitorio y se estaba frotando las manos en el pantalón del pijama. Puso cara de extrañeza al verlos. Su mujer se quedó retirada, apoyada en la pared del pasillo, muda por la impresión de verlo.

—¡Oh, vaya! No sabía que teníamos visita —comentó el doctor Gómez jugueteando con uno de los botones de la camisa.

Pareció ponerse nervioso y, como quien hace algo de forma mecánica, pues se conocían lo suficiente y un cordial saludo hubiese bastado, les extendió la mano. Violeta fue la primera en estrechársela y la notó húmeda. Mientras Ignacio hacía lo mismo, ella tuvo tiempo de comprobar que unas manchas de agua se dibujaban en el camal del pantalón de Carlos.

—¡Alguien trata de asustarme! —exclamó Ana cubriéndose la cara y permitiendo que su cuerpo se escurriese por la pared. Los otros tres se volvieron a mirarla.

—Bueno, Carlos —Ignacio tomó las riendas de la conversación—, Ana es mi paciente, y parece que ha encontrado... varias cosas que asegura están fuera de lugar. Hemos venido a acompañarla para echar un vistazo y que se quede tranquila.

—Como queráis, en mi casa siempre sois bienvenidos—y bajó la voz—, pero ya sabes, como su psiquiatra que eres, que mi mujer está muy alterada y ve cosas donde no las hay —Lo que dijo a continuación fue apenas audible y Ana no lo escuchó—. Ya te lo vengo diciendo desde hace un par de meses.

—De todas formas, mejor si echamos una miradita... —Ignacio le guiño un ojo a Carlos y este sonrió. Sus ojos azules se empequeñecieron y las arrugas del contorno se hicieron más visibles.

—Por supuesto, pasad.

El salón estaba decorado con muebles macizos y cuadros antiguos de marcos dorados que, unido al color vino que predominaba en las estancias, volvieron a provocar una sensación de agobio en Violeta. Se preguntó cómo era posible que aquella mujer de aspecto juvenil y deportivo, siempre vestida

a la última moda, fuese capaz de haber elegido una decoración tan barroca. La única respuesta que se le ocurría la llevaba a Carlos.

La estantería estaba en su posición y los libros en su sitio. Violeta se acercó y con la yema de los dedos rozó el lomo de alguno de ellos. Nada daba la sensación de que por allí hubiese pasado la caballería montada.

—¿Y el almohadón? ¿Dónde está el almohadón?! —Ana se puso histérica y comenzó a tirar al suelo el resto de cojines que cubrían los sofás— ¿Y la nota?! ¡Yo no estoy loca! ¡No estoy loca!

Y sin que ninguno lo esperase cogió un jarrón de porcelana y lo estampó contra el suelo. Se hizo añicos. Carlos, moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de que no aguantaba más, se sentó en un sillón. Violeta se separó y se quedó plantada en una esquina. Ignacio se acercó a su paciente.

—Ana, por favor, relájate —le dijo Ignacio sujetándola por detrás—. Te creemos. Sencillamente has tenido un sueño tan real que has terminado por creértelo. No es ninguna alucinación. Cuando murió Mercedes tuve algunas pesadillas...

No pudo continuar porque una voz masculina lo interrumpió:

—¿Ana, qué pasa? —preguntó Víctor Fernández con autoridad— He escuchado alboroto y como la puerta estaba abierta me he decidido a pasar. Lo siento.

Ana, moqueando, no lo pensó ni un instante y se echó en los brazos de Víctor.

—¡Ay, menos mal que has venido! Igual no ha pasado nada y soy yo, que necesito que me protejan.

Violeta se quedó sin aliento y pensó que tal vez debería de hacerse la víctima más a menudo; parecía que a su vecina, con esa actitud, le iba bastante bien. En menos de una hora ya la habían abrazado dos hombres que no le eran indiferentes. Fue consciente de que estaba sintiendo celos. Como un autómata se llevó la mano a la cabeza para apartarse las greñas y fue entonces cuando

recordó que seguía con una toalla enrollada en el pelo. Tragó saliva y miró hacia sus pies, estaba descalza. Cerró los ojos, tomó aire y los volvió a abrir. Allí ya no tenía nada que hacer, así que se quitó la toalla de la cabeza para no sentirse tan ridícula y dio un paso al frente.

—En fin —dijo saliendo de su rincón y con toda la dignidad de la que pudo hacer gala—, tengo que irme. Me he dejado a la niña sola durmiendo y ya son casi las ocho.

Víctor fue consciente de su presencia y con disimulo trató de separarse de Ana, pero ella seguía agarrada a su cazadora y le resultó imposible.

Ignacio pidió que lo esperase y diciéndole a Ana que se pasase esa misma tarde por su consulta se despidió. Carlos se levantó dispuesto a acompañarlos. A Violeta le pareció que Víctor iba a añadir algo, pero Ana le pidió que se quedase un poco más con ella y a disgusto accedió.

—Será algún amigo de Ana —comentó Carlos sin dar importancia a la presencia de un extraño en su casa. No había reconocido a su vecino—. Mejor que se quede con ella, está muy nerviosa y yo tengo que salir. Ignacio —continuó cuando ya habían llegado al rellano—, tenemos que hablar seriamente tú y yo.

Ignacio dio varias cabezadas, asintiendo, y le dijo que cerrase la puerta, no hacía falta que los esperase porque se irían por las escaleras.

Violeta tenía prisa y se aferró al pomo dorado para salir huyendo cuanto antes. Pegó un portazo e hizo un gesto de abalanzarse hacia los peldaños, pero al levantar los dedos los notó pringosos, como si acabase de tocar algo resbaladizo, y se fijó en su pulgar. Deshizo el paso andado y se puso a escudriñar las ranuras del picaporte.

—¿Qué haces? Primero das un portazo que parece que seas una refugiada siria a quien le acaban de abrir la frontera de Europa y después te quedas como un espantapájaros mirando el pomo de una puerta. Venga, no seas inconsciente que has dejado sola a una niña de seis años. Como se despierte y vea que no hay nadie la vamos a liar—le comentó bromeando—. Y anda, llama al ascensor que el dolor de espalda me está matando.

—Mira —pronunció Violeta lentamente levantando el pulgar—, por mucho que me pese, aquí han limpiado con mucha prisa y hay restos de jabón con manchas de color... rojo.

—¡Joder! Oye, ¿y por qué te ha de pesar?

Iba a decir algo cuando llegó el ascensor y por él salió Josefa, enfundada en su batín rosa y con aspecto solemne.

—Buenos días, ¿qué está pasando aquí con tanto escándalo y tanto «trastiego»? —Al levantar el brazo se escuchó el tintineo de sus pulseras.

—En realidad, nada, Josefa. La señora Ana ha tenido una pesadilla —le explicó Ignacio.

—«Pos» sí que ha sido pesada, sí... Menos mal que no ha sido otra «disfunción». Entonces me marchó.

A punto estuvieron de subir con ella, pero Ignacio pensó que unos minutos no llevaban a ningún sitio y necesitaba respuestas. Sin que apenas se notara presionó el brazo de Violeta para que frenara el movimiento. Ella lo miró y se quedó quieta. En cuanto el ascensor se puso en funcionamiento y estuvo seguro de que nadie los iba a escuchar le habló en susurros:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Pues creo que Ana no está tan loca y que Carlos, bueno, doy por hecho que ha sido él, se ha molestado en borrar las huellas del «crimen». Y no solo porque si te fijas quedan restos de una crema roja, o sea pintalabios, en las ranuras del pomo, que con las prisas no ha podido quitar... Es que también me he dado cuenta de que había dos libros colocados del revés, y si a eso le sumo que se acababa de lavar las manos..., no puedo más que afirmar que Ana está más cuerda de lo que yo pensaba —Cierto deje de amargura se apreció en su tono de voz—. ¿Crees que es cosa de la policía?

El ascensor llegó y se introdujeron en el interior.

—¿Sinceramente?... No. ¿Qué vamos a decir? —Levanto los hombros con



resignación y dio el asunto por zanjado— Y que no está majareta es algo que sé de hace tiempo. Además, ¿te parece normal que a Carlos le importe un pimiento que su mujer se abalance en brazos de otro?

—¡Cómo me va a parecer normal! —Violeta sintió frío y se colocó la toalla en el pelo—, pero tampoco me parece normal que ella sea tan descarada. ¡La mosquita muerta!

Llegaron a la tercera planta y Violeta, con cara de fastidio, se dispuso a separar las puertas de madera. Después, mientras empujaba la cancela de hierro, se vio sorprendida por la pregunta de Ignacio:

—Oye, ¿por qué has dicho antes: «Por mucho que me pese», y pones esa cara de «Dolorosa»?

Violeta entornó sus ojos verdes y con voz que dejaba cierto retintín en el ambiente le respondió:

—Porque mi ingenua y ex loca vecinita se ha quedado en su casa con mi cita de esta noche. Por eso, y porque mi psiquiatra favorito se derrite con ella en cuanto le caen unas lagrimitas.

Y soltó la pesada puerta hasta que se escuchó el clic de cierre.

—¡Pero si mi niña está celosa! —y soltó una carcajada— ¿En serio que ese tío es tu cita? ¡Tenemos que hablar!

Pero Violeta ya no contestó. El ascensor continuó su escalada y ella se concentró en introducir con agilidad la llave en la cerradura. Solo esperaba que Sofía permaneciera durmiendo.

Alejandro Lerma se encontraba frente al ordenador, en la habitación de su casa que habían habilitado como despacho. Eligieron la que estaba más cerca de la puerta para que los clientes no tuvieran que hacer el paseíllo y evitar que husmearan en su intimidad. Sin embargo, por si necesitaban enseñar una muestra de su trabajo, habían decorado toda la vivienda con esmero. Dejaron el antiguo suelo de mármol blanco, pero para darle un toque más profesional recubrieron la mayoría de las paredes de cemento pulido gris claro y tapizaron otras con diferentes papeles pintados; la que se encontraba en un lateral del despacho mostraba un mapamundi de épocas pasadas en tonos marrones.

Hacía ya cuatro años que dejaron la oficina donde trabajaban y recibían a la clientela en su casa para evitarse pagar el alquiler, aunque Sonia, siempre que el tema salía a colación en público, ladeaba la cabeza echándose la melena a un lado y sonriendo con dulzura se empeñaba con convicción en asegurar que el cambio no había sido nada más que una cuestión de comodidad; era una manera fácil de controlar a los niños y de dormir un rato más por las mañanas. Pero lo cierto era que el esplendor de su despacho de arquitectura les había durado poco. Cinco años después de abrirlo estalló la burbuja inmobiliaria, y de eso habían pasado más de diez. Y a pesar de que llevaban dos notando una ligera mejoría no era suficiente para sufragar los gastos a los que estaban acostumbrados.

Alejandro estaba contratado en un estudio en el que su sueldo le daba para ir tirando, pero la ambiciosa Sonia lo arrastró en su proyecto de montar su propio despacho. No podía conformarse con ser una simple empleada, y mucho menos tener un marido asalariado del que no poder presumir. Así que pidió ayuda a sus padres y a su tío y se embarcaron en su particular negocio. En los primeros tiempos los pisos se vendían como rosquillas y no daban abasto en su labor como arquitectos e interioristas. Sonia era quien más disfrutaba, pues su trabajo le permitía codearse con gente de alto nivel adquisitivo y no le importaba desplazarse a cientos de kilómetros solo por el

placer que le producía contar que venía de Baqueira Beret. Alejandro, incluso cuando no podía, hacía alguna escapada al campo de golf para disfrutar de su deporte favorito; sabía que Sonia acabaría las tareas por él. Igual le ponía mala cara, pero le hacía cuatro carantoñas y le soltaba alguna explicación del tipo: «He estado estudiando unos terrenos», y asunto solucionado.

El problema no fue que Sonia no supo renunciar a sus caprichos y su gusto por los bienes de lujo, es que sus antojos y fantasías de grandeza fueron a más. Alejandro se vio seducido por la buena vida que le proporcionaba su mujer, y aunque a veces se veía superado por el desenfreno con que actuaba se subió en el mismo carro.

Cuando llegaron las vacas flacas no supieron adaptarse a las circunstancias y solo mantenían rescoldos de aquel patrimonio que consiguieron amasar en los primeros momentos de auge. A los padres de Sonia poco quedaba ya por sacarles, y las hipotecas de la casa de la playa, el apartamento en las pistas de esquí de Valdelinares y el barco los estaban asfixiando. Y, a pesar de que lo consideraban propio, ni siquiera el piso en el que vivían era suyo; sería una parte de la herencia de su tío Ignacio.

La pantalla del ordenador en la que parpadeaba el programa de diseño en tres dimensiones se oscureció y desapareció el dibujo de la vivienda que estaba proyectando. Alejandro no se dio ni cuenta, estaba demasiado ensimismado tratando de que las alas de la última pajarita que estaba confeccionando con cartulinas de colores se movieran mientras la sujetaba por el vientre y la cola. Se maravilló al comprobar que le había quedado perfecta y la colocó junto a las otras.

Se recostó sobre la silla y bostezó. Cerró los ojos y se acordó de los próximos pagos al banco; sin pretenderlo apareció una mueca de disgusto en su boca. Pero enseguida se relajó, Sonia lo solucionaría.

No tuvo tiempo de pensar más porque escuchó el sonido de la puerta y las voces de sus hijos. Eso significaba que eran las seis y sabía que Sonia haría su aparición en segundos. Recogió con rapidez todas las pajaritas y las escondió en un cajón. En tiempo récord pulsó la tecla *intro* en el teclado y la pantalla se iluminó; el dibujo se plantó de nuevo ante sus narices.

Su mujer entró y se acercó a darle un cariñoso beso en los labios. Él le devolvió la atención poniendo esa sonrisa entre burlona e insolente mezclada con una dosis de flirteo barato, que a ella la volvía loca, y empezó a hablarle mientras se estiraba los pequeños rizos del pelo:

—Estoy preocupado. Ha llegado una carta del banco y hay un descubierto de 2.000 euros, y encima a fin de mes tenemos que pagar las hipotecas. Tienes que hacer algo.

—Alex, cariño, te ahogas en un vaso de agua —le iba comentando mientras se deshacía del entallado abrigo negro y se dirigía a un disimulado armario para colgarlo. A la vista quedó la blusa de seda con mangas acampanadas que la cubría—. De momento ya nos hemos quitado 50.000, y por eso me he hecho con una botellita de Moët que descorcharemos mañana que es viernes. Y, por cierto, a ver si alguna vez eres tú el que se moja un poquito y saca las castañas del fuego.

—¿Has comprado una botella de champagne? —preguntó indignado al tiempo que daba un respingo y se levantaba de la silla— ¡Te estoy diciendo que no tenemos ni un céntimo! Y otra cosa —añadió con rabia—, te recuerdo que la otra noche el que dio la cara con Enrique fui yo.

—Relájate, por favor —Y lo abrazó. Alejandro no la correspondió—. He dicho que me he hecho con una botella de Moët, no que la haya comprado... Me he encontrado con Cristina Álvarez en el súper de El Corte Inglés y había una promoción. Se ha comprado seis y le he sacado una —Sonrió con satisfacción—. Y sobre la otra noche tienes razón, fuiste tú quien llamó a Enrique, me había olvidado.

—Pues tenemos que solucionar la que nos viene encima este mes —La voz de Alejandro se había suavizado—. Deberías hablar con Ignacio...

—Sí, no te preocupes. En cuanto los niños merienden y hagan los deberes, subo y le hago una visita para que me confirme la comida del domingo. De paso, le dejaré caer que nos vendría bien un préstamo a corto plazo... O mejor —comentó con candor—, que nos dé ya este piso. ¿Para qué lo quiere? Si no le pagamos nada...

Alejandro asintió complacido y volvió a sentarse. Pareció que se concentraba en el ordenador, pero en realidad miraba de reojo hacia el cajón donde estaban las pajaritas. Quería concluir su bandada de aves de papel, quizás podría mejorar sus habilidades para la papiroflexia con otras figuras, pero sabía que hasta el día siguiente ya no podría continuar.

Sonia salió de la estancia para controlar a sus hijos y volvió al poco rato para sentarse y abstraerse en los planos que tenía pendientes. De vez en cuando comentaban algo relacionado con el trabajo y volvían a enfrascarse en su labor.

Así estuvieron hasta que pocos minutos antes de las ocho ella se levantó para echar una última ojeada a su prole y subir a hacerle una visita a su tío.

Un sorprendido Ignacio le abrió la puerta.

—¡Vaya, Sonia! —Ignacio enarcó las cejas— No te esperaba por aquí... He abierto sin preguntar porque estaba esperando a Violeta...

Se vio interrumpido al escuchar el ruido de pasos y risas que se acercaban por la escalera. Eran Violeta y Sofía.

—¡Uy, Sonia! No sabía que estabas por aquí —dijo Violeta a modo de saludo y un poco perpleja. Quería mantener unos minutos de charla con Ignacio y supo que iba a ser imposible. Además, no le apetecía que su vecina se inmiscuyese en sus asuntos—. Bueno, pues aquí te dejo al trasto —y con alegría revolvió un poco el pelo de la niña— y me bajo que tengo que empezar a moverme. Pórtate bien —Y besó a su hija antes de entregársela a Ignacio.

—¿Vas a salir, Violeta? —le preguntó Sonia con cierto retintín.

—...Sí —titubeó Violeta. Por la forma en que se le quedaron los labios, como si le fuese a enviar un beso, supo que Sonia estaba en total desacuerdo.

—Me bajo contigo. Total, solo he venido a recordarle a mi tío que el domingo comemos.

Ignacio torció el gesto, pero tomó de la mano a la niña y se adentraron en

la casa. Las dos mujeres bajaron en silencio hasta llegar al descansillo. Sonia no abría la boca porque estaba buscando las palabras exactas con que reprender a Violeta. Le parecía una desfachatez que aquella intrusa se aprovechase de su desvalido tío de una manera tan descarada.

Cuando Violeta se disponía a despedirse, Sonia se le adelantó y sujetándola del brazo empezó a hablarle de forma condescendiente, como si le contase una confidencia. Siempre se vanagloriaba de la mano izquierda que tenía para hacer entrar en razón a la gente, y con esa forma entre afable y sensata de dirigirse a los demás, que llevaba años interpretando, estaba convencida de que tenía el pulso ganado.

—Mira, Violeta, no es por fastidiarte, ya sé que estás sola y necesitas ayuda, pero mi tío está muy mayor y no le puedes hacer la faena de dejarle a una niña para que se responsabilice de ella. Ya no está para tanto trote — suspiró y rozando suavemente los hombros de su interlocutora, continuó—: Mejor si le pagas a la chica para que se quede más tiempo.

Violeta se había quedado tan desconcertada con el discurso que por inercia no dejaba de asentir, cuando de lo único que tenía ganas era de arrearle una buena bofetada a aquella fresca que con sus buenas palabras la estaba sacando de sus casillas. Se preguntaba cómo era capaz de llamarle la atención porque dejaba a su hija un rato con Ignacio, cuando Sonia se aprovechaba de todo el mundo, de ella la primera. Tal vez se creía con tantos derechos que solo era capaz de ver los defectos ajenos.

Pero Violeta prefirió apretar los labios y subir y bajar la cabeza varias veces, dándole la razón. Estaba demasiado nerviosa como para enzarzarse en una discusión sin sentido. Sin opción a despedidas, giró la cerradura y se coló en su casa.

Sonia se introdujo en la suya y con gesto severo se fue en busca de su marido. Estaba alterada por no haber cumplido su misión y, aunque pretendía aparentar calma, su marido la conocía y sabía que algo la había contrariado. Lo sacó de la cocina donde estaba con las niñas y lo empujó hacia el despacho cerrando la puerta.

—Para mi desgracia me he tropezado con la entrometida de Violeta que

¡fíjate si tiene cara que hasta le deja a Sofía para que mi tío le haga de niñera! Esos dos se llevan demasiado bien... Presiento que va a convertirse en un obstáculo. ¡Tenemos que hacer algo! —se quejó.

—Eso mismo pienso yo... Tenemos que hacer algo.

Alejandro le miró el escote con aire lascivo y dio una vuelta a la llave. Llevaba una semana sin practicar sexo y todo el día aburrido, en casa, le había encendido la libido. Sonia se fijó en la protuberancia que sobresalía del pantalón de su marido y recordó que la cena estaba sin preparar; tampoco había supervisado los deberes de sus hijos ni había terminado el plano en el que estaba inmersa, pero no podía permitirse el lujo de negarse a su reclamo. Si no lo satisfacía ella, tal vez lo haría otra. Se contentó pensando que en quince minutos continuaría con su rutina; Alejandro era rápido y poco dado a los preliminares, y mucho menos a los cariños posteriores. Apartó con cuidado el material de trabajo de la mesa y empezó a desabrocharse la blusa.

Se frotó los labios con una servilleta de papel para quitarse el color rojo que se acababa de poner. Le parecía demasiado provocativo para una primera cita y Violeta decidió cambiarlo por un tono rosa más suave. De vez en cuando le venía a la cabeza la imagen de Sonia recriminándole su actitud y no salía de su estupor, pero pronto se deshacía de ese pensamiento y se concentraba en Víctor. Le parecía un personaje peligroso del que debería alejarse, y varias veces estuvo tentada de anular la cita, pero una atracción irresistible la empujaba a quedar con él. Para infundirse seguridad se repetía que solo era una cena que no implicaba nada más.

Se vistió con unos pantalones tobilleros de camal acampanado y los combinó con una camisa mostaza. Dudó unos instantes, pero al final se decidió a desabrochar un botón más, lo justo para insinuar el inicio del escote, y se calzó sus botines de tacón medio. Arreglada pero no pretenciosa.

Cuando se acercaba al armario para coger el poncho sonó el timbre. Un gusano revoltoso le recorrió el estómago, tomó aire y se colocó la capa. Entornó la puerta y se escurrió al exterior rozando el quicio, como si fuese imposible ensanchar la abertura. Detestaba aquella casa y no tenía ningunas ganas de que Víctor le echara un ojo ni al color de las baldosas. Lo saludó sin mucho entusiasmo, no podía olvidar el incidente con Ana, pero, sin demostrarlo, se rindió ante aquel hombre que le resultó tan sugerente con la trenca azul marino y los mocasines del mismo color. Le llegó el aroma de su colonia y casi se le corta la respiración, pero su voluntad se mantuvo firme y fue capaz de no transmitir aquellas sensaciones. Su actitud digna no varió ni un ápice.

Víctor se acercó y le plantó dos sonoros besos.

—Un poco más y casi no sales por la puerta —le dijo en tono divertido. Víctor imaginaba el porqué de aquel comportamiento distante, pero prefirió hacer como que no pasaba nada—. ¡Estás guapísima! No sé si voy a ser capaz



de resistirme...

—Seguro que no —respondió ella cortante, recolocándose el poncho.

Subieron en el ascensor y Violeta pulsó la letra B. Estaba un poco inquieta por si se chocaban con Mari Sales, pero prefirió abstenerse de comentar nada.

—No creo que haya problema, pero por si acaso he reservado. No sé si has estado alguna vez, pero para mí es de los mejores japoneses de Valencia —Víctor seguía como si tal cosa—. Me encanta pedir el menú porque te sacan platos diferentes y así no tienes que pensar. Además —continuó abriendo las puertas y cediéndole el paso—, siempre es un acierto. Jamás me han defraudado.

Salieron a la calle mientras Víctor seguía parloteando acerca de sus preferencias culinarias. Violeta, que no le había dirigido la mirada ni una sola vez, solo respondía mediante sonidos guturales que sonaban más o menos agudos en función de su parecer. Solo emitió unas cuantas palabras para comentar que debía estar de vuelta a las once y media. Él, con su desparpajo habitual, opinó que hasta a Cenicienta le daban más tiempo, pero que menos daba un puñado de arena.

Cruzaron la primera calle en línea recta, pero al llegar a la esquina, con la intención de atravesar los jardines de la gran vía y alcanzar el otro lado de la avenida, se vieron obligados a detenerse hasta que el semáforo cambiase de color. Víctor calló y un silencio incómodo, que solo rompían los tubos de escape de los coches que circulaban, se hizo entre los dos. Violeta se quedó ensimismada observando una farola y Víctor se le acercó al oído.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada —le dijo con voz pausada y seductora.

Le llegó el vapor de su aliento combinado con la reminiscencia de su *after shave* y fue penetrando en su interior hasta casi invadir su juicio. El corazón le latió más rápido y la garganta empezó a quemarle, pero pudo apaciguarse y sin amilanarse giró la cara en su dirección para mirarle a los ojos. El aire apenas les separaba un par de centímetros.

—Tampoco hace falta ser muy listo para saberlo..., después del numerito

de esta mañana.

Víctor la hubiese besado con uno de esos besos largos y húmedos, pero sabía que aquello le podría acarrear consecuencias irreversibles, así que se separó un poco y levantó la ceja con sorpresa.

—¿Ana?

—Va a ser que sí.

El semáforo se puso en verde y empezaron a caminar. Pareció que Víctor reflexionaba y Violeta se mantuvo a la expectativa. Por eso les pasó desapercibido el descarado movimiento de una de las cortinas del primer piso de su edificio y la mirada guasona de los ojos que se escondían tras ella. Mari Sales, cual lechuza atenta, cambiaba de posición para otear mejor a la pareja. Una sonrisa de desprecio se marcó en sus labios y entornó los párpados con malicia. No podía desaprovechar aquella oportunidad.

Ajenos a esa pupila que los acechaba continuaron camino y se dieron prisa en alcanzar el siguiente semáforo. Al llegar a la otra acera torcieron hacia la izquierda y encaminaron sus pasos hacia la Plaza de Cánovas; Víctor empezó a explayarse con la explicación que tenía ensayada.

—Mira, he intimado más con Ana porque siempre que nos encontrábamos la veía triste y desamparada. Un día que ella salía de la farmacia nos tomamos un café y me contó las desavenencias con su marido. Bueno —titubeó, pasándose la mano por el pelo—, dice que quiere acabar con ella. No la veo muy centrada y me da pena, por eso me paro a hablar con ella cuando me la encuentro por ahí. Tengo la impresión de que me ha tomado como una especie de paño de lágrimas. Hoy he escuchado jaleo y por eso he subido, pero te juro que es la primera vez que entro en su casa —Frenó el avance y con suavidad le asió el brazo—. ¿Satisfecha?

Violeta se mordisqueó el labio inferior y pareció vislumbrarse una mueca de agrado, pero no se pronunció.

—¿Me pongo de rodillas para que me creas? —Y sin perder la sonrisa hizo ademán de ir a agacharse.

—¡Va, no hagas el tonto! —se quejó Violeta aparentando severidad, pero complacida con la aclaración— Además, no me debes ninguna explicación— añadió dejando la plaza tras de sí y divisando ya el restaurante—, es solo que me he quedado fuera de juego cuando te he visto aparecer, y Ana se te ha abalanzado como si fueras su tabla de salvación. Y mira —siguió con determinación—, no me gusta quedar con alguien que también sale con otra persona sin yo saberlo.

Entraron en el pequeño y acogedor restaurante y los acomodaron junto a la cristalera, en una de las mesas de madera con un pequeño mantel rojo que la cruzaba. La tenue luz amarilla de los farolillos dotaba al local de un aire íntimo.

Decidieron que se acoplarían con el menú y Víctor se pidió una cerveza japonesa mientras, atento a las preferencias de ella, hacía un movimiento con la cabeza para que eligiese. Violeta concluyó que lo mismo. Le gustaba cenar con vino tinto, pero claudicó a hacer algún tipo de alusión porque imaginó que su acompañante sabía lo que se hacía. En todo caso, más tarde se decidiría por una copa de vino blanco.

El camarero se esfumó y Víctor, para hacerle olvidar el incidente, se adueñó de la conversación.

—Si te parece, ignoremos a Ana, que no me interesa en absoluto y vamos a hablar de ti, que me resultas mucho más interesante.

Sonrió y sus hoyuelos se hicieron más patentes. Violeta se sintió fascinada y en un acto reflejo se pasó la mano por la frente y agachó la mirada. Era una manera rápida de enderezarse y ponerse a la altura de la situación. Aquel hombre que tenía enfrente la ponía nerviosa y no debía olvidar que no lo conocía, y lo último que debía consentir era bajar la guardia. Tenía que verlo como a un astuto adversario. Le vino bien que el camarero se acercase de nuevo a dejar las cervezas y el edamame, vainas de soja hervidas, que les sirvieron de aperitivo.

—Casi que vamos a empezar por ti, yo me tengo muy vista —comentó ella haciéndose la despreocupada—. ¿Por qué se muda un programador informático divorciado a un piso tan grande? Te sobra espacio por todas

partes... —También le hubiese preguntado por qué había elegido esa finca, estaba en un punto estratégico de la ciudad y le estaría costando una fortuna, pero prefirió no entrar en el tema económico.

—Porque estoy esperando encontrar a la mujer adecuada que quiera compartir su vida conmigo y quiero ofrecerle un palacio —dijo inclinándose hacia delante mientras apoyaba los brazos en el borde de la mesa y abría las palmas. Violeta se retiró y arrugó la nariz; no le parecía convincente. Víctor le guiñó un ojo—. Vale, no, eso lo he dicho para romper el hielo —Pareció relajarse y dio un trago a la cerveza—. Vivía en un apartamento por la Avenida de Francia, pero se me quedaba pequeño porque tengo muchos *hobbies*, entre los que se encuentran la pintura y la lectura, y necesitaba más espacio. Así puedo tener todas las estanterías que me dé la gana y dejar mis lienzos y pinturas en dos habitaciones.

Hizo una pausa y se quedó encandilado contemplándola. Violeta se sintió turbada y fue a decir algo para interrumpir ese momento que a partes iguales la excitaba y violentaba, pero él no se lo permitió.

—Si me vas a preguntar por qué me he trasladado a un piso en el centro, lo que supone un desembolso mayor, te diré que gano más que suficiente para pagarlo, y que ya estaba harto de vivir tan apartado del mundanal ruido. No tengo vicios y, aparte de material de pintura y libros y de pasar la pensión de mi hija, gasto poco.

Les sirvieron una ensalada con crujiente de piel de salmón y cogiendo los palillos con maestría empezaron a paladear el plato.

—¿Y cuándo ves a tu hija? —quiso saber Violeta, mucho más relajada.

—Lo cierto es que la veo poco —contestó Víctor depositando la servilleta sobre sus piernas—. Depende del trabajo que tenga. Si voy a tope, paso con ella un día entero del fin de semana que me corresponde. Si tengo más tiempo, me la quedo todo el fin de semana —resopló y dio un sorbo a la cerveza—. Por eso su madre tiene la custodia. Espero que cuando crezca un poco y sea más autónoma pase más tiempo conmigo. Esa es otra de las razones por la que quería una casa más grande, para que ella también tenga su espacio.

—¿Y tanto trabajo tiene un programador informático, que no puede ni pasar un fin de semana entero con su hija? —Le preguntó con verdadera curiosidad.

—Bueno, es que no te lo he contado todo... —Víctor entrecerró sus ojos oscuros y los hoyuelos se le volvieron a marcar en las mejillas. Como un rayo, el término atractivo se filtró por la mente de Violeta—. También soy alto ejecutivo de la compañía, y eso me quita mucho tiempo. No puedo atender a mi hija como se merece.

Trajeron unos langostinos en tempura con mayonesa en su esencia junto a un tartar de atún. Se sirvieron la salsa de soja en un cuenco aparte y pidieron un par de cervezas más. Violeta ya tenía claro que se olvidaba del vino.

—¿Y tú? ¿Cómo se las apaña una madrileña en Valencia para sacar tiempo libre, si nunca puede dejar a la niña con su padre, y la abuela paterna se confunde con Cruela de Vil? —preguntó Víctor dando buena cuenta de un calabacín rebozado que habían puesto de guarnición—. Fácil, fácil... no parece.

—Y no lo es, pero una espabila y echa mano de todo su ingenio —Sonrió y restos de aceite que se habían quedado adheridos a sus labios los hicieron brillar y aparecer más voluminosos y sugerentes. Víctor centró su mirada en ellos y parpadeó con descaro. Violeta se quedó desorientada, pero enseguida él reaccionó y cogiendo su servilleta se la pasó de una forma sensual por la boca.

—¿Qué haces? —preguntó poniéndose a la defensiva, en un gesto que dejó sus labios entreabiertos. A Víctor le pareció de lo más cándido y seductor.

—Perdona, es que tenías unas gotas de aceite y no lo he podido evitar... Me llamas mucho la atención. Eres sexy, inteligente e ingenua... Mi cóctel favorito. Lo siento si te he molestado —Bebió y Violeta hizo lo mismo—. Pero sigue que te he cortado.

—Bueno, iba a decir —Violeta todavía se estaba recomponiendo del momento vivido, tratando de hacer oídos sordos al comentario que acababa de escuchar. Como no sabía cómo tomárselo, decidió proseguir donde se había

quedado— que me turno los fines de semana con la madre de una compañera del colegio de Sofia, que está en mi misma situación. Así todos contentos —Y sin molestarse en rellanar el vaso, dio un largo trago de la botella.

—Una decisión inteligente. Para estar bien con tu hija necesitas estar bien tú. Mejor que el tiempo que le dediques, que es mucho, sea de calidad que de mala leche —Y volvió a mirarla con la misma expresión que pondría un náufrago ante la visión de un barco.

Violeta esperó a que el camarero se alejase tras depositar una bandeja con sushi y nigiris variados y decidió pasar a la acción. Se sentía apabullada por la osadía de su acompañante y se estaba hartando de quedar como una mojigata que se sonroja a la mínima zalamería.

—¿Por qué me miras con cara de lelo? —le preguntó aparentando inocencia.

—Porque hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer tan guapa con la que me sintiera tan a gusto —Cruzó los brazos y se encorvó hacia delante para acercarse a ella—. Por eso, y porque me tiene alucinado tu maestría con los palillos. ¿Pedimos otra cerveza? Todavía nos queda este plato y me he quedado seco, y por lo que veo tú también —le dijo mientras movía la botella en un lento vaivén para indicar que no quedaba ni gota.

—Pues será que sales poco, Valencia está llena de mujeres guapísimas... Y vale, pidamos otra, pero te advierto que no estoy acostumbrada a beber cerveza y es posible que no encuentre el camino a casa. Ya te apañarás

—Tranquila, que a casa te acompaño seguro —Y soltó una carcajada. Violeta no lo pudo evitar y empezó a reírse —. Y aunque no viviésemos en el mismo sitio, también te acompañaría...

Los hoyuelos de Víctor resaltaron y Violeta aprovechó el momento de alegría para taparse la cara y no mirarlos. Aquel par de huequecillos la tenían dominada sin remedio.

Acabaron con la bandeja de pescado y arroz y aunque los dos comentaron que no les cabía nada más en el estómago, se pidieron un helado y un tiramisú

de té verde. Iban a terminar con un café, pero finalmente se decidieron por el té de jazmín. Mediante risas y divertidos comentarios estuvieron de acuerdo en que la infusión les rebajaría la comida. Y entre chascarrillos intrascendentes y sutiles coqueteos concluyeron la velada.

Muy a su pesar, pues ambos se hubiesen quedado juntos toda la noche, pidieron la cuenta. El camarero la colocó en el centro de la mesa y los dos se precipitaron a cogerla.

—Lo mejor es que paguemos a medias —razonó Violeta—. No tenemos nada y por ser hombre no tienes obligación de invitarme.

—Ya, pero es muy probable que yo sí quiera tener algo contigo, y no pienses mal, y me apetece invitarte. ¿Me dejas? —Lo expresó en un tono tan sincero que Violeta se quedó sin argumentos— Además, aunque tú no te lo creas, estoy un poco chapado a la antigua.

Sacó la tarjeta de crédito y tras cobrarle y dejar unas monedas salieron a la calle. Violeta se alegró del viento que corría porque le servía para despejarse la cabeza; estaba un poco achispada y era incapaz de borrar la sonrisa que se le había quedado impresa en los labios. Víctor la ayudó a colocarse el poncho y ella se puso a mirar al frente para mantener el paso firme, pero su incapacidad para seguir una línea recta era evidente y él aprovechó para, en silencio, rodearla por los hombros. No lo esperaba y Violeta dio un respingo, pero se contuvo de hacer alusiones porque estaba disfrutando de la sensación de calidez y protección que le proporcionaba aquella sujeción. Pasearon agarrados y en silencio hasta que en la avenida, a escasos metros de su edificio, Violeta se detuvo bajo una farola y sin venir a cuento le preguntó:

—¿Es cierto que sales poco y no quedas con nadie? —El sonido de un remolino de hojarasca raspando la acera se mezcló con su voz.

Víctor estuvo a punto de soltar una de sus sinvergonzonerías, pero lo pensó mejor y decidió mostrarse franco.

—¿Me crees tan superficial como para ir quedando con unas y otras y no ver a mi hija? —Pareció reflexionar— Si es así, es que no me he mostrado tal

cual soy.

—Sinceramente, me tienes desconcertada —dijo ella en un tono risueño. Los efectos del alcohol le estaban pasando factura.

El viento sopló más fuerte y le revolvió el pelo por la cara.

—Tendremos que volver a quedar para que me conozcas mejor... —Y con un tierno movimiento le apartó las greñas, entreabrió los labios y los pegó a los de ella.

Violeta se dejó llevar y durante unos segundos permitió que el agradable cosquilleo que le recorría desde la parte baja del estómago hasta la última neurona de su cerebro la anestesiasse por completo y accediese a rozar un efecto que entremezclaba la felicidad y el deseo.

Pero su desconfiada parte racional tomó conciencia y tiró con fuerza para que bajase de aquella nube de fantasía que no la conduciría más que a otro caos. Algo, que las consecuencias de tres cervezas le impedían discernir, le enviaba una señal roja de alarma.

Se apartó con suavidad y con una sonrisa tímida se quedó con las manos apoyadas sobre el pecho de él.

—Venga, vamos que es casi la hora y tengo que recoger a Sofía —Y comenzó a andar con paso rápido. Víctor se quedó un poco sorprendido.

—¿Estás enfadada? ¿He hecho algo mal?

—Todo lo contrario —Violeta reflexionó mientras seguía caminando—, me has hecho volver a los quince años. El problema es que tengo casi cuarenta y una niña por recoger en casa de mi amigo Ignacio... Y no es plan de estar dándonos el lote en medio de la calle.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó Víctor interponiéndose entre ella y el portal.

—Este fin de semana lo tengo complicado porque me tocan las dos niñas. Si no te importa aguantarlas un rato, cosa que no te aconsejo —sonrió al



decirlo—, puedo algún café. Pero casi mejor lo dejamos para el siguiente que seré libre como un gorrión. Bueno... —dudó—, el lunes no trabajo..., pero supongo que tú sí y será difícil coincidir. Vamos hablando y concretamos.

Víctor insistió en acompañarla hasta la misma puerta de su casa, pero como ella tenía que subir a casa de Ignacio, tomaron el ascensor y en el primer piso, donde él se apeó, se despidieron. Violeta consintió otro meloso beso y pulsó el botón número cuatro.

Ignacio apareció bostezando y con el pelo revuelto. Ella se sintió culpable por haberlo despertado y entró de puntillas hasta el salón para levantar a Sofía del sofá y llevársela a casa. La cogió en brazos y la niña pronunció algunas palabras ininteligibles, seguía dormida. Mientras salía, el psiquiatra, frotándose los ojos, todavía tuvo tiempo de preguntarle cómo le había ido. Ya en el rellano Violeta le contestó en un murmullo:

—No sé..., muy bien... Pero hay algo que me chirría... Algo se me ha escapado... Tengo que repasar toda la conversación, pero ahora mismo soy incapaz... Buenas noches y gracias.

Eran casi las dos de la tarde del sábado cuando Ana Gallego se puso alerta al escuchar el sonido de la cisterna del baño de su habitación. Le había pedido ayuda a su psiquiatra y se había pasado todo el viernes ensayando el discurso que le iba a soltar a su marido, y aunque se lo sabía de memoria estaba nerviosa.

Lo había repasado esa mañana y tenía claro que ya no se iba a molestar en preguntarle dónde había estado la noche anterior ni le hablaría de niños y familia. Sencillamente quería el divorcio.

Aunque casi se despelleja los dedos, siguió las pautas de su médico y fue capaz de aguantar sin porros ni ginebra y, a pesar de que estuvo tentada de acudir a la caja de ansiolíticos que todavía guardaba en el estante de la cocina, desistió al recordar las frases que Ignacio le había inculcado y se las repitió a sí misma sin parar: no necesitaba de agentes externos para superar las dificultades porque ante Carlos debía mostrarse como una mujer segura con las ideas claras. Debía sacar el ser inteligente y enérgico que llevaba dentro; y no olvidar el prometedor futuro que le esperaba sin él.

Además, le insufló fuerzas que Ignacio le contase que Violeta había descubierto restos de pintalabios rojo en el pomo de su puerta y que estuviera de acuerdo en que estaba sufriendo algún tipo de manipulación por parte de Carlos. No creía que llegase a un asesinato, pero sí a un intento de trastorno que degenerase en alguna enfermedad maniaco depresiva. Según él, acudir a la policía no tendría ningún sentido: no podían justificar nada y todo quedaría en agua de borrajas. La única solución era ser inteligente y llegar a un acuerdo de divorcio de la forma más amigable posible. En cuanto estuviese fuera de la casa, podría batallar todo lo que hiciese falta.

Permaneció unos quince minutos, que a ella le parecieron horas, en la cocina, a la expectativa, hasta que apareció Carlos en pijama, con cara distraída y los ojos enrojecidos. Se rascó el pecho, se desperezó y se dirigió a

la nevera para beber a morro de la botella de agua. Ana asistía a la escena como una espectadora. Él ni siquiera la saludó, así que fue ella quien, armándose de valor, dio el primer paso.

—Buenos días, Carlos —Y se mordió una uña mientras, sentada, se encorvaba sobre uno de los taburetes que se ocultaban bajo la bancada de la cocina—. Estoy segura de que tienes mucha prisa y aunque es sábado no vas a comer en casa, así que mientras desayunas voy a hablarte de todo lo que he pensado —Como él se había acercado a la despensa a coger el café y no le respondía, Ana continuó en voz baja y de carrerilla—: Es evidente que yo no soy lo que tú buscas en la vida y tú tampoco eres lo que quiero yo. Como ambos nos merecemos ser felices, es mejor que nuestros caminos se separen —Carlos puso la leche a calentar—. En definitiva, quiero el divorcio —Escuchó el silencio por respuesta, pero se acordó de los consejos de Ignacio y tomó aire para proseguir—. Puedes no hablarme, aunque lo más adecuado sería terminar de forma amistosa. Me he puesto en contacto con un abogado y si no te pronuncias interpondré, de todos modos, la demanda de divorcio —Ana bajó las manos y las apoyó sobre sus rodillas para que no se notase que le temblaban. Ya le estaban empezando a sudar—. Si estás de acuerdo, mejor; y si no lo estás, ya tendrás noticias.

Se puso en pie e hizo amago de retirarse, pero Carlos se giró con rapidez y le cortó el paso.

—¿Pero a ti qué te pasa? No digo que seamos el matrimonio idílico, pero ¿qué matrimonio lo es? Venga —la animó, revolviéndole el pelo con la mano como si estuviese acariciando al niño que acaba de cometer una travesura—, te dejo que te fumes un porro de esos, que sé que lo haces, y así se te pasará la tontería.

—No es ninguna tontería, Carlos —Ana abrió y cerró sus ojos oscuros varias veces—. Quiero el divorcio.

—Últimamente estás tarada perdida, como el otro día, ¿qué le decías a los vecinos, que te quería matar? Si piensas que alguien te va a creer, lo llevas claro —Se lo dijo con tal desprecio que parecía que estaba a punto de escupirle—. ¿Y qué vas a hacer tú sin mí, si no vales para nada? Una inútil, eso es lo que eres. Te deberías llamar cero a la izquierda —Y forzó una

carcajada.

—Sí que me creen —le respondió cruzándose de brazos y alzando un poco más la voz—. Ignacio me ha dicho que vio restos de carmín en la puerta y...

Carlos, que se estaba masajeando la cabeza como si tratase de librarse de un intenso dolor, consiguiendo enmarañar los rizos que le llegaban a las orejas, dejó de hacerlo para cortarla en seco.

—¡Cómo puedes ser tan retorcida! ¡Mentirosa! —Le subió el color de la cara y cerró los puños para tragarse la ira— ¡Si había carmín en algún sitio lo pusiste tú! ¡O a lo mejor lo trajo el «chuloputas» ese que permites que entre en mi casa sin llamar! Yo no me dedico a comprar pintalabios... —bajó el tono de voz—, lo único que hice fue limpiar los restos de tu locura —y como para sí mismo prosiguió—. No sé qué hago tratando de razonar con una pirada.

—Víctor no es ningún «chuloputas», es nuestro vecino de abajo y es todo un caballero —le respondió Ana entrecortadamente mientras se estiraba con los dientes una piel que sobresalía junto a la uña de su pulgar— Y yo no pinté nada, no pude hacerlo... No utilizo color rojo.

—Pues te aseguro que yo tampoco.

Carlos tuvo tiempo de serenarse y meditar la situación. Había hecho bien en sacar a colación al fulano ese, a quien Ana parecía adorar; si le hablaba de él, conseguiría que ella se sintiese culpable. Conocía la debilidad de carácter de su mujer y sabía que si jugaba bien sus cartas podría ganar la partida. Cualquier cosa era mejor que un divorcio, al menos, tal y como estaban las cosas. Quizás más tarde ya no le importaría. Aunque se tuvo que reconocer que esa no era la cuestión que más le preocupaba, el asunto principal eran los restos de ese dichoso pintalabios que Ignacio había descubierto. Tenía que encontrar la manera de hacerle ver que había sido Ana quien se había inventado toda la historia, hasta el punto de rayar la puerta. Si lo argumentaba correctamente, revertiría su situación y se alzaría con la victoria. Lo primero era tener a su mujer de cara, por lo que se decidió a tratarla con amabilidad.

—Te estás acostando con él, ¿verdad? —Palideció y se retiró hacia atrás

para apoyarse contra la pared. Daba la impresión de ser un hombre destrozado — Siempre preocupándome por ti, hablando con tu psiquiatra para ver si vas mejor, reparando tus desastres para que no descubras y te asustes de lo que eres capaz de hacer, si dejas de beber...

—Hablo con él, pero no nos acostamos. ¡Te lo juro! —Ana se sentía perdida y los dientes le rechinaron de ansiedad.

—Mira, cariño —dijo Carlos en tono abatido mirando al techo—, si te apetece tener una aventura, tenla, ya se te pasará. Pero ya sabes que en mi familia somos muy creyentes y no tolero un divorcio. Me casé para toda la vida y te quiero.

—¿Me estás diciendo que apruebas que te ponga los cuernos? —El aturdimiento que le había provocado lo que acababa de escuchar hizo que se quedara con la boca abierta y empezase a estirarse las mangas del jersey de punto que llevaba.

—Como tú comprenderás, no me hace ilusión —Se acercó a ella y levantó los hombros con resignación—. Pero no quiero perderte y me sacrificaré lo que haga falta con tal de seguir juntos.

—¿Y si me quedo embarazada? —Ana soltó la primera idea que le pasó por la cabeza y se llevó las manos a la garganta.

—Pues también lo soportaré. ¡Qué le voy a hacer! —Dio unos pasos y se sentó en el taburete— Lo que no entiendo es por qué te empeñas en quedarte embarazada, cuando lo único que vas a conseguir es ponerte como un tonel y que te cuelguen las tetas como a una vaca lechera —Puso cara de repugnancia—. ¿No te daría asco pensar que llevas una cosa extraña dentro de ti? Nunca entenderé a las mujeres.

—¿Cómo puedes hablar así? Eres muy cruel —Trataba de parecer autosuficiente, pero estaba un mundo de conseguirlo—. Estar embarazada debe ser un estado maravilloso —balbuceó—, que no me quiero perder... —Empezaron a caerle las primeras lágrimas y su cuerpecillo empezó a tambalearse.

—Bueno, igual me he pasado —dijo Carlos sin moverse del sitio—. Si te apetece, te esperas a que me duche y nos vamos a dar un paseo.

—¿Y te daría igual no ser el padre? —Ana no podía dejar de pensar en el tema y entre sollozos alcanzó a pronunciar unas palabras— Carlos, lo mejor es el divorcio. No voy a cambiar de opinión.

Se dio media vuelta y salió disparada hacia el dormitorio. Sintió cómo las paredes se le caían encima, ese color era tan asfixiante que en cuanto llegó a la habitación y la cerró con llave una idea se instaló en su mente: iba a pintarlas de blanco. Y quitaría aquella mesa de comedor tan pesada y oscura; y la estantería, detestaba esa gigantesca estantería tan lóbrega; y las cortinas, también se desharía de aquellas gruesas cortinas a rayas ocres... Y Carlos, él también tenía que desaparecer de su vida. Fue consciente de que se acababa de romper la cadena que los unía.

Su marido la persiguió, pero tardó demasiado. Intentó forzar la puerta, al comprobar que estaba cerrada se puso a dar golpes, pero la madera era robusta y solo los bomberos serían capaces de derribarla. Pegó su cuerpo a ella y empezó a suplicar con desesperación a través de la puerta; necesitaba entrar. Ana no contestaba y una sacudida le recorrió de los pies a la cabeza; el pulso le fallaba. El pijama comenzó a empaparse de sudor y la mente se le entumeció. Ya no le importaba el divorcio ni la barra de labios ni el viaje a Suiza; solo deseaba coger una ampolla de Fentanest del cajón de su armario y que el opiáceo campase a sus anchas por sus venas. Mientras permitía que su espalda mojada resbalase por la madera, rompió a llorar.

## 17. Un encuentro programado

Aunque hacía algo de viento, el sol comenzó a asomarse en todo su esplendor, y la luz que entraba por el ventanal deslumbró a Mari Sales. No le quedó más remedio que apartarse y guarecerse tras la tupida cortina. Llevaba despierta desde las siete de la mañana, la visita que tenía programada para las once y media la mantenía inquieta, y para hacer tiempo se había sentado en el mirador desde el que controlaba la avenida. Tuvo unos pensamientos hacia Violeta, recordar a Emilio siempre le llevaba a ella, pero trató de olvidarla dando un sorbo a la taza de tila que había dejado sobre la mesa camilla. En lo que a su nuera se refería no tenía de qué preocuparse, la tenía bien agarrada y las sorpresas no tardarían en llegarle. Seguro que su hijo se alegraría de saberlas.

Todavía le quedaban más de tres horas y se puso a deambular por la casa. Sin pretenderlo fue a parar al que fue el despacho de su marido y que ahora Juanjo utilizaba para guardar sus libros y todo tipo de antiguos artilugios de los que se negaba a deshacerse. A ella le molestaba aquella intrusión porque más que una habitación le parecía un almacén; bien era cierto que lo apilaba todo en un orden estricto, pero se preguntaba dónde habría escondido todos esos años aquel montón de carpetas llenas de dibujos y libretas de su época de estudiante junto a recortes de periódicos y gacetas de décadas pasadas. Aquel cuarto, el único sin ventilación, del que ni siquiera se había ocupado de reponer las bombillas de la lámpara y solo quedaba una que con su tenue luz le confería un aspecto mortecino, le produjo sensación de ahogo y se repitió que su vida tendría que haber sido otra. Pasó la vista por el tocadiscos plateado que le regaló a su hijo hacía más de treinta años y tuvo la tentación de tirar a la basura los montículos de casetes y discos que había agrupados junto a la pared.

Se contuvo y por un acto reflejo acabó sentándose en la mesa de caoba. Encendió la lamparita y con sus manos anquilosadas por la artrosis, que convertía sus dedos en garras, rozó los cuadernos que pertenecieron a su

esposo y que ella, porque nunca tuvo necesidad de retirarlos, había mantenido intactos. Solo una agenda y el ordenador portátil de Juanjo distorsionaban la composición original del escritorio.

Se hizo con la agenda y dudó unos instantes, que dedicó a musitar palabras en las que nombró a Jesucristo y a la madre de Dios. Deseaba con fervor que apareciese algún tachón que demostrara que estaba en algún error. Pero la primera página, como había verificado tantas veces, estaba impoluta y solo se veía salpicada por los cuatro números que Mari Sales se sabía de memoria. Eran la clave de acceso al ordenador, que desde que murió su padre Juanjo no se había molestado en cambiar. Estaba segura porque hacía tiempo que lo había comprobado.

La primera vez que se encontró con ellos los tecleó con avidez y la pantalla se encendió con una luz brillante que le cedió el paso. Como no era ninguna experta en informática, se dedicó a pinchar sobre todos los iconos que le salían al paso. Reconocía que escudriñar en la vida de su hijo no era lo correcto, pero se excusaba ante sí misma alegando que era una madre angustiada que velaba por la felicidad de su hijo. Enseguida encontró unas fotos que le llamaron la atención, pero que pronto abandonó por falta de interés. Una tras otra mostraban hombres musculosos embadurnados de aceite que publicitaban bañadores o ropa interior. ¿Tanto le interesaba a Juanjo la moda? Esperaba encontrar algo más sustancioso y prosiguió con el examen, pero su búsqueda fue infructuosa y resolvió desistir hasta nueva ocasión.

Así fue haciendo hasta que, transcurridos dos años, se dio cuenta de que lo único que variaban eran los modelos, igual era un atleta que un nadador, y se dio por vencida. Es cierto que Mari Sales tuvo un mal presentimiento, pero enseguida lo aparcó en algún pliegue de su cerebro porque encontró la explicación: si su hijo se lo ponía tan fácil era porque nada tenía que ocultar. Así que desde aquel momento resolvió asomarse a aquel ordenador únicamente cuando su voluntad se viese doblegada por una chispa de curiosidad, y mantenerse callada. Si Juanjo descubría que durante los últimos cuatro años se había dedicado a husmear en su intimidad, iban a tenerla; además, prefería no saber.

Por ese motivo se levantó con un rápido movimiento y abandonó la habitación. Su hijo podía levantarse en cualquier momento y no le apetecía que



la pillase ahí. Volvió a tomar posiciones junto al ventanal.

Pero Juanjo hacía rato que estaba despierto y escuchaba atento los pasos de su madre. Alargó los brazos para estirar los músculos y se incorporó sobre la cama. Se frotó los ojos y se colocó las gafas para mirar la hora; eran casi las diez de la mañana y calculó que tenía que ponerse en pie si no quería llegar tarde. La visita estaba programada a las once y media y eran muy estrictos con las normas. A las once menos cuarto tendrían que salir. Aunque Picassent estaba a menos de media hora, y los domingos no solía haber mucho tráfico, era mejor prevenir.

Encontró a su madre absorta junto al mirador, con una taza en las manos.

—¿Qué estás mirando, a quién encuentras para criticar?

Estaba tan ensimismada que la pregunta la cogió desprevenida y con el respingo casi derrama parte de la tila.

—Mira, ahí está la buscona de tu cuñada —le comentó con gesto suspicaz—. Va con Sofia y la otra niña que se trae los fines de semana. ¡A saber dónde las lleva! Si me doy prisa en ponerme los zapatos todavía las pesco.

—Mamá, déjala en paz y céntrate en que vas a ver a tu hijo del alma —le propuso Juanjo mientras se daba la vuelta para dirigirse a la cocina.

—¡Ay, es verdad, qué ganas tengo! Además, a esa ya la tengo amarrada —Y entrecerró los ojos con malicia. Sin dejar de seguir a Violeta con la mirada continuó—: Si te apetece, córtate unas rebanadas de pan y te haces unas tostadas con un café con leche. Hoy es domingo y Mari Luz no viene.

Juanjo no se molestó en responder porque sabía de sobra que su madre era incapaz de hacer ni un huevo frito. Siempre encontraba la justificación perfecta: si no era porque tenía prisa era porque se podría manchar el traje nuevo y, si no, era muy mayor. No se olvidaba de que durante toda su vida, si no estaba la asistenta, las cenas consistieron en un bocadillo de atún con aceitunas.

No perdió el tiempo y a la hora convenida ya estaba casi preparado. Se

había puesto su fijador y su colonia y por último se vistió con unos ajustados vaqueros negros que le llegaban a los tobillos. Tras ponerse los zapatos y un fular alrededor del cuello, salió al encuentro de su madre. Ella lo esperaba en el recibidor, con un elegante traje de chaqueta marrón, dándose los últimos retoques en el pelo frente al espejo que le costó una fortuna en el anticuario.

—¡Ay, espera un momento! —le dijo Mari Sales mientras se ponía a rebuscar en el bolso— No encuentro el pintalabios. Igual lo dejé en otro sitio. Voy al baño a ver y, si no, cojo otro.

—Venga, mamá. Si seguro que tienes un montón, ¿qué más da uno que otro? —le reprochó ajustándose las gafas de montura negra.

Los segundos que su madre tardó en regresar los aprovechó para mirarse en el espejo y asegurarse que el pelo le había quedado perfecto. Con su altura y su porte parecía un figurín.

—Arreglado. He encontrado otro en mi baño.

Cogieron el coche y Juanjo orientó la marcha hacia la carretera de Madrid. Durante el trayecto apenas hablaron, cada uno estaba inmerso en sus propias preocupaciones. Mari Sales se centró en Emilio y repasó todos los temas que debía tratar con él. A través de sus enormes gafas miraba, sin ver, el aburrido paisaje que le ofrecía el cristal de la ventanilla, y sin darse cuenta juntó las manos sobre su vientre y se puso a hacer círculos con los pulgares. Juanjo no dejaba de darle vueltas a los resultados de su análisis, la semana próxima los tendría y solo de pensarlo se le aceleró el corazón. Podría haberse desahogado con su madre, pero su madre nunca le había parecido la persona adecuada con quien mantener una charla en profundidad; la consideraba demasiado egoísta, frívola e insustancial. En realidad, estaba convencido de que su madre era el ser más despreciable que pisaba la faz de la tierra. Y a pesar de que hacía tres años que había dejado de fumar, echó de menos el placer que le provocaba inhalar una profunda bocanada de humo.

Aunque el día era soleado, más de una vez Juanjo se vio obligado a salir de sus cavilaciones y agarrar con fuerza el volante para mantener la estabilidad del coche debido a las ráfagas de viento que sobrevenían de cuando en cuando. En una de aquellas ventoleras Mari Sales salió de su

ensoñación y le preguntó con despreocupación, como si la cuestión se le acabase de ocurrir:

—¿Por casualidad has hablado con el doctor Ignacio Vázquez?

Sin dejar de mirar la carretera Juanjo tardó unos segundos en contestar.

—Sí, ¿por?

—Por nada, es que me lo encontré la semana pasada y me comentó que le gustaría hablar contigo. ¿Qué quería? ¿Cuándo hablasteis?

Volvió a tomarse su tiempo para responder:

—Hace un par de días... Me lo encontré y hablamos unos minutos. Quería saber cómo me iba el estanco y si, en un futuro, tenía pensado mudarme a otra vivienda.

—¿Y tú que le dijiste?

—¡Mamá, ese tío es un entrometido y tú también! ¡Yo qué sé lo que voy a hacer!

Juanjo no tenía ninguna intención de continuar con la conversación y se puso tenso. Mari Sales conocía esa actitud y sabía que era mejor no insistir; se daba por satisfecha con que hubiesen tenido unas palabras.

Continuaron por la A7 hasta llegar a la salida 358. Mari Sales prefirió fijarse en el cartel en el que se leía campo de golf y concentrar su vista en la panorámica que le proporcionaba el verdor de aquella hierba cortada con precisión a escasos centímetros del suelo, donde la gente se paseaba arrastrando una bolsa con palos o en cochecitos sin ninguna angustia que los inquietase. Envidió a los que consideró despreocupados deportistas y sus labios de color rojo se arrugaron.

Giraron a la izquierda, el color verde desapareció para convertirse en gris, y se introdujeron en la impresionante mole del centro penitenciario en dirección al parking. La robusta torre central intimidó a Mari Sales, quien encorvó su cuerpo agachando la cabeza. Sintió vergüenza de que algún insigne

golfista la viese en semejante lugar. Bajaron del coche y sus músculos se tensaron. Se aseguró de que las gafas le cubrieran gran parte de la cara y comenzó a dar sus característicos pasos, que recordaban los de un robot.

—¿Lo llevas todo, no? —le preguntó Juanjo poniéndose a su lado mientras se iban diluyendo entre los grupos de familiares de otros reclusos que iban en su mismo sentido.

—Sí, sí, podremos pasar. Llevo toda la documentación —Y soltó un bufido de inquietud. Se sentía humillada—. Le he traído un par de camisas y calzoncillos nuevos.

Continuaron hasta el interior y pasaron el control policial. Después, como se trataba del vis a vis mensual y no iban al locutorio, adonde se dirigía la mayoría, los acompañaron hasta una sobria sala en la que permanecieron unos minutos. Pasado este tiempo les informaron de que había llegado la hora y los condujeron a través de un corredor blanco y verde hasta llegar a una habitación en la que había una mesa con cinco sillas a su alrededor y los invitaron a tomar asiento. No les resultó deprimente, la única ventana existente proporcionaba la suficiente luz como para animar la estancia. Enseguida apareció Emilio con aspecto hastiado y una bolsa que contenía un pack de botellas de agua que había comprado en el economato de la prisión. Su madre se abalanzó sobre él y empezó a llenarlo de besos. De un respingo se apartó para observarlo mejor y una sonrisa nostálgica emergió a los labios de Emilio.

—¿Qué te han hecho? ¡Estás delgadísimo! ¡Este sitio es horrible! —Le cayeron unas lágrimas y sacó un clínex. Pero, aun así, fue incapaz de deshacerse de las gafas oscuras.

A pesar de que no se había afeitado y una barba rasposa de tres días le cubría mejillas y mentón, Emilio olía a jabón y llevaba la moderna camisa a rayas azules, blancas y marrones planchada con esmero. Había perdido peso, pero la fina tela permitía vislumbrar que sus músculos no habían perdido ni un ápice de vigor. Los brazos estaban torneados y su estómago continuaba bien prieto. Solo las marcadas ojeras y su gesto duro transmitían la amalgama de odio y amargura que le corroía por dentro. Sus ojos color miel, como los de su hermano, parecieron reaccionar con un brillo de ansiedad al verlo y se fundió con él en un abrazo. La cabeza de Emilio alcanzaba los ojos de Juanjo y al

llevar el pelo mojado consiguió humedecerle la nariz.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber Juanjo con cierta pesadumbre.

Los tres ocuparon asiento.

—Jodido, tío, esto es muy jodido —Emilio se rascó la nuca y se pasó la mano por el corto y negro pelo—. Contadme novedades que estoy desesperado por saber del exterior. ¡Esto es un maldito infierno!

—¿Te alimentan bien, hijo?

—Mamá, no tengo tiempo para tonterías— le contestó de malas maneras—. ¿Qué hace Violeta? ¿Está con otro? Cuando hablamos por teléfono no me dices nada.

—Por esa no te preocupes que le tengo preparadas un par de jugadas. ¡Ya verás como se marcha de la casa!

—Cuidado, mamá. No quiero que se marche... todavía.

—No se ha puesto en contacto con la otra chica —intervino Juanjo de manera objetiva—. Y si no lo hace, no podemos probar nada. El detective sigue en ello.

—¡Es que es muy lista! —exclamó Mari Sales— Pero esta vez no se me escapa. Solo espero que no vaya corriendo con el cuento a Ignacio y se ponga de su parte.

—¿Ignacio? ¿Ignacio Vázquez? ¿Qué pinta ese viejo en todo esto?

—Desde que desapareciste se pegó a él como una lapa, y lo que faltó fue que se quedase viudo, ahora son carne y uña. Y parece que le tiene sorbido el seso.

Mari Sales solo pensaba en la sustanciosa herencia de Ignacio y estaba temerosa de que algún obstáculo se interpusiese en su camino.

—¿Y eso a mí que me importa? A menos que se lo esté tirando... Pues que

lo disfrute porque le queda poco —dijo poniéndose en pie.

Su hermano se quedó atento en espera de que se explicara mejor, pero su madre, que seguía obcecada con el sustancioso patrimonio del psiquiatra, le tomó la delantera:

—Ignacio me debe mucho dinero y no quiero que la zorra de tu mujer lo estropee todo. Tenemos que encargarnos de que...

—Corta ya, mamá —la interrumpió Juanjo—. Creo que Emilio tiene algo que contarnos.

Emilio puso una maliciosa y atractiva sonrisa y los observó con detenimiento antes de modular las palabras con lentitud y de mover los brazos de forma teatral:

—Me han concedido el tercer grado. Después de dos putos años me han concedido el tercer grado.

Mari Sales lo miró estupefacta y se agarró al reposabrazos de la silla. En realidad, no entendía lo que significaba aquello. Como Juanjo se dio cuenta, intervino para aclarárselo.

—Significa que le van a permitir salir de aquí —Y levantándose se acercó a su hermano y volvió a abrazarlo—. ¡Enhorabuena! Estoy muy contento.

La madre se quedó tan paralizada que tardó en reaccionar y empezó a emitir sonidos que, aunque pareciese que le fuese a faltar el aire, no eran más que jadeos de felicidad. Emilio se sentó a su lado.

—¿Pero no te faltaban dos años?

—Sí, pero me trasladan al centro de integración y podré salir los fines de semana. Nos vamos a ver mucho más —Se le dibujó un gesto cargado de crueldad—. Y a mi mujercita también.

Juanjo le hubiese advertido de que Violeta ya no era su mujercita, pero consideró que aquel no era el momento oportuno.

—¡Menos mal! —exclamó su madre— No tienes ni idea de la falta que me haces. Ya sabes que desde que murió tu padre el dinero no entra como antes y solo me queda la pensión. Y entre unas cosas y otras —e hizo un movimiento con el cuerpo apenas perceptible en dirección a Juanjo—, me da justo para pasar el mes. ¡Tengo tanto gasto que compro las cosas a plazos! Y tu hermano casi no me ayuda.

—Mamá, te lo has gastado en joyas y estupideces. Vende alguna que no te vas ni a enterar. ¿Y muebles? Casi que ganarías poniendo una tienda de antigüedades —la recriminó Juanjo, harto de la predilección de su madre por Emilio.

—¡Tú te callas porque yo hago lo que me da la gana! —Mari Sales iba a censurarle su falta de ánimo y el escaso efectivo que aportaba en la casa, pero mantuvo la boca cerrada porque tal vez su futuro dependiese de él.

—¡Se acabó! —Casi fue un alarido— ¡Os doy una buena noticia y lo primero que hacéis es discutir!

—Perdona, Emilio, hijo, tienes razón. Tú lo que tienes que hacer es no preocuparte por nada. ¡Qué alegría cuando te vean todos! Casi nadie sabe que estás aquí. Yo le he dicho a todo el mundo que trabajas muchísimo y que no paras de viajar; que vienes, estás un par de días, pero enseguida te tienes que volver a marchar —Mari Sales bebió un poco de agua que le ofreció su hijo—. Y tampoco te preocupes por Violeta, ella no dirá nada. No le interesa que a su hija la señalen con el dedo —Y comenzó a reír con una risa histérica.

Emilio entrecerró los ojos con astucia y se unió a la exaltada algarabía de su madre. Juanjo forzó una mueca de sonrisa que enseguida se convirtió en un suspiro de rechazo. Estaba más seguro que nunca de que Mari Sales tenía algún tipo de mutación genética que había permitido que el germen de la maldad se filtrase en sus células; y, aunque esperaba equivocarse, tal vez su hermano lo hubiese heredado.

La puerta se abrió y Mari Sales cortó en seco la carcajada. Apareció un funcionario de prisiones para informarles de que su tiempo había finalizado. Alargaron la despedida y su madre aprovechó para darle el paquete con la ropa nueva y un achuchón que le sirvió para susurrarle al oído: «Ya nos

encargaremos de Violeta». Hubiese continuado, pero el celador les llamó la atención y no tuvieron ocasión de más.

Llegaron al coche y Juanjo arrancó presuroso. Los dos tenían ganas de abandonar aquel lugar sombrío y gris, que a la mente no traía más que imágenes lúgubres, y se sintieron a salvo al dejar atrás la alambrada. Pero esa vez fue diferente; Juanjo estaba complacido con la noticia recibida, y Mari Sales irradiaba satisfacción; por fin podría tener a su hijo y demostrar a todo el mundo que era un triunfador, después de tanto tiempo lejos de su país.

Emilio volvió a su celda y se tumbó en la cama, cruzó las manos detrás de la cabeza y miró al techo. Estaba rozando la libertad con la yema de los dedos y era feliz. Pero al recordar a Violeta el gesto le cambió y en menos de un segundo se incorporó y empezó a crujirse los nudillos. Era suya y tenía que pagar por no haber sido una buena esposa. El rencor le excitó y tuvo una erección. Se levantó de un salto y fue al baño.



## 18. Desencuentros

Se retrasó con el último paciente que tenía programado antes de su tiempo de descanso y se dio cuenta de que le quedaban exactamente veinte minutos hasta que entrase el próximo. Como casi no le había dado tiempo a arreglarse, Violeta cogió el bolso y se fue directa a su consulta a por el neceser de emergencia que guardaba en un estante de la cajonera; estaba harta de pasearse por la cafetería con apariencia de zombi y ese día estaba animada y le apetecía que su aspecto estuviera radiante.

Ese lunes no le tocaba trabajar, pero a última hora del domingo le había llamado un compañero, a quien le había surgido una emergencia familiar, para que le hiciese el favor de sustituirlo. No es que fuese su ilusión, pero era de las que pensaba que hoy por ti y mañana por mí, y accedió sin poner objeciones.

Prefirió arreglarse en el baño de abajo que había más luz y bajó las escaleras como un potro desbocado para que la viera el menor número de gente posible. Atravesó casi patinando los pasillos blancos y marrones que se conocía de memoria y en el último cruce, antes de llegar al lavabo que se encontraba delante del bar, una espalda con una cazadora de cuero marrón y pelo moreno llamaron su atención. Se detuvo con brusquedad y se escondió en la esquina de la pared a observar. Se sujetó las greñas de la cara para que no sobresalieran y empezó a asomarse con cuidado. La primera vez no estuvo segura porque se apartó con rapidez, él acababa de hacer un movimiento que la puso alerta y tuvo que retirarse, pero su curiosidad estaba revuelta y la obligó a espiar un par de veces más, solo para estar segura de que no había lugar a error: era él, era Víctor.

Como un meteorito se metió en el baño y, nerviosa, se desabrochó un par de botones de la bata para dejar al descubierto un poco del escote y empezar a maquillarse. No se habían visto durante el fin de semana, ella se había dedicado a las niñas y no encontró hueco para quedar con él, pero habían

hablado unas cuantas veces y se habían enviado infinidad de mensajes, donde él no paraba de repetirle las ganas que tenía de volverla a ver. Alterada, pues su presencia allí solo podía significar que él se había acercado a darle una sorpresa, comenzó a ponerse la crema con color que mataba en su piel el aspecto mortecino, al que ella solía referirse como «blanco hospital».

Continuó con un poco de colorete y siguió con la máscara de pestañas. Se miró en el espejo para revisar el resultado. Aquello ya era otra cosa. Un poco de brillo en los labios le daría el toque final; no quería abusar de más cosméticos para conseguir un acabado natural y echó un vistazo al móvil por si le había enviado un mensaje. De momento, nada.

Mientras esperaba se deshizo la coleta y comenzó a peinarla de nuevo. Cogió la goma y cuando se la iba a colocar un pensamiento le vino a la cabeza que motivó que su movimiento se ralentizara: ¿qué hacía Víctor allí, si le había dicho que el lunes no trabajaba? Él no podía saber que ella estaría en el hospital.

A hurtadillas salió del baño y se acercó a la esquina de la pared para volver a asomarse con cuidado. Seguía de espaldas a ella y hablaba con un hombre alto y trajeado, que no era otro que el doctor Rovira. ¿De qué estaría hablando Víctor con el director del hospital? Corrió de nuevo al lavabo y se encerró dentro. Se sentó en el inodoro y sacó el iPhone para escribir un WhatsApp: «Hola, Víctor, ¿qué haces? Tengo ganas de verte». Sabía que no iba a recibir una respuesta inmediata, así que los cinco minutos que le quedaban los aprovechó para tomarse un café rápido y volver a la consulta con la misma celeridad con la que había llegado a la planta baja. Al pasar por el cruce en cuestión se fijó en que los dos hombres ya no estaban.

Antes de atender al siguiente paciente le echó una última ojeada al móvil. Ahí estaba la respuesta: «Trabajando y pensando en ti. Hoy tengo el día complicado pero mañana te haré una visita», un corazón rojo latía acompañando a la última palabra.

Dejó el teléfono a un lado y tras apoyar los codos sobre la mesa, juntó las manos y colocó la barbilla entre ellas frotándola suavemente. Si no acabase de verlo donde no tocaba, se sentiría feliz, pero en semejantes circunstancias no pudo más que indignarse; lo único que tenía claro era que le estaba mintiendo.

Tomó aire y a través del interfono hizo pasar al siguiente enfermo.

Se sintió estúpida cuando una madre, con una niña de siete años que tosía sin parar, pidió permiso para entrar. Todavía le quedaba un resquicio de esperanza de que Víctor hiciera una aparición estelar, pero evidentemente no fue así.

Como era de esperar en un día de otoño la sala de espera estaba a rebosar de niños constipados plagados de virus y sabía que hasta la hora de la comida no iba a tener tregua, así que se propuso olvidarse de Víctor lo que le restaba de mañana y se concentró en su trabajo. Aunque ese objetivo se veía distorsionado cada vez que la puerta se abría o la enfermera la llamaba a través del teléfono interior para pasarle algún recado; no podía evitar que un breve rayo de ilusión le embotara la cabeza y el corazón se le desbocase. Pero no pasó de ahí porque ninguna de esas interrupciones se transformó en su esperado vecino.

Cumplió con su jornada y tras tomar algo en el bar con unos compañeros, que le vino bien para entretenerse y relajarse, se fue a su casa a hacer la siesta. La intrusión de Víctor la había alterado y estaba cansada de todo el fin de semana. Necesitaba desconectar durante media hora para que su mente volviese a estar en forma y en condiciones de ver las cosas con mayor claridad. Tal vez no había nada malo en que se hubiese pasado por el hospital; quizás un familiar enfermo. Pero cuando se acordaba de la respuesta a su mensaje, asegurándole que estaba trabajando, el veneno de la duda se le incrustaba en el cerebro.

Llevar sus consideraciones hacia sus vecinos y la causa de la muerte de Enrique Giner tampoco le servía de ayuda, y si se acordaba de Emilio y su situación personal todavía era peor. Así que en cuanto subió al coche puso la radio para que la música cubriera sus pensamientos y se esforzó en seguir la letra; cantar y tratar de acordarse de la canción era una buena terapia para arrinconar las preocupaciones. Aparcó y antes de enfilarse hacia su casa se le ocurrió dar un pequeño rodeo por el Mercado de Colón para desentumecer las piernas.

Las cafeterías estaban llenas, a esas horas todavía quedaban rezagados que ultimaban su menú, aunque la mayoría se sentaba frente a un café y se apiñaba

bajo las estufas; el sol de noviembre era insuficiente para aplacar las rachas de viento que se colaban por las lonas que cubrían las terrazas. Violeta se alegró de observar a la gente que charlaba animadamente. Le hacía sentir que existía otro mundo al que ella podría saltar en el momento más inesperado; y ese salto era cuestión de un segundo. Había otra vida más allá de sus problemas.

Abandonó el mercado y continuó por la calle Cirilo Amorós. A pesar del frío y de las ganas que tenía de llegar a casa, su paso era lento; algo en su interior agradecía aquellas rachas de aire que le recordaban que tras un vendaval siempre volvía a instalarse la calma.

Se detuvo frente a un escaparate para subirse hasta el cuello la cremallera del plumífero que llevaba medio abierta y, al levantar la cabeza, tuvo la misma sensación que le había recorrido la nuca cuando descubrió a Víctor en el hospital. A unos quince metros delante de sus ojos, y en su misma dirección, un pelo oscuro y una espalda con una cazadora de cuero marrón avanzaba con despreocupación.

No podía ser cierto, tantas casualidades no eran posibles. Aunque lo pensó mejor y se dio cuenta de que no se trataba de ninguna casualidad. No había coincidido con Víctor durante el fin de semana y en un día se lo topaba dos veces, pero vivían en el mismo edificio y era lógico que antes o después se encontraran. Tal vez era el momento de alcanzarlo y comprobar su coartada, pensó. Pero no sabía cómo manejar la situación, no se habían visto desde aquel beso y ella no se sentía con derecho a pedirle explicaciones otra vez, ya tuvo suficiente con el numerito de Ana. Además, tampoco se sentía con ánimos. Mejor prepararlo bien y atacar de una forma inteligente.

Por eso prefirió mantener cierta distancia entre ellos y cerciorarse de que él llegaba hasta el portal. No le quitó ojo durante los escasos cinco minutos que duró el recorrido y Violeta se quedó quieta en la esquina mientras observaba cómo Víctor empujaba el portón de entrada. Enseguida siguió la marcha y mirando a todas partes, por si Mari Sales estaba al acecho, metió la mano en el bolso palpando su contenido hasta hacerse con las llaves. En la portería no había nadie y respiró aliviada. Eran las cinco menos cuarto y Josefa no empezaba hasta las cinco; y ella todavía tenía esa media hora para echarse un rato hasta que Sofía llegara acompañada de la chica.

En el momento en que cruzaba el umbral en dirección al ascensor le pareció escuchar un timbre. No hizo caso y pulsó el botón de llamada; el ascensor se puso en movimiento. El sonido de un suave portazo la puso alerta y por segunda vez el mazazo de la duda la volvió a golpear sin piedad. Cabía la remota posibilidad de que un vecino hubiera decidido hacerle una visita a otro, pero desde luego, aparte de Víctor, nadie había puesto un pie en aquel patio en los últimos tres minutos.

Sin darse tiempo a razonarlo con tranquilidad, e invadida por una indignante convicción, pulsó el dorado botón que conducía al segundo piso. Los segundos que tardó en llegar los dedicó a restregarse los labios y a estirarse una sutil piel que sobresalía de ellos.

Cerró las puertas del ascensor con toda la tranquilidad de que fue capaz e infundiéndose valor clavó el dedo índice sobre el timbre del segundo izquierda. No hubo respuesta y repitió la operación dos veces más. No iba a darse tan fácilmente por vencida. Al poco se escucharon unos pasos y Violeta notó cómo un ojo la observaba desde la mirilla. Una sorprendida Ana abrió la puerta y Violeta, con cara de inocencia y sin tener clara su excusa, entró en acción:

—Hola, Ana, perdona que te moleste... —No sabía bien qué decir—. Pensaba que no había nadie y ya estaba a punto de irme...

—Bueno... —titubeó Ana agachando la mirada y cerrando los puños sobre los extremos de las anchas mangas del suéter de punto—. No esperaba ninguna visita, así que he creído que llamaban a otra puerta. ¿Buscas a mi marido? No está. Ya es libre.

—¿Carlos? —Violeta se había quedado desconcertada y permaneció callada unos segundos. Pero ese tiempo le vino bien para improvisar un pretexto— No, no. Verás..., resulta que acabo de estar con Ignacio y ha perdido un calcetín. Ya sabes tú lo quisquilloso que se pone cuando se le desapareja algo... Lo más probable es que, tendiendo, se le haya caído a la asistenta, porque nos hemos asomado y nos ha parecido que estaba sobre una de las cuerdas de tu tendedero... Como tenía que pasar por aquí, le he dicho que te preguntaría.

—No sé nada de ningún calcetín —Ana parecía una niña asustada y entrecerró la puerta, descargando su peso sobre ella. Pretendía acabar con aquella conversación—. Lo buscaré y si lo encuentro ya se lo daré a Ignacio.

—Pero es que no te imaginas lo hecho polvo que está —le insistió Violeta—. Desde que murió su mujer se siente un poco desvalido y que no sirve para nada... Mejor si miras en la cocina y compruebas que está ahí.

Mientras escuchaba el alegato de Violeta, Ana, que seguía apoyada en el marco de la puerta, cruzó las piernas y con uno de los talones repiqueteó sobre el suelo. Se convenció de que Ignacio estaba muy desmejorado desde la muerte de su esposa y no quería empeorar su sufrimiento. Además, a pesar de que no quería tener trato con Violeta, no olvidaba que fue ella quien se percató de las manchas de pintalabios. Se lo debía.

—Voy a mirar —dijo en un tímido murmullo.

Violeta no esperó a ser invitada y con decisión, como si no tuviera importancia invadir casa ajena, empujó la puerta para seguirla. Ana pareció encogerse al notar que alguien iba tras ella, pero no se pronunció.

Violeta sintió la opresión que aquellas paredes granates ejercían sobre ella, pero se sumió en su cometido y aprovechó para escudriñar cualquier indicio que le indicase que Víctor estaba allí. Las puertas estaban cerradas y aparte del espejo de la entrada y los muebles del pasillo su vista no iba a tener oportunidad de alcanzar nada más. Sin embargo, algo le decía que él estaba ahí, escondido tras una de aquellas puertas.

Llegaron a la cocina y salieron a la terraza, donde se encontraba el tendedero. No había ningún calcetín caído del cielo y Ana se asomó un poco más por si estaba en las cuerdas del primer piso. Violeta disimuló e hizo lo mismo.

—Pues parece que aquí no está —comentó Ana elevando los hombros.

—Igual con el viento se ha volado. No pasa nada, yo misma le compraré otro par y así todos contentos —dijo Violeta volviendo a entrar en la cocina. Ni rastro de Víctor.

Ana comenzó a moverse por el pasillo en dirección a la salida mientras Violeta, arrastrando los pies con parsimonia, la seguía con resignación. Tuvo un momento de indecisión al pasar delante del salón y en un arrebato se aferró al picaporte. A punto estaba de presionar sobre él cuando otro impulso la obligó a detenerse con un gesto brusco. Se dio la vuelta, apoyó la coronilla sobre la pared, y empezó a respirar de forma acelerada. El aroma del *after shave* de Víctor se le hizo más intenso.

—Violeta, ¿te encuentras bien? —La voz de Ana se escuchó alarmada y sus ojillos oscuros parpadearon con timidez.

Por supuesto que le pasaba algo. Acababa de tener la confirmación de que Víctor se resguardaba a escasos centímetros de ella, pero no tenía la menor intención de montar ninguna escena. Ana se podía hacer la tonta, pero le resultaba obvio que aquella mujer era más lista de lo que aparentaba.

—Trabajo demasiado y me ha dado un mareo —contestó Violeta con desgana—. Pero no te preocupes que ya se me ha pasado —Y se dio impulso para llegar a la altura de su anfitriona—. Gracias por dejarme pasar, era muy importante para mí —y pronunciando las palabras en voz más alta y con desprecio, continuó—: ¿Tienes perro? —Ana frunció el ceño y negó con la cabeza— Fíjate que me ha parecido notar un olor extraño, como a perro farsante, lo más seguro es que se deba al mareo —y subiendo más el tono, añadió—: la colonia de Carlos no huele así.

—Si tú lo dices, seguro que no es de Carlos —Y sin más, Ana cerró la puerta.

Violeta se quedó en el rellano sopesando la escena que acababa de vivir. Desde luego que su último comentario había sido una grosería hacia Ana y se tenía merecido que le hubiese dado con la puerta en las narices. Pero no podía evitar la rabia que le daba saber que la mosca muerta estuviera con Víctor, y era la única manera que se le ocurrió de que él supiera que lo había descubierto. Así se ahorra tener que darle explicaciones sobre por qué ya no pensaba dirigirle la palabra. Ciertamente Víctor podía ir a ver a quien le diera la gana, pero estaba harta de mentiras.

Miró el reloj y eran casi las cinco y media. Hora de que Sofia volviese. Lo

más sensato era disfrutar con ella la tarde y ayudarle a hacer los deberes hasta que Ignacio terminase con sus pacientes. Sabía que pasaba consulta y hasta las ocho no estaría libre. Le daría un extra a Consuelo para que cuidara un rato más de su hija y le preparase la cena. Ella subiría a hacerle una visita a su vecino del alma. Necesitaba hablar con alguien.



## 19. Con la policía

Cerró la puerta y durante unos segundos la frente de Cintia Bonillo se quedó pegada al marco de madera. El tiempo justo hasta que el pulso se le ralentizó y respiró aliviada. Se dio la vuelta y permaneciendo en la misma baldosa apoyó la espalda y muy despacio se manoseó la cara. Todo había terminado, la policía no la volvería a molestar.

A primera hora de la mañana, como estaba estipulado, se había presentado una pareja de policías con un letrado de la administración para proceder al registro de su domicilio. En un principio pensó que sería cosa de un par de horas y, aunque por precaución le había pasado a un compañero los juicios que tenía pendientes para ese día, se había vestido con una ajustada falda de tubo y un grueso cinturón que le marcaba la cintura — lo que le provocó un disgusto al verse obligada a utilizar un agujero más—, porque estaba segura de que tendría tiempo de pasarse por el despacho y revisar la pila de expedientes que todavía permanecían encima de su mesa. Nada más lejos de la realidad; por eso se alegró de haberle dado la mañana del martes libre a Evelyn, la asistente, era la única manera de que los trapos sucios de su casa no salieran de ahí.

Lo primero que le preguntaron tras las presentaciones fue dónde guardaba los medicamentos, ella los condujo a través del blanco pasillo hasta el aseo que se encontraba junto a la cocina y les señaló una ancha cajonera debajo del lavabo. Cintia se separó para cederles el paso y en silencio, cruzada de brazos, se quedó en el umbral de la puerta a observar; inconscientemente se mojaba los labios con la lengua. Los dos agentes se agacharon y en menos de un minuto encontraron una caja de Fentanest, el potente anestésico, y, mirándose con cara de aprobación, la abrieron para comprobar que faltaban dos ampollas. Cintia no se daba cuenta, pero se estaba clavando las uñas en los brazos con tanta vehemencia que a punto estuvo de rasgarse la camisa.

Se quedaron un rato más examinando uno a uno cada medicamento hasta

que decidieron que allí no había más que hacer y prosiguieron con una exploración rápida de las habitaciones utilizadas por Enrique. Revisaron los armarios y palparon su ropa, pero, como le iban explicando a Cintia, era una comprobación rutinaria; ya habían encontrado lo que habían ido a buscar.

Inspeccionaron el cuarto que hacía las veces de despacho, pero pasaron por alto el ordenador. No había sospechas de asesinato y no estaban autorizados a invadir ese espacio. Cintia era abogada de familia y, aunque no estaba especializada en derecho penal, conocía lo suficiente como para imaginarse que no iban a irrumpir en su vida privada. Sin embargo, hasta que no tuvo la confirmación y lo escuchó de sus labios, no fue capaz de relajarse. Se había pasado el lunes ensayando la negativa en caso de que la invitasen a encender el ordenador. Primero se disculparía alegando que desconocía la clave; si insistían en llevárselo, los obligaría a traer una orden judicial. No fue necesaria ninguna de las dos alternativas y hubiese dado un salto de emoción, pero no se le notó ni un ápice y siguió manteniendo su pose digna e impasible.

Creía que el registro se había dado por concluido y se puso delante de ellos para conducirlos a la salida, pero el policía del bigote, el que parecía más serio y se había identificado como el agente Antonio Benavent, se disculpó para aclararle que le gustaría hacerle unas preguntas antes de marcharse. El cuerpo de Cintia se puso rígido.

—Sabemos que ya ha respondido a varias cuestiones, pero nos gustaría ratificar algunas para zanjar este asunto. ¿Le importa que nos sentemos en alguna parte?

No solo era que le importaba, también la indignaba, pero sabía que lo mejor era colaborar y no levantar incómodas sospechas; así que tratando de parecer natural, a pesar de que eso era imposible porque su aspecto arisco y su poca afortunada belleza espantaban más que el olor a azufre, asintió con la cabeza y los acompañó de vuelta a la cocina; no tenía la menor intención de acomodarlos en su salón. Quiso mostrarse educada y con la esperanza de que declinasen la invitación, como así fue, les preguntó si querían tomar algo.

Sin más preámbulos se sentaron alrededor de la barroca mesa de mármol blanco sobre las sillas de respaldo oval y patas terminadas en cobre. Asegurándole para tranquilizarla que era una formalidad y simplemente

querían estar seguros de sus respuestas dio comienzo el «interrogatorio»:

—¿Tiene alguna idea de por qué su marido estaba en posesión de un anestésico y si lo había consumido con anterioridad? —preguntó el policía en tono neutro.

—Ya les dije la otra vez que no tengo ni idea —y añadió con tirantez—: Y doy por hecho que nunca antes lo habría consumido... porque imagino que hubiese muerto entonces.

Recordaba que hacía tiempo su marido le había comentado respecto a su alergia, pero lo último que se le ocurriría sería contárselo a la policía.

—¿Estaba su marido recibiendo atención psicológica por parte de algún facultativo o quizá algún otro tipo de ayuda médica?

—Que yo sepa, ninguna —Y cambió el cruce de las piernas.

—¿Cómo cree que su marido consiguió la caja de ampollas? ¿Alguna sospecha acerca de quién se la pudo proporcionar? —El agente seguía el formulario sin mostrar ninguna emoción.

La pregunta le pareció redundante, pero templó sus nervios, una abogada jamás los debía perder, y menos ella, y en lugar de mandarlos a freír monas, que era lo que le apetecía, contestó de forma cortés:

—No se me ocurre cómo ni quién. Lo siento. Pero tal vez si preguntan en alguna farmacia...

—¿Estaba más irascible o deprimido de lo habitual? ¿Algún comportamiento extraño que le haya inducido a pensar que su marido estaba atravesando un momento complicado?

—No, mi marido estaba perfectamente y no tenía ningún problema grave que solventar. Éramos muy felices y este trágico accidente me ha dejado sumida en una gran soledad —Unas lágrimas le cruzaron del lagrimal a las mejillas—. Todavía no me ha dado tiempo a hacerme el ánimo de que ya no está conmigo —Y se levantó en busca de un pañuelo. Enseguida volvió a su

sitio.

—¿Y qué ocurrió aquella noche?

—Me dijo que le dolía la cabeza y que necesitaba salir a dar una vuelta a ver si el fresco de la noche le despejaba. Estuve a punto de acompañarlo, pero estaba muy cansada y me insistió en que no hacía falta; además, estaban los niños y mejor no dejarlos solos. Se marchó y me acosté. Estaba somnolienta, pero a la media hora escuché que había vuelto y me dormí.

—¿Sobre qué hora fue eso? —siguió preguntando el policía del bigote. El otro, el más alto, iba tomando notas.

—Se marchó sobre las once y diez y regresó a las doce menos veinte — Cintia se irguió orgullosa y segura sobre la silla, consiguiendo que los temblores que le recorrían el estómago permaneciesen amarrados. Temía la funesta pregunta.

—Bien —El policía que llevaba la voz cantante miró a su compañero y después se dirigió a Cintia—, parece que su esposo no se encontró con nadie y todo apunta a que ingirió la ampolla confundíendola con Nolotil, como vemos que tiene en su botiquín, o cualquier otro analgésico en ampollas. El Fentanest que guardaba en el cajón caducó hace dos años y, si usted no es capaz de decirnos cómo llegó ahí hace tanto tiempo, nosotros poco más podemos añadir —Dejó transcurrir unos segundos—. Ya le digo que esa es nuestra opinión, si lo ingirió a propósito..., usted lo sabrá mejor —Se pusieron en pie para despedirse—. Si no tiene más que añadir, damos el caso por cerrado.

Cintia estaba enjugándose unas lágrimas y negó con la cabeza. Empujándose contra la mesa se levantó con esfuerzo, como si cientos de cadenas la adhiriesen al suelo y luchar contra esa presión le supusiera un suplicio inimaginable.

En realidad las piernas le flojeaban, al principio fue por la tensión; al escuchar que se marchaban hizo su aparición la relajación.

Había mentido en algunos aspectos en los que no era arriesgado hacerlo; era imposible que pudiesen colarse en su mente, pero si le hubiesen

preguntado por la llamada no hubiera tenido más remedio que decir la verdad; ahí era fácil contrastar si mentía o no. Ciertamente que tenía prevista la respuesta, lo había llamado para ver cómo se encontraba, pero prefería no tener que dar tantas explicaciones. La conclusión de que el caso estaba cerrado y la despedida de los agentes supuso el fin de su angustia.

Una vez recompuesta del trago, y viendo que era la hora de comer y marcharse al trabajo no tenía sentido, se dirigió al baño y se puso una diadema para que los mechones de su fina y corta melena no le molestaran por la cara. Después entró en el despacho y encendió el ordenador. Allí estaban las transacciones bancarias que Enrique había manejado a placer: sacaba sumas de dinero que poco a poco iba reponiendo en diferentes cantidades. Cintia imaginaba que a medida que sus deudores le devolvían él hacía los ingresos y en alguna otra cuenta a su nombre, a la que ella no tenía acceso, se embolsaría las comisiones. En breve, cuando todos los bienes de Enrique estuviesen en su poder, tendría la confirmación.

Al poco de casarse, y para tenerlo entretenido, le propuso que supervisase las gestiones de su asesor sobre el patrimonio familiar de los Bonillo y le otorgó poderes para manejar las cuentas de ella y de su madre, y así poder alardear ante los demás de que su marido era un experto bróker. Pero también tuvo claro que no lo iba a perder de vista, así que no entendía cómo Enrique fue tan ingenuo de pensar que ella no se iba a dar cuenta.

Hacía tiempo que Cintia lo sabía, pero prefirió hacer la vista gorda y no participarle sus hallazgos porque, al fin y al cabo, devolvía las cantidades que desviaba y hacía algo productivo. Sin embargo, dos meses atrás todo cambió. El sistema que solía utilizar consistía en retirar pequeñas sumas de efectivo, que ella suponía guardaría en algún escondrijo del armario, hasta que la cuantía fuese de un importe considerable y susceptible de ser prestada. Luego lo restituía del mismo modo.

Pero el día que Cintia revisó los extractos bancarios, y descubrió que había una transferencia a nombre del doctor Carlos Gómez, se convirtió en metal, pues hubiera sido imposible que, ni fundiéndola, le encontrasen una gota de sangre. Esa traición no tenía perdón.

Por algún extraño motivo, quizás para olvidar la aversión que le

provocaba la imagen de Carlos Gómez, le vino a la mente su madre y la maldijo entre dientes. ¿Por qué tuvo que bautizarla con aquel nombre fatídico: María Jacinta? Y lo que era peor: ¿por qué la seguía llamando así cuando hacía casi dos décadas que en el registro constaba como Cintia? No lo podía soportar.

Apagó el ordenador y con el rictus todavía marcado por el desprecio se deshizo de los tacones de aguja y descalza llegó a su dormitorio y cogió el móvil. Con el dinero que tenía no era cuestión de amargarse y lo que necesitaba era un buen desahogo. Buscó en la agenda del teléfono y pulsó sobre el nombre que buscaba. Le saltó el contestador y dejó un mensaje: «Marcelo, soy yo. Te necesito esta tarde a las siete. Si no hay novedad no me llames. Nos vemos en el hotel de siempre».

Se puso las zapatillas de estar por casa y se dirigió a la cocina para calentarse en el microondas el puré de verduras que Evelyn le había dejado preparado.

Pasaron tres días hasta que Violeta pudo acercarse a casa de Ignacio para contarle sus desventuras. La tarde del lunes Consuelo, la chica que cuidaba de Sofía, no había podido hacerle el favor de quedarse, pero convinieron en que el jueves alargaría su jornada y así Violeta podría disfrutar a sus anchas de la compañía del psiquiatra sin tener que estar pendiente del reloj.

Víctor le había hecho cuatro llamadas, a las que por supuesto no había respondido, y le había enviado unos cuantos WhatsApp, que ni siquiera se molestó en abrir. Agradecía, al mismo tiempo que le extrañaba, que no se hubiera presentado en su casa con cualquier pretexto, pero estaba cansada de mentiras y no le interesaban las excusas que se hubiera preparado. Había llegado a la conclusión de que, por mucho que la fascinase, no era trigo limpio y lo mejor que podía hacer era mantenerse a distancia; bastante había tenido con Emilio.

El problema era que no solo debía vigilarse de María Sales, de quien hacía días que no sabía nada y esa eventualidad le provocaba que su alarma interna pitase de forma descontrolada, ahora cada vez que salía a la calle se ponía tensa porque tampoco quería un encontronazo con Víctor, y en su cabeza cada vez cobraba más fuerza la idea de volver a Madrid. Solo la ataba Ignacio; Sofía era muy pequeña y no tendría dificultades en adaptarse a un cambio de colegio y amigas. Lo tendría que tratar con su abogada, pero Emilio tenía suspendido el ejercicio de la patria potestad e imaginaba que en esa circunstancia no tendría derecho a oponerse.

Con cara de cansada, pero contenta de poder pasar un rato distendido con su amigo, a las siete y media llamó al timbre.

Las ojeras de Ignacio seguían muy marcadas y se apretaba la lumbar con la mano derecha, pero en cuanto Violeta se acercó a abrazarlo, su cuerpo se enderezó y la ternura que le invadió provocó que su gesto de fatiga diera paso a una súbita jovialidad. La apretó con más fuerza y le acarició el pelo.

—¿Qué te pasa? Parece que acabes de encontrar al único hombre que queda sobre la tierra —le preguntó con cariño mientras se apartaba para cerrar la puerta. Agarrándola del brazo la condujo a través del pasillo.

—Por ahí van los tiros —respondió con un suspiro.

Concluyeron que no hacía noche para terraza y se quedaron en el salón, donde las paredes forradas de papel pintado en tonos pastel, los candelabros, las tazas de porcelana en la vitrina y el butacón de cuero circundado de tachuelas la transportaron a Bristol y a los meses de julio de su época de estudiante. Violeta se dejó caer sobre el sofá, dejando los brazos abiertos y sobrepasando el respaldo con la cabeza; exactamente igual que si la hubiesen tirado desde el techo. Ignacio le preguntó si le apetecía una copa de vino blanco; un paciente le había regalado unas botellas de Albariño y no encontraría mejor ocasión que aquella para beberse. Guardaba en un armario todo tipo de licores, pero desde que murió su esposa ya no las tocaba; beber solo no le complacía. Cuando estaba Mercedes, aunque ella no lo acompañase, disfrutaba saboreando un buen vino, pero solo ya no era lo mismo. Por eso se animaba cuando estaba con Violeta o salía a comer con algún amigo; eran las únicas ocasiones en las que disfrutaba tomando una copa.

—Un Albariño me sentará de muerte.

Mientras Ignacio subía la voz para explicarle desde la cocina que para más tarde tenía preparado un tentempié frío que consistía en: jamón, queso, unas quisquillas y paté, Violeta se quedó mirando el hueco de la pared donde antes estuvo el óleo de los niños en la playa de Pinazo. Le sorprendió no verlo y cuando Ignacio se aproximó con una cubitera y dos copas, se acercó a ayudarlo y le preguntó con su habitual camaradería:

—Oye, ¿y el cuadro? ¡¿No decías que era para mí?! —Lo soltó en un tono de ofensa, pero enseguida sonrió. Ambos sabían que era una broma— ¡Qué no, no hablo en serio! Pero me ha llamado la atención que no esté con los otros dos.

—Sí, a mí también me parece que me falta algo cuando veo el espacio vacío —Dejó las copas sobre la mesa de centro—. Luego lo colgaré. Lo llevé



a restaurar porque había un agujerito en el lienzo y no quería que fuese a más. Así, llegado el momento, lo tendrás en condiciones —Y la observó con ojos pícaros.

—Vale, genial —Violeta prefirió no hacer caso de la observación y centrarse en la charla—. Y ahora echa el vino que tengo tanto que contar que no sé si voy a tener tiempo con dos horas.

Entrechocaron las copas y dieron un trago.

—Me quedé con el vecino del primera izquierda, ¿Víctor, no? —Ignacio hizo un gesto travieso— ¡Larga!

—No, primero quiero informarte de mis averiguaciones respecto a tus recetas «extraviadas». He debido decírtelo antes, pero entre unas cosas y otras no encontré el momento adecuado —Hizo una pausa para mirarle a los ojos y crear expectación—. La autopsia encontró restos de whisky mezclados con anestésico en el estómago de Enrique Giner —Ignacio pareció alarmarse—, pero... murió porque era alérgico a la anestesia.

—¿Y si utilizó las recetas para comprarlo? Sabría que era alérgico y...

—Y nada. No tuvo tiempo en media hora de venir aquí, salir, ir a una farmacia de guardia, tomarse un whisky, tomarse el anestésico, volver a su casa y morirse —Violeta se había alterado y dio un sorbo—. Además, confío plenamente en Josefa y ella asegura que no salió.

—Si tú lo dices... Por si acaso he dado parte. ¡A saber en manos de quién están! Así me quito cualquier tipo de responsabilidad —dijo Ignacio frotándose las sienes con los dedos.

—¿Y la llamada? Dijiste que recibió una llamada. Se reunió con alguien y se tomó una copa con ese alguien; y ese alguien vive en este edificio —afirmó ella con rotundidad.

Ignacio se quedó pensativo y puso una sonrisa maliciosa.

—¿Intentas decirme que quien le dio el whisky lo mezcló con anestesia

para asesinarlo? Entonces, ese desconocido tenía que saber que Enrique era alérgico..., o simplemente quería darle un chute para que olvidase sus penas y lo mandó al otro barrio —Dejando que las cuestiones flotaran en el ambiente rellenó las copas—. Conociéndote, seguro que mi detective favorita ya tiene un sospechoso.

—En realidad, tengo tres; bueno, dos —se rectificó pasándose la mano por el pelo—. Alejandro y Sonia van en el mismo pack. Descubrí por casualidad que tenían una deuda de 50.000 euros con Enrique, que vencía el día de su muerte. Creo que Cintia no tiene ni idea y ellos se van a librar de pagarla.

—Sonia es: interesada, arrogante, hipócrita, egocéntrica y tonta del culo —Ignacio cambió de postura para ver mejor el perfil de Violeta y, poniéndose un almohadón en las lumbares, descansó las costillas sobre el sofá—. A Alejandro lo defino como gilipollas. Pero ¿asesinos? Creo que has visto demasiadas películas —Arrugó la nariz como acordándose de algo—, Oye, ¿cómo sabes lo de la deuda?

—Es una larga historia que ya te contaré en otro momento. Y si están tan apurados económicamente como para matar a alguien, tal vez tú lo sepas mejor que nadie.

—Esos siempre van apurados —dijo levantándose—. Espera que voy a traer las bandejas y vamos cenando porque, si no comemos algo, la cogorza que podemos coger será de campeonato. Si quieres cenamos en la mesa de comedor, pero yo creo que aquí es más íntimo.

Violeta lo siguió y se ocupó de poner un mantel sobre la mesa de centro y llevar cubiertos y servilletas mientras Ignacio se encargaba de los platos. A pesar del trajín que llevaban continuaron hablando de temas domésticos hasta que volvieron a acomodarse y retomaron el asunto que les preocupaba.

—Mi otro gran sospechoso es Carlos Gómez. Me dijiste que subió después de que Enrique se marchara. Tal vez las recetas las cogiera él.

—¿Y para qué va a querer Carlos Gómez unas recetas? Él tiene seguro, por algo es médico.

—Ya, pero ¿dónde trabaja? Ese tío es una incógnita y me tiene...

—¿Cómo que «dónde trabaja»? —Ignacio no le permitió acabar la frase y dejó la quisquilla a medio pelar.

—Bueno, hace meses que no está en el hospital —Violeta tragó y se limpió la boca para explicarse mejor. Por la expresión incrédula de Ignacio se dio cuenta de que era la primera noticia que tenía—. La versión oficial del doctor Rovira fue que Carlos se despidió. En un principio todos pensamos que se iría a otro hospital, pero él fue muy hermético, por lo que nunca nos enteramos del verdadero motivo, y desapareció sin despedirse. Creía que lo sabías —se disculpó—. Las pocas veces que me he cruzado con él por la escalera he notado que me evitaba y me he ceñido a saludarlo con la mano.

—Esto empeora las cosas —comentó Ignacio cogiendo una loncha de jamón— porque significa que tampoco tiene un duro, y el doctor Rovira y su hospital son muy turbios —Y se la metió en la boca.

Violeta parpadeó y se quedó pensativa.

—¿Crees que eso tiene algo que ver con el hecho de que asustara a Ana con las pintadas de la barra de labios roja?

—¡Hombre! —Con una energía inesperada Ignacio se puso en pie y sin soltar la copa empezó a andar por el salón— Si uno está loco por incapacitar a su mujer, ya resulta mosqueante. Pero si encima está a dos velas y la susodicha está forrada, el mosqueo empieza a enviar señales de certeza. No me queda otro remedio que tener unas palabras con él —y añadió con ironía—: De paso, le tendré que hacer una visita a nuestro buen director.

La principal preocupación de Violeta seguía siendo Carlos y no pudo evitar soltar un taco:

— ¡Coño! ¡Y es anestesista! —Violeta saboreó el Albariño y se apaciguó— ¿Está tratando de volver loca a Ana? Lo que no sé es qué relación pudo tener con Enrique... ¿También le estaría prestando dinero a él? —Se quedó en silencio y se recostó en el sofá— ¿Y si Cintia lo sabía?

—¿Y qué pasa si Cintia lo sabía? —Ignacio se había apoyado sobre el marco del ventanal que daba acceso a la terraza— Ella no tiene nada que ver en esto.

—Sí que tiene, sí— contestó Violeta con apremio—. Me dijo que Carlos atropelló a su hermano hace tres años. Como es lógico, no lo puede ni ver.

—¿No me jodas que la víctima fue el hermano de Cintia? —La voz ronca de Ignacio sonó escéptica— Sabía por Ana que Carlos tuvo un accidente y que hubo un fallecido, pero ella no sabe mucho más, así que yo tampoco. Oye, ¿tú de dónde sacas tanta información?

—Hago mis averiguaciones —dijo haciéndose la interesante, pero enseguida se puso alerta y continuó—. Y me aseguró que tenía anestésicos en su casa... ¿Tú lo ves normal? Escucha, vamos a repasar tus movimientos la noche de la muerte de Enrique. Intenta acordarte de quién pasó por aquí y las horas.

Ignacio se dio un empujoncito y volvió al sofá. Cogió una cortada de queso y entrecerró los ojos mientras masticaba. Se hizo con una servilleta y, forzando sus recuerdos, las palabras le empezaron a fluir:

—Serían las once y cuarto cuando apareció Enrique. Se le veía muy alterado y mientras lo invitaba a pasar al salón me fue contando que Cintia le había pedido el divorcio. Ocupó el mismo lugar en el que ahora estás tú, y yo me acerqué a la cocina a por hielos. Me pareció escuchar el sonido de un móvil y cuando regresé ya no estaba. Había dejado el talonario de recetas sobre la mesa del comedor y, como las luces de esa parte estaban apagadas, no me di cuenta de que ya no estaban.

—Sigue —lo animó Violeta—. ¿Qué pasó después?

—Me quedé un poco sorprendido, la verdad, pero como lo vi tan conmocionado pensé que le habría entrado una «pájara» y se habría marchado por la llamada —Elevó los hombros significando que no tenía más que añadir.

—¿Tuviste alguna otra visita ese día? —reflexionó unos instantes y exclamo—: ¡Carlos! Recuerdo que me dijiste que también se pasó por aquí

para hablar de Ana y el riesgo que suponía para sí misma y los demás.

—Sí, pero eso fue como diez minutos después. Estaba leyendo y me levanté para ir al baño. En ese momento llamaron a la puerta y era él. Lo traje aquí y le hice esperar dos minutos. Me estuvo dando la matraca unos minutos y cuando me cansé de oírlo, le solté una excusa y lo largué —Y añadió desviando la mirada en varias direcciones; era una forma de abstraerse que contribuía a acercarle los recuerdos—. Es posible que Mari Sales o Sonia subieran por la tarde a contarme alguna historieta, pero no sé si fue ese día u otro; vienen tantas veces.

Hubiera seguido contando lo pesadas que se le hacían aquellas dos, pero no lo hizo al notar que Violeta ya no lo escuchaba. Su mente estaba absorbida por la imagen de Carlos.

—Pudo cogerlas él... y tuvo tiempo para todo —Violeta estaba tan concentrada que se había olvidado de que tenía una tosta de paté en la mano—. Aunque, por otra parte, está la afirmación de Cintia de que el anestésico estaba en su casa.

—Parece un poco raro, pero qué te voy a contar yo, que tú no sepas, de las cosas extrañas que hace y tiene la gente —a Ignacio se le escapó una carcajada—. Recuerdo hace años que una mujer con depresión quería suicidarse y fui a su casa a hablar con ella. En la mesita de noche tenía una urna de cristal con la dentadura postiza de su madre y el ojo de cristal de su padre. Así que un anestésico en el botiquín no me parece nada del otro jueves.

Ignacio volvió a reír con ganas y a Violeta le resultó imposible no unirse al jolgorio. La tensión que había dominado el ambiente se diluyó, y el aire de misterio que los había envuelto dio paso a una atmósfera de despreocupación; como si las luces hubieran permanecido apagadas y de repente alguien se hubiese presentado para encenderlas y romper el hechizo.

—Ya te he dicho —continuó Violeta entre risas—, que la que está para encerrar soy yo. Veo fantasmas donde solo hay sombras. Aunque la desaparición de las recetas no puedes negarme que sigue siendo un enigma.

—Sí, pero como lo he denunciado ante el Colegio de Médicos e imagino

que ya habrán dado parte a la Consellería de Salud, quien las utilice va apañado. Y, si ese alguien es Carlos, peor para él —Ignacio cogió la botella y rellenó las copas—. Vamos a hacer un brindis por la amistad: ¡por la mejor vecina del mundo que a veces confundo con la hija que no tuve!

—No me digas esas cosas que me pones sentimental —Y acercándose a él le dio un tierno beso en la mejilla.

—Y ahora, cuéntame de tu cita. ¿Qué ha ido mal? —quiso saber Ignacio inclinando su cuerpo hacia ella para prestarle más atención.

—Te lo voy a resumir con la película que vi el otro día, que no me acuerdo del título —Violeta se irguió y tiró los hombros hacia atrás—. Es algo así para hacerlo corto: un presidiario mantiene correspondencia con una desconocida; jamás se han visto las caras pero se han enamorado. El día que sale en libertad ella va a esperarlo para irse juntos de vacaciones. Cruza la verja de la cárcel y ¿sabes con quién se encuentra? ... Nada más y nada menos que ¡con Charlize Theron! ¿A ti te resulta creíble que una mujer como esa se fije en un presidiario con la de tíos guapos, ricos e interesantes que matarían por ella? —Dio un sorbo— Pues a otro nivel, pero algo me chirría con Víctor. Un hombre inteligente, atractivo, buen trabajo... Todo demasiado perfecto, intenta ligar conmigo pero siempre lo pillo con la cándida e ingenua Ana Gallego. Y además, el otro día, en la cena, dijo algo que no me cuadra.

—¿El qué?

—¡Ay, no sé! Algo que dijo en la conversación y no he tenido tiempo de repasarla —se quejó—. Lo asocio con Emilio, pero ya sabes que soy de efectos retardados y mi alerta se toma su tiempo para procesar los contenidos chirriantes, aunque estoy convencida, porque siempre ha sido así, de que en el momento más inesperado explotará. No me fío de él —No tenía más que decir e introdujo los dedos en la pulpa del medio limón que tenía delante, moviéndolos de tal manera que parecía que fuese a exprimirlos. Sin venir a cuento prosiguió—: Por cierto, si Ana te pregunta por un calcetín, le dices que ya lo has encontrado.

—¿Qué calcetín? ¿De qué hablas?

—Mira —respondió Violeta hablando rápido para zanjar la cuestión cuanto antes—, tenía que entrar en su casa porque quería saber si Víctor estaba ahí y me tuve que inventar una excusa rápida.

—Anonadado me dejas, tienes recursos para todo —Y se le marcó una sonrisa entre divertida y complacida—. ¿Y estaba?

—Ya lo creo que estaba, y escondido...

—Pues no tengo ni idea del tipo de relación que puede unir a esos dos, pero te aseguro que ella nunca me ha hablado de él —Ignacio apretó los labios y sus pupilas se empequeñecieron—. Por si acaso, ándate con ojo con ese fulano. La forma que tuvo de presentarse en casa de Ana el otro día no me dio buena espina...

Violeta se disculpó porque necesitaba ir al baño y mientras salía de la estancia le preguntó si preparaba un par de refrescantes gin-tonics, poco cargados, con un toque de limón y unas bayas de enebro. La acostumbrada opresión que le encogía el estómago, y que como una hiedra venenosa se expandía hasta alcanzar todas sus vísceras, se había distendido gracias a la compañía y al alcohol; y pretendía apurar esa maravillosa relajación hasta el último segundo. Todavía le quedaba media hora larga.

Ignacio accedió con un guiño y le recomendó que probara una ginebra, recién traída de Santo Domingo de Silos, cortesía de otro agradecido paciente. «Me ha dicho que está espectacular», le aclaró.

Cinco minutos después ya estaba de vuelta con las copas repletas de hielo y ocupó su lugar. Disfrutaron del primer sorbo en silencio, paladeando el efecto de las burbujas sobre sus gargantas y Violeta, cerrando los ojos para alargar el placer infinito que le provocaba, se dejó escurrir ligeramente sobre el sofá.

—Te veo tan entretenida con los vecinos que hace tiempo que no me hablas ni de Mari Sale ni de Emilio. ¡No sabes cuánto me alegro! —La voz profunda de Ignacio, que a ella le transmitía seguridad, la trajo a la realidad.

—Uff ¿Para qué me los recuerdas? ¡Con lo a gustito que estoy! —Si no se conocieran tan bien podría haber pasado por enfado, pero Ignacio ya estaba familiarizado con el deje de humor que había en sus palabras — ¡Menos mal que a Emilio aún le quedan dos años! De la que no sé nada desde hace días es de Mari Sales y estoy muy mosqueada; no es normal que no aparezca detrás de alguna esquina. ¿Le habrá pasado algo?

Ignacio dejó la copa en la mesa y cruzó las piernas.

—Lo último que sé es que dijo que te iba a denunciar porque le habías pegado. No tengo ni idea si lo ha hecho o no. Igual recapacita y se echa atrás, aunque de esa tampoco te puedes fiar. No hace falta que te diga que es capaz de cualquier cosa —Agitó la copa y se puso a mirarla al trasluz—. El que me cayó bien fue Juanjo...

—¿Juanjo? ¿Has hablado con él? —Violeta, asombrada, se incorporó sobre el respaldo— Siempre lo he catalogado como bicho raro, pero, claro, teniendo como madre a Mari Sales no se puede ser muy normal. Mira a Emilio, tan encantador que parecía y sí, encantador, pero de serpientes. Pero, bueno, es cierto que Juanjo conmigo no se mete, cosa que le agradezco en el alma, y para mí es suficiente —Miró a Ignacio con curiosidad y le preguntó—: ¿Y de qué hablaste con él?

—Un poco de todo... Tampoco soporta a su madre... Y a ti te ve buena persona... Me cayó bien.

—¿Y todo eso te lo cuenta en una conversación de ascensor?

—Quería tantearlo y soy psiquiatra, mi querida Violeta —Ignacio enarcó una ceja y un aire de inteligencia se le imprimió en el rostro—. No me lo dejó tan claro como yo te lo estoy contando, pero sé que es así.

—Pues, hablando de Juanjo, ¿sabes que está pendiente de los resultados de un análisis de todas las enfermedades de transmisión sexual? Habrá tenido alguna relación de riesgo y ahora se lo estará pasando fatal —Violeta arrugó la frente—. ¡Me da pena! Si algo sale mal y la imbécil de Mari Sales se entera lo deshereda, como mínimo.



—¡Joder! Eso no me lo dijo —Ignacio pareció contrariado.

—Ignacio..., ¿cómo te va a contar eso? La gente no lo va promulgando a los cuatro vientos. De hecho, te lo cuento porque eres tú y eres médico. De lo contrario, me hubiese callado.

—Toda la razón del mundo... ¿Y tú cómo sabes tantas cosas... Sherlock Holmes? —Ignacio estaba realmente interesado.

—Porque además de inteligente, lista, guapa y un montón de virtudes más, que si mi abuela viviera las podría enumerar mejor que yo —se rio—, soy una doctora curiosa.

Y, a pesar de que Ignacio se había quedado intranquilo por la información que le acababan de transmitir, se unió a la alegría de su compañera y continuaron charlando sobre anécdotas divertidas de sus vidas hospitalarias; si uno tenía un incidente insólito, el que salía a continuación lo era todavía más. Y así estuvieron hasta que de los gin-tonics solo quedaron unas rodajas de limón flotando sobre unos hielos aguados y Violeta comprobó con disgusto que era hora de marcharse.

Podría haber sacado a colación su decisión de regresar a Madrid, pero prefirió posponer el debate. Más de una vez durante la cena tuvo tentaciones y a punto estuvo de exponerlo, pero se controló y se mordió la lengua; no quería romper el encanto de la velada y ahora, ya casi en la puerta, se le había hecho tarde. Se sintió incómoda por haberse guardado el secreto, pero le vino una inspiración que la tranquilizó: el fin de semana estaría sola y ese sería el momento perfecto para tratar el asunto.

Poniendo boca de pez Emilio se dedicaba a expulsar bocanadas de humo que salían en perfectos círculos concéntricos, que al poco se diluían, dejando la atmósfera de la habitación cargada de una ligera neblina y un denso olor a tabaco. Pero él, sin apartar la mirada del techo, disfrutaba de la caída de la ceniza sobre su pecho y se recreaba en el placer de aplastar las colillas, una tras otra, en el cenicero que había colocado en la mesita, junto a la cama en la que llevaba más de una hora tumbado.

Con el cigarro todavía en la boca se levantó con pereza y abrió la ventana para escuchar el potente sonido de las olas. La oscuridad le impedía divisar más allá de su brazo extendido, pero sabía que a escasos cincuenta metros se encontraba el portentoso Mediterráneo; lo había visto en incontables ocasiones desde ese mismo lugar, pero ahora, además, percibía su fragancia con mayor intensidad. A esas horas de la noche el viento había arreciado y el mar estaba embravecido, permitiendo que el aroma a salitre se volviese más penetrante. Dio una intensa calada sujetando el cigarro entre el índice y el pulgar y con un inesperado empujón de los dedos se deshizo de él dejándolo caer sobre la grava del parking descubierto que se encontraba debajo. Cerró los ojos y llenó sus pulmones de aquel aire salado que tanto había echado de menos; y paladeó el sabor de la libertad.

Hacía apenas tres horas que Juanjo lo había recogido de la cárcel y, como estaba programado, lo había acercado a El Perelló, al apartamento de la playa que pertenecía a la familia desde hacía años. Mientras se daban un abrazo su hermano le explicó la razón por la cual Mari Sales no había podido acompañarlo. Le aclaró que durante todo el día había sufrido unos fuertes dolores de cabeza y, aunque se tomó de todo para que se le pasaran, no había podido recuperarse. Emilio sabía de sobra que aquello no era cierto, pero tampoco le importó, no podía esperarse otra cosa de una mujer que había dejado a su marido moribundo solo en una ambulancia.

Durante la media hora que duró el trayecto no dejaron de hablar y, entre

bromas y chascarrillos, estuvieron comentando los planes de Emilio para el fin de semana; el domingo tendría que volver a ingresar en prisión. Lo habitual era salir el viernes y volver el lunes a primera hora, pero él, ansioso por disfrutar de su libertad, había negociado su salida para el jueves y la entrada se anticipaba.

Juanjo le insistía en que se volviera a casa con él, pero Emilio le hizo entender que todavía no estaba preparado para hacerle frente a la sociedad; todavía llevaba la palabra «cárcel» escrita a fuego en la piel y quería disponer de tiempo y soledad para recomponerse.

—No quiero que nadie me vea con esta pinta de perdedor —le dijo sin quitarse de la cabeza a Violeta—. Tengo que reaparecer a lo grande y mejor si me tomo este primer fin de semana para ponerme en forma. Me dedicaré a hacer deporte y daré alguna vuelta por el pueblo, me apetecen las cocas de tomate que hacen en el horno.

—Como prefieras, pero si decides pasarte por Valencia, avísame. Te he dejado el coche alquilado en el aparcamiento y las llaves están en la mesa de la cocina del apartamento. Estará sucio porque has avisado con tan poca antelación que no hemos tenido tiempo de llamar a nadie para que lo limpie, pero te he dejado algo de comida en la nevera y las sábanas y las toallas están limpias. También te he dejado una bolsa con ropa en la habitación —se disculpó Juanjo forzando una sonrisa. Se sentía mal por abandonar a su hermano en esas circunstancias, pero nunca habían gozado de una relación muy estrecha y quedarse le parecía fuera lugar. Además, tampoco se lo había pedido—. De todas formas, vendré el domingo a comer y nos hacemos un arroz de «carranc». Después te llevaré a Picassent.

Siguieron charlando de cosas intrascendentes y al llegar a La Albufera, Juanjo comentó que era una lástima que estuviese tan oscuro como para ver el lago y disfrutar de los pinos y la vegetación que bordea la carretera y que alcanza hasta la arena de la playa. Juanjo siempre había sentido predilección por esa carretera, pero Emilio no le prestaba atención. Para él se trataba de una vía más que le llevaba a un destino y lo último que le interesaba era el paisaje, así que cambió de tema.

—¿Cómo está mi hija? ¿Hablas con ella? Tengo ganas de verla —Pero

pensaba en Violeta y su gesto se endureció—. Espero que no sea cierto lo que dice mamá sobre que Violeta se larga las noches por ahí y a saber con quién la deja.

—Ya sabes que es una exagerada, no le hagas caso —Juanjo seguía con la vista fija en el asfalto y no tenía más que añadir, pero notó que su hermano ladeaba el cuerpo hacia la izquierda, esperando más información, y no le quedó más remedio que ampliar su respuesta—. Que yo sepa sale lo normal, pero jamás deja sola a Sofía. Creo que tiene una chica y que Ignacio Vázquez también le echa una mano. Por lo demás, ya te habrá dicho mamá que se turna con otra madre los fines de semana y así saca tiempo para ella. Eso es todo lo que sé.

—Así que la muy cabrona no se lo ha montado tan mal. Siempre ha sido muy lista —Y se quedó abstraído mientras se frotaba la rasposa mandíbula y miraba hacia la opacidad que le mostraba la ventanilla.

Llegaron a la primera rotonda del pueblo y Juanjo redujo la velocidad. Apenas se cruzaron con algún coche y los semáforos que inundaban la calzada pasaban del rojo al discontinuo naranja para cederles el paso. Enseguida puso el intermitente y giró hacia la izquierda, en dirección al polvoriento camino que llegaba a la anticuada construcción de tres plantas que se encontraba frente al mar. Su apartamento estaba en la segunda planta.

Allí habían pasado los veranos de su infancia y adolescencia, pero con el tiempo prefirieron divertirse con otras compañías y en otros lugares fuera del alcance de sus padres. Mari Sales y su marido alargaron su estancia en el tiempo y continuaron yendo a disfrutar sus vacaciones hasta que, tras la muerte de Juan José, ella se ciñó a pasar algunos días de agosto con la muchacha. Desde ese mes nadie se había acercado a echarle un ojo a la vivienda.

Se despidieron y Emilio subió andando los dos pisos. Abrió la puerta y en su nariz se coló el aroma mezclado de humedad y clausura. Encendió las luces y puso cara de asco al comprobar que, efectivamente, hacía tiempo que nadie se había molestado en pasar la escoba. Los muebles y accesorios para la playa estaban por el medio y, al recorrer el dedo por una de las mesas, se le quedaron impresas las partículas de polvo que hacían de su yema una perfecta y ovalada mancha negra.

Se dirigió al baño y se lavó las manos. Acto seguido se fue a la nevera y sacó unos paquetes de lonchas de jamón y queso. Con el pan de molde se hizo dos bocadillos que devoró en segundos y se encaminó a su antiguo dormitorio. Sacó la cajetilla de tabaco y se tumbó en la cama.

Mientras hacía círculos con el humo intentaba pensar en su futuro, pero su mente siempre lo llevaba a Violeta y se acordó, como si reviviese el día anterior, aunque habían transcurrido más de nueve años, del día en que la conoció.

Era un jueves de una tórrida noche de julio. El calor era tan insoportable que, a pesar de que le complacía salir con camisa, no quería que la tela se empapase de sudor y quedara pegada a su piel, así que se decidió por un fino polo de manga corta. Estuvo tentado de quedarse en casa con el aire acondicionado al máximo bajo una ducha de agua fría, pero la promesa de sus amigos de proporcionarle «material de primera calidad», lo cual se traducía en chicas guapas y sin muchos remilgos a la hora de meterse en la cama gratuitamente con un desconocido, fue superior al bochorno de la calle.

Aparcó el coche en el garaje de la Plaza de la Reina y, dejando a la derecha la soberbia catedral, con su rosetón y su torre, sin perder el paso decidido se introdujo por las callejuelas que conforman el Barrio del Carmen, el distrito antiguo de la ciudad, y se dirigió al Negrito, un bar de copas en pleno corazón de Valencia. Allí lo esperaban sus amigos, mezclados con la música y la gente que abarrotaba el local, que a empujones se abrían paso para acercarse a la barra. Dando disimulados codazos para espantar a la masa consiguió unirse a ellos. Salieron victoriosos con sus consumiciones y se acomodaron, separándose de las mesas de las terrazas, formando corrillo junto a la fuente de hierro que preside la plazoleta.

Entablaron una animada charla, pero al segundo trago Emilio vio que los prometidos «trofeos» no aparecían y empezó a impacientarse. Dio un sorbo para calmarse y le supo a agua. El hielo se había derretido y el color pálido de su vodka con naranja le recordó a un zumo de mandarina descafeinado con agua. Escupió y sin mediar palabra volvió al bar.

Consiguió hacerse hueco con los codos y alcanzó el mostrador. Sin respetar el turno de los que esperaban a ser atendidos por algún camarero, que

no daban abasto, elevó la voz para que superase los decibelios de la música y levantó el brazo para que se viera el billete de 50 euros que llevaba en la mano.

—¡Un vodka con naranja! Oye, te he dicho un vodka con naranja.

La joven con minifalda que tenía al lado, y que estaba harta de sentir una presión en el hombro para que se apartase, se volvió hacia él y le increpó con apasionamiento:

—Ya nos hemos enterado de lo que quieres, pero los demás hemos llegado antes que tú y también queremos algo. ¡A la cola!

Probablemente, si aquella señorita no hubiera tenido una melena rubia y sus ojos verdes no le hubiesen fascinado, Emilio le hubiese contestado de una forma grosera, pero como además le pareció que tenía buen cuerpo y le sorprendió la viveza con la que se había dirigido a él, contuvo su vulgaridad y se decidió a ser galante.

—Perdona, es que estoy seco y con este jaleo pensaba que no se me iba a escuchar —Ella sonrió como aceptando sus disculpas y fue a darse la vuelta, pero Emilio no tenía la menor intención de dejarla escapar—. Para que veas mi buena fe —y rozando las espaldas de sus amigas para llamar su atención, continuó—: os invito a ti y a tus amigas a la siguiente ronda de copas. Y si queréis —añadió en tono afable—, nos salimos fuera y os presento a mis amigos que son unos tíos muy majos.

La chica volvió a sonreír, pero negó con la cabeza. Las amigas parecieron desilusionadas y Emilio aprovechó esa circunstancia para insistir y llevárselas a su terreno. Entre todos la animaron a que accediese y gritándole: «¡Venga, Violeta, parece que el chico tiene buenas intenciones! », o cuchicheándole: «El chico es una monada», lograron arrancarle unas risas y consintió. Así fue como Emilio se enteró de su nombre y de que eran de Madrid; que acababan de terminar la residencia, cada una en su especialidad, y que estaban de paso por Valencia para coger el ferry a Ibiza, donde pensaban tostarse al sol durante una semana.

Salieron a la calle con las copas y, aunque el calor seguía siendo sofocante

y la terraza también estaba atestada, respiraron aliviados al abandonar el tumulto del bar. Las condujo hasta la fuente, donde sus amigos seguían en alegre conversación, y dieron paso a las presentaciones. El grupo pareció congeniar y Emilio hizo para situarse estratégicamente al lado de Violeta.

—Así que Violeta. Un nombre precioso —Y desvió sus ojos hacia la gota de sudor que resbalaba por el escote de la chica. Le pareció de lo más seductor.

—Le tendrás que dar la enhorabuena a mi madre —soltó con despreocupación mientras con las manos se sujetaba el pelo y lo enrollaba sobre la coronilla como si fuese a hacerse un moño—. Me lo puso porque el día que se enteró que estaba embarazada se iba a la ópera a ver *La Traviata*, y pensó que si era niña se llamaría como la protagonista. Y aquí estoy.

Con la broma de tirarle un poco de agua por la nuca, consiguió separarla del grupo y continuaron hablando. Emilio tuvo tiempo de explicarle, sin alardes y mostrando su lado más dulce, que trabajaba en ROCO, una importante consultora, como analistas de riesgos. Para no resultar empalagoso, de cuando en cuando le pedía opinión y mostraba interés por las aficiones y gustos de ella. Violeta estaba encantada con aquel chico tan atractivo y atento, pero no lo suficiente como para alargar la noche con él; acababa de salir de una relación y, aunque lo más seguro era que el flirteo no la condujese a ninguna parte, no tenía interés en meterse en otra. Así que cuando sus amigas decidieron volver al hotel, porque a la mañana siguiente tenían que madrugar, Violeta desoyó las insistentes súplicas de Emilio para que se quedase un poco más con él y se fue a dormir; no sin antes darle su número de teléfono.

Cuando se levantó ya tenía un mensaje de él: «No soy violento, pero mataría por volverte a ver... Y ahora ya puedes sonreír». Y, efectivamente, sonrió.

Lo que Violeta jamás se hubiese imaginado era que Emilio se había pasado más de tres horas calculando las palabras exactas que escribir. Escribía algo, no quedaba satisfecho y borraba las letras sin contemplaciones. Cuando a las seis de la mañana dio con las frases precisas pulsó sobre el recuadro verde y se acostó complacido.

Los mensajes diarios a los que les daba mil vueltas antes de enviar dieron paso a ramos de flores y visitas a Madrid. Los fines de semana que se veían se esforzaba por mostrar su lado más cautivador y en los viajes que realizaron juntos se comportó como el hombre cariñoso y comprensivo que no era. Violeta quedó cegada por el mundo portentoso que le mostraba y se dejó arrastrar por la creíble mentira.

A los dos años, cansados de la distancia, ella encontró trabajo en Valencia y se casaron por todo lo alto en la finca de Talavera de la Reina, propiedad de la familia Medina.

Emilio mantuvo su mente ocupada en esos agradables pensamientos hasta que cerró la ventana y la fuerza del viento y el olor a mar se hicieron más imperceptibles. Entonces fue consciente de que se encontraba en el destartado dormitorio de su antiguo apartamento porque un permiso penitenciario le concedía unos miserables días de libertad, y el sentimiento de odio que lo invadió le obligó a cerrar las manos y apretar los puños. Se quedó quieto y durante unos segundos, mientras miraba sin ver, su mente volvió a Violeta. ¿Por qué no fue la esposa dócil que él esperaba? ¿Por qué tenía que trabajar y ser independiente? Y sobre todo: ¿por qué no se calló? Pero las cosas iban a cambiar. Llevaba mucho tiempo conjeturando con ese momento y no podía salirse del plan. Su mujer tenía que volver a su lado, pero antes tenía que recapacitar y reconocer que no se había comportado como una buena esposa. Para ello tenía que aislarla y hacerla sufrir. Después, ella volvería arrastrándose suplicante y él la perdonaría.

Con esa idea fija en la cabeza cogió una toalla y fue a darse una ducha.



Las mañanas de los sábados que estaba sin niñas era uno de sus momentos favoritos. Podía quedarse en la cama remoloneando hasta que el cuerpo le pidiese movimiento o las tripas le crujiesen para obligarla a comer algo, aunque hacía tiempo que esto último no sucedía y la tarea de ingerir alimentos la hacía más por «autoimposición» que por devoción.

Emitió un largo bostezo y se desperezó con placer, sacando una pierna de entre las sábanas y colocándola encima del edredón. En esa posición Violeta volvió a cerrar los ojos y se regocijó al sentirse descansada. La tarde anterior se había pasado a hacerle una visita rápida a Ignacio y después, como no le apetecía salir, se atrincheró en su casa, se puso el pijama y, dispuesta a ver una película tras otra, se preparó un bocadillo de tortilla con tomate. Tras la segunda película cayó rendida.

Estaba disfrutando del calor de las sábanas cuando, sin venir a cuento, la imagen de Víctor se le apareció como una ráfaga y el corazón le dio un vuelco. Trató de tranquilizarse y volver a ese estado de duermevela que le permitía vivir el momento y olvidarse de sus problemas, pero unos fuertes golpes, con una ligera reverberación metálica, procedentes de un lugar indefinido le impidieron concentrarse y, aunque también Víctor pasó a un segundo plano, sabía que la tranquilidad se acababa de convertir en un imposible.

Giró la cabeza hacia la izquierda y el despertador que estaba sobre la mesita le indicó que eran las nueve y media. Por un impulso irrefrenable alargó el brazo y cogió el móvil, un círculo rojo encerraba un número uno sobre el icono de las llamadas. Con los ojos entrecerrados pulsó y se topó con un número oculto. Odiaba aquel tipo de llamadas misteriosas y volvió a colocar el teléfono en su sitio.

Los mazazos, cadenciosos y firmes, como si en el piso de enfrente estuvieran de obras y tirasen un tabique abajo, seguían sin parar. Así que resolvió que había dado comienzo un nuevo día y que era momento de ponerse

en marcha. Se calzó las zapatillas y a punto estuvo de meterse en la ducha, pero cambió de idea y decidió que antes se asomaría para descubrir de dónde procedían aquellos golpes. Abrió la puerta con cuidado, por si era Mari Sales que pretendía sorprenderla, pero en el rellano no había nadie y como los impactos procedían del ático, se acercó al ascensor y, aprovechando unos segundos de silencio, gritó mirando al cielo: «¿Qué pasa ahí arriba?». Como un eco desvalido una voz le respondió: «Violeta, corre, sube, algo ha pasado».

Al reconocer la voz de Ana, Violeta resopló y volvió a su casa a por las llaves. Cerró con cuidado y mientras subía por las escaleras se preguntó cómo era posible que aquella mosca muerta, a quien le faltaba un riego y se hacía la tonta con Víctor, fuera capaz de sacarla de su casa tantas veces y sin arreglar.

En el momento en que vio a Ana la idea de lo que podía ser una situación kafkiana se tornó real. Allí estaba, con su cara asustadiza y vestida a su manera deportiva, con un martillo en la mano, cogiendo impulsó y dejando que toda su fuerza se estrellara contra la puerta de Ignacio. La estaba destrozando cubriéndola de abolladuras.

—Ana, tranquilízate, seguro que lo que te haya pasado tiene solución —lo dijo en un tono calmado mientras se acercaba con tiento por ver si era capaz de hacerse con el martillo.

—Me llamó anoche, pero yo estaba durmiendo y no he visto la llamada hasta que me he levantado —Y sin apartar la mirada de la puerta, asestó otro golpe—. ¿Por qué no abre?

A Violeta también le pareció extraño que con el escándalo que había montado Ignacio fuese incapaz de levantarse, pero también era posible que hubiese salido y no estuviera en casa. No pudo pensar más porque llegó el ascensor y la señora Josefa, ataviada con un vestido negro con flores blancas y grises, entró en escena. Violeta dedujo que pensaba salir.

—¿Qué está pasando aquí? —Fruncía el entrecejo y parecía estar a punto de comerse a alguien, pero al ver a Ana con el martillo dio un paso atrás y se quedó con la boca abierta.

—Nada, Josefa, Ana está un poco nerviosa y trata de localizar al doctor

Vázquez. Supongo que habrá salido... —lo dijo con un deje de esperanza porque, por culpa de Ana, se estaba empezando a preocupar.

—No, salir no ha salido —Y cruzándose de brazos, apretó los labios y negó con la cabeza varias veces.

Como parecía que estuviesen petrificadas, Violeta se adueñó de la situación:

—Josefa, creo recordar que usted tiene unas llaves de esta casa. Por favor, bajo mi responsabilidad, tráigalas y veremos qué ha pasado aquí. Probablemente me caerá una buena porque tendrá un sueño muy profundo, pero también puede haberse roto una pierna y no sea capaz de levantarse.

Mientras Josefa volvía rauda a meterse en el ascensor Violeta, asegurándole que ya estaba todo solucionado y que en breve cruzarían el umbral, convenció a Ana de que soltara el martillo. Esta, con el cuerpo tembloroso y a punto de que se le saltasen las lágrimas, se acercó a ella y lo depositó sobre su mano. En cuanto estuvo segura de que todo estaba bajo control, y con el martillo bien asido por el mango, Violeta llamó al timbre varias veces, y al no obtener respuesta pegó su oreja a la madera. Tal vez fuera capaz de escuchar algún lejano lamento, pero solo el sonido del vacío resonó en su tímpano.

Enseguida reapareció una resolutiva Josefa quien, abriéndose paso entre las dos mujeres, introdujo la llave en la cerradura, la giró y empujó la puerta. Fueron instantes de tensión y las tres se quedaron paralizadas, pero Josefa reaccionó y, con un gesto del brazo, le indicó a Violeta que entrase la primera.

Tomó aire y puso el pie en el recibidor. Primero, caminando sin prisa, gritó el nombre de Ignacio para alertarlo de su presencia. Las otras dos mujeres le pisaban los talones, y Violeta trató de templar sus nervios para que no se notara que las piernas se le aflojaban y el pulso se le aceleraba. Aligeró sus pasos y elevó más la voz para volver a llamarlo. Empujó la puerta de la cocina y en un rápido vistazo atisbó el vaso de agua que se había tomado la tarde anterior, seguía al lado de la pila. Siguió por el sobrio pasillo en dirección al dormitorio, pero, al llegar a la altura del salón, la puerta estaba

abierta y le fue imposible no dirigir la cabeza en esa dirección. Nada fuera de lo normal. Josefa y Ana, calladas, seguían pegadas a ella. Todo era silencio y calma, esa calma chicha que anuncia tormenta, y un mal presagio la impulsó a correr y, sin saber por qué elegía esa habitación y con la sangre golpeándole en las sienes, se metió directa en el despacho.

La puerta estaba entreabierta y frenó en seco al empujarla y divisar el interior. De la impresión, dejó caer el martillo. La mayor parte de los libros estaban desparramados por la estancia y los cajones abiertos; había papeles y carpetas colocados al albur por todas partes y la lámpara de pie estaba tirada sobre el suelo. A Violeta le vinieron a la cabeza los registros que efectuaba la Gestapo en los domicilios judíos.

Y allí, cerca de la ventana, justo delante de su escritorio, estaba Ignacio, inmóvil y rígido, tumbado de espaldas sobre la cálida alfombra, con los ojos cerrados, como si hubiera sufrido un desmayo. Las piernas de Violeta se pusieron en movimiento antes que su cerebro y trotó hacia él. Los signos del *rigor mortis* eran más que evidentes, pero aun así Violeta se agachó y con mano trémula rozó los dedos índice y corazón sobre la arteria carótida. Presionó con más fuerza, pero solo se encontró con el frío y vacío cuello. Sin pensarlo, y como si estuviera poseída, se puso a un lado de Ignacio y comenzó con el masaje cardiaco. Las lágrimas y los mocos le iban cubriendo la cara, pero ni siquiera los notaba y continuaba el movimiento a un ritmo frenético. Un minuto, dos, tres. De repente notó que le acariciaban la cabeza al mismo tiempo que la obligaban a detenerse. En una nebulosa escuchó la voz de Josefa: «Señora Violeta, déjelo, voy a llamar a la policía y a la ambulancia..., aunque “me creo” que ya es tarde». Esas palabras la trajeron de vuelta a la realidad y se derrumbó sobre el cuerpo de Ignacio en un llanto sin consuelo, agarrándose a su camisa y repitiendo una y otra vez: «No, no, por favor, Ignacio».

Josefa, aferrándose a la medalla de la Virgen de los Desamparados, salió de la habitación. Ana, con ojos espantados y sin salir de su parálisis, seguía el drama agarrada al marco de la puerta y de vez en cuando se tapaba la boca en un acto reflejo, como si contuviese las exclamaciones que pujaban por salir, aunque su garganta no emitiese ningún sonido.

En medio de la tragedia Violeta, todavía arrodillada, tuvo un momento de

lucidez. Debía sobreponerse para no perder ni un detalle antes de que llegase la policía. Sin importarle cómo iba a quedar, se estiró las mangas del pijama, se apartó todos los fluidos que le molestaban de la cara y empezó con el reconocimiento: Ignacio iba vestido con la ropa de la tarde anterior, recordaba perfectamente que llevaba el jersey rojo sobre una camisa blanca. Se fijó que le faltaban los dos botones superiores. Prosiguió con los puños y constató que estaban desabrochados y que la manga del suéter quedaba a mitad del antebrazo; cosa que Ignacio jamás hubiese consentido. Así que, con destreza, le arremangó la ropa hasta los codos y se puso a escudriñar. No encontró nada en los brazos y, desesperanzada, se dejó caer sobre los tobillos y agachó la mirada.

Fue ahí cuando vio el punto rojo que le llamó la atención. Cogió la mano derecha de Ignacio y observó la minúscula gota de sangre seca que se encontraba en el dorso. Se agachó más para estudiarla mejor y descubrió el imperceptible pinchazo que le atravesaba la vena. Como si acabase de recibir una descarga eléctrica le soltó la mano y la dejó caer sobre la alfombra.

Se dio cuenta de que el móvil de Ignacio estaba en el suelo, a la altura de su cadera, y ni corta ni perezosa, y teniendo cuidado de no dejar sus huellas impresas, le agarró el pulgar y lo desbloqueó.

—Pero, Violeta, ¿qué estás haciendo? —Desde la puerta la voz de Ana sonaba entre aterrada e incrédula.

Violeta no la escuchaba y se centró en las últimas llamadas. Había varias perdidas de Ana de esa misma mañana. A las 00: 04 Ignacio llamó a Ana Gallego y la anterior era de las 19: 57 a Carlos Gómez. Al leer el nombre dio un respingo, pero trató de serenarse al recordar que Ignacio lo iba a llamar, y continuó con el examen. A las 19:32 había recibido una llamada desde un número oculto con la que mantuvo una conversación de casi dos minutos. También había llamadas que no respondió de Sonia Dominguez y Mari Sales Martínez, pero no les prestó atención porque sabía que las dos eran un par de acosadoras natas. Sin embargo, la sangre se le convirtió en hielo cuando leyó en la pantalla el nombre de Juanjo Garrido y su alarma interna comenzó a pitar; hablaron tres minutos a las 11:08.

Iba a continuar por si se encontraba con alguna otra sorpresa cuando un

escándalo de voces lejanas la desconcertó y, por temor a ser descubierta, con rapidez dejó el teléfono en el mismo lugar en que lo encontró.

Echó otro vistazo al cuerpo y lo primero que le chocó fue un vaso volcado, con restos de un líquido marrón, muy cerca de la cabeza de Ignacio. Por el color, juraría que el contenido era whisky. «¿Whisky? Ignacio nunca bebía whisky», pensó. Sin tocar nada, se inclinó a olerlo. No le cupo la menor duda de que aquello era whisky y tal vez algo más. «Él jamás hubiese consentido que le manchasen la alfombra», reflexionó de nuevo.

Aún le llegaban efluvios de alcohol cuando se puso en pie y se fijó en la estantería que estaba detrás de la mesa de escritorio. En la última repisa, donde los libros se habían mantenido en su sitio, en diagonal sobresalía una carpeta. Era de una notaría y escrito a mano y con letras mayúsculas, le pareció que escritas por Ignacio, se leía: ULTIMAS VOL. A punto estuvo de aproximarse y sacarlo de un tirón, pero el chillido ahogado que escuchó la obligó a darse la vuelta.

—¡Ohhhh! —Sonia empezó a andar en círculo alrededor del cadáver y, sin apartar los ojos de él, se retiró de la cara su castaña y lisa melena— ¡No toquéis nada y marchaos! Soy su sobrina y soy la que tiene que estar aquí para atender a la policía.

—¡Y no os llevéis nada! —añadió Alejandro con determinación, mientras permanecía inmóvil a medio camino entre la puerta y el fallecido.

Josefa, que estaba justo detrás de él, y a quien ya le caían las primeras lágrimas, cambió su gesto apenado por otro de desprecio al escuchar esa absurda orden y se acercó a Violeta para agarrarla del brazo y conducirla hacia la salida. Ella se dejó llevar, pero al pasar por delante de Ignacio advirtió que algo brillaba a sus pies y sin dudarle volvió a agacharse. Unos diminutos cristales se mantenían pegados a la alfombra y otros estaban adheridos a la suela del zapato derecho, como si hubiese pisado un pequeño recipiente lleno de líquido. Iba a tocarlo, pero la llegada de una pareja de la policía nacional la dejó con el brazo a medio extender.

—Buenos días. Por favor, salgan todos de aquí —dijo uno de los agentes de forma educada—. Los investigadores del grupo de homicidios están de

camino y si se ha producido un crimen es mejor que no se contamine el lugar de los hechos. Si es posible, vuelvan a sus casas. Los testigos nos informan de dónde localizarlos y, si es necesario, un agente se acercará a tomarles declaración.

Ana se mantenía pegada a la puerta y esperó a que Josefa y Violeta la adelantaran; colocándose detrás las siguió por el pasillo. Ya habían pasado los primeros momentos de tensión y comenzaban a derrumbarse. Josefa murmuraba palabras de incredulidad y tuvo que sacarse un pañuelo del escote para sonarse y enjugarse las lágrimas, que iban en aumento; Ana estaba pálida y con mano temblorosa rozaba las paredes, como si eso la ayudase a no perder el equilibrio; y Violeta, con la cara hinchada, caminaba con la mirada perdida. En su cabeza solo cabía un pensamiento: Ignacio había sido asesinado.

Llegaron al rellano y, sin saber qué hacer, se quedaron paradas. Sonia y Alejandro también salieron, estaban muy excitados y se excusaron ante sus vecinas alegando que tenían un montón de cosas que arreglar, y ya perdiéndose por la escalera se despidieron sin mucha parafernalia.

Josefa, mirando a Violeta, propuso ir a su casa y preparar una tila; tenían que esperar las «intrusiones» de la policía y aquello podía ir para rato, además no quería dejarla sola. Ana, a pesar de que la invitación no iba dirigida a ella, fue la primera en contestar que le parecía una buena idea. Violeta solo tragó saliva y asintió con la cabeza.

Cogieron el ascensor y al llegar al patio se sobresaltaron por los golpes que la aldaba provocaba al chocar contra la robusta madera de la puerta. Josefa se acercó a abrir y allí se encontró con los mismos policías que fueron al piso de la señora Jacinta. Se saludaron y, tras una breve explicación por parte de Josefa, le pidieron que los esperase en la portería. Ellos, junto con los agentes de la científica que los acompañaban, subirían a echar un vistazo, tras lo cual bajarían a hablar con las testigos y procederían con la toma de huellas dactilares.

Las tres se introdujeron en la vivienda de Josefa, donde en la entrada destacaba una talla de la Virgen con el niño, y mientras Violeta y Ana tomaban asiento alrededor de la mesa camilla que había en el saloncito, decorado con cuadros de su hijo Vicente y algún crucifijo, Josefa se metió en la cocina a

preparar las infusiones. En cuanto lo tuvo todo listo se unió a ellas.

—Señora Violeta —Josefa fue la primera en hablar y su voz fue un lamento—, a ese hombre lo han *matao*, ¿por qué, «Mare de Déu» Santísima? —Se cruzó de brazos y empezó a balancear la espalda.

—No sé... —alcanzó a contestar Violeta. Ella también estaba convencida de que a Ignacio lo habían asesinado, pero el escaso juicio que le quedaba le decía que mantuviera la boca cerrada. La presencia de Ana la incomodaba—, mejor esperar a los resultados de la policía.

—Violeta, ¿había algo en el móvil? —La pregunta de Ana la pilló desprevenida y el comentario que añadió la dejó patidifusa— Carlos se fue de casa a las ocho y no tengo ni idea de la hora a la que volvió..., aunque es posible que tú sí.

—Ha sido todo tan rápido y estaba tan confusa que no he sido capaz de ver nada. Y no, no tengo ni idea del paradero de tu marido —Hacer estas aclaraciones le costó un esfuerzo sobrehumano y, mirando a la nada, lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas.

Sorbiendo la tila y con algunos comentarios de Josefa y Ana les fue pasando el tiempo hasta que media hora después, como habían prometido, aparecieron los inspectores. Faltaba una silla, Josefa sacó otra y se sentaron alrededor de la misma mesa.

Josefa y Violeta fueron dando su versión de los hechos. Cuando fue el turno de Ana, los investigadores no salían de su estupor:

—¿Nos está diciendo que recibió una llamada a las doce de la noche y por eso por la mañana se presenta en un domicilio cargada con un martillo? —La voz del policía del bigote denotaba escepticismo.

Iba a responder, pero un sonido chirriante, de alguien que pretendía abrir subiéndolo y bajándolo la manivela con insistencia, la distrajo. Josefa miró a los policías para ver qué hacía y con un gesto de la cabeza el inspector Benavent le dio permiso para abrir. Así iba a hacer cuando se escuchó la voz de Mari Sales dando órdenes acompañadas de golpes: «¡Josefa, haga el favor de abrir,



a mí me cuenta lo que está pasando o haré que la despidan!»». Josefa siguió las instrucciones y Mari Sales casi se le cae encima de la fuerza con la que empujaba.

—Señora —El policía rubio se había levantado y le habló con claridad desde su sitio—, si no es usted testigo, no puede estar aquí.

—¿Cómo que no?! —Le respondió con autoridad, apartando a Josefa y colocándose correctamente las gafas, que con el tropiezo se le habían torcido — ¡Esta es mi casa y a mí nadie me echa!

Al policía no le quedó más remedio que acercarse a ella y pedirle que no lo obligara a expulsarla por la fuerza. La asustó un poco con detenerla por desacato y Mari Sales salió con el rabo entre las piernas. El inspector bajito animó a Ana a continuar:

—Iba a decir que no —Le temblaba la barbilla—. Primero lo llamé desde casa varias veces, como no lo cogía, me decidí a subir. Estuve con el dedo pegado al timbre ya no sé ni el tiempo, entonces me asusté y volví a mi casa para buscar algo... contundente, con lo que tirar la puerta abajo.

Concluyeron que el martillo que habían encontrado en casa del fallecido no estaba implicado en la investigación y, tras unas cuantas preguntas más y, advirtiéndoles de que se pondrían en contacto con ellas si necesitaban resolver alguna otra duda, dieron por concluida la ronda de declaraciones.

Aguardaron otros quince minutos y, cuando finalizó el procedimiento de toma de huellas, las tres volvieron al ascensor. Ana se despidió en el segundo piso. Violeta y Josefa continuaron hasta el tercero. Permanecieron abrazadas y antes de que Violeta cerrase la puerta Josefa le prometió que no se movería de su puesto hasta que se llevaran al doctor Vázquez. Más tarde volvería y le subiría algo de comer.

Al quedarse sola Violeta sintió como si cayera en picado en un negro y profundo pozo, y rota de dolor se desplomó sobre el sofá.

La primera sensación que tuvo fue la de que se encontraba en una cama, presionó las manos contra el colchón y se aseguró de que así era. Fue a incorporarse, pero la cabeza le pesaba tanto que se convenció de que no podría levantarse de tan enorme que la notaba; era como si las neuronas de Violeta se hubiesen convertido en planetas y se dedicaran a dar vueltas sin rumbo fijo alrededor de una galaxia infinita. Se tocó la frente y estaba caliente.

Había perdido la noción de la realidad y lo primero que se le ocurrió fue sacar la pierna de la manta que la cubría y apoyar un pie en el suelo; tomar contacto con la tierra era la manera de tener un punto de apoyo que consiguiera frenar a los satélites que continuaban con su circuito. Notó una ligera mejoría y se permitió elevar los párpados. Cierta regusto amargo le llegó desde el estómago.

Seguía desorientada y somnolienta, pero su memoria no le dio tregua y la devolvió a la pesadilla. Contuvo la respiración y se obligó a tragarse las lágrimas, pero no las pudo reprimir y las dejó mojar su cara. Recordó que se había tomado un par de tranquilizantes, a los que no estaba acostumbrada, y por eso el sueño era tan pesado. Y, a pesar de que el movimiento planetario dio paso a un intenso dolor de cabeza, supuso que se debía más al efecto de su estado de ánimo, que le había provocado fiebre, que a las pastillas.

Tenía sed, pero la necesidad acuciante de saber la hora se impuso y estiró el brazo para coger el móvil. Eran las seis y media de la tarde. Humedeciéndose los resecos labios con la lengua, se puso a mirar las llamadas y mensajes que tenía pendientes. Algún número desconocido y tres de número oculto —seguramente de alguna compañía de teléfonos que le querría endosar alguna promoción—; seis llamadas de Josefa, dos de Cintia y diez de Víctor. Pasó al WhatsApp y allí había unas letras de Cintia: «Cómo te encuentras?»; viniendo de ella era todo un detalle. Leyó el mensaje de Víctor: «Por favor, Violeta, necesito verte y hablar contigo. Sé lo que ha pasado y no

quiero que estés sola». En ese momento no tenía ganas de hablar con Cintia, y mucho menos con Víctor. Tenía otro WhatsApp por abrir, pero al leer el inicio: «Hola Violeta, cómo estás. Soy Cristina...», prefirió no continuar y dejarlo para otro momento en el que las fuerzas le permitieran enfrentarse a esas frases. Dejó el teléfono sobre las sábanas y la sensación de sequedad en la boca se volvió más potente.

No tenía ganas de moverse, pero tenía que beber y se obligó a levantarse. En el momento en que se calzaba las zapatillas escuchó en la lejanía el timbre de la puerta; por la insistencia imaginó que se trataría de Josefa, habría ido a la hora de comer y estaría preocupada. Con movimientos pesados fue capaz de llegar a la puerta y girar el picaporte. Casi acertó con su pronóstico; no había tenido en cuenta que podría traer compañía.

—¡Señora Violeta, me ha tenido en un «desvivir»! —Josefa, con gesto abatido, cargaba una bandeja con un par de platos tapados y mientras hablaba se dispuso a entrar— Le he preparado una sopa de fideos y dos trozos de lomo con patatas. Se tiene que alimentar. ¿Se lo dejo en la cocina?

—Sí, gracias, Josefa —contestó Violeta sin mirarla. Seguía con los ojos nublados clavados en el descansillo.

Josefa se percató al instante de que Violeta se había quedado paralizada con la inesperada visita y, antes de encaminarse hacia la cocina, añadió como si tal cosa:

—El señor Víctor no viene conmigo. Me lo he *encontrao* cuando he subido.

Víctor seguía en el umbral, con las manos en los bolsillos de la cazadora, tratando de encontrar las palabras adecuadas que la hiciesen sentir mejor. Dio un paso al frente y puso una sonrisa pesarosa.

—Violeta..., yo...

—No, Víctor, déjalo —En esos momentos poco le importaba lo que Josefa o él pudiesen pensar, y le daba igual que Víctor la viera con la cara hinchada, el pelo pegado a la piel y el pijama sucio, así que continuó en un tono pastoso

y lejano—: Te agradezco que vengas a interesarte por mí, pero estoy cansada de mentiras y excusas. No te preocupes, te saludaré si te veo por ahí y tan amigos, pero no esperes más —Y le cerró la puerta en las narices.

Josefa había asistido a la escena, pero sin hacer comentarios cambió de tema:

—Como no me fio de que se lo coma, me quedo un rato con usted, hasta que se lo acabe. Está muy delgada y con esto se va a quedar en los huesos.

Violeta accedió sin rechistar y las dos se fueron a la cocina. Se sentaron alrededor de la mesa y haciendo grandes esfuerzos Violeta se puso a tragar las primeras cucharadas. Apenas hablaban y cuando Josefa lo hacía era para quejarse de la tragedia tan grande que había sucedido o elucubrar quién habría querido deshacerse de un hombre tan bueno como el doctor. De vez en cuando rememoraba escenas vividas aquella misma mañana y le contaba cómo se lo habían llevado para hacerle la «autosia», el «recinto» que habían puesto en la puerta del médico para que nadie pudiese pasar y el jaleo que se había armado cuando al resto de vecinos les tomaron las «güellas». Violeta se ceñía a afirmar o negar con la cabeza porque su ánimo no daba para más, y porque el profundo dolor y el enorme sentimiento de pérdida y soledad no le permitían razonar con claridad.

Se comió medio plato de fideos y un trozo de lomo con alguna patata y Josefa se quedó satisfecha. Permanecieron juntas media hora más y aconsejándole que al menos se tomara un «yogurd» para cenar se despidió hasta la mañana siguiente, cuando de nuevo pasaría a verla.

Volvió a quedarse sola y se dijo que aguantaría un rato con la tele, distrayéndose con alguna película, hasta que se le hiciese tan insoportable que se volvería a tomar otro tranquilizante y se acostaría. Cogió el mando de la televisión, se tumbó en el sofá con una manta y rebuscó entre las propuestas de Netflix. No quería ni violencia ni amor ni asesinatos, y acabó escogiendo una serie que tenía pinta de comedia intrascendente.

Llevaría quince minutos de película cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie y temió, aunque también la esperanzó, que Víctor hubiese tenido la idea de insistir. Volvieron a llamar y muy despacio se destapó para ponerse en pie.

Recorrió el pasillo hasta llegar a la puerta y pegó el ojo a la mirilla. Abrió.

—Hola, Violeta..., perdona que te moleste..., pero me siento muy mal y bueno, no sé. A lo mejor no eres la persona más indicada, pero no sé —Ana se frotaba las manos y miraba hacia el suelo—, tú también estarás destrozada... —Cobró aplomó y pareció extrañarse—. ¿No está Carlos? Ah, claro, prefieres estar sola.

—Pasa —Le cedió el paso y cerró— Y no, Carlos no está aquí —pronunció, pensando que aquella mujer era una paranoia andante.

Como dos extrañas llegaron al salón y Violeta apagó la tele, la invitó a tomar asiento y la miró para que supiera que le prestaba atención.

—Tienes que entender que no sintiera simpatía hacia ti —titubeó—. Pero cuando esta mañana te he visto actuar así, no sé, tan decidida y manejando tan bien la situación, y me he acordado de que fuiste tú la que se dio cuenta de que sí había pintadas en mi casa, te he admirado y me has caído bien —Violeta la iba a cortar, pero Ana no la dejó y continuó en su susurrante tono—: Espera, que lo que quiero decir es que entiendo que Carlos se enamorase de ti, ¡y encima lo guapa que eres! Pero ya no tenéis que preocuparos y podéis seguir con vuestro amor. Supongo que ya te habrá dicho que nos vamos a divorciar. Lo único es que tendré que buscarme otro psiquiatra —Y se frotó los ojos—. No sé, estoy que todavía no me creo lo que ha pasado ¡Es increíble!

Violeta se había quedado tan petrificada que llegó a olvidarse de que habían asesinado a Ignacio y dejó transcurrir unos segundos hasta que su garganta le permitió articular palabras.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. Ni tu marido se ha enamorado de mí ni yo de él ni somos amantes. No sé de dónde has sacado esa fantasía, pero estás muy equivocada —Tenía los ojos muy abiertos porque seguía sin dar crédito a las palabras de Ana.

—¿Me lo dices en serio? —Ana se quedó desorientada y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja— Entonces, ¿para qué venía tanto por aquí antes de mudarnos?

—No tengo ni idea, pero a verme a mí te aseguro que no —Frunció el ceño—. Oye, ¿tú cómo sabes que venía a ver a alguien de continuo?

—Porque lo seguía —dijo con naturalidad—. Verás, el comportamiento de Carlos era muy extraño, quiero decir que siempre estaba fuera de casa y me decía mentiras, y nunca manteníamos relaciones sexuales y esas cosas — Pareció sonrojarse—. Y me decía unas palabras tan horribles y me trataba tan mal que creí que me iba a matar; por eso empecé a venir a la consulta de Ignacio. Un día me decidí a perseguirlo y vi que entraba en este edificio; lo hice otras veces y casi siempre acababa aquí. Recuerdo el día que te vi y me dije: «Es ella». Pero ahora ya no sé qué pensar —Encorvó la espalda—. A lo mejor venía a ver a Cintia o a Sonia.

Violeta se llevó la mano al mentón y reflexionó. Pensó en sus vecinos y empezó por el ático: descartó a Ignacio, sabía que subía a hacerle visitas, pero eso fue una vez que Ana y Carlos estuvieron instalados. Otra posibilidad era Sonia, pero sentía demasiado fervor por Alejandro como para serle infiel. Pasó de largo su puerta y continuó con el segundo piso. Ahí estaba Cintia, pero ella no consentiría que el asesino de su hermano se le acercase a menos de un metro. El primero izquierda permaneció vacío hasta hacía un par de meses, cuando fue ocupado por Víctor, así que él tampoco podía ser. Se centró en el primero derecha y arrugó la nariz al acordarse de Mari Sales. Podría ser una posibilidad, aunque remota; sin embargo, la figura de aquel hombre alto, que siempre había tachado de extraño, cobró fuerza y en su estado de shock notó una subida de adrenalina: Carlos iba a ver a Juanjo. Era una pieza del puzle que encajaba.

—¿Has pensado en Juanjo, nuestro vecino del primero derecha?

Ana miró al techo intentando recordar a quién pertenecía ese nombre. Le vino a la mente la imagen de un hombre elegante y delgado, con el pelo canoso y gafas. Se saludaban al coincidir en el patio, pero jamás habían mantenido una conversación. Miró al suelo y pareció volver a la realidad

—¿Me estás diciendo que Carlos es homosexual? —preguntó llevándose la uña a la boca.

—Si es homosexual o bisexual, es algo que tú sabrás mejor que yo.

—¿Y, entonces, por qué se casó conmigo? —El tono de Ana fue agudo y suplicante.

—Me haces preguntas difíciles de contestar. Lo más normal es por miedo al rechazo de amigos y, sobre todo, de la familia —Al decir esto pensaba en Juanjo y aunque le costaba mantenerse lúcida y hablar, continuó—: Ahora parece que salir del armario está bastante asumido e incluso de moda, y más si tienes veinte o treinta años. Pero todavía queda una parte de la sociedad que siente rechazo y le avergonzaría reconocer que uno de sus miembros es homosexual. Y por eso el que lo es calla y tapa, y parece que no exista, aunque ahí está, imagino que pasándolo mal.

En el caso de Ana Violeta estaba convencida de que el dinero había sido un motivo de peso, pero consideró que tampoco hacía falta hundir a su desvalida vecina.

—¿Y para qué te mudaste aquí si pensabas que estaba liado conmigo?

—Porque prefería estar cerca de Ignacio por si Carlos se decidía a matarme. Además, cuando me dijo que el piso vacío era suyo y que me daba muchas facilidades, no lo dudé.

—¿El piso era de Ignacio? —Violeta sabía que el dinero nunca supuso ningún problema para él, pero desconocía sus propiedades. Aunque lo pensó mejor y supo que Ignacio jamás hubiese hecho alarde de su riqueza, ni siquiera ante ella. Intuyó que los bienes de su querido vecino serían muy superiores a lo que había imaginado en un principio.

—Sí.

Ana, con ojos asustados, se estaba comiendo la uña del pulgar y Violeta se agarró a un almohadón y se recostó en el sofá. Pasaron unos minutos en silencio, en los que Ana dio rienda suelta al llanto y Violeta se mantuvo absorta, pensaba en Ignacio; al no tener asumido que jamás volvería a verlo, le era imposible llorar. Pero al mismo tiempo el dolor era tan intenso que como mecanismo de defensa su parte racional jugaba al despiste y se escondía y aparecía sin previo aviso. En uno de esos momentos en que su mente le hizo creer que solo sufría un mal sueño se dirigió a Ana:

—¿Estás teniendo una aventura con Víctor?

Ana parpadeó varias veces como si la acabasen de despertar y la miró.

—No —respondió con sencillez—, pero se porta muy bien conmigo. Siempre tan atento y cuidando de mí —Violeta seguía pendiente de ella y, a pesar de que Ana no tenía ganas de continuar, se sintió presionada ante el silencio y añadió—: Venía por la farmacia y era muy simpático. Un día coincidimos en la calle y nos fuimos a Fabián a tomar un chocolate. Después hemos hablado muchas veces y le he contado todo lo que Carlos me hacía. No sé, me siento segura a su lado, y, bueno, es muy guapo. Pero ya está.

El cerebro de Violeta todavía estaba procesando la información. Al reproducir el nombre de la chocolatería donde también la había llevado a ella pareció salir de un letargo.

—¿Qué compraba en la farmacia? —En realidad, no tenía ni idea de por qué le había salido esa pregunta.

—Ay, Violeta —se quejó Ana suspirando—, no sé, no me acuerdo.

Cambiaron de tema e Ignacio volvió a la conversación. Pero lo cierto era que ninguna de las dos quería recordar el momento en el que habían entrado en su casa y lo habían encontrado muerto. Así que estuvieron juntas un rato más, aquella compañía les hacía bien, hasta que a las tres de la madrugada Ana decidió que era hora de volver a casa.

Encendieron la luz de la escalera y Ana se sujetó a una de las bolas doradas que decoraba la esquina de la barandilla de hierro. Parecía que iba a poner un pie en el siguiente peldaño cuando sin esperarlo cogió carrerilla, volvió junto a Violeta y, empujándola de nuevo hacia el interior, cerró la puerta.

—¿Crees que ha sido Carlos? —Estaba angustiada.

Violeta encogió los hombros. Por supuesto que lo había pensado, pero necesitaba tener la cabeza despejada para hilar todos los datos que flotaban en su interior, e iba a necesitar algo más de tiempo hasta que se sintiera capaz de



ver los hechos con la perspectiva necesaria, de la que actualmente carecía.

—No te voy a decir que no.

—Violeta —dijo Ana muy bajito—, tengo miedo.

Y la abrazó con fuerza y comenzó a llorar. Violeta ya no pudo reprimirse y dejando caer la cabeza sobre su cuello, y convulsionando, permitió que gruesas lágrimas le resbalasen sin control. Permanecieron abrazadas hasta que volvió a adueñarse de su desazón e intentó calmar a su vecina, aunque, con pesar, se reconoció que no había contemplado esa posibilidad y era probable que Ana estuviese en peligro.

No le transmitió su inquietud y, con los nervios de Ana más templados, se despidieron.

Violeta se dirigió al baño a coger un par de tranquilizantes y al mirar alrededor y ver esa casa, que pedía a gritos una reforma y que solo le traía malos recuerdos, sin venir a cuento, le traspasó una certeza: tenía que existir una conexión entre las muertes de Enrique e Ignacio. Cuando la descubriera, descubriría al asesino y podría marcharse a Madrid.

Colgó el teléfono que estaba sobre la mesa, cerca del ventanal, y con gesto contrariado tuvo que apartarse para que la luz que entraba no la deslumbrase. Iba a hacer otro de esos días soleados y ventosos, pero desde casa Cintia solo podía notar el calor de los rayos que traspasaban los cristales elevando la temperatura del interior; el viento solo era perceptible por el movimiento de las ramas de los árboles del jardín que dividía la gran vía.

Preocupada, se dejó caer sobre el sofá. Tenía pensado pasar por casa de su madre y comer con ella y los gemelos —Desde la muerte de Enrique no dormían bien y dados los acontecimientos consideró más oportuno dejarlos a dormir con la abuela—. Regresaría justo para recibir a su hija que estaba pasando el fin de semana con su padre. Pero la llamada la había dejado intranquila y se tomó unos minutos para reflexionar. Era demasiada casualidad que la policía la llamase para informarle de que iban a reabrir el caso de Enrique justo un día después de la muerte de Ignacio. Tenía que ampliar información, pero con Josefa ya había hablado y no le había aportado nada nuevo, y mantener una conversación con la «tembleques» de Ana le resultaba impensable; solo le quedaba Violeta pero, por lo que le había chivado Josefa, se imaginaba que estaría postrada en la cama, con pocas ganas de palique y en nulas condiciones mentales. Aun así, tenía que intentarlo.

Esperó a que se hicieran las doce y se acercó al armario a coger una chaqueta color salmón que hacía tiempo que no se ponía. Le estaba estrecha y soltó un par de tacos; contra las arrugas podía luchar, pero había ensanchado, a pesar de que pasaba un hambre de mil demonios, y se puso de mal humor. La cambió por un abrigo tres cuartos y tratando de olvidar que había aumentado de talla, irguió la espalda y se fue directa al tercer piso.

Cuando llamó al timbre hacía horas que Violeta estaba con los ojos abiertos, pero no estaba despierta, más bien se trataba de un estado de semiinconsciencia, donde momentos de sueño, en los que las imágenes de Ignacio muerto se mezclaban con cuerpos sin rostro, se simultaneaban con

otros en los que su mente se quedaba en blanco y ella, muy quieta, trataba de recordar algo mientras, sin notar que estaba llorando, permitía que las lágrimas se le secaran sobre la cara y le tirasen la piel.

Oyó la llamada, pero seguía con el pensamiento perdido y no hizo caso. Cintia se impacientaba y repitió la operación, dejando el dedo pegado al pulsador. La insistencia del sonido la trajo de regreso al mundo real y como un robot se levantó y se dirigió al recibidor. Pareció desconcertada al ver a Cintia, aunque hubiese puesto la misma expresión ante cualquier otra visita.

—¡Pero qué horror! —Cintia la abrazó con familiaridad— Entiendo más que bien por lo que estás pasando. Yo estoy igual que tú. Por eso sé que no te puedo dejar sola y que lo que necesitas es darte una buena ducha y tomarte un café conmigo para desahogarte. La casa se te estará cayendo encima, estoy segura.

Era la primera vez que Cintia subía al piso de su vecina y lo escudriñó con curiosidad. Con el estilo que le veía a Violeta nunca se hubiese imaginado que viviría en un lugar tan anticuado y rancio. Lo mejor era salir de ahí cuanto antes.

—No tengo ganas, la verdad —la voz de Violeta sonó lejana.

—Antes o después vas a tener que salir, y no debes consentir que tu hija te vea en este estado...

Violeta se acordó de Sofía y un rayo de ilusión atravesó sus pensamientos. Se lamentó por no haberla llamado en todo el fin de semana y se dio cuenta de las ganas que tenía de abrazarla y sentir su olor. Con un imperceptible movimiento de cabeza asintió.

Para que Cintia no tuviese que esperarla de brazos cruzados, acordaron que se bajaría a ultimar detalles y volvería en media hora; así tendría tiempo de sobra de adecentarse.

Iba a cerrar la puerta cuando por el ascensor apareció Josefa, se había pasado varias veces por si necesitaba algo, pero al no recibir contestación decidió aguardar y al escuchar movimiento en el piso, había subido. Aunque la

compañía de la señora Jacinta no le parecía la más idónea, cosa que no expresó en voz alta, señaló que era una buena idea salir a darse un garbeo. La visitaría de nuevo por la tarde.

Violeta se lavó el pelo y se dio unos golpes de aire con el secador para quitarse la humedad. Se vistió con unos vaqueros que ya le empezaban a quedar grandes y antes de esperar a que Cintia fuese a recogerla, cogió un abrigo y se precipitó escaleras abajo. No la hizo esperar y agarradas del brazo se encaminaron al Mercado de Colón.

A esas horas ya había mucha gente y encontraron mesa en la terraza del local de la esquina, justo al lado del pequeño tióvivo, se sentaron y pidieron unos té. Era casi la una, pero a Violeta le traía sin cuidado y se obligó a añadir una ensaimada, la tenía que engordar por obligación.

Cintia le hablaba del tiempo y de cosas intrascendentes, pero mientras removía la infusión le daba vueltas a cómo encarar el tema que le interesaba. No quería que se notase que estaba asustada, aunque se apaciguó al suponer que la predisposición de Violeta a sospechar estaría bastante limitada.

—¿Sabes que me ha llamado la policía? —dijo como si tal cosa— Parece que van a reabrir el caso de Enrique. Y claro, a mí me da qué pensar... Tal vez haya algo en la muerte de Ignacio que se parezca a la de Enrique. ¿Tienes alguna idea?

Violeta sujetaba la taza con ambas manos y soplaba sobre el líquido que hervía. Dejó de hacerlo y pareció reflexionar. Estaba blanca y el color de los labios era el mismo que el del resto del rostro; solo destacaba el morado de sus ojeras.

—Sí, Cintia, creo que sí. Cuando lo encontramos había un vaso de whisky y yo juraría que mezclado con anestésico. Igual que tu marido —Seguía tan aturdida que no le dio importancia a la información que estaba dando—. Tuve mis dudas al respecto, pero ahora que me dices que van a reabrir el caso, estoy segura de que es porque la policía ha visto un nexo; y ese nexo radica en la causa de la muerte. Demasiada coincidencia.

Cintia tragó saliva y se puso a beber levantando el meñique. Esos instantes

le sirvieron para cavilar. De repente exclamó:

—¡Pero eso no puede ser! Lo de Enrique fue un accidente. Se equivocó y tomó la medicación que no tocaba. La policía me lo aseguró.

—Bueno, Cintia, ahora ya no estarán tan seguros...

—Pues yo no sé qué más van a encontrar. En mi botiquín había Fentanest caducado, que obviamente, aunque pasado, hizo su efecto —Sintió un escalofrío y empezó a frotarse los brazos.

Violeta pareció despertar de un letargo al verse sorprendida por un instante de cordura y llegar a la conclusión de que las recetas perdidas de Ignacio no podían estar implicadas en las muertes; el opiáceo de Enrique estaba caducado. Se sintió mejor.

Terminaron con el tentempié y Cintia le propuso darse una vuelta antes de volver a casa. Violeta aceptó sin rechistar porque, a pesar del viento, el sol, los niños correteando, peleándose por subir en el mismo caballito, y las mujeres distraídas en los puestos de ropa y bisutería que bordeaban el mirador central del edificio le suponían un estímulo; esas menudencias le permitían evadirse de su devastadora realidad.

Se entretuvieron en un tenderete y Cintia se obsequió con unos pendientes. Siguieron el paseo por las calles adyacentes y regresaron por la calle peatonal, paralela al mercado. Ninguna decía nada: Violeta caminaba con la cabeza gacha y solo se fijaba en los adoquines que pisaba. Cintia iba pensativa y a cada momento se detenía haciendo como que curioseaba los escaparates de la zona. En una de aquellas paradas algo le llamó la atención y, poniendo los brazos en jarras, se quedó inmóvil. Violeta iba pegada a ella y al ver que sus pies se paraban, hizo lo mismo y levantó la cabeza para observar a su compañera. Cintia tenía los ojos muy abiertos y con gesto irónico miraba con descaro hacia la fachada.

—¡Caray, Violeta! No te voy a negar el buen gusto que tienes, pero deberías ser un poco más discreta. Tampoco es cuestión de que lo vayas proclamando a los cuatro vientos.

Giró la vista hacia la derecha y allí, colgada en el escaparate de una tienda de arte y decoración, se tropezó con una fotografía de grandes dimensiones donde una pareja de enamorados, a la luz de una farola, se besaba con pasión. Los personajes, sobre todo la mujer, se distinguían a la perfección: Víctor Fernández y ella misma la noche que salieron a cenar.

Se agarró a los fríos barrotes de la persiana para dar crédito y, mientras escuchaba de fondo los comentarios socarrones de Cintia: «Sí que te lo tenías calladito. ¡Con el vecino!», Violeta empezó a notar como el pulso le fallaba y un pitido ensordecedor se instalaba en sus oídos. A la vez que escuchaba un golpe metálico, que no era otro que su peso derrumbándose sobre la persiana, experimentó que su cuerpo la abandonaba y una sensación de ligereza y bienestar la invadió. Como un eco lejano oía a alguien ordenar que se levantara, pero pronto dejó de percibirlo y cedió ante aquel estado de placidez.

Cintia pidió ayuda. Algunos transeúntes la ayudaron a levantar a Violeta y depositarla en un taxi. En el trayecto, que duró menos de cinco minutos, Cintia aprovechó para llamar a Josefa, contarle lo sucedido y pedirle que las esperase en el portal. Se apearon con torpeza y Violeta, con los ojos cerrados y dando pasos de sonámbula, pero al menos no se desplomaba, se dejaba arrastrar por sus acompañantes. Cada una por un hombro consiguieron introducirla en casa de Josefa. Medio mareada la dejaron tumbada en el sofá y Cintia se disculpó, manifestando que se le hacía tarde para recoger a sus hijos, y desapareció con la rapidez de un felino.

Josefa sacó una botella de coñac, del que utilizaba para cocinar, echó un chorro en el tapón y vertiendo el contenido en un vaso, lo colocó delante de la nariz de Violeta y después la obligó a tragárselo. Esta tosió unas cuantas veces y empezó a volver en sí. Con la cara descompuesta y al ver que Josefa seguía a su lado susurró desamparada:

—Josefa, no tengo ganas de vivir.

La portera ya no pudo reprimirse y, entre sollozos, se inclinó hacia ella y la cogió de la mano.

—No diga esas cosas que tiene una hija. Además, no voy a dejar que le

hagan más daño, señora Violeta.

—Siempre había creído que podría con todo, pero la verdad es que he sobrepasado mi umbral de sufrimiento —No había queja en su voz, ni lágrimas; se ceñía a exponer los hechos en tono neutro—. Tengo miedo de mi ex marido; me he quedado sola al cuidado de una niña; mi ex suegra me persigue sin tregua y no me deja vivir; acaban de asesinar a la única persona en quien confiaba en esta ciudad. Bueno —rectificó—, me queda usted; y ahora, salgo a despejarme, y me encuentro con una foto en la que aparezco besándome con un vecino, que en realidad no sé quién es, exhibiéndome ante todo el mundo. No puedo más —Cerró los ojos y se llevó la mano a la frente—. Supongo que ha sido cosa de Mari Sales, ayudada por alguien...

Josefa se sacó el pañuelo del escote, se sonó y se recompuso.

—Me lo ha dicho la señora Jacinta, pero usted no se preocupe que yo arreglaré lo de la foto. Me dice usted dónde tengo que ir y haré que la quiten. Pero ya le digo que el señor Víctor huele peor que el pescado «pudento» —Negaba con la cabeza mientras se ponía en pie—. Y ahora vamos a comer que he hecho «arròs en fesols i naps», que me ha salido buenísimo, y usted se tiene que alimentar para estar fuerte.

—Gracias, Josefa —hizo intento de incorporarse—. Ahora todo me da vueltas, pero, en cuanto me recupere un poco, quiero que me ayude a atar cabos.

—¿Cómo dice?

—Nada, ya se lo explicaré más adelante — Apoyándose sobre el sofá consiguió enderezarse y con paso vacilante llegó hasta la mesa.

Se acababa de terminar el café con leche que le había servido de cena y se sentó en el sofá a ver la tele. De un brinco Pixy y Dixy se colocaron cada uno a un lado y Mari Sales acogió a Pixy en su regazo y con sus dedos agarrotados le acarició las orejas. Las noticias que daban en el Telediario no le parecieron interesantes y, sin poder quitarse la sonrisa de satisfacción, su mente voló hacia asuntos más provechosos.

Estaba relajada porque no tenía que averiguar dónde se encontraba Violeta. Sabía, porque cuando entraba en la portería se encontró a Cintia, que estaba desecha, sin apenas poder levantarse de la cama, por la muerte de Ignacio y por una curiosa fotografía colgada en un céntrico escaparate. La idea de esperar a la pareja y hacer guardia hasta que el encuadre fuese perfecto, y después presentarse en el establecimiento e indicarle al dependiente que ampliase la imagen al máximo, para enmarcarla en metacrilato y que la colocara en el escaparate para ver el resultado, había sido de lo más ingeniosa.

Sin darse cuenta entrecerró los ojos y apretó la boca pintada en rojo; el rictus se tornó maligno. A esas alturas todo el mundo sabría lo puta y mala madre que era su nuera. Solo esperaba que una vez acabara con Violeta no le tocara a ella hacerse cargo de la niña; eso era lo último que entraba en sus planes; bastante tenía con aguantar a Juanjo.

Pero ahora debía ser paciente porque, si todo seguía su curso, y estaba segura de que así sería porque Ignacio era un hombre de palabra y en la última conversación le juró que su hijo estaba incluido en el testamento, Juanjo sería un hombre rico que colmaría a su madre de bendiciones.

Como Mari Sales no iba a tolerar que nadie la tratara de fulana cuando se destapara que su hijo era el heredero, la excusa, a la que le había dado mil vueltas, no sería otra que el amor que, en silencio y durante toda la vida, Ignacio había sentido por ella. Pero ella, por la adoración y el respeto que



sentía hacia su marido, jamás le correspondió. Tendría que fingir sorpresa y suponer que, como él no tuvo descendencia, había enfocado, en la distancia, todo ese cariño paternal que llevaba dentro sobre Juanjo, el hijo que hubiese deseado tener.

Estaba apretando el cuello del perro con tal fuerza que Pixy, con un quejido, se apartó de un salto y recorriendo la alfombra turca de un vivo color carmesí, se colocó sobre una butaca. Mari Sales no le hizo caso, descruzó las piernas y agarró a Dixy. Su mente continuó planeando.

De Emilio ya no tenía que preocuparse, cada vez se haría más visible y ya no sudaría cuando le preguntasen por él. Con Violeta sola, hecha una piltrafa y desacreditada, su hijo menor era el ganador. Que Ignacio estuviese muerto solo significaba que aquel hombre, que tanto la hizo sufrir, ya no volvería a burlarse de ella. Las cosas no le podían estar saliendo mejor.

Escuchó un portazo y dedujo que Juanjo acababa de llegar. Se puso en guardia.

—Juanjo, ¿eres tú?

—Sí, mamá, ya estoy aquí—dijo asomando la cabeza por el salón—. Voy a prepararme algo de cena y me acuesto. ¡Estoy reventado!

Mari Sales había tenido la deferencia de unirse a sus hijos en la comida y acompañó a Juanjo hasta El Perelló. Para asombro de este, se había mostrado de lo más encantadora y cariñosa con él; tanto que hasta le pareció fuera de lugar que estuviese más pendiente de él que de Emilio, dadas las circunstancias. Ciertamente que con su hermano había cuchicheado y le constaba que se habían hecho confidencias cuando él se levantó al baño, pero como a Emilio se le veía pletórico y desprendía alegría, a pesar de que se le terminaba el permiso, decidió aparentar normalidad y disfrutar de la jornada. No quiso profundizar en lo extraño que le parecía que su madre no hablase de la muerte de Ignacio ni el palo que le supondría a Violeta. Tampoco ahondó en el hecho de que su hermano le contestase con evasivas y se ciñera a comentar que la libertad era lo mejor del mundo, cuando le preguntó por el fin de semana. Su intuición le decía que no se fiara de ninguno de los dos, así que optó por saborear el arroz y dejarse llevar por la distendida y animada charla.

Aunque tuvo que hacer un esfuerzo porque, por mucho que le costase reconocerlo, desde el día anterior un regusto desagradable le subía por la garganta; además, tenía otros problemas que le sorbían los sesos y mejor no cargar con más.

En cuanto terminaron de comer Mari Sales les dijo que estaba muy cansada y que tenía que volver a casa a hacer la siesta. Le suplicaron que esperase un poco más, pero ante su insistencia a Juanjo no le quedó más remedio que llevarla de vuelta a Valencia, regresar a El Perelló y más tarde conducir hasta Picassent para dejar a su hermano en el centro de inserción social.

Se disponía a meter el pan en la tostadora cuando se vio sorprendido por la voz de su madre que le hablaba desde la entrada de la cocina.

—¿Quieres que te haga una tortillita? Fíjate que ya estoy mayor, pero tú te lo mereces todo.

Juanjo se sobresaltó y se le cayó el cuchillo con el que acababa de cortar las rebanadas

—¿Has instalado cámaras ocultas? —comentó moviendo los ojos a izquierda y derecha a través de las gafas. No recordaba la última vez que su madre se brindó a hacerle un favor, tal vez una noche, cuando era pequeño y la muchacha no estaba, le cocinó una pechuga a la plancha— No, gracias, ya me la hago yo.

—¡Qué cosas tienes, hijo! — Y se acercó a él hasta rozarle el brazo con suavidad— Bueno, si no quieres nada, me voy a acostar. Mañana tengo que ir a la peluquería.

Se dio media vuelta y enfiló en dirección al pasillo. Juanjo la siguió con la mirada y le vino a la cabeza el día en que su padre murió. Entonces los perros se llamaban Chicha y Nabo, y él estaba pasando el fin de semana en casa de un amigo. Tan pronto como su madre le avisó de que una ambulancia había recogido a su padre se presentó en el hospital.

—Por favor —le pidió a la recepcionista con urgencia—, ¿me puede decir

dónde está Juan José Garrido? Soy su hijo. Sé que una ambulancia lo ha traído hasta aquí, pero no sé más.

—Sí, está ingresado en la UCI —Juanjo se quedó un poco aturdido al ver la rapidez con que la señorita le había respondido—. Y tome, aquí le devuelvo el DNI de su padre y la tarjeta del seguro.

Al ver en sus manos esa documentación le recorrió un sudor frío. ¿Cómo era posible que se la dieran a él? ¿No era más lógico que su madre la llevara encima?

—¿Puede decirme cómo está? ¿Con quién puedo hablar? ¿Hay algún médico? —Estaba realmente desconcertado —¿Dónde está la sala de espera? Supongo que mi madre estará ahí.

—Cuánto me alegro de que alguien de la familia de ese hombre se preocupe por él —comentó la recepcionista en tono aliviado—. Su padre ha sufrido un infarto y está muy grave. Y no, su madre no ha venido.

—¿Y dónde está? —En cuanto hizo la pregunta se dio cuenta de que era estúpida. Aquella joven no podía saber dónde estaba Mari Sales.

—Su madre tenía que ducharse y bajar a los perros. Ha dicho que vendría más tarde.

—¿Cómo? —Juanjo repiqueteó los dedos sobre el mostrador.

—Le cuento lo mismo que los enfermeros de la ambulancia me han contado a mí, y que circula por todo el hospital. Cuando han entrado en el domicilio se han encontrado con su pobre padre tirado en el suelo. Al pedirle a su madre que los acompañase, ella se ha negado; todavía tenía que vestirse y bajar a los perros. Le han dicho que lo veían grave y que mejor se fuera con ellos; podía pasar cualquier cosa. Ella les ha preguntado que qué querían decir con eso y al responderle que se podía morir, ha contestado: «Ay, no. Por ahí sí que no». Les ha dado la documentación y ha dejado a su padre solo.

De cualquier otra persona no se lo hubiese podido creer pero, tratándose de Mari Sales, seguro que era cierto. Con tal de sacar sus planes adelante era

capaz de todo.

Abrió la nevera y sacó un par de huevos. Mientras los batía una certeza se instaló en su corazón: si alguna vez le había quedado alguna duda sobre la esencia de su madre, ya se había disipado. Realmente era un ser despiadado.

Sonó el despertador, pero solo le sirvió para recordarle que tenía que ponerse en movimiento y dejar a Sofía en la parada del autobús; hacía rato que Violeta estaba despierta. Aprovechó unos instantes para abrazarse a su hija y se sintió reconfortada. No era partidaria de que los niños durmiesen con los padres, pero esas noches iba a hacer una excepción. Necesitaba sentir el contacto de ese cuerpecito tibio para superar el estado de pérdida e insuflarse ánimos de lucha.

Ni siquiera se había planteado cuál iba a ser su actitud ni qué le iba a explicar a su hija cuando la viera. Pero tampoco hizo falta porque, en cuanto la vio aparecer y se abalanzó sobre ella, las lágrimas de emoción, que llevaba rato conteniendo, aparecieron sin pedir permiso. Ante la extrañeza de Sofía se decidió a contarle la verdad de forma edulcorada; no hacía falta entrar en detalles escabrosos ni recrearse en el dolor, pero hablarle de un viaje del que Ignacio no habría de volver le pareció absurdo; consideró que enseñarle que la vida conlleva sufrimiento no era tan mala alternativa. Sofía pareció entender y, sin que Violeta lo esperase, realizó la fatídica pregunta: «¿Entonces, mi papá también está muerto?». «No, cariño, tu padre sí que está de viaje». Le dio rabia tener que mentir, pero fue la única forma que se le ocurrió de salir airosa de ese atolladero.

Se levantó reponiéndose a la pena, abrió a la chica que acababa de llegar y ayudó a Sofía a vestirse. La vida continuaba. En cuanto estuvieron listas se marcharon directas a la parada de autobús. No se molestó en comprobar si Mari Sales estaba al acecho y le salió al paso cuando cruzaba la gran vía de vuelta a casa: «¿No te da vergüenza aparecer morreándote con un tío? Pero bueno, ¡a ti qué te va a dar vergüenza, si no tienes!». Desoyó sus provocaciones y Violeta cruzó antes de que el semáforo cambiase a verde. Como Mari Sales iba con los perros y estos tiraban de la correa para quedarse olisqueando por el jardín, le fue imposible seguir el ritmo de su ex nuera y se le quedaron en la boca todas las acusaciones que tenía preparadas.

Mientras introducía la llave en la cerradura de su casa pensó que tal vez se hubiese equivocado y lo mejor sería acudir al trabajo. Al saber del suceso el doctor Rovira la había llamado la tarde anterior y le propuso que se tomara unos días de descanso, los que necesitase. En un primer momento le pareció bien, pero ahora se veía sin nada que hacer y concluyó que la casa se le vendría abajo.

Se preparó un café y recordó el mensaje que tenía pendiente de leer. No tenía ningunas ganas de retomarlo; imaginaba que no se trataría de nada agradable pero, a lo que tuviera que enfrentarse, mejor antes que después. Con la taza en la mano se dirigió a la habitación y cogió el móvil. Se sentó en la cama, dio un sorbo, vio que tenía cuatro llamadas de número oculto de la tarde anterior, a las que no hizo caso, y se centró en el WhatsApp. Tomando aire empezó a leer: «Hola, Violeta, cómo estás. Soy Cristina. Sé que me pediste que no me pusiera en contacto contigo, pero me veo en la obligación de avisarte, por si no lo sabes, de que a Emilio le han concedido el tercer grado y salió de permiso el jueves. Yo tengo una orden de alejamiento, pero tú no... Suerte».

Si le hubiesen quedado lágrimas se hubiera puesto a llorar, pero como las había agotado todas tuvo la precaución de dejar la taza sobre la mesita y, estirando los brazos en cruz, se dejó caer de espaldas sobre el colchón. Su mirada verde se clavó en algún punto del techo y trató de razonar. Aquella noticia era un jarro de agua fría, pero hasta donde ella sabía el tercer grado significaba que se concedían permisos de salida, normalmente fines de semana, que no era lo mismo que la libertad condicional, aunque sí el paso previo. Y, a pesar de que ese fin de semana no la había molestado, estaba segura de que no tardaría en hacerlo y debía estar preparada. En sus oídos tronaron sus últimas amenazas: «Violeta, nunca voy a permitir que descanses. Te vas a pasar lo que te resta de vida mirando en todas direcciones, buscándome. Y cuando vuelva, y no dudes de que volveré, tu existencia se hará tan insoportable que desearás no haber nacido». Tuvo que cerrar los ojos y respirar varias veces exhalando todo el aire que contenían sus pulmones para no perder los nervios. Se consoló pensando que estaban a lunes y lo lógico era que ya no tuviera libertad de movimientos. Calculó que le quedaban cinco días para tomar precauciones. Con tristeza se rindió ante la evidencia: los pronósticos de Emilio se estaban cumpliendo.

Se vio interrumpida por el sonido del telefonillo, pero no se movió porque escuchó la voz de Consuelo gritando que ya iba ella. Coincidentemente llamaron a la puerta y como Consuelo carecía del don de la ubicuidad, con gesto abatido se puso en pie y se decidió a abrir. Anduvo sin prisa, todavía con el impacto de la noticia en la cabeza, y pudo escuchar que la chica le gritaba desde la cocina que se trataba de Josefa, pero no tuvo tiempo de más porque ya había abierto y ante sus narices se plantaron los dos policías que ya le eran familiares, acompañados por un par de agentes más y otro hombre que venía de parte del juzgado. Consuelo, asustada, desapareció introduciéndose en otra habitación.

De forma educada y con tiento le aclararon que iban a proceder a un registro porque, aunque eso no significara que fuera sospechosa, sus huellas aparecían en un vaso y necesitaban realizar ciertas comprobaciones.

—Bueno, sí —titubeó. Estaba aturdida—. Ya les dije que éramos muy amigos y que subía mucho a su casa. De hecho, mis huellas están en un vaso porque el viernes fui a saludarlo y tomé un poco de agua.

—Ya le hemos dicho que eso no la convierte en sospechosa, pero necesitamos verificar unos detalles —le respondió el policía del bigote.

—¿Y solo han encontrado mis huellas? —preguntó mientras les cedía el paso. Ni la propia Violeta supo por qué se le había ocurrido esa pregunta.

Los policías se miraron por el rabillo del ojo y a Violeta le pareció apreciar cierta sonrisa maliciosa. Pero enseguida recompusieron el gesto y el inspector le contestó:

—No estamos autorizados a dar esa información. Lo siento. Pero comprenda que la portera nos indicó que el viernes no vio entrar a nadie desconocido y lo más sensato es acudir a preguntar a los vecinos.

Se introdujeron en la cocina y Violeta se quedó sin saber cómo actuar. Decidió quedarse en el umbral y fijarse en cómo le abrían el lavaplatos y sacaban todos los utensilios del interior; los armarios; la despensa; la nevera. Por sus caras tuvo la impresión de que no encontraban lo que andaban buscando. Le estaban preguntando dónde tenía el botiquín cuando volvió a

sonar el telefonillo. Consideró más oportuno responder a la pregunta e indicarles que estaba en el baño de su hija y no pudo atenderlo. Por eso no pudo prever que llamarían a la puerta y que el disgusto sería morrocotudo.

Al escuchar el timbre se llevó un sobresalto y por un instante se le apareció la figura de Emilio, pero se rehizo al saberse acompañada por la policía y abrió sin hacer uso de la mirilla. El desconocido que tenía enfrente, vestido con ropa informal y una nariz enorme, le dio los buenos días con aire alegre y prosiguió:

—¿Violeta Medina?

—Sí... —A Violeta le costaba reaccionar.

—Le traigo una citación de parte del juzgado. Por favor, firme aquí debajo como que le hago entrega.

Las manos le temblaban y el corazón estaba a punto de salirle por la garganta pero, exactamente igual a como lo haría un autómata, logró estampar su firma. Trató de leer algo pero, aparte de: juicio de faltas, las letras le bailaban y fue incapaz de distinguir nada más. El hombre le dio las gracias y continuó su camino.

Violeta se apoyó en la pared y, mientras los policías seguían registrando los baños, intentó serenarse y leer de qué se le acusaba. Empezó a marearse y sentir náuseas a medida que avanzaba en la lectura. Mari Sales Martínez la había denunciado por agresión y se le convocaba al juicio que tendría lugar dentro de tres días. Por lo visto, a sus glándulas lacrimales les había dado tiempo de reagrupar líquido porque, sin poder aguantarse, cayó de rodillas al suelo y se deshizo en un llanto convulso y sin consuelo. Terminaba de interiorizar el último párrafo: Mari Sales Martínez aportaba un parte de lesiones y un testigo: Víctor Fernández.

El policía del bigote y el policía rubio aparecieron al instante y, pese a que ella oponía resistencia y presionaba para continuar en el suelo, la ayudaron a ponerse en pie, la acompañaron hasta el salón y la acomodaron en el sofá. Avisaron a Consuelo para que le preparase una tila y continuaron con la inspección.



Violeta se sintió incómoda en medio de aquella batida y para no exhibirse en aquel estado y tratando de pasar desapercibida, se dirigió a la cocina, donde la muchacha le estaba preparando la infusión, cogió la taza y se retiró a su dormitorio. Se echó sobre el colchón y se abrazó a un almohadón. Se quedó tan quieta y el color de la piel era tan pálido que una vez dentro de la cama, y taparse hasta el cuello por los tiritones que le entraron, llegó a mimetizarse con las blancas sábanas.

Cuando entraron en el baño, incorporado al dormitorio por un pequeño pasillo, los agentes no advirtieron la presencia de Violeta y continuaron comentando sus apreciaciones como si tal cosa:

—Antonio, yo creo que aquí ya no hay más que rascar. El vaso no está aquí — iba diciendo el policía rubio—. Además, a esta mujer la veo demasiado débil como para tener ánimo de matar a nadie, y su versión se sostiene. Vamos al domicilio del pájaro ese de Carlos Gómez que tiene todas las papeletas.

—Sí, cierto, pero quiero tenerlo todo bajo control para que no se nos pase nada por alto y tengamos que volver —respondió Antonio—. Lo más normal es que el famoso vaso no aparezca nunca. El asesino se lo llevaría de recuerdo para que no encontrásemos sus huellas. Pero me desconcierta el testamento y, de todas formas, Jorge, no nos dejemos llevar por las apariencias, también pudo matarlo una mujer. Si le metió el opiáceo en la bebida, lo dejaría fuera de combate y lo remató con un pinchazo —Se hizo un silencio—. Aunque, sí, mejor ir a ver si ya hay alguien en casa del médico. Hay rastros de todos, pero sus huellas en la lámpara son las más llamativas y los compañeros ya nos han advertido de que ese tío es más turbio que el agua de una cloaca. Vamos por él.

—Lo del testamento tiene tela —iba diciendo Jorge, el policía rubio, mientras se alejaban —y las huellas de la mujer de las gafas de sol en la carpeta y... uff... los sobrinos esos... En fin, que si no fuera porque parece que está claro que ha sido Carlos Gómez, revisaría todas las casas palmo a palmo. Bueno, bajemos al segundo izquierda y veamos qué tiene que contarnos el doctor... ¿Estará liado con la agría de su vecina de enfrente?

Siguieron hablando, pero el eco de sus voces se perdió por el pasillo principal y a Violeta le resultó imposible escuchar nada más. Tenía las manos

entumecidas y la sensación de encontrarse en estado de catalepsia, como si dentro de su cabeza flotase una densa y húmeda niebla que le impidiese reaccionar. Pero incluso en esa circunstancia la alarma interna le funcionó y se puso a pitar; y a pesar de que le costaba procesar la información dedujo que era el momento de reponerse y disimular. Sacó fuerzas de flaqueza y descalza llegó a la cocina con la taza de tila en la mano. Consiguió sentarse en una silla y darle un sorbo a la fría infusión. Justo a tiempo para que los policías, que la buscaban para despedirse, la encontrasen saboreando la bebida. Le agradecieron su colaboración y Violeta, que pasaba del frío al calor a una velocidad vertiginosa, los acompañó para despedirlos. Violeta se esperó en el umbral para verlos desaparecer por las escaleras. Y, aunque no se lo confirmaron, supo que encaminaban la marcha hacia el segundo izquierda.

Había cogido frío y corrió al armario en busca de unos calcetines gruesos de lana. Se los colocó y de paso cogió una chaqueta de punto que le venía bien para estar por casa. Habría perdido dos kilos desde el sábado y su cuerpo se resentía de la falta de grasa. La envolvió una sensación de confort y se preparó un té bien caliente. Tenía que recapitular toda la información y retenerla a cal y canto en su mente. Se hizo con papel y bolígrafo y comenzó a anotar:

- 1- Buscan el vaso de whisky de la persona que estuvo con Ignacio.
- 2- Sospechan de Carlos porque sus huellas estaban en la lámpara caída.
- 3- Algo relacionado con el testamento de Ignacio. Han nombrado a Mari Sales (huellas) y a Sonia y Alejandro (huellas?)
- 4- Lo están relacionando con la muerte de Enrique. Indirectamente han nombrado a Cintia
- 5- ¿Qué significa que hay rastros de todos?
- 6- ¿Y por qué un vaso de whisky y un pinchazo?

Con nerviosismo cogió el bolígrafo y comenzó a golpearlo contra la palma de su mano al tiempo que suspiraba. Tenía que apuntar sus propias

averiguaciones e hilarlas. Pero otra llamada al timbre le impidió proseguir.

Ana Gallego estaba fuera de sí y era incapaz de pronunciar coherentemente más de tres palabras seguidas. Se agarraba a la chaqueta de lana de Violeta con tanto afán que a punto estuvo de hacerle algún agujero. Por las pocas frases que pudo entender, y porque se imaginaba que los agentes estaban efectuando un registro en su casa, Violeta dedujo que aquella histeria se debía a la presencia de la policía.

Ni siquiera la saludó. En cuanto abrió la puerta Ana se había echado en sus brazos entre lágrimas y temblores.

—¡Acompáñame, por favor! —balbuceaba— No quiero estar sola. Me están poniendo la casa patas arriba. ¡Diles que me quiere matar!

—Está bien, te acompaño —le aseguró mientras la sujetaba por los hombros y la zarandeaba ligeramente con la intención de que se calmara. Bajar, además de ayudar a Ana, le suponía una manera sencilla de recabar algo más de información.

Cogió las llaves, se las guardó en el bolsillo y arrastrada por su vecina se abalanzaron por las escaleras. Ana tiraba de ella con tanto ímpetu que la obligó a apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Entrar en la vivienda, a pesar de su colorido cargante, le supuso un alivio.

Ana no perdió un segundo y entró en la cocina como un ciclón, pero allí solo se encontraban dos agentes sacando vasos. Continuó hasta el salón, seguida por Violeta, y en cuanto vio al inspector del bigote, que estaba parloteando con su compañero, se encaró a él sin contemplaciones:

—Inspector Benavent —y lo cogió del brazo para que le prestase atención. La otra mano se la llevó a la base de la garganta—, he traído a mi vecina para que le cuente todo lo que me hace mi marido —Tomó aire—. Ella ha sido testigo de las amenazas que me escribió con un pintalabios rojo; despanzurró un almohadón y escribió: «Vas a quedar como él». ¡Es horrible! Y como le he pedido el divorcio, y quiere quedarse con mi dinero, me va a matar —E

inclinó el cuerpo y se tapó la cara con desesperación.

Los inspectores se quedaron observando a una y a otra a la espera de una explicación. Violeta, paralizada, seguía la escena desde el marco de la puerta; no se esperaba que la fuese a involucrar de semejante manera, pero se recobró y con un gesto de resignación comenzó a justificarse:

—Lo único que puedo aclarar es que mi vecina subió aterrada porque aseguró que había pintadas amenazantes en su casa y el salón se lo habían dejado hecho un desastre. Cuando bajamos el doctor Vázquez y yo a averiguar qué pasaba descubrí restos de pintalabios rojo en la puerta de entrada y un par de libros mal colocados en la estantería, como si alguien con mucha prisa se hubiese molestado en hacer desaparecer los rastros —Elevó y bajó los hombros con rapidez. No tenía más que añadir.

—¿Y cuándo he llevado yo pintalabios rojo? ¡Nunca! —soltó Ana en un arrebató— Solo utilizo tonos claros y brillo. ¡Se quiere deshacer de mí!

Los policías se miraron con interés.

—Buscaremos ese pintalabios —Y se dirigió a Ana—. ¿Dónde se encuentra su marido, señora Gallego?

—Trabajando en el hospital

Violeta dio un respingo; no se podía creer que Ana viviese tan en la inopia. Los policías iban a hacer alguna matización, pero la llegada de uno de los agentes los interrumpió.

—Inspectores, acérquense a ver esto.

Pidieron disculpas y salieron. Al quedarse solas decidieron sentarse en los sofás de cuero y a Violeta le fue imposible quedarse callada:

—Ana, hace meses que Carlos ya no trabaja en el hospital. No me preguntes a qué se dedica porque no tengo ni idea, pero en mi hospital no está — Violeta estaba demacrada y unas pequeñas líneas se le marcaban sobre las ojeras.

—¡No es posible! —Ana se aferró a su mano— ¿Y dónde va?

Violeta negó varias veces con la cabeza y Ana, sobrepasada, se dejó caer sobre sus rodillas. La situación les estaba superando y cada una a su manera lloró de angustia; Violeta tratando de tragarse las lágrimas y Ana en un llanto desesperado.

Escucharon unos pasos, pero al creer que se trataba de los policías trataron de recomponerse y no se giraron. Por eso se sobresaltaron al escuchar la voz de Carlos:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Me lo puedes explicar?

Carlos se estaba dirigiendo a Ana. Iba impecablemente vestido y llevaba los rizos cortados a la altura de las orejas con perfección. Los estragos que a ellas las estaban mortificando parecían no hacer mella en él, pero esos ojos azules adormilados, los puños levemente contraídos y la ligera alteración de su voz indicaban que, dentro de su placidez artificial, un demonio le bailaba en las entrañas. No era ira, era una sosegada inquietud.

—Estamos efectuando un registro en su domicilio porque sus huellas aparecen en la lámpara de la casa del fallecido, cosa que es de lo más relevante, dado el hecho de que son la únicas que hemos encontrado de usted en toda la vivienda —La voz del inspector del bigote sonó contundente—. Si además encontramos esto —y mostró una bolsa de plástico con jeringuillas y un par de cajas de Fentanest—, y esto otro —A Violeta se le pusieron los ojos como platos y casi suelta un grito al ver un talonario de recetas—, que pertenecía al fallecido, cuya desaparición estaba denunciada y al que le faltan algunas hojas, va a tener que explicarnos muchas otras cosas más.

—Yo.., yo —Carlos estaba sudando—, subí a su casa el otro día porque me llamó. Tenía que decirme algo y me pasé a charlar un rato con él —Por el rabillo del ojo miró a su mujer.

—¿De qué hablaron, hasta qué hora y dónde fue después?

El color de las mejillas de Carlos subió de tono y finas gotas de sudor empezaron a resbalarle del nacimiento del pelo hacia la frente. Se pasó el

dorso de la mano para quitárselas.

—Subí sobre las ocho y me quedé hasta las nueve o así, y después me fui a dar un paseo —Dudó unos instantes—. Me llamó porque quería hablarme de mi mujer.

—¿De su mujer?

—Sí, ella era su paciente y sufre alucinaciones —Ana puso cara de espanto y se quedó con la boca abierta—. Él estaba totalmente de acuerdo en que era necesario incapacitarla.

A Violeta se le escapó un suspiro de indignación que sonó más alto de lo debido, pero nadie puso objeciones y el inspector continuó indagando:

—¿Y cómo nos explica la existencia de estas jeringuillas usadas y las cajas de anestésicos? Y las recetas, ¿cómo llegaron a su poder?

—Bueno —Carlos seguía de pie, sudando, y el movimiento del pie indicaba que estaba intranquilo—, soy anestesista...

Iba a proseguir con dificultad, pero algo distrajo la atención de los presentes y enfocaron la vista hacia la puerta del salón. Otro agente, con manos enguantadas que sujetaban un papel, se acercó hasta el centro de la estancia y se colocó al lado del inspector Benavent para ponérselo delante. «Lo hemos encontrado en el interior del bolsillo de su chaqueta mientras registrábamos los armarios», se explicó. Su superior le pidió que se lo acercase y le echó un vistazo al tiempo que enarcaba las cejas. Después hizo que lo alejara para verlo con mayor perspectiva y se quedó con la mirada fija en un punto. Cierta aspecto estaba llamando su atención. Su compañero se aproximó a escudriñar.

—Enséñaselo —le ordenó al agente. Este se acercó lo justo a Carlos para que lo observase sin tocarlo. El inspector dejó transcurrir un minuto y sin moverse del sitio continuó interrogándolo—: ¿Qué nos dice de esto?

—Lo que les acabo de explicar —Se estaba restregando las manos en el pantalón—. Ignacio me firmó este documento recomendando la incapacitación

de mi esposa y su ingreso en un centro mental.

Violeta se quedó indignada y tuvo que taparse la boca para que no se escucharan las quejas que murmuraba entre dientes.

—Tendremos que comprobar que sea la firma del doctor Vázquez, pero... ¿no le da la impresión de que los trazos son poco firmes? No sé, los veo demasiado serpenteantes, como si el firmante estuviese temblando, o incluso se ha utilizado un calco —Miró al policía rubio, y al notar el imperceptible gesto con la cabeza en señal de que estaba de acuerdo, se irguió y puso los brazos en jarras—. Me parece que tenemos excesivas incógnitas y usted muchas explicaciones que darnos. Así que le informo de que tiene derecho a no declarar, aunque le aconsejo que lo haga, y a un abogado. Señor Gómez, aunque prevalece la suposición de inocencia, queda detenido como presunto asesino de Ignacio Gómez. Le ruego que nos acompañe a comisaría.

Carlos se quedó boquiabierto y pestañeó con incredulidad. A Violeta, espectadora de la escena, envuelta en ese decorado granate, tan barroco, recargado de cuadros y adornos dorados, y aquellas cortinas tan pesadas todo le resultaba asfixiante, y un calor desagradable le recorrió la nuca.

—¿Pero qué dice? ¿Por qué iba yo a querer asesinar a Ignacio? ¡Éramos amigos! —Su tono no expresaba rabia, era más bien un lamento. Se metió la mano en el bolsillo y rozó una ampolla que le dio seguridad— Mire, hay mucha gente con más motivos yo. ¿Qué digo más? Yo no tengo motivos, todo lo contrario... Sus sobrinos, a ellos les debería preguntar. ¡No tienen un duro y están esperando heredar como hienas!

—Por favor, señor Gómez, permita que le escoltemos a comisaría y allí nos lo explica con más detenimiento. Así sabremos cómo llegaron sus huellas hasta la lámpara, por qué tiene sustancias opioides en su casa, en qué circunstancias consiguió este informe; cómo se hizo con estas recetas y por qué tenía pensado viajar mañana a Zurich.

Flanqueado por los cuatro policías y seguidos por el letrado de la administración de justicia, Carlos, quien ni siquiera se molestó en mirar a su mujer, y evidentemente conmocionado, se dejó arrastrar hacia la salida.



Ana se levantó del sofá y alargó la mano como para decir algo, pero se contuvo y volvió a dejarse caer. Enseguida se puso a estirarse las mangas del jersey y pareció perderse en un sueño. Violeta, todavía reponiéndose de su estupor, tuvo otra de sus iluminaciones y dando unos pasos rápidos, para que le diera tiempo a que su voz se escuchara por el pasillo, detuvo la marcha de la comitiva:

—Inspector Benavent, por favor, me podría decir cuándo estima que nos devolverán el cuerpo del doctor Vázquez.

El inspector se dio la vuelta y detuvo el movimiento de la fila.

—Hoy mismo, señora Medina, el forense ha finalizado con la autopsia y los familiares ya han sido informados —E hizo amago de abrir la puerta.

—¡Espere! —volvió a gritar Violeta. El inspector se giró de nuevo y ella tragó saliva— ¿Han... han encontrado el pintalabios?

—No, señora Medina, no hemos encontrado ninguna barra de labios roja —Bufó y levantó los hombros indicando que, después de todo lo que ya sabía aquella mujer, qué más daba revelar un detalle más.

El grupo siguió su ruta y Ana, que también se había levantado y estaba al lado de Violeta, empezó a resoplar entrecortadamente, como si le fallase la respiración, y se llevó la mano al corazón. Violeta creyó que estaba sufriendo un ataque de ansiedad y la condujo de nuevo al sofá para que inspirase y exhalase con calma hasta que recuperase el resuello. Vistas de ese modo parecían dos famélicas salidas de la guerra a punto de que una le diese a la otra la extrema unción.

—Violeta —todavía tumbada, Ana la llamó muy bajito, buscando su mano —, ya te dije que Carlos era un asesino. ¡Pobre Ignacio! Se negaría a hacerme pasar por loca y Carlos, al no conseguir su propósito, lo mató. Seguro que la siguiente era yo —gimoteó.

—No puedo pensar, tengo la cabeza embotada —le iba diciendo Violeta sin soltarle la mano y con la mirada perdida—. La muerte de Ignacio me ha supuesto una puñalada tan profunda que todavía tengo el cuchillo clavado en el

alma y no he reaccionado. Pero supongo que sí, ha tenido que ser él —Y dejó que su mente se quedara en blanco.

—No tengo hambre, pero creo que deberíamos comer algo. Son casi las cuatro y media y me encuentro muy débil. Quédate conmigo, por favor, no quiero estar sola. Preparo una ensalada con atún y al menos nos alimentamos —dijo con palabras vacilantes mientras se incorporaba sin dejar de abanicarse con la mano.

Violeta tampoco tenía hambre, pero verificó la hora y estuvo de acuerdo con Ana: tenía que comer algo si pretendía no parecer un alma en pena, con la posibilidad que ello conllevara de desvanecerse en el lugar más insospechado. Lo de la ensalada le sonó bien y accedió sin «peros». De repente se levantó y se dirigió a Ana:

—Mientras la preparas, dame un papel y un boli, tengo que apuntar unas cosas.

Ana no hizo preguntas y se acercó al cajón del sólido aparador y le entregó lo que pedía. Después salió en dirección a la cocina.

Violeta se acercó a la solemne mesa de comedor y sin necesidad de sentarse anotó las ideas tal y como se le pasaban por la cabeza. No se le podía olvidar ninguna:

- Viaje a Zurich
- Recetas de Ignacio
- Sobrinos. ¿Por qué sabe que no tienen un duro? Herencia
- Jeringuillas y Fentanest
- Firma del informe recomendando incapacidad. ¿Coacción o copia?
- Pintalabios.

El estridente piar de una bandada de estorninos que cruzaba en impecable formación por entre los árboles de la gran vía la sacó de sus cábalas y, dejando la camisa negra que llevaba un rato estudiando sobre la cama, se acercó a la ventana y apartó la cortina para comprobar si ya empezaban a caer las primeras gotas de lluvia; el día había amanecido plomizo y gris, y el viento auguraba tormenta. Sonia observó que algunos transeúntes circulaban cargados con sus paraguas todavía cerrados. Miró al cielo y supo que era cuestión de minutos que se pusiera a diluviar. En Valencia casi nunca llovía y el problema de la sequía era cada vez más acuciante, pero la semana de la gota fría el diluvio que caía era para ponerse a temblar. Tendría que cambiar el conjunto que tenía pensado para el entierro si quería ir apropiada con la meteorología y la ocasión.

Desde que el lunes les informaron de que habían finalizado con la autopsia y que les entregaban el cuerpo de Ignacio, se vio envuelta en una actividad frenética y dedicó todo el martes a ultimar los detalles del entierro: poner la esquela, decidir el tipo de ataúd, hablar con el párroco, ir a la peluquería, comprarles la ropa a los niños y elegir el modelo que se iba a poner; acudiría mucha gente y ella debía estar perfecta. Se acercó a varias boutiques de lujo y, al ser clienta habitual, consiguió que le prestaran distintos atuendos para que con tranquilidad se los probara en casa y tomara la decisión correcta, sin precipitarse.

Se había pasado la noche en vela pensando cuál elegir y hasta que no lo tuvo claro fue incapaz de cerrar los ojos, pero cuando al levantarse constató que la lluvia era inminente, y no iban a ser cuatro gotas, todo su esfuerzo mental se vino al traste: la falda midi no quedaba bien con la gabardina y tendría que repensar la indumentaria. Se echó el pelo a un lado y se fijó en que las puntas se le habían electrizado por la humedad. Inmediatamente decidió ir al baño a planchárselo; podía seguir discurriendo desde allí. Pero tenía tantas cosas a las que darle vueltas que le fue inevitable no acordarse de Carlos. A

esas alturas todo el mundo sabía que estaba detenido, lo cual estaba bien porque la policía ya no buscaría más y se acabarían las preguntas incómodas acerca de la herencia; pero ahora que era rica no tenía ningunas ganas de que, al verse acorralado, se fuese de la lengua. Se acordó de la llamada a Enrique y su cuerpo se estremeció de tal manera que casi se quema el dedo con la plancha. Por eso volvió a concentrarse en el alisado y, mechón a mechón, se esmeró en que el cabello pareciese recién almidonado de tan tieso que le estaba quedando.

Se disponía a desenchufar el cable cuando entró Alejandro, con prisas, bajándose la bragueta. Su cara expresó estupor al verla y antes de ponerse de cara al inodoro para vaciar la vejiga, empezó a recriminarla:

—¿Pero todavía estás así?!—le preguntó de malas maneras. Siempre que Alejandro se ponía nervioso hablaba gritando— ¡Vamos a llegar tarde por tu culpa, como siempre! Y me parece que hoy no es día para hacerse esperar, aunque a ti te encante. Haz lo que quieras, pero yo me voy en cinco minutos —sentenció tajante.

—¡Ay!, pero si todavía falta más de una hora —se quejó ella con docilidad. Era la mejor manera de aplacarlo—. Y ayer nos quedamos hasta las diez de la noche velándolo...

—¡Todo lo que quieras! —No dejaba de hacer aspavientos— Pero va a venir mucha gente y no podemos quedar mal, sobre todo tú, que eres el pariente más directo. Es posible que aparezca hasta la prensa... Un asesinato y Carlos Gómez detenido... Umm.

Al escuchar la palabra prensa Sonia se inquietó y salió como un proyectil del baño para dirigirse al dormitorio y ponerse los pantalones con un sutil camal acampanado. Le había dado tiempo a pensar que la combinación del pantalón negro y la gabardina beige quedaba de lo más elegante y apropiado. Empezó a vestirse mientras Alejandro, sentado en el borde de la cama, se empecinaba en atarse el nudo de la corbata; nunca se le había dado demasiado bien. Un trueno estalló como un fogonazo y gruesas gotas empezaron a golpear sobre los cristales. La habitación se oscureció.

—Sonia —Ahora la voz de Alejandro sonaba entre suave y preocupada.

Necesitaba hablar con su mujer porque ella siempre era la que lo solucionaba todo—, ¿cómo crees que reaccionará Carlos al verse en la cárcel? —Tenía la mirada fija en ella.

—Es un tipo un poco extraño, pero no te preocupes, es imposible relacionar una cosa con otra. ¡Venga, dile a los niños que nos vamos! —Se miró en el espejo de cuerpo entero que se escondía tras la puerta del armario y ensayó varias posturas— ¿Estoy bien?

—Guapísima —respondió Alejandro sin ni siquiera mirarla —. Voy a ver a los niños y date prisa —le recordó poniéndose en pie.

Recorrió unos pasos y salió del dormitorio. Sonia terminó de calzarse y lo siguió. En menos de cinco minutos toda la familia estaba en el ascensor.

Al llegar a la planta baja y dirigirse hacia la salida se encontraron con Violeta, Ana y Josefa haciendo guardia frente a la puerta. La lluvia torrencial las había pillado desprevenidas y esperaban a que amainase para decidirse a salir.

Violeta, con el pelo recogido en un moño y enfundada en un traje pantalón negro, que de lo que había adelgazado le estaba grande, miraba distraída hacia la calle. Hacía mala cara y estaba tan pálida como la rosa blanca que llevaba en la mano. La llegada de sus vecinos la obligó a girar la cabeza. Sonia la estiró del brazo y, separándola del resto, le hizo retroceder hasta la escalera, justo a la altura de la gran bola dorada que se erigía en la esquina de la barandilla.

—Perdona que no haya pasado a verte, pero no te imaginas el lío que he llevado. Bueno, ya sabes, la policía haciendo preguntas... Y ayer, uff, fui de cabeza —A pesar de que se estaba disculpando, el tono de Sonia delataba autosuficiencia—. Quería decirte que mi madre ha decidido celebrar un entierro en la intimidad, solo la familia. Yo le he insistido y he conseguido que puedas venir al crematorio. Así que ya sabes: estás invitada.

Violeta forzó una sonrisa y su agradecimiento se ciñó a una leve inclinación de cabeza. Sonia sabía de su amistad con Ignacio y aquella concesión le supo a recordatorio de quién mandaba allí. Como estaba segura

de que Ignacio la hubiese entendido y apoyado, en ese instante decidió que su despedida sería en la iglesia. No necesitaba asistir al crematorio y sentarse al lado de los familiares a hacer el paripé; bastante tenía ya con su pena como para incluir a Sonia y Alejandro.

Mientras se aproximaban de nuevo al grupo Violeta se fijó en la escena: los niños rodeaban a Ana y esta, mirando hacia el suelo, se apoyaba en la pared con mano temblorosa. Josefa, con gesto de desagrado, no le quitaba ojo a Alejandro quien, con su habitual sonrisa burlona y haciendo gala de una singular mala pata, se dirigía a Ana en tono jovial:

—Mira, lo mejor que te ha podido pasar. Si Carlos es un asesino, todos, y tú la primera, estamos más tranquilos con él en la cárcel. Ahora, para ti debe ser un trauma horroroso. No me quiero ni imaginar cómo lo estarás pasando, a mí me daría algo...

—Sí, pobrecita —lo interrumpió Sonia—. Ana, lo sentimos muchísimo. ¡Y venga, abramos los paraguas y vámonos! Tenemos que llegar de los primeros.

La familia Lerma Dominguez, como el clan perfecto que era, salió en dirección a la iglesia de dos en dos: los niños, con sus botas de agua negras que hacían juego con sus chaquetas; y Sonia y Alejandro, en perfecta armonía con sus gabardinas: negra él, y beige ella.

En cuanto las tres se quedaron a solas Ana se tapó la cara y comenzó a llorar.

—¡No voy! ¡No lo soporto! —gimoteaba echando el cuerpo hacia delante — ¡Todo el mundo me va a mirar como a un bicho raro!

Josefa y Violeta se miraron y comprendieron que aquella mujer tenía razón. Violeta se mordisqueó el labio inferior y, sujetándola por los brazos, trató de calmarla.

—Ana, tranquilízate y no vengas. Vas a ser la comidilla y es mejor que te quedes en casa. No te preocupes, Ignacio lo entendería.

Consiguió serenar a Ana y, una vez recompuesta y convencida de su

decisión, la acompañó al ascensor. Tan pronto como desapareció de su vista, se aproximó a Josefa y juntas concluyeron que pese a la lluvia era el momento de encaminarse a la parroquia. Violeta tenía prisa por desaparecer de la portería; Mari Sales haría su aparición de un momento a otro, pero antes le envió un breve WhatsApp a Cintia: «Ven, solo Josefa». A primera hora de la mañana Cintia la había llamado para ir juntas al funeral pero, al enterarse de que ya había quedado con Ana, prefirió ir por su cuenta. Violeta consideraba que debía avisarla por si todavía quería sentarse a su lado. No esperó respuesta y con Josefa a su lado emprendieron la marcha.

Llovía con rabia y la acera estaba llena de charcos. A la de tres dejaron la congestionada gran vía a la derecha y se internaron por la calle Conquistador hacia la calle Isabel la Católica. De vez en cuando el cielo tronaba como aviso del agua que faltaba por descargar y tenían que apartarse para que las salpicaduras de las ruedas de los coches no las alcanzaran, aunque de poco servía, el viento soplaba de todas partes y las voluminosas gotas se colaban por el interior de sus paraguas.

Cuando llegaron a la iglesia el camal del pantalón de Violeta estaba empapado y unas cuantas greñas húmedas estaban adheridas a su cara. Pero allí, desde luego, no iban a entrar en calor, el frío era tan corrosivo que lograba filtrarse por los zapatos y entumecer los pies. Mientras Violeta echaba un vistazo general, Josefa se quitó las gafas y empezó a secarlas con un pañuelo.

Todavía faltaba media hora, pero los bancos ya comenzaban a llenarse. No había nadie haciendo guardia en la calle, los feligreses que iban llegando preferían esperar en el interior y se habían formado algunos corrillos al final del pasillo principal, donde cada pocos segundos se escuchaba el nombre de Carlos. Ellas buscaron sitio y se colocaron en la quinta fila. Josefa no pudo evitar hacer un comentario: «Usted tendría que estar en el primer banco», y enfocó la vista hacia Sonia, que se encontraba junto al altar, charlando animadamente con algunos asistentes. Violeta apretó los labios con indiferencia y no respondió; le traía sin cuidado no figurar, es más, lo prefería.

Miró hacia la rosa que todavía sostenía en la mano y le entraron ganas de llorar, pero no tuvo tiempo al verse sorprendida por una voz que casi se había pegado a su oreja y que la saludó con retintín: «Buenos días». Mari Sales, con

sus enormes gafas de sol, estaba ligeramente inclinada sobre ella, pero enseguida, con una sonrisa que le pareció demoniaca, pasó de largo y flanqueada por Juanjo se sentó en la tercera fila.

A punto estaba de entrar el féretro y que comenzara el oficio cuando Cintia apareció de la nada y se hizo un hueco entre Josefa y ella. Sonaron los primeros acordes del órgano y la concurrencia se puso en pie al paso del ataúd. Violeta se giró y alcanzó a ver al director del hospital, con traje oscuro y corbata negra, apoyado junto a la pila de agua bendita, al lado de la puerta. Pero la punzada de dolor que la traspasó y la rompió por dentro le impidió perderse en conjeturas y se centró en la caja de madera de caoba, reluciente, que lentamente se acercaba a su posición. Estaba llorando, pero no se daba ni cuenta.

Dio comienzo la ceremonia y la mente de Violeta se puso a divagar como en un sueño. Reparó en Sonia y Alejandro, tan distinguidos, allí delante, disfrutando de su protagonismo..., disfrutando de su herencia. Su vista voló al otro lado del pasillo y se detuvo en el tercer banco; lo poco que se distinguía del rostro de Mari Sales manifestaba satisfacción; estaba erguida y el gesto de su boca era de victoria. La expresión de Juanjo le resultó contradictoria, se frotaba las manos con nerviosismo, pero al mismo tiempo elevaba la barbilla con determinación. Le resultaba imposible leer en el interior de su ex cuñado, pero su intuición le decía que se sentía complacido. Prosiguió con su análisis y se fijó en Cintia: mantenía su actitud distante y dura y era evidente que la muerte de Ignacio no le afectaba; pero, como era impasible y siempre mostraba la misma cara avinagrada y altiva, destapar sus verdaderos pensamientos iba convertirse en misión imposible. De repente su alarma interna comenzó a pitar y giró la cabeza muy despacio hasta que entre la multitud que abarrotaba la iglesia, donde distinguió varias caras conocidas del hospital, volvió a descubrir al doctor Ernesto Rovira. Estaba solo y únicamente podía divisar el pelo de la parte frontal; se pasó la mano por la frente y Violeta hubiese jurado que lo vio suspirar. Por muy apesadumbrado que estuviera, aquel no era el comportamiento habitual del doctor Rovira. Lo había visto en infinidad de situaciones y siempre había sido un hombre al que le gustaba aparentar autoridad, rodeado de seguidores que lo aplaudieran. Verlo abatido le resultó de lo más extraño, pero prefirió dejar de hacer cábalas y, como era incapaz de concentrarse en la ceremonia y la tristeza se le



hacía insoportable, acordarse de los buenos momentos vividos con Ignacio. Así se mantuvo hasta que el sacerdote pronunció: «Podéis ir en paz», y abandonó el altar.

Entonces Violeta se acercó al ataúd y embargada por una emoción de infinita amargura, que era la misma que le impedía tomar conciencia y derrumbarse allí mismo, alargó el brazo y depositó la rosa sobre él. Musitó unas palabras ininteligibles de despedida y besó la madera.

Cintia se esperó a que la mirase para hacerle un gesto con la mano indicándole que se iba y Josefa la aguardó unos minutos. Por uno de los laterales se encaminaron a la salida y llegaron al porche. Violeta, cabizbaja, se sorbió los mocos y se preparó para abrir el paraguas en medio de aquel remolino de gente. Fue en ese instante cuando notó que le tocaban la espalda y se giró confundida.

—Ernesto —dijo con sorpresa—, te he visto antes, pero no me he podido acercar a saludarte.

El médico, moviendo los ojos a derecha e izquierda, estaba más pendiente de lo que sucedía alrededor que de ella, pero no perdió el hilo del saludo.

—Violeta, solo quería decirte que vuelvas al hospital cuando te encuentres con fuerzas. Si quieres hablamos a ver si el lunes ya te sientes preparada —Le dio unas palmadas en el brazo e hizo amago de retirarse—. Te llamaré.

—Es que todo esto me ha pillado tan de improviso —Violeta lo había cogido del brazo—. Me refiero a la muerte de Ignacio... y a Carlos —y añadió muy bajito—: Todavía no me puedo creer que sea un asesino.

—Lo de Ignacio ha sido toda una tragedia, pero, bueno, consuélate, la muerte no habrá sido dolorosa... Lo siento, te dejo que llego tarde a una reunión.

Ambos se dieron cuenta de que otro de los médicos del hospital se abría paso entre la multitud para acercarse a ellos. Sin ni siquiera besarla el doctor Rovira consiguió abrirse camino pidiendo disculpas a cada paso y logró alcanzar la acera. Realmente su actitud había sido de lo más extraña.

Violeta saludó sin ganas a otros colegas que se habían acercado a despedir a Ignacio. En cuestión de segundos el número de participantes en aquella improvisada tertulia, donde no se hablaba de otra cosa que no fuera la detención de Carlos y veladamente salía a relucir el nombre de Ernesto Rovira, aumentó de forma considerable. En cuanto vio que su presencia empezaba a llamar la atención y llegaban las primeras preguntas sobre su traumática experiencia, cosa que no le apetecía lo más mínimo explicar, Violeta contestó con evasivas y a la primera oportunidad le hizo un gesto a Josefa, que intencionadamente se había quedado fuera del círculo, para que fuese a por ella y así esfumarse de la escena cual escurridiza anguila.

Llevaban más de una hora sentadas esperando entrar en sala, y todavía tenían dos juicios por delante. El estrecho corredor, al final del enorme vestíbulo, estaba abarrotado de gente y, a pesar de los techos altos y la lluvia en el exterior, en la atmósfera flotaba un desagradable tufo a sudor que a Violeta, agobiada por la espera, se le hacía insoportable.

Hacia rato que sabía que Mari Sales y Juanjo aguardaban en la hilera de asientos unidos por una barra metálica que se encontraba a unos cinco metros a su izquierda. Aunque Violeta evitó girar la cabeza y enfrentarse a ellos, notaba la constante mirada de Mari Sales, oculta bajo las gafas de sol, clavada en su cogote.

La abogada de Violeta sacó unos informes de su cartera y empezó a estudiarlos. Ya le había explicado que los juicios de faltas se consideraban leves y por eso se convocaban tan rápido; de todas formas, había que estar alerta porque en estos casos era el acusado el que debía probar su inocencia; se daba por supuesto que el denunciante no tenía motivos para incoar un pleito, a menos que resultara cierto. El parte de lesiones era irrelevante, el médico que realizó el reconocimiento no encontró ningún signo de violencia; suerte que a Mari Sales no se le había ocurrido que nadie le pegara un guantazo. La clave del veredicto estaba en la declaración del testigo.

De vez en cuando Violeta se levantaba nerviosa y se paseaba por la planta baja de los juzgados mirando en todas direcciones; no lo veía por ninguna parte, pero Víctor tenía que estar ahí. Dirigió la vista hacia los ascensores acristalados cuando Amparo, su abogada, le hizo señas para que se acercara. Ya les tocaba y debía ausentarse para prepararse y colocarse la toga. Violeta sintió como el estómago y las tripas se le encogían; normalmente, en esas circunstancias, se dedicaba a inhalar y exhalar ensanchando sus pulmones al máximo, pero como el aire le resultaba enrarecido, se decantó por una respiración más rítmica y acompasada. Tras finalizar con la serie de inspiraciones se encaminó a la sala.

Antes de colocarse en el primer banco, el que le correspondía por ser la acusada, echó un vistazo a la moderna estancia, toda chapada en madera clara, y constató que Juanjo, Mari Sales y algunos curiosos que no tenían nada mejor que hacer estaban sentados a la espera de que diese comienzo el juicio.

La jueza saludó a los asistentes e inmediatamente procedió a la lectura de la denuncia y llamó a declarar a Mari Sales, ataviada de lo más elegante con un traje en color crema.

—Mire, señora letrada...

—Soy «Su Señoría» —la interrumpió la jueza de mala gaita. Llevaba retraso y no estaba para impertinencias —. Y, por favor, a menos que tenga usted alguna enfermedad ocular, quítese las gafas de sol en mi presencia.

Mari Sales, aparentando dignidad, obedeció y parpadeó varias veces para habituarse a la luz.

—Mire, Señoría, esta mujer —Y levantó el brazo para señalar a Violeta, haciendo patentes sus dedos retorcidos con las uñas pintadas de rojo—, sin más ni más, me pegó una bofetada que me tiró al suelo, y no es la primera vez que lo hace. No sabe usted a lo que se dedica, si hasta ha salido en una foto con un hombre besándose con lengua y...

—Señora, cíñase a los hechos —la volvió a cortar—, explíqueme la bofetada y no me haga perder el tiempo. En el parte de lesiones no figuran hematomas ni rasguños —Y miró con dureza a Mari Sales.

—Letrada —balbuceó Mari Sales. La jueza puso cara de agotamiento—, me tuve que poner hielos por la hinchazón. Tenía todos los dedos marcados.

—Bien —señaló la jueza—, ¿alguna pregunta por parte del Ministerio Fiscal? ¿Letrados?

—Yo no he acabado, señora letrada...

—Ya lo creo que sí. Por favor, retírese.

Mari Sales, sin disimular su indignación, fue a sentarse al lado de su hijo.

La jueza llamó a declarar a Violeta y esta se levantó y se aproximó al micrófono con tiento. Tras jurar decir la verdad empezó su exposición:

—La mañana en cuestión me disponía a salir a correr cuando en el patio me salió al paso la señora Martínez para perseguirme e insultarme —Violeta cogió seguridad y continuó—: Como se dedica a hacerlo de forma habitual, por consejo de mi abogada, llevaba el móvil en la mano para grabar el acoso al que me somete. Ella no lo pudo soportar y me atacó, consiguiendo tirarme el teléfono. Intenté recogerlo, pero me empujó para impedirlo y forcejeamos. Es posible que con algún manotazo se le cayeran las gafas al suelo, pero lo que le pudo jurar, Señoría, es que yo no le pegué.

—Gracias, señora Medina. Que pasen los testigos.

Mientras se explicaba, Violeta tuvo momentos de euforia, pero ahora que llegaba el turno de los testigos su seguridad se vino abajo. No tenía ni idea de cuál iba a ser el argumento de Víctor. Por una parte suponía que la iba a apoyar, pero tampoco entendía por qué se había prestado a asistir como testigo de la acusación. Con la palma de la mano se dio unos golpecitos en la pierna; no le quedaba otra más que esperar.

Desde que Víctor apareció por la puerta hasta que se plantó a escaso metro y medio de ella Violeta no pudo apartar sus ojos verdes de él. Iba recién afeitado y llevaba un pantalón verde militar con un suéter de lana azul marino que, a la vez, lo hacía aparecer distinguido e informal. Por un instante le llegó a la nariz el aroma de su colonia y, como si la acabasen de hechizar, toda la rabia que había guardado hacia él se desvaneció y se transformó en esa deliciosa sensación de calidez que solo proporciona la intimidad. Y, aunque Víctor no le había dirigido la mirada ni una sola vez, Violeta se sintió inexpugnable. Estaba sonriendo y se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía desde la muerte de Ignacio.

—Pues cuéntenos, señor Fernández —iba diciendo Su Señoría.

—Ese sábado por la mañana había madrugado porque tenía la intención de desayunar en una chocolatería cercana —Las palabras le salían con aplomo—. Bajé por la escalera y vi a la señora Martínez, mi vecina de rellano, acorralando a esta otra señora en una de las paredes del patio. La estaba

bloqueando con su cuerpo y al advertir mi presencia la soltó y se separó de ella. Lo único que puedo añadir es que había un móvil y unas gafas en el suelo.

—¡Eso es mentira! —Mari Sales, colérica y puesta en pie, interrumpió la declaración— ¡Este hombre es su amante y..

—¡Señora Martínez, se está jugando que la condene por desacato! Y no dude de que lo haré. Usted es la que nos ha proporcionado a este testigo y lo estamos escuchando. Si no le gusta, haberlo pensado antes —y continuó la jueza, mirando a los abogados—: ¿Preguntas?

Todos prefirieron callar, incluido el letrado de Mari Sales, tenían claro que la jueza ya tenía un veredicto y que, por mucho que añadiesen, el caso estaba sentenciado; y mejor no estimular el carácter de la jueza.

—El testigo puede retirarse. Exposiciones finales, sean breves, por favor —Y echando la espalda hacia atrás se dispuso a atender.

La Fiscalía retiró los cargos y la acusación particular, a pesar de que no tenía nada que hacer, se mantuvo en su petición de condena. Amparo, la abogada de Violeta, con cara victoriosa, insistió en la absolución. La jueza les aseguró que en breve saldría la sentencia y el proceso se dio por concluido.

Mari Sales y Juanjo fueron de los primeros en abandonar la sala. Violeta, todavía con el recuerdo de Víctor en el estrado, defendiéndola, seguía inmóvil en su asiento esperando que Amparo terminase de recoger. Era una lástima que Víctor se hubiese marchado sin saludarla, se moría de ganas de hablar con él, pero se consoló pensando en que había ganado y se quitaba un peso de encima; trataría de verlo en otro momento.

Llegaron al pasillo a paso lento y sin poder dejar de comentar el episodio. Amparo estaba eufórica con el resultado; jamás se hubiese imaginado que alguien fuese tan estúpido como para llamar a un testigo que le iba a perjudicar. Violeta intentaba contagiarse de su alegría, pero la pena que le corría por dentro le impedía mostrarse más espontánea. Una voz masculina que le llegó por la espalda la forzó a dejar de andar: «Voy a tener que llevarte a cenar más a menudo», le aseguró Víctor con la boca casi pegada a su oreja.

Violeta se excusó ante Amparo y se despidieron con la promesa de que la mantendría informada de las novedades. Violeta bajó la cabeza un momento, como para insuflarse ánimos, y enseguida la levantó para mirarlo con atención. Allí estaba, sonriéndole, con aquellos hoyuelos que tanto la mortificaban.

—Gracias, Víctor. No estaba segura de lo que ibas a decir.

Víctor apretó los labios y sus ojos oscuros la miraron con extrañeza.

—¿Por qué dudas de mí? Jamás se me ocurriría gastarte semejante putada, y menos ahora que sé que lo estás pasando mal. Además, se me ha requerido y lo único que he hecho es cumplir con mi deber. A lo mejor me podía haber negado —Su voz sonaba hipnótica y Violeta escuchaba embelesada. Por eso no se dio ni cuenta de que él le estaba apartando de la cara unos mechones rebeldes que se le escapaban de la coleta—, pero me pareció una buena oportunidad para contar lo que esa loca te está haciendo. Y, sinceramente, tenía ganas de verte.

—¿Y por qué te escondiste el otro día en casa de Ana? —No lo tenía calculado, pero acababa de pronunciar la pregunta que tanto la inquietaba.

—Porque nunca me hubiese imaginado que la que iba a llamar a la puerta fueses tú —Y levantó un poco los brazos con las palmas abiertas al tiempo que elevaba los hombros—. Pensé que sería la portera, o yo qué sé quién, y preferí que no me viera nadie para evitar el cotilleo. Cuando supe que eras tú me quedé paralizado y no reaccioné. ¡Lo siento!

Sus frases le transmitieron sinceridad y se moría de ganas de creerlo, pero Violeta todavía no había terminado con el interrogatorio.

—¿Para qué fuiste a verla? —Y se cruzó de brazos.

—En realidad, quería ver a Carlos. Ana estaba aterrorizada y consideré que lo mejor era tener unas palabras con él delante de su mujer y zanjar el tema... No le di importancia y no creí que tuviera que contártelo.

Violeta asentía. Tal vez hubiese exagerado y Víctor solo tratase de ayudar a Ana. A ella le estaba pasando, la veía tan desvalida que parecía que tuviese

la obligación de protegerla.

—Bueno —comentó con un amago de sonrisa—, mientras no te conviertas en el héroe rescatador de todas las vecinas indefensas que te salgan al paso...

—En eso tienes razón —dijo Víctor rascándose la barbilla—. Ayer se presentó Cintia Bonillo para ver si le podía dar un limón —Obvió decir que también se le había insinuado descaradamente.

Violeta no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía tener la cara de presentarse en casa del vecino a pedir un limón, después de ver la foto de ellos dos juntos? De súbito consideró a Cintia una peligrosa depredadora.

—¿Y qué hiciste?

—Pues dárselo —Sonrió y los huecos en las mejillas se hicieron más visibles—. Pero no la dejé entrar, se quedó esperando en el recibidor.

Aunque asombrada por el comportamiento de su vecina, Violeta se quedó satisfecha y a paso lento se dirigieron a la salida. Empujaron las pequeñas barras metálicas y llegaron a las puertas de vidrio que daban a la calle. Seguía lloviendo y ninguno de los dos había traído paraguas; Violeta había llegado en taxi y Víctor ni siquiera lo pensó cuando fue a coger el coche.

Estaban a punto de echar una carrera hasta el garaje del centro comercial donde Víctor había aparcado cuando el subconsciente de Violeta recordó algo y ella volvió a hablar:

—Víctor —Y se mordisqueó el labio mientras una ráfaga le traía a la memoria la nota discordante de la cena que disfrutaron—, ¿por qué sabías que mi hija nunca veía a su padre, y que yo me las tenía que apañar sola?

—No sé, Violeta, siempre te veía a ti con la niña, y di por hecho que el padre sería de esos que pasa de todo y va a la suya. ¿He acertado?

Ella no respondió y Víctor la tomó de la mano para coger impulso. Corrieron bajo el chaparrón hasta que, poco antes de llegar al semáforo que los separaba de la explanada del centro comercial, Violeta le dio un estirón y



lo obligó a frenar en seco.

—Necesito que me respondas con sinceridad —La lluvia los estaba empapando y Violeta utilizó la mano de visera para poder mirarlo. Víctor se quedó quieto y entrecerró los ojos para que las gotas de agua no le impidieran la visión —: ¿tienes algo que ver con la fotografía que colgaron en la tienda que está al lado del Mercado de Colón?

Víctor cerró los ojos todavía más y los abrió de golpe. La lluvia le impedía ver con claridad.

—¡No sé de qué hablas! Si no me lo explicas mejor...

—Voy a hacer la pregunta de otra manera —Se puso seria—: ¿eres el detective contratado por Mari Sales?

—¿Qué? —Alargó la última letra y arrugó la nariz— Imaginación no te falta. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea?

—No me has contestado —Los goterones le resbalaban desde todas las partes del cuerpo y notaba cómo el agua se filtraba por su piel hasta calarle los huesos, pero se mantuvo erguida esperando la respuesta.

Él se acercó y la sujetó por los brazos, mientras guiñaba los ojos para evitar las gotas.

—No, Violeta. Ni soy el detective que ha contratado Mari Sales ni trabajaría para ella aunque se pusiera de rodillas ni sé de qué foto me hablas ni...

Violeta no le dejó acabar la frase. Y allí, en plena calle, con el aguacero descargando sin tregua, lo atrajo hacia ella y lo besó con pasión. Víctor la rodeó por el cuello con sus brazos y se sintió derretir por el fognazo de aquel beso. Con la cabeza perdida, se dejaron llevar por el ansiado calor de aquel abrazo.

En un segundo los alaridos histéricos de Sonia se transformaron en silencio. Muy despacio, como quien sigue enfrascado en sus cavilaciones, se levantó de la silla y con cara de odio miró a su marido. Alejandro, apoyado en la mesa de despacho, apretaba los dientes para no volver a gritar; estaba tan fuera de sí por la indignación que su respiración se entrecortaba y la piel, debido al sudor, le había cambiado a una tonalidad encarnada. Se volvió hacia su mujer y furioso empezó a hablar:

—¡Esto no puede quedar así, hostia! —Y pegó un puñetazo sobre la mesa — ¡Esos dos se van a enterar! Vamos a impugnar el testamento y hasta que todo esto no se aclare no podrán tocar ni un céntimo. ¡Todo lo que hemos esperado para esto! ¡Qué idiotas hemos sido pensando que era nuestro!

—Ya te advertí de que Violeta era peligrosa —le respondió Sonia sentándose de nuevo. Trataba de controlar sus nervios pero estaba tan ofuscada que no sabía ni lo que hacía —. Aunque del que jamás me hubiese esperado semejante humillación es de Ignacio. ¡Todavía no me lo puedo creer! ¿Y la coletilla? ¡El muy cerdo me ha vetado para que lo impugne y lo deja en manos de una vecina! —Le cayeron unas lágrimas de rabia— ¿Y el «primito»? Tenemos que ser inteligentes, Alejandro, ya ves que nos ha atado de pies y manos.

—¡Lo que tú quieras, pero esto no puede quedar así! ¡Tienes que hacer algo! ¡Era tu tío! —Alejandro estaba desesperado.

—Creo que lo mejor es ir a hablar con la «inocente» Violeta. ¿Y sabes qué? —En sus ojos había rencor— Intentaremos llegar a un acuerdo con ella, pero, por si acaso se va de la lengua, vas a coger el móvil y la vamos a grabar. Si dice algo interesante, lo utilizaremos en su contra.

—¡Vamos! Son las once y es una hora muy buena.

—Espera y no seas tan «prisoso». Tienes que intentar tranquilizarte, es una situación delicada y no debemos dejarnos llevar por un arrebato —le dijo con determinación—. Además, sé que la asistenta se va a las doce y prefiero que no esté. Nos preparamos lo que le vamos a decir mientras nos tomamos un café, y nos presentamos dentro de una hora.

Alejandro consintió de mala gana. Estaba deseoso de arreglar la situación, pero al mismo tiempo comprendía que aquella decisión era la más sensata. Sonia lo cogió del brazo y con mimo, y tragándose su ira, lo condujo hasta la cocina.



Los sentimientos de Violeta eran contradictorios. Al despertarse, la primera imagen que le vino a la cabeza fue la de Víctor, y un gusanillo de emoción jugueteó por su estómago; el día anterior comieron juntos y, aunque tuvo que dejarla para volver al trabajo, después de cenar subió a visitarla para darle un furtivo beso de buenas noches. Pero enseguida recordó que a Emilio le habían concedido el tercer grado, que era viernes y que aparecería de un momento a otro. Sintió angustia y a ese malestar se sumó la tristeza por la muerte de Ignacio. De momento solo había notado la conmoción por su trágica desaparición y su mente todavía no había asumido que ya no volverían a tomarse un gin-tonic juntos ni podría desahogarse contándole las persecuciones de Mari Sales; empezaba a echarlo de menos, pero el vacío vital estaba por llegar. Trató de no darle más vueltas y se consoló pensando que el asesino estaba entre rejas. Ana ya le había informado de que Carlos, a pesar de que negaba cualquier implicación, acababa de pasar a disposición judicial como presunto culpable del asesinato de Ignacio.

Pero había algo que le chirriaba y, a pesar de que se esforzaba por olvidarlo, su alarma interna seguía pitando como una cafetera: ¿por qué había sido todo tan fácil? Se dijo que tendría que haber ido a trabajar y así despistar

a su inteligencia, pero como ya era tarde para cambiar de opinión y la casa ya estaba arreglada, sin posibilidad de impedirlo, se fue directa al cajón de la cómoda y sacó los papeles donde había escrito sus notas. Los pasaría a limpio y descubriría qué le parecía fuera de lugar.

En esas estaba cuando sonó el timbre de la puerta. Le hubiese gustado que fuese Víctor, pero ya le dijo que ese día lo tenía complicado, así que supuso que serían Josefa o Ana y abrió sin comprobar. Se quedó sorprendida al ver a Sonia y Alejandro conteniendo una palpable tensión, pero forzando una sonrisa.

—Buenos días, Violeta —la saludó Sonia con educación. Por el tono empleado Violeta supo que Sonia estaba de mal humor—, supongo que ya sabrás por qué hemos venido. ¿Podemos pasar?

Violeta, todavía extrañada, les cedió el paso y los acompañó hasta el salón. En cuanto estuvieron sentados Sonia prosiguió:

—¿Sabes? Siempre te hemos considerado una buena persona con quien la vida no ha sido justa. Aunque nunca te hemos comentado nada para no haceros daño ni a ti ni a tu hija, sabemos de sobra que tu marido está en la cárcel... —Sonia hablaba con resentimiento y Violeta dio un imperceptible respingo al verse intimidada—, y mira que nos sabe mal por vosotras, pero eso no te da derecho a robarnos. Supongo que te camelaste a Ignacio, a saber cómo —y la miró con suficiencia—, y te has llevado un buen pellizco... Es posible que la necesidad te haya llevado a caer bajo...

—Mira, Sonia, no sé de qué me hablas y me parece que no estás empezando con buen pie —Violeta imaginó que se trataría del cuadro de Pinazo y, aunque valioso, no entendía que Sonia fuera capaz de denigrarse como lo estaba haciendo. Lo que no iba a tolerar era que sus veladas amenazas salpicasen a su hija—. Y te pido por favor que no saques a relucir a Sofia.

—¿En serio que no sabes nada o te estás haciendo la tontita? —Sonia empezaba a perder la paciencia y los modales, y Alejandro le dio un pellizco para que se moderase, pero no pudo contenerse y empleó un tono irónico— A mí me parece que: un piso en la calle de la Paz, tres cuadros de Pinazo y 150.000 euros en acciones no está mal por chupársela a un pobre hombre.

Aunque, claro, parece que Ignacio no hacía distinción y lo que le gustaban eran las zorras. ¡Menudo putón verbenero está hecha la santurrona de Mari Sales! Ahora resulta que tengo un primo nuevo —De la rabia que tenía, Sonia se había puesto a deambular por la estancia.

Violeta escuchaba el discurso sin pestañear y se estaba quedando estupefacta. Deseaba que aquellos dos engreídos se largaran cuanto antes, pero al mismo tiempo necesitaba saber todos los pormenores; era evidente que se estaban refiriendo al testamento de Ignacio y esa herencia estaba levantando ampollas.

—No te consiento que vengas a mi casa a insultarme —Violenta también se levantó y se aproximó a ella—. Si esperabas recibir más, entiendo que estés disgustada, pero no olvides que yo no tengo la culpa. Para serte sincera, no sabía que me hubiese dejado nada... Y mucho menos a Mari Sales.

—Perdona, tienes razón —Sonia se recompuso para no perder la partida y se pasó la mano por la melena—. En realidad, no se lo ha dejado a ella y tú eres una gota en el mar. Aquí el favorecido ha sido mi «primito» Juanjo

—¿Juanjo Garrido? —Violeta se había quedado completamente bloqueada — ¡¿Pero qué dices?!

—El mismo. Pero voy a empezar por el principio: el testamento de mi tío estaba más que claro hasta que la policía nos ha permitido entrar en su domicilio y hemos encontrado la copia de un acta con sus últimas voluntades de hace tres semanas —Violeta recordó la cartulina color crema que sobresalía de entre los libros de la estantería—. A ti te lega lo que ya te he dicho antes, lo cual ha sido una sorpresa para nosotros. Pero resulta que hay más: el resto de propiedades y el efectivo, a excepción de la vivienda donde residimos que me la deja a mí, es para el que dice creer su hijo: Juanjo Garrido Martínez —Alejandro permanecía a la expectativa y Sonia cogió aire para continuar con decisión—: De ti ya sabíamos que no te irías de vacío, pero, en el caso de Juanjo, Alejandro y yo creemos que se trata de alguna artimaña de él y de Mari Sales para hacerse con la herencia. Es muy raro que Ignacio decidiese cambiar el testamento hace un mes y no nos dijera nada. ¿De verdad que tú no sabías nada?

Estaba tan atónita que no pudo articular palabra y solo alcanzó a negar con la cabeza mientras volvía a sentarse en el sofá.

—Consideramos que ese testamento no es válido y debe ser impugnado — Alejandro ya no aguantó más e intervino sin invitación—. ¡Inicia el proceso, Violeta, y te apoyaremos! Nos lo repartiríamos al cincuenta por cien. ¿Desde cuándo ese Juanjo es primo de mi mujer? Tendrá que aportar pruebas, digo yo. ¡Todo es una mentira!... —y musitando añadió—: Y se ha destapado en un momento muy oportuno.

Violeta se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos con fuerza, consiguiendo que el rímel se le difuminara por los párpados. Estaba tan ofuscada que lo único que se le ocurrió fue pensar en algún parecido entre Ignacio y Juanjo. Una ráfaga pasó por su cerebro y vino a recordarle la presión que Mari Sales ejercía sobre Ignacio y que él nunca llegó a explicarle, tal vez esa fuera la clave.

Le hubiese gustado estar a solas para interiorizar con calma todos los matices del caso, pero como sabía que sus interlocutores estaban esperando su opinión se decidió a preguntar:

—¿Pero es su hijo o no?

—Intuimos que ni él mismo lo sabía —aclaró Sonia con preocupación—. Y especifica que le deja la herencia porque cree que es su hijo, como también puntualiza que por esa época mantuvo relaciones con Mari Sales Martínez, pero que no fue el único —y añadió con desdén—: En fin, que Mari Sales era más puta que las gallinas.

De repente Violeta soltó una risotada. La tensión acumulada vino a mezclarse con la idea absurda de que Ignacio hubiese dicho: «En fin, que a Mari Sales le va la marcha más que a un corredor la maratón», y de la risotada pasó a una risa sin control que se combinó con un llanto cadencioso e incontenible. Violeta intentaba dominarse, pero, cuando parecía que se estaba aplacando, las carcajadas y las lágrimas le volvían a aflorar a borbotones.

Sonia y Alejandro, con cara chistosa por el contagio, la miraban boquiabiertos, y a punto estuvieron de unirse a su jolgorio. Violeta cogió un

almohadón y se tapó la cara para tratar de serenarse. El invento pareció funcionar y cuando se sintió preparada se dispuso a hablar:

—Perdonad, pero creo que los nervios me están jugando una mala pasada —Con el rímel corrido, la cara enrojecida e hinchada y la melena rubia revuelta el aspecto de Violeta era el de una desquiciada—. La cuestión que os planteo es: ¿para qué me necesitáis a mí?

La pareja se miró antes de hablar, aunque fue Sonia quien, agachándose al lado de Violeta con cuidado y poniendo la más dulce de sus sonrisas, se decidió a intervenir:

—Verás, Ignacio decidió que fueses tú quien se encargara de impugnar el testamento—ladeó la cabeza y dejó que el pelo le resbalase por un hombro—, si alguien no estaba de acuerdo.

Cada frase nueva que escuchaba le resultaba más fantástica que la anterior, y esa turbación le sirvió de excusa para soltarles que se sentía abrumada para darles una respuesta inmediata. Les aseguró que lo meditaría con serenidad y en breve les informaría de su decisión.

El matrimonio Lerma se marchó bastante satisfecho. No les había dado una negativa y para un primer contacto no era un mal resultado, dado que Violeta ya se llevaba un pellizco y convencer a alguien de que se metiera en pleitos era una labor complicada.

Al volver al salón Violeta sintió que la cabeza le iba a estallar, tenía tanta información volando en su mente que no sabía cómo procesarla. Sintió de nuevo la imperiosa necesidad de unificarla en un papel y enlazarla. Ahí tenía que haber una conexión y debía devanarse los sesos para descubrirla.

Cogió un folio en blanco y empezó a escribir. No llevaba ni tres palabras cuando le sonó el móvil. Leyó el nombre de Víctor y, como si se acabaran de abrir unas compuertas, un torrente de energía vital la inundó de golpe y descolgó ilusionada. Quería saber cómo estaba y recordarle que no se olvidara de comer; él iría a verla después del trabajo, y tras unas palabras cariñosas se despidieron.

Consideró que Víctor tenía razón y, aunque no tenía hambre, debía ingerir algo. Dejó los papeles para después de comer y puso un huevo a hervir, dispuesta a prepararse una ensalada completa.

Masticó con lentitud mientras decidía si era mejor compartir sus inquietudes con Víctor o mejor mantenerlo al margen. No llegó a ninguna conclusión y para cuando se terminó la manzana que eligió de postre los ojos se le cerraban. Pensó que una siesta de veinte minutos le vendría bien y ya continuaría después con sus elucubraciones. Se dirigió al sofá, se tumbó con la manta y puso la tele para sentirse acompañada. Al instante se quedó dormida.



—¡Mami, mami! Papi ha venido de trabajar y ha venido a verme. Mira cuántos caramelos me ha traído. ¡He bajado del autobús y me estaba esperando!

Sofía la zarandeaba para que se despertase y Violeta se desperezó retorciéndose de gusto sobre el sofá. Pero al escuchar la voz de su hija enseguida le tomó el pulso a la realidad. Si ya estaba allí resultaba obvio que su siesta se había alargado más de lo previsto y tenía que ponerse las pilas.

Con un movimiento rápido se incorporó hasta que los pies le llegaron al suelo y miró atentamente a Sofía: estaba radiante, con las mejillas sonrosadas por la emoción. Su amiga Laura estaba junto a ella y seguía embobada las explicaciones de Sofía.

—Me ha dicho —le iba contando atropelladamente— que me llevará al circo y que me va a comprar muchos juguetes. ¡Y ha venido a verme, mami! ¡Qué guapo! Me ha dicho que hoy no se podía quedar más rato porque tenía que trabajar con unos señores pero que vendrá pronto y me llevará a patinar y



al circo.

«¿Pronto? ¿Qué significa pronto?», se preguntó Violeta mientras una corriente de indignación y miedo la revolvía por dentro. Agarró a la niña con fuerza y la sentó sobre su regazo. Si algo tenía claro era que su prioridad era proteger a su hija.

—¿Cuándo es pronto, cariño? —le susurró al oído, aparentando tranquilidad

—No sé, mami —La niña seguía excitada—. Yo le he dicho que luego y me ha dicho que no podía y que mañana tampoco. Me ha dicho que pronto —Y sonrió con un brillo de esperanza en la mirada.

—Sí, mi pequeño trasto, seguro que pronto viene a traerte muchos regalos... —Apretó la cara contra el pelo de Sofia y se le escaparon unas lágrimas silenciosas que le mojaron algunos mechones. Su desazón era infinita.

Estaba ansiosa por tener una charla con Josefa y no quería bajo ningún concepto que se fuera a casa de su hijo y se le escapara. La amalgama de nervios que le provocaban los sentimientos de angustia, amor y tristeza la habían despertado temprano y aprovechó el tiempo para ducharse y arreglarse tomándoselo con toda la calma del mundo. Se enfundó unas medias tupidas de color gris a juego con un vestido minifaldero y se miró en el espejo. Hacía tiempo que no se sentía sexy y la presencia de Víctor la estimulaba a acicalarse de forma más sensual.

Como le había prometido a última hora de la tarde anterior pasó a visitarla. Violeta le dio un furtivo beso y a punto estuvo de cerrarle la puerta en las narices, pero Víctor fue más rápido y la atrajo hacia sí para estrujarla y besar los ángulos de su piel que ella por un despiste, pues hacía hasta lo imposible por zafarse de él, le permitía. Se hacía la remolona por temor a que las niñas los pillaran, pero estaban tardando tanto que las pequeñas sintieron curiosidad y se asomaron a investigar. Víctor les hizo unos disparatados juegos de magia que les supieron a poco y como necesitaban más, a coro y estirándole del jersey, lo introdujeron hasta el salón. Era lo último que le apetecía a Violeta: ni quería que viese la casa que tanto detestaba ni quería que conociese a Sofía, pero llegados a ese punto decidió olvidarse y disfrutar. Las niñas estaban totalmente rendidas a Víctor mientras las divertía contándoles historias de marcianos y brujas, y como no querían que aquello tuviera fin le insistieron en que se quedase a cenar. Violeta se pellizcaba para comprobar que la escena no era un espejismo: los cuatro comiendo alitas con patatas y alcachofas al horno, como si fueran una familia normal. Las niñas se acostaron y tras verificar en varias ocasiones que no las despertaría ni un terremoto, se permitieron un rato de intimidad en la que dieron rienda suelta a su pasión.

Mientras se calzaba unos botines se obligó a dejar de pensar en Víctor, recordar las caricias de la noche anterior la turbaba en exceso, y fue en busca

de las niñas. En ese instante sonó el móvil, fue a cogerlo pero al constatar que la llamada procedía de un número oculto le dio a la opción de rechazar. En ese momento tuvo la certeza de que era Emilio y que nunca la dejaría en paz. Tragó saliva y, con el miedo en el cuerpo, trató de serenarse. Pero no pudo evitar pensar que esas llamadas eran un recordatorio.

Tras encargarse de que Sofía y su amiga, que ya estaban viendo unos dibujos en la tele, desayunaran y se vistieran, bajaron a la portería. Estuvo alerta para que nadie las cogiera desprevenidas. Ahora ya no solo se trataba de Mari Sales, también debía cuidarse de Emilio, lo que era mucho peor.

Mirando en todas direcciones llegaron a la vivienda de Josefa. Le venía bien que Sofía estuviese acompañada, armaban un poco más de jaleo, pero así estaba entretenida y no tenía que preocuparse de que se enterase de la conversación que pretendía mantener.

Violeta estaba hecha un manojo de nervios y en cuanto se enfrentó a la figura de Josefa, la saludó y susurrándole: «Josefa, necesito que nos deje pasar. Tal vez Emilio esté por aquí y no quiero encontrármelo», la fue empujando suavemente hacia el interior. Los ojos inteligentes de la portera chispearon de impaciencia y se pusieron a otear hacia todos los rincones. Arrugó la boca con indignación y lanzándose sobre ellas con ímpetu las azuzó a pasar. Todavía con el eco del tintineo de las pulseras de Josefa resonando por el pasillo le preguntó:

—¿Ese mal bicho ya anda por aquí?

—Eso parece, Josefa —respondió Violeta en un susurro, pero no tenía ganas de dar explicaciones sobre ese asunto y cambió de tema con otra pregunta—¿Cuántos años lleva trabajando aquí?

Josefa se encontraba al lado del mueble que sostenía la talla de la Virgen con el niño y se quedó muy quieta, estaba haciendo cálculos. Se estiró el vestido marrón, como si lo pusiera firme, y le dijo muy seria:

—«Pos» cuarenta y cuatro. Al año siguiente se murió Franco.

Violeta asintió con la cabeza, pero no hizo comentarios. Las niñas no les

quitaban ojo y prefirió esperar un poco a que estuvieran distraídas en otros menesteres. Josefa lo entendió enseguida y las hizo pasar a un cuartito donde tenía juguetes de sus nietos. Se pusieron a chillar mientras revolvían entre las bolsas llenas de muñecos y cachivaches.

Josefa se empeñó en hacer un café, pero Violeta llevaba prisa y prefirió no perder el tiempo. Acabaron sentándose alrededor de la mesa camilla.

—¿Se ha enterado de que el doctor Vázquez le ha dejado la herencia a Juanjo Garrido?

—¡Uyyy! ¿Y cómo no me he de enterar, si no se habla de otra cosa en la barriada? —Y chasqueó la lengua significando que callaba más que hablaba— La señora Sonia está que trina y «se conoce» que se lo ha *contao* a una mujer que vive ahí, en Cirilo Amorós, y que yo conozco mucho a la portera. Lo sabe ya todo el mundo. «Se conoce» que la señora Mari Sales está avergonzada y desde ayer no ha *bajao* ni a los perros, los ha *bajao* el señor Juanjo —Josefa se inclinó un poco más hacia ella—. ¿A usted qué le parece lo de la señora Mari Sales? ¡Tan «esbelta» que es! Menos mal que el pobre señor Juan José está muerto. ¿Se imagina? ¡A saber de quién es hijo ese chico! Aunque yo siempre me he *figurao* algo —Y miró con cara de suspicacia a Violeta.

—¿Por qué dice eso? —Violeta estaba impaciente por saber, y sin darse cuenta metió el dedo en uno de los agujeros del mantel del ganchillo y se puso a hacer círculos.

—Porque cuando se vinieron a vivir aquí, hará ya «trenta» o «trenta» y cinco años, la señora Mari Sales le hacía lo mismo que ahora le hace a usted, quiero decir que lo perseguía y lo «instigaba». Pero lo que hacía era ponerle al niño delante. Entonces tendría unos diez años o por «hay». A esa mujer le gusta la guerra.

—¿Y usted cree que Mari Sales se mudó a vivir aquí porque estaba el doctor Vázquez?

—«Pos» eso ya no lo sé —Hizo un gesto de aflicción al no poder rebelar más información—. Cuando la madre de la señora Sonia lo puso a la venta, ellos enseguida lo compraron. «En después», cuando dijo que también vendía

otro piso, ellos también lo quisieron. «Me» creo que su «intuición» era comprarle un piso a cada hijo —Josefa se frotó los ojos y las espesas cejas le quedaron revueltas y en punta—. Pero, cuando fueron a quedarse el último, se les adelantó la madre de la señora Jacinta para que lo compraran su hija y el marido.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Violeta fascinada con el tema—: la madre de Sonia era la dueña del edificio y fue vendiendo pisos. Los Garrido querían comprar tres, pero los Bonillo se les anticiparon con el último y solo pudieron quedarse con dos —Levantó la cabeza y pareció pensar—. A todo esto, es muy posible que Mari Sales se trasladara aquí para mortificar a Ignacio y recordarle que Juanjo era su hijo y, por tanto, su heredero. ¿Voy bien, Josefa?

—Casi, la madre de la señora Sonia era la dueña de la mitad del edificio, la otra mitad era de su hermano, el doctor Vázquez. Era herencia de sus padres. ¡No se imagina usted lo riquísimos que eran! —exclamó con énfasis mientras se aferraba a la medalla de la virgen— Si vivían en esta casa con un montón de servicio. Mi madre trabajó aquí de planchadora y cuando la partieron me quedé yo de portera. «Me» creo que a los padres de la señora Sonia las cosas no les fueron bien y por eso tuvieron que ir vendiendo las propiedades. ¡Con lo riquísimos que eran, «Mare de Déu» Santísima! El doctor era otra cosa, él no ha *necesitao* nunca vender *ná*. Cuando hace menos de un año le vendió el piso a la señora Ana, me dijo que lo hacía porque la chica le daba pena y porque a él le daba igual. Por eso se lo alquiló también al señor Víctor cuando me vino a preguntar si había algún piso libre. Pero él necesitar, nunca —Y negó con rotundidad mientras chasqueaba la lengua—. ¡Menudo era don Ignacio! Tenía dinero por encima de la cabeza.

—Así que la herencia de Ignacio es muy golosa... —musitó Violeta, y se mordisqueó el labio. La herencia de Ignacio era aún más sustanciosa de lo que había imaginado.

—¡Uyy, no puede usted hacerse una idea! —prorrumpió Josefa abriendo los ojos y moviendo los brazos—: campos a porrones, terrenos en Cullera que vendieron para construir, pisos por toda Valencia. ¡Yo qué sé!

Podrían haber proseguido con la hecatombe que suponía para Sonia no ser

la beneficiaria, pero a Violeta no le hacía falta. Por los comentarios que Ignacio le había hecho sabía de sobra que cada dos por tres le estaban pidiendo dinero; además, estaba la deuda que tenían con Enrique y que no tenían la menor intención de devolver. Aquella pareja no tenía donde caerse muerta. Pero recordó una apreciación que le quedaba por discutir con Josefa y se metió de lleno en ella.

—¿Por qué me comentó en el funeral de Enrique Giner que Cintia sabía más de lo que aparentaba? ¿Cree que tiene alguna idea de que Sonia y Alejandro le debían dinero a su marido?

Josefa se echó hacia atrás en la silla y arrugó tanto la boca que era imposible distinguir si le iba a enviar un beso o estaba enfurruñada.

—Siempre que los veía juntos ella lo estaba riñendo. Él «acachaba» la cabeza y no le contestaba. La última vez le escuché decir: «A ver si el asesino ese de mierda te devuelve pronto el dinero, porque a mí ya no me lo vas a coger más, mequetrefe inútil. Y, si no, atente a las consecuencias». No sabe usted con qué voz le hablaba. La señora Jacinta mira a todo el mundo por encima del hombro... —Cruzándose de brazos negó varias veces con la cabeza— ¡Hablarle «asín» a su marido!

Violeta se quedó con la frase y, a pesar de que la consideró de la mayor trascendencia, no le dio más vueltas y pasó a otro asunto que también la tenía intrigada.

—Josefa, ¿recuerda si vio al doctor Carlos Gómez por aquí antes de que se mudasen? Me refiero a si le sonaba la cara antes de que se convirtiera en vecino —Violeta había juntado las manos sobre la mesa y miraba a la portera con interés.

—¡Uyy, «pos» claro! Siempre lo veía trajinar con el señor Juanjo. Pero yo, como siempre, ver, oír y callar —Bajando la voz y llevándose la mano al pecho, se acercó a Violeta—. «Pa» mí que esos dos son maricones. Y me sabe mal por la señora Ana, pero esa es mi «interpelación».

Las piezas le iban encajando como en un puzle y Violeta se dio prisa en sacar el móvil del bolso para apuntar en sus notas las cuatro ideas que Josefa

le había dejado caer. No quería que nada se le quedase en el tintero cuando uniera todos los pedazos.

—Pero habrán reñido, porque me he *fijao* «de» que hace meses que ni se saludan, y lo del otro día, en la iglesia..., llegar a pegarse... Ahí ha *pasao* algo —Se ajustó las gafas y añadió—: Los maricones son muy raros... Y el señor Carlos es la peste, siempre parece *drogao*.

—Josefa, no los llame así, son homosexuales y hay raros como en todas partes, ni más ni menos —puntualizó Violeta con dulzura.

—Llámelos como quiera, pero a mí no me parece bien de ninguna de las maneras. Dos hombres... —arrugó la nariz con repugnancia— ¡Nos quedaríamos sin criaturas en el mundo!

Violeta prefirió no enzarzarse en una discusión y lo dejó pasar. En las convicciones que le inculcaron a Josefa no había lugar para la homosexualidad y a esas alturas de la vida tratar de hacerle cambiar aspectos básicos de su educación sería una pérdida absurda de energía; a ella le quedaban pocas y debía emplearlas en otras tareas.

Repasó mentalmente a todos sus vecinos y consideró que Josefa ya no le podía aportar nada más. Pero se dio por satisfecha con la información que había conseguido. Así podría ir rellenando lagunas.

Josefa insistió en que se quedasen un poco más, las niñas lo estaban pasando en grande y ella no tenía que salir hasta dentro de una hora. Violeta dudó, pero llegó a la conclusión de que no llovía y era mejor aprovechar un rato por el cauce del río y que estirasen las piernas y se desfogaran.

Josefa las acompañó a la salida y las niñas se pusieron a corretear por el patio. Cuando estaba a punto de cerrar tuvo la necesidad de hacer una aclaración:

—¿Sabe, señora Violeta? Nunca «me» pensé que diría esto, pero con tanta muerte, tanta guerra, todos sin hablarse —se agarró a su medalla y con el pulgar se dedicó a frotarla—, y todas las vecinas pasando hambre para estar delgadas tengo ganas de jubilarme, que ya tendría que estarlo. Si me quedaba

era por el doctor Vázquez, pero ahora ya no quiero estar más aquí.

Violeta cambió la dirección de su mirada y se quedó observando los cuatro caballos que presidían la vidriera de la entrada. Siempre consideró que era un rosetón espectacular, pero nunca se había parado a suponer más allá. Ahora que había escuchado las palabras de Josefa concluyó que eran una representación del Apocalipsis, y los tomó como una premonición. Había pasado la muerte, la guerra y el hambre; faltaba la victoria. ¿Quién era el caballo blanco? ¿Ella? Alguien tenía que ganar.

Josefa esperaba algún comentario y no le daba tiempo a meditar la cuestión en profundidad.

—Sí, usted y yo tenemos que marcharnos. Aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Violeta apretándole el brazo con solidaridad.

Hizo ademán de marcharse y a punto estuvo de reprender a las niñas para que no saltasen por la escalera cuando le pasó por la cabeza otro de sus repentinos flashes. Se aproximó de nuevo a Josefa y sin pensarlo dos veces le preguntó con voz apagada:

—¿Tiene alguna idea de por qué Víctor Fernández vino a parar aquí? Que yo recuerde nunca hubo ningún cartel de «se alquila» —Había un deje de inquietud en sus palabras.

—Pasó por aquí y me dijo que le gustaba el edificio y si sabía de algún piso en alquiler. Yo le dije que preguntaría y quedamos que ya se pasaría. El doctor Vázquez me dijo que sí y cuando volvió se lo enseñé. Pero, señora Violeta —Josefa se cruzó de brazos y bajó la voz—, no se fie de ese hombre.

—¿Por qué dice eso? —El consejo de Josefa la había alarmado y se quedó esperando la respuesta con ansiedad.

—Porque soy vieja, señora Violeta, por eso.



Tenía miedo de toparse con Emilio y por eso se pasó todo el sábado fuera de casa y silenció el móvil. Como no llovía y habían salido unos rayos de sol apuró la mañana en el río para que se tirasen cuantas veces quisieran por «El Gulliver», el tobogán gigante que hacía las delicias de los más pequeños, y después se acercaron a comer a McDonalds. Estaban cansadas, que era lo que Violeta pretendía, y le pareció una idea insuperable pasar las primeras horas de la tarde en el cine.

A las siete y media estaban de vuelta y metió a las niñas en la bañera, se ocupó de que se pusieran el pijama y de cena les preparó unas pechugas a la plancha. Víctor subió un momento a verla, pero esta vez no se quedó. Acordaron que sobre las siete del día siguiente, cuando ya se hubiese marchado la amiga de Sofía, se pasaría con cualquier excusa, así, al menos, estarían un rato juntos. Violeta seguía pensando que era un poco precipitado que intimara tanto con Sofía, pero la soledad y las ganas de estar con él se impusieron. Mientras se despedían con un tórrido beso, Violeta recordó las palabras de Josefa, aunque se dijo que ya era tarde para pensar en profecías. Josefa no era el oráculo de Delfos y, sobre todo, no le interesaba creer que fuese cierto. Entretanto las niñas, sin parar de hablar, se acostaban, ella se puso a repasar sus anotaciones, pero a los diez minutos el cansancio le pudo y cayó a plomo sobre los brazos de Morfeo.

El domingo amaneció nublado y al poco cayeron cuatro gotas, no era una lluvia fuerte, pero sí molesta, así que hizo tiempo jugando con su hija y la amiguita hasta la hora de comer. Llevó a cabo la nefasta rutina de mirar hacia todas partes y cuando creyó estar a salvo de cualquier tipo de persecución, salieron a la avenida y se dirigieron hacia un restaurante italiano en la calle Conde Altea. Respiró con alivio cuando cruzó al otro lado de la gran vía y constató que nadie las había importunado. Recapacitó y llegó a la conclusión de que Mari Sales tardaría un tiempo en volver a las andadas; el testamento de Ignacio la dejaba mal parada y eso era algo que tardaría en asimilar, le

costaría enfrentarse a las miradas reprobatorias de sus amistades. Tenía más miedo de Emilio; si conseguía pasar el domingo sin que apareciese, y sin números ocultos, lo más probable es que tuviese cinco días más, pero ¿dónde se había metido? Se estremeció al darse cuenta de que estaba con los puños cerrados por la tensión y se estaba clavando las uñas en las palmas. Había algo innegable que la hizo desfallecer: Emilio le estaba preparando alguna, y gorda.

Intentó disfrutar de los espaguetis y de la compañía infantil, y al regresar a casa las dejó viendo la tele mientras ella, vigilándolas, se recostaba en el sofá y le daba vueltas a sus consideraciones respecto a la muerte de Ignacio. No le hacía falta el folio para saber lo que ahí ponía: todos los indicios apuntaban a Carlos como el asesino, pero le resultaba demasiado evidente; aunque tal vez estaba equivocada y no le quedaba más remedio que asumir que Carlos era más estúpido de lo que ella había imaginado.

A las siete menos diez se miró en el espejo del baño para darse un poco de color en las mejillas y ponerse rímel. Estaba excesivamente delgada y la aparición de Emilio no la iba a beneficiar en absoluto. Tendría que añadir unas vitaminas a su dieta y esforzarse en ingerir más proteínas y grasas. Todos los sentimientos que le rondaban la incitaban a perder kilos, y eso no lo debía consentir.

Se estaba pasando el cepillo por el pelo cuando se escuchó el telefonillo. Venían a recoger a la amiga de Sofía y asegurándose de que llevaba todo en la maleta bajaron a la portería y se despidieron. Al subir se pintó la raya en los párpados y cinco minutos después llegó Víctor, con sus vaqueros desgastados, un suéter color crema y aquel olor que a Violeta se le hacía tan irresistible. Sofía rondaba por la puerta y la pareja se saludó como dos extraños, pero en cuanto la niña desapareció por la cocina Víctor la estiró de la mano para aproximarla y la besó furtivamente. Sofía apareció de nuevo con un vaso de agua y Víctor se puso a comentar por decir algo:

—He pasado todo el día con mi hija. Me ha llevado a El Corte Inglés porque quería que le comprara ropa —Sonrió y los hoyuelos se le marcaron—. ¿Qué te parece, Sofía? Toda la mañana viendo ropa de chicas.

—¿Eres el novio de mi mamá? —La niña lo miró con ojos inquisitivos.

Estaba más interesada en la relación de ellos dos que en la ropa de chicas. Todavía era pronto para que esos temas le resultaran atractivos.

Violeta se quedó paralizada, aunque hubiese querido responder ni ella misma sabía lo que eran. Fue Víctor el que salvó la situación.

—Si ella quiere, sí —Y volvió a sonreír.

—Es que mi papá ya ha venido y creo que él va a ser su novio y viene a vivir aquí.

Víctor arrugó la frente y miró a Violeta.

—Cariño, tu papá siempre será tu papá —intervino Violeta, agachándose y sujetando la cara de Sofía entre sus manos—, pero él ya nunca más va a ser mi novio. Esta noche te lo explico, ¿vale?

La niña pareció satisfecha y Violeta le dio un beso en la frente. Los tres continuaron por el ajado pasillo y llegaron al salón. Sofía se sentó en la mesa de comedor y comenzó a dibujar, ellos se acomodaron en el sofá. Pero enseguida Violeta se decidió a preparar un café y le pidió que la esperase con su hija. Víctor obedeció y se dedicó a hacerle preguntas intrascendentes, la niña le contestaba con monosílabos porque estaba demasiado enfrascada en su pintura. Así que mientras la interrogaba con cuestiones triviales se puso a repasar la estancia con la mirada. Fue cuestión de segundos que reparase en la hoja escrita que estaba sobre la mesa de centro. No la cogió, pero se inclinó hacia delante para leer con mayor claridad. Arrugó la frente y frunció la boca.

Violeta llegó con la bandeja y las tazas y él se levantó a ayudarla. Mientras ella servía Víctor, con la más atractiva de sus sonrisas, se atrevió a preguntar:

—¿Estás jugando a detectives? —Y señaló el folio— Estaba aquí, y no he podido evitar leerlo.

A Violeta le falló el pulso y casi desparrama el café, pero hizo un quiebro y consiguió que no le cayera ni una gota.

—Bueno —titubeó. No sabía si era el momento de hacerle partícipe de sus

dudas, pero en un segundo concluyó que sería bueno compartirlas con alguien ajeno a la trama. Aunque corría el riesgo de que la tomara por loca—, es que todo me parece muy extraño. No me cuela que Carlos fuese tan imbécil y cometiera tantos errores... Y hay demasiados intereses como para no tenerlos en cuenta —Dejó la cafetera en la bandeja y le pasó el azucarero.

—¿En qué te basas para semejante afirmación? —preguntó con indiferencia mientras se echaba azúcar.

—¿Por qué mata a Ignacio y se acuerda de recoger el vaso, pero deja sus huellas en la lámpara? ¿Y por qué no aparece el pintalabios rojo y en cambio no se deshace de las recetas que robó ni del Fentanest y las jeringuillas? Si yo pensase que puedo ser sospechosa, porque además soy la asesina, es lo primero que haría —Irguió la espalda y soltó el aire lentamente—. Tampoco creo que me dejase la confirmación de un vuelo alegremente por mi casa... ¿Y por qué, si tenía algún problema, Ignacio llamó a Ana y no a mí? Y hay más cosas...

—Creo que deberías ponerme en antecedentes porque en esta historia estoy fuera de juego —Elevó los hombros en señal de desconocimiento—. Ni conozco mucho a los vecinos ni sé los pormenores. Cuéntamelo que suena prometedor —la animó con otra de sus sonrisas—. ¡Ah! Y que sepas que me he cuidado de no ver a Ana, y eso que ahora estará más necesitada de compañía, pero mejor que no se acostumbre...

Violeta se sintió un poco culpable al escuchar la última coletilla, pero no entró en discusiones y giró la cabeza en dirección a su hija. Al asegurarse de que seguía absorta en sus dibujos empezó a explicarle todos los detalles, desde la muerte de Enrique Giner, pasando por las relaciones que unían a los vecinos del edificio hasta el asunto de la herencia; se abstuvo de incluir que ella era beneficiaria. Víctor parecía fascinado.

—Hombre, visto así, hay más sospechosos, pero debes ceñirte a la realidad —le aconsejó Víctor—. Esto no es una película y lo que importan son las pruebas. Metió la pata y se olvidó de borrar las huellas. Además, tiene motivos de sobra: Ana quería divorciarse de él y tenía que darse prisa en incapacitarla. Ignacio se negó, le obligó a firmar un informe recomendando la incapacitación y se lo cargó. Fin —Dio un sorbo al café y añadió—:

Además, tú misma me has dicho que no entiendes por qué llamó a Ana en lugar de a ti. Pues yo lo veo clarísimo: pretendía avisarla.

—Sí, vale, eso sí. Pero no me negarás que hay que ser muy idiota para matar a dos personas de la misma forma en un lapsus tan corto de tiempo. Es lo mismo que decir: «Por favor, deténganme». ¿Y por qué iba a querer asesinar a Enrique? —Sabía que Víctor tenía razón, pero la sombra de la duda seguía planeando por su cabeza— Y otra cosa, ¿de dónde sacaba el Fentanest?

—Pero si tienes tú todas las respuestas, Violeta. Por cierto, me muero por darte un beso —Y le guiño un ojo. Violeta puso cara de póquer, pero se quedó encantada. Y como si nada siguió hablando—: Y supongo que mataría a Enrique porque si se dedicaba a prestar dinero, es factible que le debiera «pasta» y no pudiera devolvérsela. Si es drogadicto, como apuntas, conseguía el Fentanest con esa «ayudita» de Enrique.

—Mira —añadió Violeta tajante—, es posible que le debiera dinero porque no sé de qué vivía, hacía unos meses que no trabajaba en ningún sitio, bien. Pero no te olvides de que es anestesista y estaba acostumbrado a manipular esa sustancia todos los días. Por eso vuelvo al hospital: ¿por qué lo despidieron? —Y entrecerró los ojos y prosiguió en voz baja— Hay demasiado hermetismo en ese cese —Se acordó del funeral de Ignacio y exclamó con énfasis—: ¿Y por qué estaba tan nervioso el director del hospital? —Y con mano alterada cogió el papel y apuntó: Doctor Ernesto Rovira.

—Sigo pensando que hay lo que hay, y Carlos es el culpable. No le des más vueltas —Víctor dejó la taza de café sobre la bandeja.

—No digo que sea inocente. Tal vez fue él quien llevase a cabo el crimen, pero también cabe la posibilidad de que sea un cabeza de turco, o incluso que le hayan tendido una trampa —Violeta seguía empeñada en sus trece—. ¡Todos ganan quitándose a Carlos de encima! Necesito encontrar la conexión entre Ignacio Vázquez y Enrique Giner. Y debe encontrarse en alguno de estos detalles que ahora paso por alto. A lo mejor es algo relacionado con la herencia. Los dos disponían de dinero y por lo visto en este edificio hay mucha gente necesitada...

—Como tú veas, si no estuviera convencido de que Carlos es el asesino me preocuparía y no te dejaría jugar a los detectives, pero como sé que ha sido él, me voy hasta a involucrar —Volvió a guiñarle un ojo y, cogiéndola de la mano, le acarició los dedos— Por cierto —dijo cambiando de tema—, ¿qué significa eso de que el padre de la niña ha vuelto y que va a vivir aquí?

—Cosas que se le ocurren a Sofía. Hacía tiempo que no lo veía y a saber qué pájaros le ha metido en la cabeza. Ni caso —Todavía no se sentía preparada para contarle la verdad sobre Emilio—. ¡Oye! —otro de sus repentinos flashes le acababan de cruzar el cerebro—, ¿cómo de bueno eres como informático? —Su mirada era retadora.

—No se me da mal, ¿por?

—Supongo que, si eres programador y alto directivo, será porque eres muy bueno, no cualquier pelagatos —Violeta se puso en pie.

Víctor permaneció sentado sin saber por dónde iba aquella pregunta. Ella le estiró de la manga y, diciéndole a Sofía que se iban al cuartito, lo condujo por el pasillo hasta la habitación pequeña. Encendió la luz y lo primero que se vio fue un ordenador encima de una mesa.

—¡Ya me lo puedes demostrar! —exclamó Violeta con júbilo. Víctor enarcó una ceja y puso cara de calcular probabilidades— Como acabas de decir que te involucras, ya puedes empezar. Necesito que me digas de quién era la llamada que Enrique Giner recibió el día de su muerte, el 31 de octubre sobre las once y cuarto de la noche. Aquí —dijo señalando el móvil— tengo su número.

Y como un rayo se plantó delante del ordenador y lo enchufó.

—Violeta, ¿quieres no ir tan deprisa? —se quejó Víctor negando con la cabeza y a punto de soltar una carcajada de incredulidad— Primero, lo que me pides es una ilegalidad; segundo —se apoyó en la pared y se cruzó de brazos—, me siento un poco... atrapado; y tercero, tratar de hacerlo desde aquí sería una irresponsabilidad, podrían rastrearlo.

—Sé que es una petición descabellada, pero ¿eso es un sí? —Sin esperar

respuesta Violeta se levantó de la silla y se abalanzó sobre Víctor para fundirse en un largo beso.

—Es un sí, pero sin garantías —le susurró al oído—. Me estás pidiendo que hackee la cuenta de la compañía de teléfonos y necesito mi instrumental y... mi ingenio. Mañana desde el trabajo lo intento —Y la volvió a besar.

—Víctor —dijo ella abrazándolo con fuerza—, gracias por aparecer.

Enseguida se arrepintió de haberlo dicho. Se sentía tan sumergida en una nube cuando estaba cerca de él y tenía tantas ganas de sentirse querida y apoyada, y de amar, que a veces perdía la noción de la realidad y olvidaba que hacía cuatro días que le había vuelto a hablar. Desde entonces no había apreciado nada extraño, pero lo cierto era que todavía no tenían nada sólido y podía desaparecer en cualquier momento.

—El que está feliz soy yo.

Esas seis palabras la reconfortaron y volvió a sentirse segura. Con la promesa de mantenerla informada y otro húmedo beso, Víctor se despidió de las dos y puso rumbo al primer piso. Violeta empezó a cortar calabacines para preparar un puré, mientras pensaba en qué palabras emplear para explicarle a Sofía que, aunque fuese el único hombre que quedara sobre la tierra, jamás volvería con su padre.

—¿Era mi padre o no? —le iba preguntando Juanjo desde la puerta del salón.

Mari Sales continuaba impertérrita mirando hacia el infinito a través de la cristalera. Estaba sentada en una butaca y le daba la espalda a su hijo. Sopesaba la respuesta a la que le había dado mil vueltas. Desde que se había destapado el testamento sabía que ese momento habría de llegar. Ignacio la había insultado públicamente y no podía más que alegrarse de que estuviese muerto; ahora solo restaba ser práctica y recoger la inmensa herencia. Notó los pasos de Juanjo que se acercaban y tomó aire sin cambiar de actitud.

—Sí..., para mi desgracia, sí —afirmó con voz temblorosa—. Me violó, hijo, me violó —Forzó unas lágrimas y se cubrió la cara con las manos—. Por eso nunca dije nada a nadie, por vergüenza. Eran otros tiempos y nadie me hubiese creído —Juanjo la escuchaba con una mezcla de escepticismo y pena—. Bueno, tu padre sí que me creyó; quiero decir Juan José, que para el caso era tu padre. Verás, Ignacio siempre fue detrás de mí, pero yo no lo quería a él. Cuando me violó —al decir estas palabras su llanto se intensificó—. ¡Ay, no puedo seguir con esa parte! —Se tomó unos segundos para recuperar el aliento — Me dejó embarazada y yo se lo conté a tu padre. Era tan bueno que enseguida organizó la boda para que nadie se pensara lo que no era y nos casamos. ¡Siempre te ha querido como a un hijo! —sollozó — Ahora Ignacio se ha sentido culpable y ha sido una forma de reconocernos —sacó un pañuelo para sonarse—, porque sabe que me hizo mucho daño y también, a mí, ha querido recompensarme.

—Entonces, ¿por qué nos mudamos a vivir aquí, mamá? ¿Cómo tenías ganas de verle la cara a tu violador? —Juanjo se ajustó las gafas y permaneció atento a las palabras de su madre.

—Eso fue cosa de tu padre; bueno, de Juan José —le explicó compungida—. Decía que ese canalla no iba a poder con nosotros. Que tendría que vivir



el resto de su vida viéndonos la cara. No debía olvidar lo que había hecho.

—¿Y tú no tenías ni idea de lo que ponía en el testamento?

—¡No, no! —exclamó ofendida, llevándose la mano a la base del cuello— Imaginaba que igual podía dejarte algo, pero esto de llamarme puta, encima de haberme violado, nunca —Y continuó llorando.

—Pues, para no tener ni idea, es un poco sospechoso que tus huellas aparecieran en la cartulina de la copia del testamento, ¿no te parece? —comentó Juanjo con ironía— Suerte has tenido de que la policía no le ha dado importancia y se haya centrado en Carlos.

—Me llamó la otra tarde y subí a ver qué quería —se iba justificando Mari Sales—, me dijo que tenía una sorpresa para mí y me puso delante el papel ese. Yo no tenía ni idea de lo que era y lo cogí, pero enseguida me lo quitó de las manos. Yo me marché indignada porque conmigo no se juega —Y se puso muy seria.

—Mamá, ¿lo estabas chantajeando, presionando o utilizando cualquier otra artimaña para hacerte con la herencia? —Juanjo se había cruzado de brazos y esperaba su reacción con interés.

—¡Juanjo, esto sí que no te lo consiento! —Sus labios rojos temblaban de rabia y con una agilidad inesperada se puso en pie— Cuando venga, tu hermano arreglará todo este asunto.

Juanjo cambió el peso de pierna y torció los labios con escepticismo.

—Otra de las preguntas que me hago: ¿por qué mi hermano se ha ido a pasar el fin de semana a Málaga? Entiendo que el primero prefiriese estar solo para adaptarse a la nueva situación, pero sinceramente ¿este? Podría haber ido a ver a su hija y estar con nosotros, digo yo.

—Emilio se ha echado novia en Málaga, de esas que se conocen por Internet. También quería verla a ella —Mari Sales puso los brazos en jarras—. Y a mí me parece muy bien que tenga novia. Seguro que es mucho mejor que la zorra de Violeta. ¡Y tú también tendrías que echarte novia! Te vas a

quedar más solo que la una y serás un viejo solterón.

Juanjo se dio la vuelta y anduvo unos pasos hacia la puerta. Mari Sales lo seguía con una mirada de desprecio clavada en su espalda. De repente Juanjo se detuvo y se giró hacia ella.

—Mamá, soy homosexual y...

—¡No me digas esas tonterías, por favor!, me asustas y ya lo estoy pasando bastante mal —lo cortó.

—No es ninguna tontería, querida madre, es la verdad. He pasado toda mi vida tratando de agradarte y complacerte para que me admitieras, aunque en el fondo siempre he sabido que si te lo decía me desterrarías de tu vida. Eres tan egoísta y perversa que no te importa nadie, ni siquiera tus hijos, solo piensas en ti —Mari Sales seguía aquel monólogo con la boca abierta, pero Juanjo, que ya había cogido carrerilla, continuó sin apartarle la mirada—: Y no creas que siento celos de Emilio por ser tu preferido. Si lo es, se debe a que cumplía con los cánones que tú entiendes como perfección: heterosexual, economista, buena posición y dinero. Si es un mujeriego vividor y está en la cárcel, te importa una mierda, mientras la gente no se entere. Pues bien, aunque seguro que no te interesa, te voy a decir lo mucho que sufrí en el colegio cuando me sentí diferente, pero sobre todo lo mucho que sufrí cuando me di cuenta de que tú no lo ibas a aceptar nunca. Esperé y esperé, porque eras mi madre y te necesitaba, pero cuando murió papá y te dejé las claves del ordenador para que te enterases de una vez por todas de quién soy, como siempre, miraste para otro lado; aunque siempre lo has sabido —Dejó transcurrir unos segundos por si Mari Sales tenía algo que añadir pero, como seguía en estado de shock, él continuó—: Todo esto te lo he contado porque ahora, gracias a tu violación, soy un hombre rico; y acabo de decidir que me voy a mudar al ático, así no tendrás que aguantarme.

Y, sin más, dejó de mirarla y se encaminó hacia el pasillo. Mari Sales se quedó muda y en cuanto empezó a reaccionar tuvo que apoyarse sobre la butaca para no perder el equilibrio. Le costaba respirar e inclinó su cuerpo hacia delante para tratar de coger oxígeno. Se estaba mareando y volvió a sentarse con rapidez. Si Juanjo no compartía su dinero, solo le quedaría la pensión de viudedad.

Tan pronto como recuperó el resuello alargó el brazo y cogió el móvil que tenía sobre la mesita. Eran las diez de la noche y Emilio no volvería al centro hasta la mañana siguiente. Aún podría atenderla y era urgente que hablase con él.

Las puertas del ascensor se abrieron y se metió en el interior. Sin saber muy bien qué le iba a decir al doctor Rovira Violeta pulsó el botón de la quinta planta. Le parecía estar participando en una cucaña, con los ojos vendados y dando palos de ciego a una olla repleta de caramelos que una mano desconocida, moviendo la cuerda con chanza, se encargaba de apartársela a su antojo. Pero antes o después tendría que romperla; porque la olla estaba ahí, dispuesta a reventar. Tal vez ese nexo que tenía como pieza clave a Carlos no se encontrara en el hospital y lo único que iba a conseguir era enfrentarse al director, pero lo haría con tiento y si la cosa se ponía fea no insistiría demasiado. Sin embargo, se veía empujada a intentarlo.

La luz verde sobre la puerta y el suave sonido del timbre le indicaron que había llegado a la planta donde se encontraba la administración y salió con paso decidido. Recorrió unos metros de pasillo y se extrañó al cruzarse con un vigilante de seguridad. Siguió andando hasta llegar a la bancada de la recepción y saludó a la secretaria:

—Buenos días, Isabel —No recordaba el nombre, pero lo leyó en el pequeño rótulo que llevaba prendido a la camisa.

—Buenos días, doctora Medina, ¿verdad? —Isabel dejó de escribir y le prestó atención— ¿Tenía cita con el doctor Rovira? Me parece que no está anotada.

—No, no tengo cita, pero me gustaría saber si me puede atender. Me tenía que reincorporar hoy, pero no me ha llamado y quería entrevistarme con él — Ese no era un tema para tratar con el director, pero fue lo primero que se le ocurrió.

—Pues espere que lo avise. Ahora no tiene visitas, pero es un hombre tan ocupado...

Violeta, sonriendo, se apoyó contra el mostrador y empezó a escudriñar el material que se escondía en el interior de la cabina, pero enseguida levantó la cabeza y se llevó un pequeño sobresalto al enfrentarse con la cámara de vigilancia que le enfocaba directamente a la cara. Se quedó impresionada y con disimulo se puso a mirar a todos lados. Descubrió otra a la salida del ascensor. Estaba segura de que la última vez que subió, antes del verano, no había ninguna.

—Me dice que pase —le informó la recepcionista con una sonrisa.

Violeta le devolvió el gesto y se adelantó con un paso, pero se paró y se quedó dubitativa. Volvió a mirar a Isabel y la pregunta que llevaba rato chafada en la lengua saltó como un nadador sobre un trampolín:

—¿Desde cuándo hay tanta vigilancia en el hospital? —Se estaba haciendo la tonta— Con la de años que llevo aquí y no me había dado ni cuenta. Sí que me había fijado en las del exterior, pero aquí jamás. ¿Están en todas las plantas?

—No, solo aquí. El doctor Rovira consideró que teníamos documentación muy importante y que mejor ser precavidos. Las pusieron en septiembre, lo mismo que al vigilante.

—¡Oh, vaya! Bueno, gracias.

El corazón le dio un vuelco, pero consiguió que no se le notara y avanzó hasta el despacho del director. Dio unos golpecitos y enseguida escuchó la voz de Ernesto Rovira que la invitaba a pasar.

Nada más verla aquel hombre alto y moreno de piel, a quien las entradas ya le empezaban a jugar una mala pasada, se levantó de la silla y fue a darle dos besos.

—¡Violeta, qué alegría verte! Y tan guapa. No esperaba verte tan repuesta, la verdad.

A pesar de la tristeza que sentía resultaba evidente que el influjo del amor, y arreglarse con aquellas botas de caña alta y falda corta, la favorecía.

—La procesión va por dentro, Ernesto. Estoy hecha polvo y me vendrá bien empezar a trabajar.

—¡Adelante! Eso son excelentes noticias —La miraba satisfecho mientras con los pies hacía oscilar ligeramente la silla a derecha e izquierda— ¿Te reincorporas mañana?

—Sí, en realidad tenía pensado hoy, pero estoy tan inquieta por la muerte de Ignacio y la detención de Carlos que necesitaba hablar con alguien, y tú has sido la primera persona en la que he pensado —Puso cara de ingenuidad—. Tal vez porque conocías a los dos.

—Por supuesto, lo que quieras. Tú me dirás —Ernesto no perdió su aplomo, pero por cómo se había puesto a estirarse la corbata Violeta reconoció un gesto de nerviosismo.

—¿Por qué crees que Carlos mató a Ignacio? No sé, ¿qué motivos podía tener? —Violeta todavía no sabía cómo iba a enfocar la cuestión— A veces dudo de que haya sido él.

—No tengo ni idea, la verdad. Carlos ha perdido el norte y no sabe bien lo que hace. Discutirían y a Carlos se le fue de las manos —Y se puso a repiquetear los dedos sobre la mesa. No estaba disfrutando con la conversación, pero Violeta no pensaba dejarlo ahí.

—Irse de las manos es un arrebató, pero matar a alguien con anestesia es premeditación. ¿Por qué dices que Carlos ha perdido el norte?

El doctor Rovira empezó a mover el asiento con los pies, pero esta vez con mayor rapidez y Violeta supo que estaba llegando al umbral de aguante del director.

—Estaba muy descentrado, Violeta, y tal vez esa incapacidad para resolver situaciones le ha llevado a cometer un asesinato —Se levantó y con la mejor de sus sonrisas añadió—. Si quieres continuamos la charla otro día, ahora me pillas mal, tengo que pasar consulta

—¿Lo despediste por eso? —le preguntó Violeta a bocajarro, pero con voz

de inocencia.

—Sí.

El director seguía de pie para no darle opción de proseguir, pero ella no se lo iba a poner tan fácil. Decidió jugársela.

—Ernesto, ya sé que parezco una metomentodo, pero adoraba a Ignacio y necesito saber el porqué de su muerte. Te pido, por favor, que me ayudes —Se le iban a saltar las lágrimas—. ¿Tuvo el despido algo que ver con que instalases cámaras de seguridad y pusieras un vigilante? —Sonó más a súplica que a pregunta, aunque veladamente había una amenaza. Ernesto resopló.

—Mira, por si te quedas más tranquila, te diré que hice instalar las cámaras por simple cuestión de seguridad y a Carlos lo despedí porque dejó de hacer bien su trabajo. No tiene nada que ver una cosa con la otra —Se pasó la mano por el pelo y tiró la nuca hacia atrás—. Si quieres saber por qué lo mató, ahí no te puedo ayudar, pero de lo que estoy seguro es de que fue él. No le des más vueltas.

La explicación le sonó poco convincente y se le pasaron un montón de cuestiones por la cabeza, pero Ernesto tenía prisa por deshacerse de ella y ella tenía que espabilar si quería sacar algún provecho de aquella conversación, sin tratar al director de mentiroso.

—¿Desde cuándo empezó a fallar en el trabajo?

Ernesto se tomó unos segundos para contestar:

—Hace cosa de tres años Carlos tuvo un accidente y atropelló a un ciclista. El chico murió pero Carlos salió impune, así que el hospital no puso reparos en que siguiera ejerciendo; era un buen médico. Al principio se comportaba de manera extraña, pero me pareció lógico después de un accidente con una víctima mortal, y pensé que ya lo superaría. Pero el caso es que, en lugar de mejorar, empeoraba, en un deterioro paulatino — Se tocó el nudo de la corbata y elevó la voz—. En definitiva, que le di un plazo más que suficiente para que se recuperase, pero como no fue así me vi obligado a despedirlo —Se acercó a Violeta y de forma educada la acompañó hasta la

puerta— Así que, como ya te he contado todo lo que sé, y tengo prisa que paso consulta, espero verte mañana en plena forma.

Violeta se fue directa al bar y tras pedirse un café y obligarse a incluir una pulga de tortilla de patata llamó a Víctor para informarle de las novedades. Estaba ansiosa por hacerle partícipe de sus pensamientos: tal vez el accidente en el que murió el hermano de Cintia fue el detonante que provocó que Carlos se convirtiera en drogadicto y, por lo incómodo que lo había notado, estaba segura de que el doctor Rovira sabía más de lo que le había contado. Entusiasmada se lo transmitió a Víctor, pero se quedó un poco decepcionada al escuchar su reacción: «Violeta, cariño, ¿no te das cuenta de que te estás jugando el puesto de trabajo? Una cosa es que por curiosidad quieras saber quién hizo una llamada, pero otra muy distinta es encararte con tu director. Déjalo estar y asume que Carlos acabó con la vida de Ignacio». Su voz, a partes iguales, radiaba firmeza y mimo. Violeta se consoló porque a la reprimenda incorporó la posdata de que en breve sabrían de la enigmática llamada y la despedida fue mucho más tierna. Consideró la advertencia y concluyó que, aunque estaba segura de que Ernesto escondía más información, Víctor estaba en lo cierto y no volvería a presionarlo.

Se encontró con unos colegas y decidió quedarse a comer con ellos; un poco de normalidad le sentaría bien. Y a pesar que de vez en cuando le cruzaban ráfagas donde las imágenes de Víctor, Emilio, Ignacio y algunos de sus vecinos se solapaban unas a otras, en general consiguió el propósito de evadirse.

A las tres y media cada uno volvió a sus quehaceres y a ella se le ocurrió echarle un vistazo al móvil. Tenía cuatro llamadas perdidas de Ana Gallego y dos números ocultos de la noche anterior. Se puso tensa, sabía que era la peculiar manera de Emilio de recordarle que no se olvidaba de ella y que pronto se verían las caras. También tuvo pensamientos para Ana y se dio cuenta que desde el entierro de Ignacio no había tenido noticias de ella, y sin saber por qué, pues no era su guardiana, sintió una punzada de culpabilidad.

Como estaba cansada y quería echarse un rato en el sofá, sabía que dormir iba a ser imposible, pero al menos podría relajar el cuerpo y reposar los ojos, se dijo que después se pasaría a hacerle una visita.



A las cinco estaba llamando al timbre de su vecina, pensaba que esa hora era excelente, podrían hablar media hora y luego se marcharía a pasar el resto de la tarde con Sofía.

En cuanto Ana la vio, se le echó encima como si en ella hubiese reconocido a su salvador y la hizo pasar al mismo salón donde tuvo lugar la detención de Carlos. Sentadas en el sofá, la tomó de la mano como si fuesen dos enamorados y se puso a hablarle de sus inquietudes:

—¡Qué alegría verte, Violeta! Llevo unos días terribles, los periodistas quieren hablar conmigo y yo estoy sin salir de casa para que no me agobien — iba diciendo con ojillos asustados—. Y encima creía que como está en la cárcel me tocaba paralizar lo del divorcio, pero mi abogado me aconseja que siga adelante; que ahora tengo todavía más motivos para hacerlo. Yo ya le he dicho que haga lo que tenga que hacer, mientras yo no tenga que ver a ese asesino —Y se llevó el pulgar a la boca para empezar a roerse la uña.

—Pues claro, Ana, tienes que divorciarte ya —la animó Violeta con seguridad—. Por cierto, ¿qué sabes de él? ¿Todavía no se ha declarado culpable?

—Lo que sé es a través de su abogado. Quiere verme, ¿sabes? Pero yo tengo claro que de eso nada —Se apretó las manos contra las costillas y se acurrucó sobre sí misma—. Lo sigue negando todo, pero yo sé que quería hacerme pasar por loca. Seguro que obligó al pobre Ignacio a que firmara ese documento y después lo mató. ¡No quiero verlo nunca más!

—¿Y por qué crees que mató a Enrique Giner? —Violeta seguía tratando de conectar las dos muertes.

—¿También mató a Enrique Giner? ¡Qué horror! De eso el abogado no me ha dicho nada —Se puso a llorar—. La siguiente era yo.

—No, no, igual son imaginaciones mías y Carlos no tuvo nada que ver — Violeta empezó a mover la pierna con inquietud. Acababa de meter la pata.

—Yo lo único que sé es que estoy muy sola y según el doctor Peris, mi nuevo psiquiatra, tengo que hacer por salir más y tomarme unas vacaciones.

Podría hacerlo, pero no sé con quién ir —Miró a Violeta con esperanza—. ¿Te vendrías? Os invito a ti y a tu hija.

Violeta se quedó perpleja.

—Me encantaría pero ahora mismo no puedo, Ana. Tal vez más adelante...  
—No sabía qué más añadir.

—Se lo puedo decir a Víctor —se notó un deje de ánimo en su voz—, pero no sé qué ha pasado que ya no viene a verme. Se avergonzará de mí y de toda esta situación que estoy viviendo.

Violeta volvió a sentir otra punzada de culpabilidad y se decidió a contarle la verdad.

—Verás... —dudó—, hemos empezado algo, que no sé si puede llamarse relación, y tampoco sé en qué puede acabar, y supongo que por eso se ha alejado un poco de ti —No tuvo ganas de aclararle que había sido ella quien había puesto el punto y final a aquellas amigables visitas.

—¡Oh, vaya! —Ana se había quedado desconcertada— Eres una mujer con suerte, Violeta, a ti todo te sale bien: tienes una hija y un novio. Justo lo contrario que a mí. Pero os deseo lo mejor.

No era momento de contarle todas sus frustraciones y sinsabores, pero le vino bien para no olvidar la gran distancia que separaba la percepción de los individuos respecto a la realidad ajena. Ella, que apenas hacía una semana quería estar muerta y que sentía un miedo atroz a su ex marido, era la envidia de su vecina.

Para no dejarla en ese estado de confusión Violeta decidió alargar la charla y cuando se quiso dar cuenta se le habían hecho las siete de la tarde y tenía ganas de estar con Sofía. Le dijo que contara con ella para cualquier cosa y sin perder más tiempo subió a su casa.

Estrujó a la niña entre sus brazos, pero enseguida tuvo que ponerse a cavilar en otros temas. Consuelo, la asistente, le informó de que su vecina de enfrente, la que siempre se estaba tocando el pelo, y el marido, el que ponía

esa sonrisa tan desagradable, se habían pasado a saludarla. Al no encontrarla le habían dejado unos cuadros, que Consuelo decidió dejarlos apilados en el salón, para que ella decidiese qué hacer, y le habían insistido para que le recordara que si ya había pensado algo. Consuelo no sabía a lo que se referían con ese «algo», pero Violeta sí. Lo había olvidado y tenía que darles una respuesta. Como no sabía qué decir, se decantó por escribirle un WhatsApp a Sonia agradeciendo el detalle de acercarle los cuadros, añadiendo que ya hablarían al día siguiente.

Entró en el salón y reparó en los cuadros. Pensó en dónde colgarlos y echó una ojeada rápida a aquella destartada estancia que tanto la deprimía y se dijo que allí no había lugar para ellos. Mejor guardarlos y colocarlos en el nuevo domicilio que alquilaría en Madrid. De pronto pensó en Víctor y en la posibilidad de quedarse. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no había tenido en cuenta la oportunidad que Ignacio le había brindado: era dueña de un piso en la señorial calle de La Paz. Tenía que replantearse su futuro con más calma.

Después de cenar recibió la visita de Víctor y durante un rato se olvidó de todos sus problemas.

A pesar de que los pronósticos anunciaban que en breve volverían las tormentas, el día se despertó soleado y volver a la rutina le estaba resultando gratificante. Le parecía que había vivido una pesadilla y Violeta tenía la sensación de que al llegar a casa subiría a ver a Ignacio y se tomaría una copa él. Tampoco podía creerse que Emilio disfrutara del tercer el grado y que en el momento menos oportuno haría su aparición, pero por si acaso, antes de que entrara el siguiente paciente, le echó un vistazo al teléfono para asegurarse de que ningún número oculto la había llamado. Se dio cuenta de que las llamadas coincidían con el fin de semana, de momento podía respirar aliviada.

Esperaba la llamada de Víctor, así que al mediodía, tras despojarse de la bata y colocarse el abrigo de lana marrón, salió fuera del recinto hospitalario para meterse en una cafetería y comer sola. No era lo que más le apetecía del mundo, pero sí lo más adecuado para gozar de un poco de intimidad y poder darle vueltas a sus teorías acerca del crimen: suponiendo que efectivamente Carlos fuera el asesino, como apuntaban todos, había demasiadas coincidencias como para que no hubiese algo más. La otra gran incógnita era qué relación existía entre las dos muertes.

Iba a hincarle el diente a un rollito de salmón con aguacate cuando el móvil empezó a vibrar. Era Víctor. Se limpió impaciente con la servilleta y se abalanzó a descolgar. Nada más escuchar su voz sintió como sus músculos se relajaban y esa cálida sensación de protección, cosa extraña con alguien a quien tampoco conocía tanto, la volvió a invadir. Víctor empezó a jugar con las palabras y entre frases románticas, y para hacerse el interesante, colaba expresiones que hacían referencia a la llamada sobre la que sabía que ella estaba pendiente. Violeta estaba encantada, pero al final su curiosidad se impuso: «Luego continúas con mis virtudes. ¿Has conseguido el número?». «¿Y tú qué crees? Bueno no te hago sufrir más, no lo he conseguido... Los he conseguido».

Violeta insistió para que se lo dijese inmediatamente o, al menos, se

explicara mejor, pero Víctor se negó, quería que estuviesen juntos para descubrir el enigma. Así que Violeta, completamente exaltada, le propuso verse en una hora. Él accedió, podía escaparse sin tener que dar explicaciones a nadie. A ella todavía le quedaban dos horas, pero estaba segura de que algún compañero podría sustituirla.

Logró arreglar el turno y con una energía renovada enfiló hacia Marqués del Turia. A las cuatro y media estaba en su casa dispuesta a encontrarse con su «Romeo», y con la llamada misteriosa.

Diez minutos después llegó Víctor, precedido por el aroma de su *after shave*, con sus vaqueros desgastados y una camisa blanca. Se recrearon en el beso del reencuentro, pero Violeta enseguida lo arrastró y lo llevó al salón. Sobre la mesa ya estaban dispuestos dos servicios de café y la hoja con sus anotaciones.

—Bueno, ¿quién hizo la llamada? —preguntó impaciente. El moño se le estaba deshaciendo y un mechón se le escapó por la nuca.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —dejó caer Víctor con un matiz de indiferencia— He seguido tus instrucciones y me pude hacer con el número, bueno había un par más de llamadas que te pueden resultar interesantes y también las he anotado, pero no me dijiste nada respecto a los propietarios de dichos números, y me quedé ahí.

—¡Ah! —Violeta se había quedado decepcionada pero enseguida cambió su actitud por otra más resolutiva— Bien, no pasa nada, voy a marcar los números y veré quién me contesta. Tuvo que tomarse el whisky con el dueño de uno de esos tres teléfonos..., y probablemente ese mismo dueño es el que metió unas gotitas de anestésico en la copa.

Cogió su móvil y se preparó para teclear en la pantalla.

—Mujer de recursos, bravo —la felicitó Víctor—. Vamos allá, voy con la de las 23:14 que duró... diez segundos.

Le fue dictando los números uno a uno y Violeta, sintiendo un nudo en el estómago, los fue pulsando; por último le dio al círculo verde. Como si le

acabasen de pinchar una descarga eléctrica emitió un chillido y cortó la comunicación. El corazón se le había desbocado y sin darse cuenta, como si necesitase un punto de apoyo, muy despacio apoyó la mano sobre la rodilla de Víctor. Este, escudriñando sus movimientos, se mantuvo a la expectativa.

—¡Es de Cintia! —exclamó con incredulidad— ¿Para qué lo llamaría? Diez segundos... no dan para mucho

—Bueno, tampoco es tan raro. Era su mujer —Y abrió las palmas de las manos para señalar que se trataba de algo elemental—. Lo más seguro es que le preguntara dónde estaba o le diría que volviera ya. ¡Yo qué sé! No lo considero tan relevante...

—Su mujer, que le acababa de pedir el divorcio —Violeta se expresó con convicción y cogió la taza de café—. En otras palabras, que estaba loca por quitárselo de encima. ¿Y sabes por qué? Porque el honorable Enrique Giner se dedicaba a prestar dinero e intuyo, por cosas que me contó Josefa y porque no tenía trabajo, que uno de sus «clientes» era Carlos, el asesino del hermano de Cintia —Violeta abrió mucho los ojos y el color verde pareció brillar—. Además, tengo la corazonada de que el dinero provenía del bolsillo Cintia.

—¡Guau, me dejas sin palabras! Si te quedas sin trabajo podrías probar en los servicios de espionaje —Le dio un beso rápido y se quedó mirándola—. Ahora explícame la relación con Ignacio. Que sepas que sigo pensando que fue Carlos, en ambos casos.

—De ahí solo te puedo decir que a Cintia le ha venido muy bien que Carlos esté entre rejas. Estoy segura de que piensa que ahí es donde tenía que haber estado desde hace tres años.

—En fin —prosiguió Víctor con cara de pícaro—, marca el siguiente número y a ver quién te sale. Igual te da más pistas. Esta llamada fue a las 23:15 y duró dieciocho segundos. Te dicto.

Violeta resopló para insuflarse ánimos y fue pulsando los números. Aquí ya no le apareció ningún nombre y nerviosa fue escuchando los tonos. Al tercero se quedó sorprendida al escuchar una voz masculina que la saludaba con jovialidad: «Buenas tardes, Violeta, ¡cuánto me alegro de que llames! ¿Ya

has tomado una decisión?»). Su mente tuvo que trabajar a más de mil revoluciones por segundo para procesar aquella pregunta y ponerle cara a la voz. Era ni más ni menos que Alejandro Lerma. Claro, tenía el teléfono de Sonia, pero no el de él. Para salir del aprieto, porque obviamente no tenía ningún discurso preparado, le explicó que estaba hablando con un abogado y que el próximo lunes, a más tardar, tendría la respuesta. Colgó y con alivio se dejó caer sobre el sofá.

—¡Coño, cómo se está poniendo la cosa! —Se llevó la mano a la frente. Del moño solo quedaba una goma colgando de un minúsculo mechón — Pero no sé de qué me extraño. Estos dos tenían que devolverle 50.000 euros ese mismo día, y probablemente no los tuvieran. Además —añadió mirando al techo y recostándose sobre el sofá—, no me negarás que los motivos para alegrarse de la muerte de Ignacio resultan más que evidentes, y si de paso le pegaban la patada a Carlos, que era de los pocos que sabían que ellos eran deudores, pues la jugada les salía redonda.

—Ya —intervino Víctor escéptico, haciendo hueco y tumbándose junto a ella—, pero algo les falló porque si, como dices, se lo ha dejado todo a Juanjo Garrido, ya me contarás de qué les ha servido tanto asesinato —Le iba diciendo mientras le besaba el cuello e intentaba meter la mano por debajo de la blusa.

—¡Estate quieto que tengo que hacer la tercera llamada! —Y se incorporó con un movimiento rápido.

—No te molestes que seguramente no te van a responder —Y estirándola la hizo caer encima de él.

—¿Por qué? —Moviendo la cabeza intentaba apartarse el pelo que le tapaba la cara.

—Porque es el teléfono de Carlos y, como está en la cárcel, no te lo va a coger —le susurró en la oreja.

—¿Qué dices? —Apoyándose en el estómago de él, enderezó la espalda. Víctor emitió un quejido— ¿Cómo lo sabes?

—Pues que me apetecía ver la cara que ponías cuando chocases con la voz de tus vecinos al otro lado de la línea. Lo que no entiendo es, porque aunque poco algo me conoces, cómo has caído como una mosca en la trampa —Tenía los hoyuelos muy marcados y los ojos oscuros desprendían picardía—. ¿Cómo no voy a mirar a quiénes pertenecían? —soltó una carcajada— Ya puestos a la ilegalidad que estaba cometiendo, lo revisé todo.

Entre divertida e indignada, Violeta cogió un almohadón y le golpeó la cabeza.

—¿Sabes lo que te digo? Que mejor así, porque estaba pensando que no eras tan espabilado como creía.

Víctor la atrajo hacia sí y se fundieron en un prolongado y fogoso beso. Pero algo empañaba la mente de Violeta e interrumpió el erótico momento.

—¿A qué hora lo llamó?

A Víctor, que se sabía de memoria toda la información de los números, no le costó responder:

—A las 23:19, y duró casi un minuto. Pero te pido, por favor, que ya no le des más vueltas. Fue Carlos. Enrique habló con Cintia y con Alejandro, pero el último fue Carlos. Es el único que tenía motivos para deshacerse de Enrique, le debía dinero y no se lo podía devolver al no tener ingresos. Y de Ignacio: Ana quería divorciarse y tenía que darse prisa en conseguir el documento que apoyara la incapacitación de su mujer. Ignacio se negó y se lo cargó. Todo encaja y a mí me parece que has visto demasiadas películas.

—¿Y por qué Ernesto está tan nervioso? ¿Y por qué a todos les viene tan bien que Carlos esté encerrado? —Violeta se mordió el labio. Había demasiados cabos sueltos— ¿Sabes lo que me parece? Que es posible que alguien aprovechara la muerte de Enrique para cometer el crimen de Ignacio, o al menos para empujar a Carlos a cometerlo. Empiezo a pensar que las dos muertes no están relacionadas —Violeta se quedó con la cabeza apoyada en su hombro—. Y otra incógnita en la que acabo de caer es: por qué el asesino de Ignacio se molestó en pincharlo y meterle anestesia en el whisky. Con una sola acción hubiese tenido suficiente.



—Cariño, la respuesta siempre te va a llevar a Carlos. Es drogadicto y no sabe bien lo que hace —La abrazó—. ¿Por qué no te olvidas de él y empleamos el tiempo en cosas más productivas? Faltan veinticinco minutos para que llegue Sofía —Y le guiñó un ojo con descaro.

—No, querido Víctor, llevarás mal el reloj, son las cinco y media. En menos de un minuto escucharemos la puerta y los gritos de mi hija.

Víctor se quedó mirando su muñeca y comprobó que el reloj se le había parado. Suspiró con resignación y aprovechó esos segundos para volver a besarla. Entonces se escuchó un portazo y la voz de Sofía gritando: «¡Mami, ya estamos aquí!». Se levantaron del sofá con precipitación y mientras Violeta se recomponía el pelo Víctor, con sumisión, se quejó del reloj:

—Tendré que llevarlo a reparar. Se suponía que su perfecto mecanismo automático no fallaba nunca... Para que te fies.

El jueves volvió a amanecer gris, pero en el ánimo de Violeta se filtró un rayo de luz. La conversación con el doctor Rovira, en lugar de apaciguarla, la había llenado de interrogantes e inquietud, y llevaba dos días sin poder quitarse una fijación de la cabeza: Ernesto escondía algo importante relacionado con el despido de Carlos. Pero se encontraba ante un callejón sin salida. Ni podía comentárselo a Víctor, quien ya le pidió que zanjase el asunto, ni podía volver a insistir con el director.

Pero esa mañana se desayunó con una nueva idea en la cabeza. Los acontecimientos se sucedían tan rápido que había olvidado un pequeño detalle que, sin tener la seguridad de que estuviera relacionado con la muerte de Ignacio, bien podría estarlo con Carlos Gómez. Impaciente, acompañó a Sofia al autobús y con el corazón en un puño cogió el coche y se dirigió al hospital. Se le había hecho tarde para acercarse por el laboratorio y tuvo que subir al primer piso, colocarse la bata y empezar con la ronda de pacientes. Se vio obligada a esperar hasta las doce y media para poder satisfacer su curiosidad.

A esa hora, y como si un endemoniado la persiguiese, galopó por las escaleras del hospital que conducían a la planta baja y se deslizó cual maestra patinadora por los pasillos blancos y marrones que llevaban a la sala de extracciones. Un metro antes de enfrentarse a la puerta se detuvo y resoplando se llevó la mano a las costillas. Volvió a erguirse y con paso decidido pero tranquilo pasó al interior. La sala de espera estaba prácticamente vacía; a esas horas ya solo se realizaban las analíticas que no necesitaban del ayuno.

En la recepción se encontraba la misma señorita con la que habló la vez anterior.

—Buenos días —Violeta puso la más cálida de sus sonrisas y habló con jovialidad—, uff, parece que va a llover, ¡menuda racha llevamos!

—¡Ay, doctora Medina, cuánto me alegro de que ya esté de vuelta! —La

repcionista no podía dejar de mirarla mientras, con cara de agobio, le iba aclarando el comentario— ¡Habría sido horrible encontrarse asesinado al doctor Vázquez! Y el doctor Gómez el asesino... —Negó con la cabeza con incredulidad—. Todavía me parece imposible.

A la joven le hubiese gustado que le explicara los pormenores, pero ese detalle no entraba en los planes de Violeta:

—Más que horrible —le aseguró con pesar—, por eso he decidido reincorporarme cuanto antes e intentar no revivir la pesadilla a cada momento. Creo que es lo más sensato: centrarme en el trabajo. Por eso estoy aquí, para saber los resultados de la analítica de Juan José Garrido Martínez...

—Sí, es lo mejor que puede hacer —La señorita se puso a manejar el ordenador—. ¿Pero no es usted pediatra?

—Sí, pero Juanjo es íntimo amigo y quiero echarle una manita.

—¿Y cuál de las dos pruebas quiere? —le comentó la señorita consultando la pantalla del ordenador. Violeta se quedó con cara de no entender la pregunta — Sí, me refiero a si quiere la analítica de ETS o a la prueba de paternidad.

—A las dos, Clara —dijo leyendo el nombre de la joven, sin que se notara su confusión—, me refiero a las dos. Imprímelas, por favor, así las podré estudiar con mayor atención.

Tras decir esto se quedó petrificada y la sonrisa se le congeló. Mientras Clara seguía instrucciones Violeta empezó a notar cómo la sangre le golpeaba en las sienes y el pulso le retumbaba tan fuerte que no pudo evitar taparse los oídos y masajearlos con disimulo para intentar controlar el eco que le martilleaba y se colaba como un mazazo en su cerebro. Como ese fue el único gesto que podía delatar su tensión la recepcionista, demasiado ensimismada doblando las hojas con parsimonia y guardándolas en un sobre, no se dio ni cuenta.

En cuanto lo tuvo en sus manos le dio las gracias y salió con paso calmado, sobre todo porque las piernas le flaqueaban y se sentía incapaz de correr. Le hubiese gustado irse a la cafetería y leer aquellos resultados delante

de un café, pero el tiempo apremiaba y debía volver a la consulta. Así que se encerró en el primer baño que le salió al encuentro, y sentándose en el inodoro para estar más cómoda sacó los folios del sobre y pasó la vista con rapidez, saltándose el resultado de los parámetros estudiados, para llegar a la conclusión final sobre la paternidad biológica.

La hoja se le cayó al suelo al taparse la boca e impedir que se escuchara el grito que le salió del alma. Respiró contando cuatro segundos en cada inhalación y otros tantos en la exhalación. Los sobresaltos que se llevaba día a día la estaban llevando a un estado de ansiedad mental que de no ponerle remedio inmediato se transformarían en crónicos. Agachó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Se mantuvo en esa posición un minuto y después enderezó la espalda y se palpó el bolsillo de la bata.

Por suerte llevaba el móvil y lo cogió con la intención de llamar a Víctor. Tenía que contárselo. Al quinto timbrado le saltó la voz del contestador y prefirió colgar. Ya lo llamaría más tarde.

Llegaba tarde a la consulta y como si acabase de escuchar el pistoletazo de salida, se levantó de un brinco, se fue directa al lavabo para echarse agua por la cara y, cogiendo un trozo de papel de la máquina expendedora y secándose la cara por el pasillo, se fue a toda prisa hacia el primer piso.

Las dos horas largas que transcurrieron hasta que llegó el momento del almuerzo se le hicieron interminables. Estaba tan impaciente por hablar con Víctor que ya tenía el teléfono en la mano cuando todavía estaba la madre del último paciente levantándose de la silla. No le había devuelto la llamada, estaría muy ocupado, pensó. De todas formas, volvió a intentarlo, aunque de nuevo saltó el contestador. Le escribió un WhatsApp urgiéndole a que la llamara en cuanto lo leyera.

Un poco descorazonada se bajó a la cafetería. Comió sin mucha gana, y mientras con el tenedor le daba vueltas a unos espaguetis carbonara, no podía dejar de preguntarse cómo habían conseguido el ADN de Ignacio. ¿Y si no era el de él? ¿Habría sido cosa de Juanjo? Tendría que hablar con los responsables del laboratorio y averiguarlo.

Pasó dos horas más de consulta y a las cinco y media se deshizo de la bata.

En el baño se maquilló y se resaltó el verde de los ojos. Se dejó el pelo suelto y se ajustó el cinturón ancho que se había colocado sobre los vaqueros. El toque final se lo dieron unos pendientes largos que llevaba guardados en el bolso. En otras circunstancias se hubiese marchado a casa a esperar, podía contárselo por la noche, pero estaba tan exaltada que prefirió ir en busca de Víctor. Esa charla le calmaría los nervios.

Conduciendo a mayor velocidad de la permitida enfiló hacia la pista de Ademúz en dirección a Paterna. Cuando se daba cuenta de que corría demasiado pisaba el freno, hasta que las ansias por llegar a su destino le hacían olvidarse del pedal y volvía a las andadas. Al tomar la salida 9A que desembocaba en el Parque Tecnológico redujo la potencia y así se mantuvo mientras conducía a través de las calles que conformaban el polígono, y donde a cada lado se iba topando con extensas naves y prominentes bloques. En cuanto divisó un edificio alto y acristalado en vidrio oscuro supo que había llegado a Technoscoop Hispania. Como no había problemas de aparcamiento dejó el coche cerca de la puerta y se apeó sin perder el tiempo. Mientras a ritmo acelerado se encaminaba a la puerta escarbó en el bolso para localizar el móvil y llamar a Víctor.

Sin mirar hacia delante y sin dejar de andar se dedicó a teclear el nombre en la pantalla. Iba tan distraída con el teléfono que no se fijó en la pareja de mujeres que, en animada charla, se disponía a salir por la puerta giratoria en el preciso instante en el que ella entraba. Y allí, justo al inicio del vestíbulo, su cuerpo chocó con el de la que estaba colocada a la derecha.

—Perdón —se disculpó Violeta un poco desorientada. Y se dispuso a seguir su camino.

—¿Violeta? —le preguntó asombrada la mujer morena contra la que había chocado— ¿No me reconoces? Soy la madre de Nachete, el niño que si no se rompe el brazo se rompe el pie. Uy, una travesura detrás de otra.

Violeta entrecerró los ojos tratando de recordar y enseguida le vino a la memoria la imagen de Nachete, el pequeño con cara de granuja que adoraba jugar al fútbol y siempre aparecía con alguna contusión.

—¡Sí, claro, qué casualidad! ¿Cómo estáis?

—Él como una rosa y yo rezando para que no sufra más percances. Con lo que está lloviendo el campo está embarrado y tengo horror a que se tropiece en el momento menos pensado... ¿Qué haces por aquí?

Miró hacia la recepción, el preciso lugar al que pensaba dirigirse para preguntar por el despacho de Víctor, si no lo localizaba en el móvil, y decidió que aquella pregunta le venía como anillo al dedo para ahorrarse tener que acercarse a consultar. Aquella mole de hormigón y vidrio era demasiado intrincada como para ir buscando de puerta en puerta.

—Estoy buscando a Víctor Fernández, es programador..., y así, guapito. ¿Lo conocéis?

Las dos mujeres soltaron una carcajada y la madre de Nachete continuó:

—Claro que lo conocemos, ¿verdad? —Y le dio un pequeño codazo a su acompañante, quien todavía no había podido quitarse la sonrisa de la boca—. Pero en los diez años que llevo aquí es la primera vez que alguien lo describe como guapito, claro que, para gustos, no hay nada escrito... Si se entera de que piensas eso no te lo vas a quitar de encima —Y volvió a reír.

—Bueno, no sé —y por inercia se puso a rebuscar en el WhatsApp, pero se llevó una desilusión al cerciorarse de que su foto no aparecía en el perfil. Así que por salir del paso empezó a describirlo—: medirá uno ochenta, de unos cuarenta años, moreno, ojos oscuros y se le marcan mucho los hoyuelos cuando sonrío.

—No sigas, Violeta, nuestro Víctor Fernández tendrá unos sesenta años, rechoncho y calvo —le explicó divertida—. Por lo que cuentas esos dos solo se parecen en el nombre.

—A lo mejor me he equivocado de sitio. Eso será —Y le dio dos besos como despedida. No tenía ganas de darles opción a indagar más y como las otras se iban, para no coincidir, se encaminó, totalmente noqueada, hacia los sillones que había junto a la mesa de recepción.

Se dejó caer sobre uno de los asientos de cuero rojo y mientras recapacitaba sobre quién era Víctor, empezaron a caerle las primeras

lágrimas. Sin darse cuenta se las iba apartando con los dedos, consiguiendo que el rímel, que con tanto esmero se había aplicado, se dispersara en forma de manchas acuosas alrededor de los ojos. Como procedente de otra galaxia escuchó una voz masculina que le preguntaba si la podía ayudar en algo. Ella volvió a la realidad, cogió el botellín de agua que le tendía y sin molestarse en dar una excusa creíble, y poniéndose en pie dispuesta a marcharse, se escuchó decir: «Había venido a cortarle el pelo a Víctor Fernández, pero creo que no lo necesita. A la que se lo ha tomado a base de bien, es a mí». Y sin atender los comentarios del empleado de información, que le aconsejaba que diera un par de tragos, se encaminó al coche.

Por si acaso había algún error, se dedicó a darse una vuelta por el parking de la empresa para investigar si su coche estaba allí. Pero el Nissan azul que deseaba encontrar no se veía por ninguna parte.

Esperó unos minutos apoyando la cabeza contra el volante y cuando estaba a punto de arrancar le sonó el móvil. Casi lo tira por la ventanilla al ver que era Víctor, pero escuchó a su razón, que le decía que se recompusiera y aprovechase aquella oportunidad. Descolgó: «¡Hola, cariño! —exclamó con efusividad y cierta ironía—, ¿dónde te has metido que llevo todo el día intentando hacerme contigo?». «He tenido un día de locos, reunión tras reunión y no he podido ni echarle un ojo al teléfono. Lo acabo de ver ahora. Tengo muchas ganas de verte. Puedo pasarme después de cenar». «¿Y no puedes acercarte ya? Desde la comida estoy con un dolor de cabeza súper fuerte y me voy a acostar. ¿Todavía estás en Technoscoop?». «Sí, aún estoy aquí, pero puedo llegar en una hora— Su voz sonó suplicante—. Espérame, por favor». «Víctor, ya sabes que muero por verte, pero no te imaginas el mareo que llevo y los golpes que me da la cabeza. Lo dejamos para mañana». Y sin posibilidad a una melosa despedida colgó.

Arrancó el motor y conduciendo muy despacio se incorporó a la autovía. El sonido del móvil se repetía una y otra vez, pero ella hacía como que no lo oía y se desplazaba lentamente, por la lluvia que empezaba a caer y por si con algún hipido perdía el control del coche. Más de uno le pitó por parecer un caracol al volante, pero ella ni se inmutó; estaba demasiado concentrada en las proféticas palabras de Josefa y en sus consideraciones: «¿Por qué Víctor se había mudado precisamente el mismo mes que despidieron a Carlos? ¿Y por

qué a ese edificio, donde nunca hubo cartel? ¿Y por qué le insistía en que Carlos era un asesino y que se olvidara de todo lo demás? ¿Y qué hacía aquella mañana, que casi había olvidado, hablando con Ernesto Rovira? Nunca se lo preguntó, pero no importaba, le hubiese mentido como había hecho siempre. ¿Y por qué ella?» La respuesta le vino de carrerilla: porque estaba cerca de Ignacio. Las lágrimas le caían silenciosas, pero esta vez no eran de desesperación; esta vez eran de cobardía. Acababa de llegar a otra conclusión: Víctor Fernández y Ernesto Rovira estaban confabulados en alguna trama donde Carlos Gómez era el chivo expiatorio.

Notó pinchazos en el pecho y le costaba respirar. Por primera vez se dio cuenta de que podía estar en peligro y sintió miedo.



Volvió a negociar su salida para el jueves y en cuanto puso el pie en la calle se detuvo unos segundos para regodearse y llenarse de oxígeno. Ensanchó sus pulmones al máximo y elevando la cara al cielo permitió que las finas gotas le fuesen calando al tiempo que con un soplido se deshacía de la rigidez y de ese aire enrarecido que llevaba dentro.

La libertad le sentaba bien y Emilio se encontraba pletórico. Mari Sales ya le había puesto al corriente de que Violeta no levantaba cabeza y de que Juanjo había heredado una fortuna, gracias a la deshonra que tuvo que sufrir en sus años de juventud. Ella trató de explayarse en su dolor, pero a Emilio no le interesaron las justificaciones de su madre: Ignacio ya no existía y Violeta se estaba quedando aislada. Eso era lo importante y ahora solo le quedaba rematar su plan para que ella se pusiera de rodillas y volviera a él como un perro fiel.

Agachó la cabeza y a través del movimiento rítmico de los parabrisas vio a Juanjo esperándolo en el coche. Con el motor en marcha su hermano le hacía señas para que se diera prisa en meterse, las gotas eran cada vez más gruesas y a Juanjo no le gustaba conducir bajo las tormentas, recordó Emilio.

Dio una pequeña carrera y se introdujo en el vehículo. El cambio de temperatura le produjo un escalofrío y se frotó las manos como si pretendiese hacer una fogata.

—Otra vez a Málaga, ¿eh? Te vas a poner ciego de «pescaíto» frito —dijo Juanjo pisando el acelerador—. Por lo poco que te vemos el pelo debe de ser una mujer muy especial... Se pondrá contenta al verte, la camisa roja te queda muy bien —Emilio había ganado algo de peso y esos kilos le favorecían.

—Ni te lo imaginas. Es la hermana de otro recluso, la conocí cuando vino de visita y desde que la vi no pude dejar de pensar en ella —Se recostó sobre el asiento—. Morenaza, y unas tetas... Umm. Bueno, ¿y tú qué, señor

millonario? —Con un movimiento se incorporó y se ladeó para dirigir la mirada a su hermano— La muerte de ese hijo de puta te ha venido muy bien. Mamá ya me contó todo lo que le hizo ese cabrón y se merecía estar muerto. Menos mal que tú ni te enteraste de que era tu padre, y ahora te ves beneficiado. ¿Te obliga a cambiarte el apellido o algo así para heredar? ¿Cuánto te ha caído exactamente?

—No, no me obliga a nada —Juanjo se puso tenso; el tema de conversación le incomodaba y no entendía cómo su hermano hablaba de esos asuntos tan alegremente cuando debería ser el primero en callar—. Y todavía no lo sé con exactitud, está pendiente la valoración de las propiedades. Pero bueno, todo no es para mí, tendré que compartirlo con Violeta.

—¿Qué? —pronunció con sequedad— ¿Violeta? ¡De eso mamá no me dijo nada! —Se le hinchó una vena del cuello— ¡Me aseguró que mi mujer estaba hundida en la puta miseria! —Las pulsaciones de la vena se hicieron más patentes— ¿Qué le ha dejado ese cabrón? Con lo razonable que parecía y se la estaría follando...

—Con todo lo que ha ocurrido mamá pasa de la euforia al llanto con una facilidad increíble. Creo que se alegra de la herencia, pero al mismo tiempo no soporta que la señalen con el dedo. No sale de casa y está insoportable — Se llevó el dedo índice al centro de la montura de las gafas y las ajustó a su nariz, así ganaba tiempo para pensar cómo continuar; lo último que pretendía era que Emilio se cabrease—. Solo habla de lo que sufrió, que ella es una víctima y necesita que el mundo la apoye. Está tan pendiente de sí misma que se olvida de que existe más gente.

—Vale, pero tú qué opinas de Violeta. ¿Le ha dejado mucho? —Emilio alargó el brazo para quitar la calefacción. Empezaba a notar que la camisa se le pegaba al cuerpo—. A ver si en lugar de estar hecha polvo por la muerte del viejo, lo que está es más feliz que unas castañuelas, y le ha venido de perlas.

—La verdad es que no la he visto. Bueno —rectificó—, la vi de pasada en el funeral y muy animada no parecía. Estaba demacrada y juraría que había adelgazado —Juanjo medía sus palabras para quitar hierro al asunto y que su hermano no se pusiera hecho una furia —. Pero lo mejor es que te olvides de ella y te centres en esa otra mujer que te hace tan feliz.

—No me has contestado, Juanjo: ¿qué le ha dejado? —Y apretó los dientes con fuerza. Si económicamente se sentía fuerte, Violeta no se lo pondría fácil.

—Pues... —dudó—: un piso, unos cuadros y algo de dinero..., pero no mucho.

Emilio estaba tan contrariado que se echó atrás con ganas y dio un cabezazo contra el reposacabezas.

—¡Joder! Todo le tiene que salir bien —Se quedaron unos minutos en silencio, que Emilio dedicó a perseguir con el dedo gotas que chocaban contra el cristal y que en un rápido recorrido se dispersaban por los ángulos de la ventanilla. Sin dejar de jugarle volvi6 a hablar—. ¿Hay algo más que deba saber? Desde la foto esa que mamá hizo colgar en el escaparate no me habéis dicho nada. ¿Ha vuelto a ver a ese tío? Espero que el detective, que me cuesta una pasta, esté haciendo bien su trabajo.

No sabía por qué, pero Juanjo estaba nervioso. No veía el momento de llegar y dejar a su hermano en la estación, pero debido a la lluvia, que le restaba visibilidad, tenía que conducir mucho más despacio de lo habitual. Echó de menos un cigarro.

—Parece que durante esta última semana se han visto alguna vez, pero ha sido poca cosa —mintió—. Imagino que como se vieron en el juicio y al ser vecinos... Más no podemos saber, el detective ya nos informó de que las escuchas resultarían carísimas y además, como son ilegales, se niega a...

—¡Y si no llega ser por ese tío, hubiese perdido el juicio! Parece que los juicios se le dan muy bien —Emilio lo interrumpió y se pasó la lengua por los dientes—. Está ganando muchas batallas y eso sí que no lo pienso aguantar.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto. Juanjo hacía como que se concentraba en la conducción y Emilio estaba ensimismado en el borroso paisaje. Entraron en Valencia y enfilaron hacia la estación Joaquín Sorolla. Al llegar y, antes de que Emilio se apeara, Juanjo le recordó que le había traído una bolsa con ropa y material de aseo. Deseándole un feliz viaje se dieron un abrazo y Emilio, caminando sin prisa, a pesar de la tormenta, se introdujo en el edificio. Juanjo arrancó en cuanto su hermano desapareció de su campo

visual.

El interior de la estación estaba repleto de gente que se distraía por las tiendas o hacía cola para pasar el control de equipajes. Emilio se plantó delante de la pantalla central y se fijó en los horarios que resplandecían en color naranja. Mentalmente tomó nota del andén en el que estaba situado su tren y se colocó al final de la cola.

En ese mismo instante dos hombres, que en uno de los comercios se entretenían observando unos *souvenirs*, echaron un último vistazo a Emilio y por el corredor lateral se encaminaron a la salida que desembocaba en la parada de taxis. No pudieron ver al hombre de camisa roja que entraba por la puerta principal.

El pánico había llegado a paralizar su mente, por eso decidió bajar la ventanilla y así permitir que el viento y la lluvia le azotasen la cara. Todo lo que le había sucedido le había envuelto el cerebro en una especie de bruma y necesitaba sentir algo que le pareciera real. Surtió efecto y al entrar en Valencia y llegar a la rotonda dominada por la escultura en azul de la Dama de Elche, Violeta se aproximó a la acera, puso las luces de emergencia y cogió el móvil. No quería saber a quién pertenecían las llamadas, pero le resultó imposible no leer los nombres: cuatro de Víctor y otra del maldito número oculto. Trató de olvidarlos y, a pesar de que las manos le temblaban, fue capaz de localizar el teléfono de la amiga de Sofía y hablar con su madre. Era necesario que su hija pasase la noche fuera y esa era la mejor opción que tenía; dejarla al cuidado de alguna compañera de trabajo no le pareció adecuado.

Consiguió su propósito e hizo otra llamada, esta vez a Consuelo, la cuidadora de Sofía. Le pidió que le preparase lo imprescindible para pasar una noche y que en diez minutos las esperaba en la portería. Apretó el acelerador y con cuidado y sin prisa se dirigió a su edificio.

Corriendo para mojarse lo mínimo, metió a la niña en el coche y enfiló hacia la avenida de Blasco Ibáñez. Sofía no paraba de preguntarle por qué se la llevaba, pero como estaba encantada de dormir fuera de casa tampoco insistió demasiado.

Cuando, después de darle un poco de palique a la otra madre y despedirse, se vio sola en el coche puso un poco de música, más que para relajarse fue para imbuirse de normalidad, y parapetada por la lluvia, que impedía la visibilidad del interior, comenzó con sus ejercicios de respiración acompañada. Cuando sus músculos dejaron de tiritar encendió el motor y continuó hacia el hospital. La única posibilidad que se le ocurría de salir airoso de aquella encerrona era descubriendo el secreto que escondía el doctor Rovira.

Dejó el móvil en el coche para que ninguna llamada la interrumpiera y una vez en el hospital, tratando de pasar desapercibida en la recepción, se fue directa a su consulta. La primera planta estaba en penumbras; hacía rato que las consultas externas no estaban operativas y solo funcionaban las luces de emergencia. Nunca había subido a esas horas, pero imaginó que en la planta quinta sucedería lo mismo. Se colocó la bata blanca por si la pillaban; siempre podría salir más airosa de la situación como médico que como una simple fisgona y, sin tener claro qué tenía que buscar, por las escaleras, y tomando aire, se encaminó al despacho del director.

Eran las diez de la noche y apenas había movimiento. A través de la rendija de las puertas de las plantas tercera y cuarta, donde estaban las habitaciones, se filtraba la claridad de la luz del corredor. No podía utilizar el ascensor, a la salida había una cámara y además, si el vigilante la sorprendía, podría inventarse una excusa, pero estaría perdida y ya no podría continuar con sus pesquisas.

Llegó a la quinta altura y como si se encontrase frente a un lago congelado que podía romperse en cualquier momento, fue poniendo un pie tras otro con mucho tiento. Pegada a la pared buscó señales del guarda. En ese instante estalló un trueno y la luminosidad del relámpago que lo acompañó hizo reverberar la estancia. Violeta se asustó y escuchó el bombeo de su corazón. Se agachó por instinto y, aunque no pudo verlo, oyó los pasos del vigilante. Enseguida se frenaron y ella, temerosa, se quedó muy quieta. No sabía dónde estaba, pero no tuvo que esperar mucho. Su voz sonó en medio del aguacero que golpeaba sobre los cristales y el pulso de Violeta se volvió a acelerar: «María, aquí está cayendo la del pulpo y estoy más aburrido que una mona. Ahora cogeré un libro y me sentaré en la recepción. ¡A ver qué tengo que hacer!».

Si el celador se atrincheraba en la recepción no podría hacerse con las llaves del despacho. No lo sabía con certeza, pero lo lógico era que fuese ahí donde Ernesto Rovira dejara una copia. Aprovechando que el hombre seguía hablando, con lo que podía calcular su posición, y parecía entretenido, pensó que era ahora o nunca y, deshaciéndose de los botines y dejándolos arrimados sobre el penúltimo escalón, dio una pequeña carrera hasta colocarse cerca del mostrador. Se echó al suelo y como una culebra empezó a reptar hasta colarse

por un lateral. Se quedó apoyada en la pared del fondo, justo debajo de la cámara, y como una lechuza oteó el interior. Justo en la parte inferior de la silla de la secretaria, junto a una cajonera, distinguió un panel con llaves. Seguía escuchando el parloteo del vigilante y parecía que todavía le quedaba palique con María. Con decisión volvió a arrastrarse hasta llegar al tablón. Pegó los ojos a las etiquetas que estaban encima de las llaves y se dedicó a escudriñarlas. Había trece y estaban marcadas con un número y una letra. La cifra más alta era un cuatro, así que dedujo que estaban distribuidas por plantas. Otro trueno volvió a sacarla de su concentración y cerró los ojos con angustia. Inhaló con decisión y los abrió para volver a meterse en situación. No había ninguna que llevara el número cinco, pero la última, sin identificar y debajo de las demás, fue la que llamó su atención. Tenía que ser esa.

La cogió y sin levantarse del suelo, se marchó tal cual había entrado. En el momento en el que llegó a la parte delantera de la recepción dejó de escuchar la voz del vigilante y de nuevo percibió sus pasos. Se estaba acercando. No le quedó otra alternativa más que recular, colocarse de nuevo en el lateral, y rezar para que entrase por el otro hueco. Le entraron ganas de vomitar pero se las tragó, y a la vez que atendía las pisadas escuchaba el palpitar de la sangre martilleándole las sienes. Se tranquilizó cuando el hombre se dejó caer sobre la silla y le pareció oír el movimiento de páginas. Así permaneció un par de minutos hasta que, cuando estuvo segura de que efectivamente estaba leyendo, serpenteó hasta la esquina de la pared más cercana. Ahí se levantó y continuó muy despacio, pegada al muro, consiguiendo llegar a la pared del fondo y situarse bajo la otra cámara. Para no ser vista no podía cruzar el pasillo y había tenido que ampliar la ruta.

Llegó a la puerta y mentalmente cruzó los dedos. Introdujo la llave en la cerradura y otro trueno la sacó de sus reflexiones, pero aprovechó su estallido para introducirse en el interior y cerrar la puerta.

No se atrevía a encender la luz, pero había tenido la precaución de coger la linterna que utilizaba para estudiar las gargantas de sus pequeños pacientes y la encendió. La habitación estaba llena de estanterías con cajones, sin embargo ya había decidido que empezaría por la mesa de despacho.

Se sentó en el sillón giratorio y se puso a estirar de los cajones. Todos estaban cerrados. Escuchó el sonido de un móvil y por un movimiento reflejo

se palpó el bolsillo de la bata, pero enseguida comprendió que era el teléfono del vigilante. Estaba lejos, pero con tanto silencio y el timbre al máximo su eco le había llegado con total claridad. Volvió a fijarse en la mesa y descubrió una gaveta alargada y rectangular, tan pegada al tablero que bien podría haberle pasado desapercibida. La desplazó hacia sí y entre agendas, lápices y otro material de oficina había varios llavines. Los cogió e introdujo el primero en el cajón de abajo, el más grande. Funcionó y se encontró con un sinfín de carpetas colgantes. Empezó a hojearlas y en una de ellas descubrió su nombre. En otras circunstancias se hubiera parado a examinarla, pero en ese momento su historial le traía sin cuidado. Buscaba el de Carlos Gómez, y como una posesa lo buscó y repasó varias veces, pero ahí no estaba. Resopló y se centró en el cajón del medio. Había dossiers e informes acerca del hospital. Estaba a punto de coger el primero cuando le pareció escuchar un ruido. Tuvo tiempo de apagar la mini linterna, empujar el cajón de un manotazo y quedarse agazapada debajo de la mesa, entre la cajonera y el macizo bloque de madera que hacía las veces de pata. Se quedó acurrucada y a través del escaso palmo que se abría entre el suelo y la falda de la mesa, observó cómo la puerta se entreabría muy lentamente y unas zapatillas deportivas se introducían en la estancia. Encendió una linterna mucho más potente que la suya y enfocó en todas direcciones. Ese no podía ser el vigilante.

Veía cómo las zapatillas se iban acercando a su posición y desaparecían por el lado derecho. Llevándose las manos a la cara, apretó los ojos y la boca con fuerza, como si así fuese a conseguir que el estómago no le saliese por la boca y fuese imposible descubrirla. Sintió que apartaban la silla y el resplandor de la luz sobre su cabeza la obligó a gritar, pero no pudo emitir ningún sonido. Una mano la agarró con fuerza y le tapó la boca impidiéndole emitir cualquier sonido.

Le hubiera gustado girarse y saber al menos quién iba a ser su ejecutor, pero no le hacía falta girarse para saber de quién se trataba. Ese olor que tanto la había seducido se estaba filtrando por todos los poros de su piel. El *after shave* de Víctor era inconfundible.

Sin soltarla, y pese a la resistencia de Violeta, Víctor la arrastraba hacia afuera. En uno de esos empujones Violeta notó un bulto duro y metálico contra su espalda. Volvió a apretarla contra él y el contacto de la pistola la



estremeció. Sabía que iba a morir y la única imagen que le venía a la cabeza era la de su hija. Se recriminó por haber sido una mala madre; su curiosidad iba a dejar sola a Sofia. Lágrimas de rabia le saltaron de los ojos y trató de morder la mano de Víctor sin éxito. Al verse atrapada decidió abandonarse y centrarse en el ruido de la lluvia; era el último sonido que escucharía.

Víctor cogió impulso y de un salto la levantó. Sin quitar la mano de su boca se puso a hablar:

—¿Si te suelto vas a gritar?

Ella negó con la cabeza y Víctor, lentamente, fue apartando la mano. Pero en cuanto se vio libre, aterrada, hizo amago de chillar y él la volvió a amordazar.

—Me estás volviendo loco en todos los sentidos, Violeta. Te pido, por favor, que te calmes y hablemos como personas civilizadas. No tengo intención de matarte —Y le dio un beso en el pelo—. Solo quiero sacarte de aquí y que ninguno de los dos pierda su trabajo. Si lo has entendido dime sí con la cabeza y te suelto.

Ella asintió y Víctor la liberó. Enseguida se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—¿Quién eres Víctor? —Las lágrimas de Violeta se mezclaban con el odio de su voz— Y no me cuentes que pasabas por aquí y me has encontrado por casualidad.

—No, ya no te voy a contar eso —Y la cogió de la mano, pero ella la retiró. Suspiró y continuó en voz baja—. Soy inspector de la Brigada de Estupefacientes y se me va a caer el pelo si me descubren aquí; bueno, tú tampoco te vas a quedar corta —Puso cara de circunstancia y al estirar los labios se le marcaron los hoyuelos—. Llevamos casi seis meses tratando de averiguar qué sucede con los anestésicos en este hospital —Violeta, cruzándose de brazos, seguía atenta a la explicación—. Encontramos a tres drogadictos muertos por sobredosis de fentanilo, ya sabes, el potente narcótico, y casualmente la mujer de un compañero, que es enfermera en este hospital, nos alertó de las quejas de pacientes que se quedaban sin anestesia a

la hora de la operación y un sinfín de problemas con los opiáceos. Todas nuestras pesquisas nos han ido llevando a Carlos Gómez, pero intuimos que la dirección del hospital sabe más de lo que aparenta. No podemos ir más rápido porque todo son indicios muy endeble y hasta que no consigamos algo más sólido no obtendremos una orden judicial para proceder a un registro, pero aquí ha pasado algo y lo estamos investigando. Y más no te puedo decir. ¡Perdóname, Violeta! —le suplicó—, pero no estaba autorizado a contártelo. Ni siquiera lo estoy ahora y me la estoy jugando, pero contigo ya no me queda otra solución más que la verdad. Nunca pensé cuando me enamoré de ti que las cosas llegarían tan lejos. ¡Quién me iba a decir que meterías la nariz hasta en la sopa! ¡Menudos sustos me das!

A Violeta le entraron deseos de besarlo, pero prefirió aguantarse y mantenerse digna hasta el final. Necesitaba saber hasta la última coma.

—¿Era por eso por lo que ibas tanto a casa de Ana?

—Sí, para tratar de encontrar algo que incriminara a Carlos, y por eso me mudé a tu edificio. El despido del doctor Gómez no hizo más que corroborar que el doctor Rovira no es ajeno a toda esta historia.

Violeta, con el pelo revuelto y mordisqueándose el labio inferior, parecía pensar.

—¿Y por qué te vi una mañana hablando con él?

—Porque para estar cerca estoy intentando venderle un programa informático de gestión hospitalaria, que le he jurado que es la leche, y está a punto de picar el anzuelo. A ver si así encontramos la conexión.

—Pues vamos a revolverlo todo antes de que venga el vigilante, Víctor. Lo que sea que pasa está dentro de este despacho.

Ella se iba a dar la vuelta para continuar echando un vistazo a los cajones, pero él fue más rápido y con un movimiento del brazo la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla con pasión. Violeta se lo devolvió, pero enseguida se apartó.

—Víctor, vamos a dejar los arrumacos para más tarde y veamos qué podemos sacar en limpio. El vigilante nos va a pillar.

—No nos va a pillar porque mi compañero lo ha llamado por teléfono y lo está entreteniéndolo abajo. Si sube me avisará —Los labios de Víctor seguían muy cerca de los de ella—. Y poner patas arriba todo esto no tiene sentido, ¿ves eso de ahí? —Señaló con la cabeza— Es una máquina destruye papeles. Si tenía algo importante que lo incriminara, ya se ha deshecho de él —Víctor cambió la dirección de su mirada y luego cerró los ojos y pegó su frente a la de ella—. Pero, llegados a este punto, bien vale intentarlo.

Soltó a Violeta y se acercó a la fotocopidora que estaba junto a la pared. Ella lo siguió y permaneció a su lado. Víctor puso cara de satisfacción y sacó el móvil. Ella no pudo saber de quién se trataba, pero por la familiaridad con que dialogaba era alguien de mucha confianza. A Violeta se le pusieron los ojos como platos al escuchar que le pedía una fotocopidora idéntica a la que tenían delante. Al colgar se le notó satisfecho y empezó a hablar con determinación:

—Desenchufa el cable que nos la llevamos. Esto es una ilegalidad y la información que podamos obtener no nos va a servir en ningún juicio, pero si sacamos algo en claro no iremos tan a ciegas.

—¿Y de qué nos va a servir una fotocopidora? —preguntó Violeta desconcertada.

—Porque desde hace unos quince años casi todas las fotocopadoras vienen con un disco duro interno donde se almacenan todos los documentos copiados o escaneados en la máquina... Esperemos que esta sea una de ellas —Y sonriendo le guiñó un ojo—. Venga, ponte los zapatos que nos vamos. Esperaremos en el coche hasta que traigan la de reemplazo, la colocaré de nuevo y nos vamos a casita.

Iba a abrir la puerta con sigilo cuando a Violeta se le ocurrió otra pregunta:

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Tiene que ser ahora?! —Violeta hizo un gesto de no mover un dedo hasta escuchar la explicación, y Víctor se dio por vencido— Porque cuando me colgaste sabía que te pasaba algo. Si a eso sumamos que me llamó el recepcionista de Technoscoop y me contó la extraña historia de una mujer con el rímel corrido hablando del pelo de Víctor Fernández, supe que me habías pillado. Miguel, el recepcionista, tiene la orden de avisar cuando preguntan por mí. Bueno, por Víctor Fernández, que es quien ayuda a la policía en estos casos. Tuve la mala suerte de que te encontraras con algún empleado y llegaras a la conclusión de que yo no era yo. Intuir que completamente ofuscada te vendrías aquí, a hacer averiguaciones, fue cosa de niños —Y soltó una carcajada.

Violeta también sonrió por lo bajo y abrió la puerta, pero enseguida la volvió a cerrar y lo miró con expectación.

—Entonces, si no eres Víctor Fernández, ¿quién coño eres? —preguntó poniendo los brazos en jarras.

—Javier Sancho —Y elevó un poco los hombros—. Y date prisa que esto pesa y todavía tenemos que salir.

—Bueno, ¿ya te has convencido de que Carlos Gómez es el asesino? Aunque él se empeña en negarlo todo, es un adicto a los opiáceos y en ese estado, o con el mono, vete tú a saber de lo que es capaz —le iba diciendo Javier mientras entraban en casa de Violeta.

Resguardados en el coche de Violeta habían tenido que esperar casi dos horas hasta que un compañero les llevó la nueva impresora y le entregaron la antigua. Y ese fue el tiempo que empleó Violeta en obligar al antiguo Víctor a que le mostrara su placa y comprobar por sí misma que ya no habría más mentiras. Javier tuvo que jurarle varias veces que en todo lo concerniente a su vida personal había sido sincero, hasta que ella pudo respirar aliviada. Tras las aclaraciones de que la hizo cómplice Violeta también comprendió por qué la policía no había sido mucho más exhaustiva en sus indagaciones: estaban tan convencidos de que el meollo se encontraba en Carlos que habían pasado por alto circunstancias que a ella le seguían pareciendo de lo más trascendentes. Mientras meditaba sobre todas estas cuestiones Javier subió a dar el cambiazo, y después pusieron rumbo a su edificio.

Era casi la dos de la madrugada cuando aparcaron en el garaje del Mercado de Colón y, aunque habían llegado corriendo, estaban empapados. Entraron en el salón y Violeta se acercó al baño a por unas toallas. Subiendo la voz le replicó:

—Es posible que sea el asesino, pero estoy segura de que hay algo más. No sé si por parte del hospital o por parte de algún vecino, pero hay algo más... —Violeta llevaba el pelo mojado y hacía cara de cansada. Le tendió una toalla a Javier.

—No me cabe ninguna duda de que Ernesto Rovira está implicado, pero hasta mañana, cuando sepamos los resultados del rastreo del disco duro, es mejor no elucubrar —Javier se quitó el jersey y se acercó a ella para besarla. Pero cortó el beso antes de lo esperado y, arrugando la frente, la miró

fijamente—. Por cierto, ¿por qué me llamaste con tanta insistencia y fuiste a buscarme?

—¡Uy, se me había olvidado! No te vas a creer lo que he descubierto — Mientras se quitaba el cinturón y los vaqueros que la estaban calando, le soltó a bocajarro—: Juanjo no es hijo de Ignacio.

Javier emitió un largo silbido y se dejó caer sobre el sofá mientras no le quitaba ojo a las piernas de Violeta.

—Vale, ya voy entendiendo por qué ves fantasmas por todas partes —Y se desprendió de las zapatillas que más parecían charcos.

Violeta se tumbó junto a él y se tapó con una manta.

—Lo cual supone que, aunque no se impugne el testamento, Juanjo y Mari Sales se quedan sin herencia... ¿Y sabes otra cosa extraña? —Javier la miró con expectación y esperó a que continuase— Que no tengo ni idea de cómo consiguieron la muestra, porque en el informe no se especifica si era saliva, sangre o cualquier otro residuo biológico... ¡Ah! Y se me olvidaba lo mejor: los resultados salieron el mismo día de la muerte de Ignacio. ¿A ti te parece normal?

Javier se frotó la cara varias veces. Se sentía abrumado.

—Normal no me parece, pero sé que el asesino es Carlos. Empezamos esta investigación por él y todo nos lleva a él —Javier se deshizo del pantalón y se acurrucó junto a ella bajo la manta—. Lo que te voy a pedir es que no te presentes a detective o perderé mi puesto —La abrazó—. En los informes no ponía que eras tan ingeniosa y audaz.

—¿Qué informes? ¿De qué hablas? —Y, enfadada, lo apartó— ¿Me has investigado? —Pasando por encima de él se levantó indignada. Sus ojos verdes echaban chispas.

Javier se incorporó y se quedó sentado, mirándola. Con voz calmada trató de justificarse:

—No te he investigado, pero sé sincera y reconoce que, si fuera al revés y hubieses sido tú quien tuviese la posibilidad de saber algo más de mí, ¿no hubieses metido la nariz para oler un poco?

Violeta agachó la cabeza, como si esa posición le ayudase a recapacitar mejor, y se llevó la mano a la frente.

—Bien, ahí me has pillado —Alzó la mirada y se pasó las dos manos por el pelo mojado con resignación— ¿Qué has descubierto? O mejor, ¿qué descubriste a principios de mes para saber que yo estaba sola con mi hija? —Recordó la noche que cenaron juntos y constató que la excusa que le dio sobre sus suposiciones al verla sola con Sofía había sido otra de sus mentiras.

El tema de Emilio era algo de lo que jamás comentaba con nadie. Se había propuesto proteger a Sofía y librarse de la maledicencia de la gente que las señalaría con el dedo. En ese momento lo más probable era que le tocara escuchar detalles que no le apetecía recordar, pero tal vez, que lo dijera él, era la manera más sencilla de enfrentarse a sus fantasmas, pensó. Y con un aplomo que hacía tiempo que no sentía se dispuso a escuchar.

Javier se levantó y, mientras se acercaba a ella, empezó a hablar:

—Descubrí que tu ex marido está en la cárcel y por eso siempre andabas sola con Sofía —Le sujetó la cara y empezó a apartarle las lágrimas que comenzaban a resbalarle por las mejillas—. Fue acusado de violación y tu testimonio fue crucial para que lo condenasen. Ver lo valiente que fuiste todavía me hizo admirarte más.

—¡No sabes lo horrible que fue y por toda la angustia que he pasado! — Violeta se echó en sus brazos y, confesando lo que durante mucho tiempo se había callado, y con una serenidad amarga, se desahogó—: Fue casarnos y aflorar su verdadera personalidad: déspota y manipulador, pero me quedé embarazada enseguida y aguanté unos años por Sofía; pero tenía claro que me iba a divorciar —Tomó aire para poder proseguir—. Aquella noche tenía una cena con todos los compañeros de trabajo, entre los que se encontraba Cristina, su secretaria. Me acuerdo de la camisa que se puso porque era una de rayas con florecitas en los puños. Sé que cuando volvió eran las cinco de la madrugada, iba tan borracho que encendió la luz y me despertó. El olor a

alcohol, y probablemente algo más, era insufrible. No serían ni las nueve cuando la policía se presentó en casa para detenerlo. Cristina había acusado de violación a Emilio y a otro compañero.

Hizo una pausa y Javier aprovechó para pedirle que no se torturase más y lo dejase estar, porque tenía que decirle algo más importante. Pero ella, como si no lo estuviera oyendo, prosiguió impasible:

—Me suplicó, apelando a nuestra hija, que lo encubriera en cuanto a su hora de llegada porque me aseguraba que era inocente. Pero, por su carácter egocéntrico y su forma «macho alfa» de comportarse, yo sabía que era culpable. Además, por si me quedaba alguna duda, existían las imágenes de la cámara de seguridad del parking del restaurante. En ella solo se veía al otro amigo, pero durante unos segundos, y de espaldas, aparecía la famosa camisa de las florecitas. Emilio era un violador y merecía estar entre rejas, así que conté la verdad. ¡Pobre Cristina, pasaría por un infierno! Ser violada y encima tener que defender su inocencia.

—La putada es que como las leyes están como están, o tal vez sea que algunos jueces la interpretan como les viene en gana —continuó Javier—, y en esa grabación no se escuchan quejidos ni lamentos de Cristina, fueron condenados por abuso sexual y no por agresión. Así que a ese par de hijos de puta solo les cayeron cuatro años...

—No te puedes hacer una idea de las maldiciones que me echó y de las amenazas que tuve que soportar —Lágrimas de impotencia, de las que no se daba ni cuenta, volvieron a asomar por sus ojos—. ¿Sabes lo que es tener pesadillas continuamente? Imaginaba que estaba durmiendo y se abría la puerta y allí, en el umbral, apuntándome con una escopeta, dispuesto a matarme, estaba Emilio con su cara de odio. En ese momento me despertaba empapada en sudor, y así noche tras noche...

—Pues ya no tienes de qué preocuparte, Violeta... Ahora estoy yo, y no voy a consentir que te haga daño —Javier la apretó con fuerza y Violeta, con la cabeza recostada en su hombro, no pudo ver la determinación que desprendían sus ojos—. Pero tienes que salir de esta casa, mi trabajo aquí ha terminado y vuelvo a mi adosado en Terramelar. Apenas tengo cosas en este piso y, aunque ya no tengo claro a quién se le han de devolver las llaves, el



lunes estaré fuera. Y lo más importante: a Emilio le han concedido el tercer grado y, aunque este fin de semana se ha ido a Málaga, terminará por aparecer. Además, ya es hora de que te alejes de la loca de tu ex suegra porque así no se pue...

—¿Estás seguro de que se ha ido a Málaga? —lo interrumpió con impaciencia.

—Sí, ya se fue el fin de semana anterior y unos compañeros lo han seguido esta tarde hasta la estación del AVE. Parece que tiene un rollo por allí, pero cuando se le pase...

—He pensado en volver a Madrid..., cuando todo esto termine.

—Ahora no tienes la cabeza para pensar. Y, sinceramente, no tengo ningunas ganas de que te vayas a Madrid —Con la sonrisa marcándole los hoyuelos, y con un rápido movimiento, la cogió en volandas y se dirigió al dormitorio—. Supongo que, tras todas las novedades que acabas de descubrir, para ti será un poco precipitado si te pido que te vengas a vivir conmigo; además, es importante que me conozcas un poco más y sepas que trabajo sin horario y, a pesar de que mi madre dice que soy una joya, a veces tengo muy mala leche, pero, aun así, espero que no tardes en decidirte — y entre risas añadió—: Tengo cuarenta años, la vida hecha y sé muy bien lo que quiero.

—¿Y ahora cómo te llamo? —le susurró Violeta mordisqueándole la oreja — Javier se me hace rarísimo y Víctor no existe. Me voy a volver loca, si no lo estoy ya un poco.

—Hasta que no salgamos de aquí, seguiré siendo Víctor..., pero esta noche voy a ser Javier.

—Pues Javier —le dijo muy bajito—, sigo pensando que detrás de la acusación a Carlos hay algo más...

Él no le respondió y mientras la dejaba caer sobre la cama, y entre risas de deseo, se fundieron en un acalorado beso.

A las ocho menos cuarto de la mañana y sin apenas haber dormido, Violeta se abrazó a Javier y con suaves caricias lo despertó. Faltaban quince minutos para que llegase Consuelo y no le parecía apropiado que los viese juntos. Así que sin darle tiempo a disfrutar de una ducha y un buen desayuno, entre bromas y besuqueos, lo envió a su casa.

Ya en la puerta, y todavía abrochándose el último botón del pantalón, a Javier se le ocurrió la idea de cenar en Komori, el restaurante japonés situado en el hotel Westin. Sería como retomar el punto de partida y olvidar los malos entendidos que habían empañado su relación durante noviembre; mes que, por otra parte, Violeta agradecía que tocara a su fin; solo esperaba que diciembre le trajera la tranquilidad que tanto necesitaba.

Diez minutos después llegó la asistenta y Violeta tuvo el tiempo justo de arreglarse y marcharse al hospital. Estaba inquieta porque casi con total seguridad esa tarde tendrían alguna información sobre el contenido del disco duro de la impresora. Javier le había explicado que iban a rastrear por Carlos y por Gómez y que, dentro de lo que cabía, era bastante sencillo. Además, a ella le quedaba la misión de pasarse por el laboratorio y enterarse del tipo de muestra que habían utilizado para conseguir la prueba de paternidad. Le parecía demasiada casualidad que el mismo día que se descubre que la relación de parentesco entre Ignacio y Juanjo, a quien beneficiaba en la herencia por ser su hijo, era inexistente, asesinasen a Ignacio. No debía perder de vista a Mari Sales, conociéndola, algo habría tramado.

Siempre utilizaba el ascensor para no tropezarse con su ex suegra, pero las tornas habían cambiado y decidió bajar por las escaleras. La presencia de Javier le insuflaba fortaleza y la debilidad de Mari Sales, al saberse el centro de las habladurías y estar recluida, había encendido en ella una chispa de esperanza de encontrársela y plantarle cara. Necesitaba saber si estaba implicada en la muerte de Ignacio.

En el primer piso todo era silencio, pero no pudo evitar quedarse quieta frente a la puerta del primero derecha y pegar la oreja por si percibía alguna señal de movimiento. Le pareció escuchar la voz de Juanjo que hablaba con énfasis. No entendió lo que decía, pero como hizo una pausa y volvió a hablar, dedujo que sería Mari Sales quien le daba la réplica. Se sentó en un escalón y decidió esperar unos minutos. Sin embargo, el tiempo pasaba y por ahí no salía nadie. Se le hacía tarde y tenía dos alternativas: o irse a trabajar o armarse de valor y tocar el timbre. La energía renovada la impulsó a decantarse por la segunda opción. Llevaba dos años soportando las embestidas de Mari Sales y le había llegado el turno de atacar.

Cierto cosquilleo le subía hasta la garganta mientras esperaba, dando golpecitos con el pie, a que le abriesen. Supuso que serían Juanjo o la asistenta quienes se acercarían a ver quién llamaba, por eso se sorprendió al enfrentarse con la propia Mari Sales, pero ni la mitad de la impresión que le produjo a su ex suegra, quien la observaba con cara de pasmada.

Con la raya del pelo pidiendo a gritos un tinte, unas arrugas profundas surcando su pálido rostro y sin las gafas de sol que disimulasen su falta de maquillaje Violeta tuvo la impresión de que en pocos días Mari Sales se había echado quince años encima. La bata y el retorcimiento de los dedos le quitaban ese toque de aprendida elegancia y le conferían esa pizca que le faltaba para convertirla en una malvada bruja.

Violeta iba a pronunciar un saludo distante, pero la aparición de Pixy y Dixy, que levantaron la cabeza para observarla, la distrajo y Mari Sales se le adelantó:

—¿A qué has venido? ¿A burlarte de mí? Pues que sepas que soy una pobre víctima de ese animal que era Ignacio Vázquez —y llorando, como si la estuvieran martirizando, continuó—: ¡No pudo tenerme y me violó y me dejó embarazada! ¡Yo no soy ninguna puta!

—No he venido a insultarte, tú sabrás lo que eres —En ese momento apareció Juanjo y se colocó detrás de su madre—. He venido a advertirte, mejor dicho, a advertiros —comentó mirando a Juanjo—. La policía me ha pedido que le informe de cualquier detalle sospechoso relacionado con el asesinato de Ignacio —se inventó— y, francamente, en esta casa veo muchos.

En primer lugar, sé que los dos lo llamasteis el día de su muerte... Y a mí me parece muy sospechoso que tus huellas, Mari Sales, estuvieran en la copia del testamento de Ignacio. ¿Qué hiciste?

Mari Sales la miraba sin dar crédito y Juanjo seguía el diálogo con aire perspicaz. Tanta información solo era posible si estaba colaborando con la policía.

—¡Nada! ¡Te lo juro! —exclamó Mari Sales llevándose la mano al pecho — Como me había hecho tanto daño se sentía culpable y me quiso enseñar el testamento donde le dejaba la herencia a Juanjo. Yo le dije que dejara las cosas como estaban, pero me dijo que era su manera de pedir perdón y de arreglar los asuntos con su hijo.

Violeta no creyó ni una palabra, sabía que Mari Sales era capaz de vender a su madre con tal de salir indemne de situaciones complicadas, y por supuesto tenía claro que Ignacio no era ningún violador. Así que prosiguió con sus indagaciones:

—Pues debe de haber alguna confusión, porque en la prueba de paternidad sale, con una probabilidad de error del cero por cien, que Ignacio no es el padre biológico de Juanjo. Así que ya os podéis despedir de la herencia — Juanjo dio un respingo y Mari Sales se quedó con la boca abierta—, porque no me pienso quedar de brazos cruzados y voy a sacar esa información a la luz — La voz de Violeta sonaba cada vez más rotunda—. Y lo de la violación, Mari Sales, cuéntaselo a otro que se lo pueda creer, a mí no. ¿Tenéis algo que contarme antes de que vaya a la policía?

—¿Qué prueba de paternidad? ¿De qué hablas? —Parecía horrorizada— ¡Con lo que yo te he querido, Violeta, más que a una hija! —sollozó Mari Sales, colocando su mano sobre el antebrazo de Violeta— ¡He dicho la verdad! ¡Ignacio Vázquez era su padre! ¡Violeta, por favor!

—¡Mamá, cállate y deja de denigrarte! —intervino Juanjo ajustándose las gafas con seriedad— Si tenemos que dar alguna explicación será delante de un juez y con la presencia de nuestro abogado. Lo siento, Violeta —y la miró fijamente—, no quiero ser descortés pero esta conversación se ha terminado.

Empujó a los perros salchicha para que se metieran en casa y cerró la puerta sin más contemplaciones. Violeta ya no tenía más que hacer allí y fue a poner un pie en el escalón cuando se frenó al escuchar el chirriar de otra puerta que se entreabría. Se giró y vio el pelo oscuro de Javier por un resquicio. Dio tres pasos hacia atrás y llegó a altura de la puerta.

—Te habrás quedado muy ancha, pero no has conseguido nada —susurró a través de la pequeña ranura—. ¡Anda, vete a trabajar que ya te vale! —Y escuchó un chasquido que le supo a beso.

Tal vez Javier tenía razón y solo había conseguido la satisfacción personal de darse el gustazo de amedrentar a Mari Sales, pero su alarma interna le decía que su complacencia se debía a algo más. Mientras salía del patio en dirección al garaje descubrió el mensaje de su subconsciente: Mari Sales no tenía ni idea de la existencia de la prueba de paternidad, pero de Juanjo ya no lo tenía tan claro.

Aunque el aire era húmedo y tendrían que ir sorteando charcos, no llovía y Javier, que tenía ganas de estirar las piernas y despejar su mente, le propuso ir dando un paseo. Violeta, a pesar de llevar unos tacones de aguja que le impedían caminar rápido, accedió a la sugerencia; el vestido de punto gris con mangas acampanadas que se le ceñía al cuerpo y le marcaba la silueta le permitía libertad de movimientos y también necesitaba notar el aire fresco, pero con la condición de volver en taxi. Sabía que a Javier, humano del género masculino, ni se le habría pasado por la cabeza pensar en la dificultad que entrañaba deambular subida en ese calzado. Cruzar el río se le hacía aceptable, pero el viaje de ida y vuelta se le iba a hacer imposible, y así se lo hizo ver. Javier, con su sinvergonzonería habitual, hizo además de cogerla en brazos, pero ella, entre risas y fingiendo indignación, dio unos pasitos para alejarse de él. Javier la rodeó por los hombros y entre carantoñas y piropos se encaminaron hacia el restaurante.

Violeta insistía para que le contase lo que había descubierto en relación al disco duro de la fotocopiadora, pero Javier se hacía el remolón y cogiéndola de la mano le decía que no fuera tan impaciente, que se lo contaría todo delante de una copa de vino. Como sabía que no le iba a sacar nada más, Violeta se decidió a lamentarse sobre su infructuosa búsqueda: el responsable del laboratorio, única persona que la podía informar sobre qué muestras se habían utilizado, no volvería hasta el lunes, y hasta ese día no podría avanzar respecto a la solicitud de la prueba de paternidad. Además, daba por hecho que el solicitante había sido Juanjo, pero eso era algo que no constaba en el informe. Ahí solo se reflejaba que la petición era privada, no se trataba de ninguna causa civil, y a quiénes correspondían las muestras.

Sin que Violeta pudiese dejar de hacer cábalas entraron por la distinguida recepción del hotel hasta llegar al comedor, una mezcla entre estilo japonés y Art Decó californiano. La sutil iluminación proporcionaba una atmósfera romántica que incitaba al recogimiento y la intimidad. Era el lugar perfecto

para las confidencias.

Mientras los acompañaban a la mesa Javier comentó que era una lástima que hiciese mal tiempo para poder disfrutar de la preciosa terraza, pero que ya volverían en otra ocasión y lo podría comprobar por sí misma.

Tomaron asiento en una de las mesas centrales y en cuanto pidieron y les trajeron un vino de Ribera del Duero —el sitio era demasiado elegante como para quedarse con la cerveza—, brindaron y Violeta se quedó a la expectativa:

—Ya tenemos el vino delante y ya no aguanto más, ¿qué sabes? —Y dio un pequeño sorbo.

—Te voy a hacer el favor de saltarme los rodeos —hizo una pausa para crear interés y se quedó mirándola encandilado—: Carlos Gómez es portador del virus del sida.

Violeta, que estaba jugueteando con los palillos, abrió la mano y los dejó caer sobre la mesa.

—¡A ver, a ver, a ver! Un momento —dijo irguiendo la espalda y echando la cabeza hacia atrás. La revelación le parecía inaudita y abrió los ojos de par en par—, ¿cómo podía tener Ernesto Rovira esa información? Ese tipo de exámenes son ilegales, pueden hacer revisiones médicas, pero nunca sin el consentimiento del paciente y, desde luego, no se pueden utilizar en su contra. A mí esas pruebas no me las han hecho nunca... ¿Por qué a Carlos sí?

—Porque fallaba en el trabajo y el doctor Rovira notaría que iba drogado, al descubrir que era portador lo despidió —dijo con indiferencia—. No sé si con su consentimiento o sin él, pero la prueba ahí está: analítica de semen realizada a principios de septiembre... —Sin dejar de mirarla Javier se frotó la mejilla y pensó que Violeta estaba realmente guapa. Se sentía feliz de poder sorprenderla y disfrutaba con cada uno de sus gestos. Ya no se iba a oponer a que jugara a detectives, ella lo estaba pasando en grande y a él le divertía acompañarla. Carlos estaba entre rejas y no podría hacerle daño.

—¿De semen? Que prueba más extraña... ¿Y qué hay de los anestésicos? ¿Se sabe algo más? —Estaba muy inquieta y parpadeó al hacer las preguntas.

—Bueno, constan pérdidas de Fentanest y Dolantina, pero menos de lo que imaginábamos. Tal vez Carlos los utilizaba para consumo propio y se sacaba algún extra con lo que podía trapichear. A algún consumidor se le fue la mano y murió de sobredosis, que es lo que creemos que le pasó a Enrique; sería la primera vez que lo consumía y, al no saber que era alérgico, murió. En fin, lo cierto es que desde que ya no trabaja ahí todo parece estar en orden y... — elevó una ceja que a Violeta le pareció una mueca de lo más seductora— siento desilusionarte, pero vamos a cerrar el caso.

Violeta agachó la mirada, como si la servilleta que tenía sobre las piernas le fuera a dar la solución, y enseguida la levantó para dar un trago al vino y soltar con énfasis:

—Espera, voy a hacer una recapitulación de todos los acontecimientos a ver si puedo enlazar algo. No me cortes, a menos que sea estrictamente necesario, porque algo se me escapa y debo estar muy cerca — Javier, con sonrisa condescendiente, se cruzó de brazos mientras ella volvía a beber y se limpiaba muy despacio con la servilleta—: Ana Gallego y Carlos Gómez se mudaron hace cosa de un año al edificio porque Ana, convencida de que su marido se quería deshacer de ella y que necesitaba a su psiquiatra más que los peces el mar, descubrió que su marido tenía una amante en la finca, cosa que no le impidió trasladarse. Pero no se trataba de una amante sino de «un» amante: Juanjo Garrido, quien...

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —la interrumpió

—Lo intuía, pero ahora estoy segura. ¿Por qué si no Juanjo se hizo todas las pruebas de enfermedades de transmisión sexual? Pero te he pedido que no me interrumpas porque eso va después —El camarero les sirvió una ensalada de alga wakame con productos del mar y arroz frito con huevo escalfado. Los dos, palillos en mano, se lanzaron a catarlos. Violeta engulló con prisa y prosiguió—: Lo que iba a decir sobre Juanjo es que, además de tener una madre horrible, de quien también hablaré, de alguna manera se enteró de que Carlos era portador y por eso ahora no lo puede ni ver, y por eso se pegaron en la iglesia, y por eso ni se saludan. Normal. Pero, bueno, eso significa que se enteró y dejaron la relación; no puedo saberlo con seguridad, pero sobre verano o septiembre. Justo cuando despiden a Carlos y se queda sin un duro, por lo que ya no puede vivir ni de su trabajo ni de sus trapicheos con el



Fentanest. Así que acude a Enrique Giner, prestamista que juega con el dinero de su mujer, para que lo financie. Y además, es ahí cuando se incrementa la presión a Ignacio para que incapacite a Ana y poder manejar el dinero a su antojo.

—¿Ves cómo siempre se llega a Carlos? —volvió a interrumpirla Javier con convicción— Es el único que tiene motivos para quitarse de encima a las dos víctimas... Necesitaba la firma de uno antes de que su mujer se divorciase de él, y le debía dinero al otro, aunque cabe la posibilidad de que en la última ocasión le pagase con opiáceos... Y Enrique no murió de sobredosis, pero tuvo la mala suerte de ser alérgico.

—Visto así tienes razón, pero... ¿por qué aparece un Fentanest caducado en casa de Cintia? Si es como tú dices, Carlos no pudo matarlo —Y le puso cara de chúpate esa—. Se me está ocurriendo la idea de que tal vez la muerte de Enrique, suicidio o accidente, le vino muy bien a alguien que aprovechó esa circunstancia para matar dos pájaros de un tiro: quitarse de en medio a Carlos Gómez y acabar con Ignacio.

Se vieron interrumpidos por la llegada del camarero que retiró la ensalada y dejó un pez limón cortado en finas lonchas con salsa japonesa y una bandeja de sashimi variado. En cuanto se alejó Javier rellenó las copas y Violeta, agarrando un trozo de atún con maestría, prosiguió:

—Cintia odiaba a Carlos porque atropelló a su hermano; A Sonia y a Alejandro también les molestaba porque sabía que eran deudores de Enrique y no les interesaba devolver el dinero; y Juanjo se sentiría horrorizado al enterarse, ni idea de cómo lo supo, de que le podía contagiar el sida —devoró el pescado con avidez y continuó con emoción—: Y todos, a excepción de Cintia, se creían beneficiarios de la herencia de Ignacio. Por eso aquí entra también Mari Sales... La veo capaz de todo —dudó unos instantes que aprovechó para coger la copa de vino—. ¿Sabes? Acabo de recordar que Ignacio recibió una llamada desde un número oculto, con el que habló un par de minutos el día de su muerte, y estoy segura de que es el mismo número oculto que me da la matraca a mí... Al principio pensé que se trataría de alguna compañía de teléfonos, pero ahora estoy segura de que es Emilio —Entrecerró los ojos—. ¿Dónde estuvo ese fin de semana? Si pudo llamar es que estaba en la calle.

—¿Te están llamando desde un número oculto y no me lo has dicho?! —A Javier le entró calor y se quitó el jersey de pico azul marino— ¡No me lo puedo creer, Violeta! Menos mal que este fin de semana me lo puedo tomar libre porque está en Málaga. ¡Joder!

—Lo siento, pero hasta ayer ni siquiera me podía fiar de ti...

—Bueno, ya me encargaré de él —Y por encima de la mesa le cogió la mano y le sonrió—. Entonces, según tú, todos, menos Cintia Bonillo, son sospechosos.

—La descarto, siempre y cuando se pueda probar que Enrique se suicidó o consumió por error el Fentanest... —Iba a proseguir, pero su mirada se desvió hacia la puerta y se le quedó cara de acabar de ver un fantasma. Javier hizo amago de girarse—. Ni se te ocurra moverte y disimula —le ordenó en susurros—. No te vas a creer a quién estoy viendo.

## 42. Una pareja imprevista

A pesar de que la luz era tenue, era imposible no fijarse en la pareja que acababa entrar, y que muy acaramelada se dirigía a una de las mesas del rincón. El vestido azul de la mujer se le ajustaba a la cintura para dejar caer la falda en un discreto vuelo, pero el escote era tan pronunciado que resultaba imposible no desviar la atención hacia su pecho; Violeta juraría que su vecina había ensanchado. Al hombre, bastante más joven que ella y que se deshacía en agasajos, se le marcaban los bíceps dentro de la ceñida camisa. Apartándole la silla para que su compañera tomara asiento, esperó a que ella estuviera instalada para acomodarse a su lado.

—Cintia con un maromo, pero no te gires —le dijo Violeta inclinando el cuerpo hacia delante—. Sí que se le ha pasado pronto el luto... Acaba de pasar a ser sospechosa—comentó con cara maliciosa.

—Supongo que loca de amor por su marido no estaba... —Javier había ladeado un poco la cabeza y por el rabillo del ojo seguía los movimientos de la pareja.

Violeta fue a añadir algo, pero al ver que en ese preciso instante Cintia se levantaba de la silla y se dirigía hacia la salida, pensó que iría al baño y era un buen momento para hacerse la encontradiza. Se disculpó ante Javier y le aseguró que volvería enseguida. A él no le cupo ninguna duda acerca de sus intenciones y, cogiendo el último trozo de pescado con los palillos, le advirtió con sarcasmo:

—Sé sutil y no te metas en líos, que a este paso vas a acabar como el rosario de la aurora con todo el vecindario.

Ella le dio un fugaz beso en los labios y sin perder más tiempo se encaminó a los lavabos, pero Cintia no estaba allí. Se quedó un poco perpleja y a punto estuvo de volver a su asiento, pero cuando ya se acercaba miró hacia

su izquierda y a través de la cristalera observó cómo Cintia, resguardada bajo el porche que daba al jardín, escarbaba en su bolso. Encontró el ventanal correcto que daba al exterior y con paso sigiloso se fue aproximando a ella.

Cintia se estaba encendiendo el cigarro que llevaba entre los labios. Esa mañana había recibido la demanda de modificación de medidas donde su primer marido le solicitaba el abandono del domicilio familiar, y necesitaba tomarse un respiro para valorar las posibilidades que tenía de permanecer en el piso sin que le costase un céntimo. Sabía que terminaría por comprarle su parte, ella no debía moverse de ahí para que sus conocidos no descubrieran que había consentido mantener a Enrique, pero no soportaba ver al que fue su marido disfrutando con su nueva esposa de la felicidad que le hubiese gustado para sí con Álvaro, el hombre que todavía no había podido borrar de su corazón. Como venganza trataría por todos los medios de alargar el proceso, por lo menos hasta que su hija cumpliera los dieciocho años.

Estaba tan inmersa en sus maquinaciones que no se dio cuenta de que ya no estaba sola.

—¡Vaya, Cintia, qué casualidad! —exclamó Violeta llevándose la mano a la frente— Me he pasado un poco con el vino y necesitaba que me diera el aire. Uy, no sabía que fumases.

Cintia se sobresaltó ante el comentario y casi se le cae el mechero, pero se rehizo con rapidez y, con evidente incomodidad y sin mirarla, soltó una bocanada de humo y le respondió en tono cortante:

—Solo fumo cuando llueve.

—Estás cenando aquí, ¿verdad? —La cara avinagrada de Cintia gritaba que la estaba molestando y Violeta percibía ese fastidio con nitidez, pero no pensaba dejarla en paz hasta conseguir algo de información adicional— Me ha parecido verte antes muy bien acompañada, pero no estaba segura. No sabes cuánto me alegro de que te hayas animado un poco y salgas un rato a distraerte. A mí no me ha quedado más remedio que hacer lo mismo, pensar en el asesinato de Ignacio me estaba volviendo loca.

Las palabras de Violeta la pusieron nerviosa, pero ni uno solo de sus

gestos delató aquel sentimiento. Dando otra calada se volvió a mirarla y sintió envidia de aquel cuerpo delgado y de precisas proporciones, insertado en un vestido que para ella ya resultaba imposible, y de su dorada melena.

—Sí, Marcelo es un buen amigo con el que quedo de vez en cuando para no pensar en mi desgracia.

—Desde luego que ha sido un accidente de lo más... providencial. Tener la mala suerte de guardar en casa un medicamento caducado, que solo se consigue con receta, y del que se es alérgico, y va y tomárselo. De lo más trágico, sí —se explicó Violeta con sarcasmo.

—¿Estás insinuando algo, querida Violeta? —A Cintia no le había pasado desapercibido el retintín que había en la voz de Violeta.

—No, pero es algo que me llama mucho la atención y no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Sabes? —Violeta tenía la intención de ser franca y fue a sentarse en una de las sillas para crear un ambiente más íntimo, pero al comprobar que estaban mojadas, continuó de pie— He llegado a pensar que Carlos también asesinó a Enrique, pero entonces no me encaja que tuvierais en casa el Fentanest... Lo que me lleva a pensar que tal vez Carlos no sea el asesino de ninguno de los dos, y que alguien, con mucho interés en que el doctor Gómez vaya a la cárcel, lo haya planeado todo de forma meticulosa.

—Pues ya te puedes quedar tranquila, fue Carlos —sentenció aplastando unas cuantas veces la colilla en uno de los ceniceros—. Y no te voy a negar que estoy encantada, porque está donde se merece, pero yo no tengo nada que ver —Y sin necesidad de aclarar más, empezó a caminar hacia el ventanal.

—¿Y por qué me dijiste que, la noche en que murió, tu marido salió porque le dolía la cabeza y que ya estabas dormida cuando volvió? Sé que hablaste con él, Cintia —Cintia, de espaldas a ella, se había quedado paralizada y Violeta tuvo tiempo de volverle a preguntar— ¿Os tomasteis una copa de whisky y «por error» cayeron unas cuantas gotas de Fentanest? Es una forma rápida de evitarse el divorcio de alguien que utiliza tu dinero para prestárselo al asesino de tu hermano... y, de paso, poder salir a cenar con Marcelo con total libertad.

Cintia, con toda la parsimonia del mundo, se dio la vuelta, sacó de nuevo la cajetilla de tabaco y se encendió otro cigarro. Si Violeta había llegado a esa conclusión, era muy posible que la policía también lo hiciera. Había hecho lo posible por salvaguardar su intimidad, pero tal vez ese no era tan mal momento para sincerarse.

—Aquella noche le pedí el divorcio y él se fue de casa hecho una furia. Para mí fue un golpe muy duro enterarme que Carlos, por culpa de Enrique, estaba viviendo a mi costa... Pero si lo llamé fue porque me arrepentí en el último segundo. No digo que no pensara en divorciarme, pero ese no era el momento más idóneo —El rostro de Cintia seguía impasible—. Le expliqué que me había dado un arrebato y le pedí que volviera a casa. Me contestó que tardaría un minuto y aproveché para tomarme un Tranquimacín, estaba nerviosa y solo quería arreglar las cosas y acostarme. Tardó más de lo previsto y casi me había dormido cuando llegó. Eso es todo.

—¿Y por qué teníais un anestésico en casa? —Violeta lo preguntó con auténtica curiosidad.

—¿Vas a ir con el cuento a la policía?

—No.

—Es que no me gusta que mi vida se airee a los cuatro vientos, y la repentina muerte de Enrique iba a suponer que mi familia se enterase de que utilizaba nuestro dinero. ¡A saber qué le hubiese dado a mi madre si descubre que el asesino de su hijo, por mi culpa, estaba viviendo de sus ahorros! —dijo exaltada Cintia. Era la primera vez que Violeta la veía perder la compostura— De algún modo tenía que evitar que mis trapos sucios salieran a la luz, así que, como para algo sirve el dinero, me hice con una caja de Fentanest caducado y solucionado. Ya te puedes quedar tranquila porque Carlos es el asesino de los tres: de mi hermano, de mi marido y de Ignacio. Y, si se hubiera hecho justicia a tiempo, se hubiesen evitado dos muertes.

Violeta pensó que, además de para hacerse con una caja de Fentanest caducado, el dinero a Cintia le servía para comprarse algo más, pero eso no era de su incumbencia y lo dejó estar. Sin embargo, pareció que Cintia le había leído el pensamiento porque añadió:

—Y no, Violeta, yo no tengo la suerte que tienes tú de ser atractiva y delgada, y poder ligarme al vecino guapo de turno, pero tengo otras virtudes —Le podría haber aclarado que la virtud del dinero es poderosa, da mucha seguridad en uno mismo, pero no tenía la menor intención de molestarse en dar más explicaciones. Dejó el cigarro en el cenicero y dándole la espalda se encaminó al interior.

«Debería ir más de víctima por la vida y quejarme más», se dijo Violeta. Al parecer, todos veían en ella al colmo de la buena suerte. ¿Nadie podía ver su sufrimiento? Aun así, sintió lástima por su vecina: se pagaba acompañantes para darle algún sentido a su vacía existencia, y decidió que ese también sería un buen motivo para desviar la atención de la policía. No quería exhibir sus secretos. Por eso alzó la voz y se apresuró a preguntarle:

—Cintia, ¿te llamo la semana que viene y nos tomamos un café?

Cintia se encogió de hombros y entró en el hotel. Violeta se concedió un minuto para no ir pegadas y se puso a mirar hacia el fondo del porche. No había nadie pero le pareció distinguir una silueta que la observaba. Estaba a punto de acercarse a fisgonear cuando su móvil empezó a sonar. Miró el nombre y el corazón le dio un vuelco: el número oculto no la iba a dejar tranquila. Como si le acabasen de instalar un motor en la parte baja de la espalda, se precipitó hacia el restaurante y llegó a su asiento.

—Sinceramente, Violeta, es la cena menos romántica en la que he estado nunca —Se quejó Víctor malhumorado—. Me dices que tardas dos minutos y llevas más de veinte. Casi lo mismo que cenar solo... Espero que no me lo vuelvas a hacer porque te dejaré tirada. ¡Y yo que buscaba una vida más relajada!

—Perdón, perdón, perdón —se disculpó Violeta alargando los brazos y colocando la mano de Javier entre las de ella—. Tienes toda la razón del mundo, si tú me lo hicieras también me cabrearía, pero no podía dejar la conversación a medias. ¡Era vital! —Los ojos de Violeta chispeaban de emoción

—¿Por? —La cara de Javier se había relajado y se interesó más en el tema.

—Porque tienes razón y todo apunta a Carlos. Acabo de tachar a Cintia de mi lista de sospechosos. Llamó a su marido porque quería arreglar las cosas, como tú dijiste.

Se presentó el camarero y eligieron un postre para compartir. Violeta afirmó que estaba llena, pero Javier, repitiéndole que tenía que engordar, la obligó a tomar algo de dulce y pidieron unos buñuelos de calabaza bañados en chocolate templado.

Cuando volvieron a quedarse solos Violeta miró de reojo a Cintia y constató que lo estaba pasando en grande con Marcelo; la conversación no parecía haberle afectado lo más mínimo. La pregunta de Javier la sacó de sus reflexiones:

—¿Y qué te ha dicho tan importante que te ha hecho cambiar de opinión? —Los hoyuelos se le marcaron y una energía que la inundaba de calor recorrió las vísceras de Violeta. La irresistible atracción que sentía por aquel hombre se le hizo innegable.

—No ha sido nada concreto —mintió. Le había asegurado a Cintia que no iría con el cuento a la policía y tenía que cumplir su palabra—. Ha sido la forma en que me lo ha contado todo. Encaja.

Víctor guiñó un ojo y mantuvo el gesto durante unos segundos. Era obvio que no se lo terminaba de creer. Por eso ella se decidió a cambiar de tema:

—Además de los sospechosos, el otro asunto que me queda pendiente es encontrar una explicación razonable a por qué Carlos se tomó la molestia de meter anestésico en el vaso de whisky y luego le pinchó... —Al mismo tiempo que lo decía una idea se le iba colando en el cerebro—. ¿No podría ser porque así tuvo tiempo de obligarle a firmar el documento recomendando la incapacitación de Ana, y por eso el trazo de la firma es tortuoso, y una vez lo tuvo lo remató? —Violeta apoyó el codo y se mordisqueó la uña— Ignacio estaba drogado cuando lo firmó.

—¿Sabes que cada vez me estás convenciendo más? —Javier elevó una ceja y la tomó de la mano— Esa idea no es nada descabellada... Pero no hace más que confirmar que Carlos es el único asesino.



—Puede ser, solo me falta hacer unas cuantas indagaciones más y podré cuadrar el puzle...

—¿Qué pasa, que tienes ganas de seguir haciendo amigos? Déjalos en paz o te meterás en terreno hostil con todos los vecinos —Violeta le envió un beso a través de la mesa y Javier lo dejó estar.

Dieron buena cuenta del postre y antes de levantarse Violeta echó un vistazo rápido hacia la mesa de Cintia. Marcelo le hacía carantoñas y ella se dejaba querer. Si sentía algún tipo de incomodidad por las revelaciones que le había hecho, su rostro no lo reflejaba.

Javier le pasó el brazo por los hombros y desde la recepción les llamaron a un taxi. Violeta se negaba a dar un paso más con aquellos tacones.

Se tomaron su tiempo para levantarse y al comprobar que el día estaba gris y había comenzado a lloviznar, decidieron desayunar sin prisa y volver a remolonear en la cama. Javier le estaba proponiendo acercarse a su adosado en la urbanización Terramelar cuando le sonó el móvil. Miró la pantalla y diciéndole que se trataba de trabajo se cambió de habitación. Al cabo de un par de minutos estaba de vuelta.

—Lo siento, vamos a tener que dejar lo de Terramelar para mañana —Se dejó caer en la cama junto a ella y la besó—. Estamos en otro caso y ha surgido algo urgente. No me queda otra que ir, pero espérame que vuelvo ¿eh? —Se puso serio y añadió—: Igual se me hace un poco tarde. No sé cuánto rato voy a estar entretenido con este asunto y quería pasarme a ver a mi hija. Calcula que para la cena.

—Ya veo lo que significa que trabajas sin horarios... Bueno, qué le voy a hacer. Hay cosas mucho peores. ¿Te saco una toalla? —le preguntó levantándose y continuó con una sonrisa maliciosa— Lo que no esperes que tenga son calzoncillos ni maquinilla de afeitar...

—Me apañaré, no te preocupes. Contigo tengo suficiente —le respondió persiguiéndola por el escaso trecho que llegaba al baño y abrazándola por detrás.

Se duchó sin perder tiempo y se despidieron con un cálido beso. La iría llamando a lo largo del día y la mantendría informada de los horarios.

En cuanto se quedó sola Violeta también se dio una ducha, pero ella se lo tomó con más filosofía. Se lavó el pelo y mientras se lo secaba tuvo la corazonada de que no tardaría mucho tiempo en abandonar aquella casa que tanto la deprimía. La idea de volver a Madrid se estaba disipando, tenía claro que lo iba a intentar con Javier; de hecho, ya lo estaba haciendo y, por otra parte, Ignacio, en quien trataba de no pensar para que su pérdida fuera menos

dolorosa pero que en cuanto se quedaba sola echaba terriblemente de menos, le había dejado un piso en la calle de La Paz. Todavía no había podido ir a verlo porque no tenía las llaves, pero intuía que sería una maravilla. Aunque cualquier cosa sería mejor que ese nido de malos recuerdos en el que vivía.

Se puso unos vaqueros, pero se le habían quedado anchos, así que eligió una minifalda con medias tupidas y botas planas. Se dio unos toques de color en las mejillas y enseguida se dio cuenta de que no tenía ganas de salir: la lluvia caía con más fuerza y al pensar que iba a pasar el día con Javier tampoco había hecho otros planes. Pero no se desanimó y miró el reloj, las doce. Se le ocurrió que sería un momento perfecto para aprovechar el tiempo y hacerles una visita a sus vecinos de rellano. Javier no le podría recriminar que estaba metiendo las narices en demasiados agujeros y ella podría indagar a sus anchas con total libertad.

Estaba a punto de salir cuando los timbrazos de su teléfono, que había dejado olvidado sobre la mesita del dormitorio, la pusieron alerta. Estaba decidida a hablar con Sonia y Alejandro y le fastidió tener que volver a entrar para ver quién era. En un tris estuvo de hacer oídos sordos por si era el odioso número oculto, pero también podía tratarse de la madre de la amiga de Sofía o de Javier y se acercó a cogerlo por si eran ellos.

No era ninguno de los números en que había pensado y dudó entre atender la llamada o no. Finalmente descolgó; unos minutos tampoco la llevaban a ningún sitio y volvía a sentir esa incomprensible sensación de haber abandonado a un perrito desvalido en la cuneta:

—Hola Ana, ¿estás bien? Siempre quiero llamarte, pero entre unas cosas y otras me lío y al final se me hace tarde —Sabía que no tenía por qué, pero se estaba disculpando.

—...

—Ahora un café me es imposible. ¿Esta tarde?

—...

—Bueno, pues lo dejamos para la semana que viene. Pero tú, tranquila, si

no tienes ganas de verlo, no vayas. Se ha portado fatal contigo y no le debes nada. Lo mejor es que sigas los consejos de tu abogado y tu psiquiatra.

Si no fuera porque estaba tan decidida a visitar a otros vecinos, no le hubiese importado tomarse un café con Ana. Saber algo más de Carlos le podría ser de utilidad y, de paso, se sentiría bien por hacerle compañía; le era inevitable verla como a un ser desamparado. Pero como no tenía tiempo que perder, en cuanto colgó, se dirigió a la puerta con determinación y cruzó el rellano.

La cara de Sonia denotó sorpresa, pero enseguida le regaló la mejor de sus sonrisas. Llevaba un moderno pantalón capri con pliegues por los bajos; como siempre, Sonia iba a la última moda y había cambiado su lacia melena por unas favorecedoras ondas. Violeta se preguntó de dónde sacaba el tiempo aquella mujer para encargarse de cuatro hijos, un marido, su trabajo, la casa y ella misma; consiguiendo, además, que el resultado transmitiera lo que los cánones marcan como «la perfección». Algún truco debía haber: o no prestaba tanta atención a su trabajo como hacía creer o no tenía tiempo ni de dormir, cosa probable por las ojeras que se le marcaban bajo el maquillaje.

—Pero pasa, por favor, no te vas a quedar en la puerta —Y giró la cabeza para llamar a su marido—. ¡Alex!

Tanta amabilidad le resultó chocante; Sonia no daba puntada sin hilo y si no la necesitaba para nada era casi seguro que su presencia sobraba. Entonces Violeta recordó que estaban esperando, como las rosas el mes de abril, su respuesta acerca de la impugnación del testamento. Por eso estaba tan encantadora.

—Qué mona estás, Violeta. Ya me contarás lo que haces para estar tan delgada —le iba diciendo mientras la pasaba al despacho y se acomodaban en el sofá que enfrentaba con la pared cubierta por el mapamundi. Alejandro entró enseguida y cerró con decisión. Cogió una silla y la colocó de tal manera que sus rodillas casi chocaban con las de Violeta, de tan pegado como se había situado. Los ojos de ambos se centraron expectantes en ella.

Violeta se sintió un poco atrapada, pero con aplomo empezó a manejar la situación.

—Supongo que ya os habréis enterado de las novedades. Ya no va a hacer falta que sea yo quien impugne el testamento —Y guardó silencio para analizar la reacción de la pareja.

Alejandro se inclinó hacia ella y todavía la miró con más atención. Sonia puso cara de asombro y agarrándose un mechón de pelo hizo un rulito con el dedo. Aquellos dos no tenían ni idea de que Juanjo no era hijo de Ignacio. Así que mentalmente Violeta dedujo que no estaban implicados de ninguna manera en la prueba de paternidad.

—¿Qué ha pasado? No sabemos de qué hablas. ¿Ha renunciado Juanjo a la herencia? —Sonia arrugó la nariz con descreimiento sin apartar la vista de Violeta— Cuando hablamos con él nos dijo que todavía no sabía lo que iba a hacer.

—¿Habéis hablado con él? —Ahora era Violeta la que se había quedado noqueada.

—Por supuesto. Después de hablar contigo bajamos a su casa y les pusimos los puntos sobre las íes. Mari Sales, con una caradura que no te puedes ni imaginar, nos contó un rollo de una violación; total para decir que no tiene ni la más mínima intención de renunciar a nada. Juanjo fue más razonable, pero por culpa de su madre casi acabamos en una batalla campal.

Sonia hizo una pausa y cruzó las piernas, dispuesta a añadir algo más, pero la mirada reprobatoria de su marido, quien a pesar de aparentar calma estaba ansioso de escuchar a Violeta, la frenó.

—Cuéntanos —intervino Alejandro—, ¿cuáles son esas novedades?

Ahora que sabía que la relación entre ellos y los Garrido era tensa, Violeta pensó en la misteriosa llamada de teléfono y se decidió a probar suerte:

—Pues parece ser que Juanjo y Enrique Giner eran muy amigos y Juanjo asegura que, el mismo día que murió, le contó que iba a quedar con vosotros porque le teníais que devolver un dinero o algo así —Violeta se inventaba el argumento con un deje de candor e incredulidad que resultaba de lo más convincente—. Me dejó caer que sabíais sobre su muerte más de lo que

aparentabais. Yo no os he dicho nada antes porque no le había hecho mucho caso, pero precisamente hoy me ha llamado y me ha vuelto a insistir. En resumen, que si reconocéis lo del dinero y que lo visteis, o algo parecido, renuncia a su parte.

—¡Esto es indignante! ¿Cómo se puede ser tan despreciable? —Alejandro se puso en pie de un brinco y empezó a dar vueltas por la habitación— ¡Amenazarnos de semejante manera!

Sonia, con cara de contrariedad pero sin perder las formas, echó el cuello hacia atrás y cortó a su marido:

—Le debíamos un dinero, es cierto, pero casualmente se lo íbamos a devolver la noche que murió. Por eso Alejandro lo llamó y se pasó por aquí sobre las once y cuarto para tomarse un whisky y decirnos que nos ampliaba el plazo de devolución. Con todo lo que ha pasado se nos ha ido de la cabeza, pero por supuesto que se lo devolveremos a Cintia, faltaría más.

Violeta supuso que Sonia estaba edulcorando la historia y que, en realidad, serían ellos los que pedirían una ampliación de plazo, pero lo demás le encajaba. Aun así, le fue inevitable no hacer hincapié en la bebida:

—¿Se tomó un whisky con vosotros? Pero si fallecería a la media hora... —Violeta se mordisqueó el labio.

—Buena cara no hacía y se marchó enseguida, pero fue porque recibió una llamada de Carlos Gómez... Tal vez no solo fue el asesino de mi pobre tío Ignacio... —Y cerró los ojos simulando pesar—. Le explicó que estaba con nosotros, pero que en dos minutos podría hablar con él. Carlos no debía estar lejos.

—¿Y por eso sabía Carlos que a vosotros también os prestaba? —Los dos se quedaron extrañados ante el comentario y se miraron entre sí. Violeta añadió una explicación para aclarar su confusión— Lo sé porque me lo dijo antes de su detención, pero como decía tales barbaridades tampoco le presté mucha atención, la verdad.

—¡Vaya con Enriquito! Tan modosito que parecía y se dedicaba a contarle

a todo el mundo nuestras intimidades. ¡Qué sinvergüenza hijo de puta! —Al pronunciar las últimas palabras a Alejandro se le escaparon unas gotas de saliva y se pasó la mano por la frente para retirarse unas gotas de sudor. La rabia le producía calor— Lo sabían todos los vecinos: Carlos, Juanjo, tú... ¡Hostia!

—Lo que Alejandro quiere decir es que Enrique no se portó como un caballero. Este era un asunto privado y parece que ha dejado de serlo —La sonrisa de Sonia intentaba quitar hierro al tema—. Es que cuando Carlos lo llamó, Enrique le contó en un minuto a qué había venido aquí y no nos pareció de recibo. Pero, como se fue tan rápido, no nos dio la oportunidad de informarle de que así no se debía funcionar...

Hacía varios minutos que Violeta ya no escuchaba y su mente se había dedicado a pensar en el whisky. Ya no le cabía ninguna duda de que ambas muertes no estaban relacionadas y quienquiera que asesinó a Ignacio trataba de copiar la muerte de Enrique para inculpar a Carlos. Necesitaba volver a sus apuntes y encajar las piezas. Así que llevándose la mano a la boca abierta, como si acabase de recordar algo urgente, se levantó con impaciencia.

—Os tengo que dejar, pero no os preocupéis que recibiréis lo que os corresponde —dijo Violeta mientras Sonia, con inquietud por no entender nada, la perseguía en dirección a la puerta. Alejandro les pisaba los talones.

Violeta sujetaba el pomo de su puerta dispuesta a empujarla cuando Sonia, desde el umbral de su casa, se atrevió a preguntar:

—¿Pero el testamento? —Ladeó la cabeza y con sonrisa afable permitió que su melena resbalara por un hombro.

—Nada, Juanjo no tiene nada que hacer y por eso sabe que la herencia es vuestra. No es hijo de Ignacio y no tiene derecho a nada. Ya hablaremos más tarde.

Y cerró con precipitación. Si se hubiese asomado por la mirilla hubiese visto la palabra estupefacción escrita en los rostros de Sonia y Alejandro.

A pesar de que la lluvia arreciaba y el viento se había vuelto huracanado, a media tarde Violeta decidió acercarse hasta el Mercado de Colón para tomarse un café. Llevaba todo el día encerrada en casa dándole vueltas a la misma idea y necesitaba tomarle el pulso a la calle y ver las cosas con otra perspectiva. Javier la llamó a la hora de comer y le informó de que tardaría más de lo esperado. Le hubiese gustado contarle las nuevas averiguaciones, pero temió una reprimenda y se abstuvo de decirle nada.

Mientras removía la infusión sentada en la mesa de una cafetería el ruido de las gotas se volvió ensordecedor y agradeció que ese sonido la sacase de sus cavilaciones. ¿Sabía alguien que Enrique era alérgico a la anestesia? ¿Dónde le suministraron el anestésico? Si creía en las palabras de Sonia, y las creía, en su casa solo bebió whisky. Lo lógico era que Carlos, tras bajar de casa de Ignacio con las recetas, se encontrara con Enrique, pero... ¿por qué iba a querer matarlo? Le debería dinero, pero si todavía le quedaba Fentanest no estaría tan desesperado. Tal vez Carlos llevaba encima una de sus ampollas y por error fue a parar a manos de Enrique... Y alguien aprovechó esa circunstancia para deshacerse de Ignacio y echarle el muerto a Carlos.

Sin darse cuenta estaba dejando de escuchar la lluvia y volvía a sumergirse en sus elucubraciones, pero la vibración del móvil dentro de su bolso hizo que con rapidez se pusiera a buscarlo. Estaba segura de que sería Javier y sin molestarse en mirar la pantalla descolgó entusiasmada: «Dime». Pero no escuchó respuesta y repitiendo la afirmación pegó todavía más el teléfono a su oreja. Mezclado con el sonido del aguacero le pareció oír una fuerte respiración. Se lo apartó con un respingo y leyó en la pantalla: Número Oculto. Se le agitó el pulso y como si acabase de ver una aparición cortó la llamada a la velocidad del sonido y miró en todas direcciones, pero por allí no había casi nadie. La fuerte lluvia había espantado a la clientela y el mercado estaba prácticamente vacío.

Se sintió vulnerable y, aunque había pensado que mejor esperar un poco a



que amainase la tormenta, cambió de idea y salió disparada hacia su casa. A pesar de que odiaba al que se suponía su hogar, se sintió segura al llegar. Estaba empapada y optó por darse una ducha de agua muy caliente y ponerse el pijama; hasta el día siguiente daba por concluidas las salidas.

A las ocho y media Javier volvió a llamarla y le comunicó que, muy a su pesar, la lluvia estaba entorpeciendo el servicio de vigilancia en que estaba inmerso y ni podría hacerle una visita a su hija ni podrían cenar juntos. Violeta se quedó desilusionada pero no le transmitió su decepción y lo animó diciendo que tendrían todo el domingo para pasarlo juntos.

Estuvo a punto de llamar a Ana e invitarla a cenar, porque esos eran los momentos donde la imagen de Ignacio se le hacía más vívida y su desaparición más insoportable, pero decidió que ese tiempo de recogimiento podía llegar a ser necesario y prefirió quedarse a solas con sus pensamientos.

Se preparó un puré de verduras y sacó de la nevera unos rollitos de pechuga rellenos de jamón que sobraron del día anterior y los calentó en el microondas. Después de comérselos se dirigió al salón y se tumbó a ver una película. El chocar del agua contra los cristales la distraía de vez en cuando, consiguiendo que perdiera el hilo de la película y su mente se dedicara a reflexionar en recetas, anestesias y asesinatos.

A las once y media la sobresaltó un ensordecedor trueno y concluyó que era hora de irse a la cama. Se levantó con pesadez del sofá y se dio un paseo por la estantería del pasillo. Estaba leyendo a Ken Follet y estaba entretenida, pero ahora necesitaba algo que la ayudase a superar sus miedos e inquietudes. Releyó los títulos de su biblioteca y detuvo la vista en *Papillon*, aquella novela de un hombre condenado por un delito que no había cometido y fue enviado a cumplir la pena a La Guayana. Su lucha por sobrevivir y sus constantes esfuerzos de huida le resultaron apropiadas a sus circunstancias y con él en la mano y apagando todas las luces se dirigió al dormitorio.

A tientes, guiándose por sus recuerdos y por los relámpagos que se iban filtrando por las láminas de la persiana y que repentinamente iluminaban la habitación, llegó hasta la cama y encendió la lamparita. Reparó en que la persiana no estaba bajada del todo y como era tan antigua el viento la movía a su antojo, provocando un crujido que se hacía más estridente a medida que el

aire se tornaba más violento. Un trueno la hizo estremecer y tras acercarse a la cristalera y bajarla del todo encaminó sus pasos a la cocina. Nunca había sentido miedo, pero las llamadas del número oculto la habían puesto nerviosa y no podía dejar de pensar que se sentía aislada, con el zumbido de la lluvia nadie la escucharía si gritaba. Al mismo tiempo que se reconocía que todo eran tonterías de su imaginación, para su mala suerte, su alarma interna le recordó que había destripado demasiados secretos: ¿Y si Cintia mintió y consiguió el Fentanest y sabiendo que Enrique era alérgico se lo dio en un vaso de agua? ¿Y si Sonia y Alejandro, seguros de que iban a ser desheredados, asesinaron a Ignacio para que no cambiase el testamento? ¿Y Mari Sales y Juanjo? Ahora ya eran conscientes de que ella conocía los resultados de la prueba de paternidad.

Cogió un cuchillo jamonero y lo dejó junto a la lámpara de noche. Respiró profundamente y comenzó con las primeras páginas del libro. Tres cuartos de hora después le entró un ligero sopor y resolvió que era hora de apagar la luz. Se resistió durante un par de minutos pero finalmente se decidió.

Pensó que se acostumbraría al sonido de las láminas de la persiana golpeándose unas contra otras y que serviría para acunarla y conciliar el sueño, pero la realidad era que solo conseguía ponerla más nerviosa. Trató inútilmente de repasar mentalmente la lista de pacientes que tenía prevista para el lunes y después pensó en Sofía y en cómo sería el piso de la calle de La Paz. Al cabo de casi una hora pareció dar resultado y entró en un estado de duermevela, donde se le volvió a repetir la pesadilla de Emilio apuntándole con una escopeta. Se sobresaltó y se dio cuenta de que estaba empapada en un sudor frío. Se planteó levantarse y cambiarse el pijama, pero estaba demasiado aturdida y cansada, y le suponía un esfuerzo que no tenía ganas de hacer.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando le pareció escuchar un chasquido y se puso alerta, pero enseguida se relajó porque lo achacó al sonido del viento y la lluvia. Intentó conciliar el sueño de nuevo, pero supo que no eran imaginaciones cuando un destello, como si alguien hubiera pulsado el interruptor dos veces seguidas para encauzarse en la oscuridad, iluminó fugazmente el pasillo. A pesar de que aguzó el oído, el estrépito de la tormenta le impedía distinguir cualquier otro sonido, sin embargo estaba segura de que

alguien se aproximaba al dormitorio.

Como si manejasen sus movimientos por control remoto, alcanzó el cuchillo con rapidez y lo escondió entre las sábanas. Después, con la vista dirigida a la puerta y el corazón bombeándole a una velocidad de vértigo, entrecerró los ojos para hacerse la dormida.

En el preciso instante en que la luz de un relámpago se filtraba por los resquicios de la persiana, la puerta se empujó con sigilo y dejó a la vista una figura que todavía se apoyaba contra el picaporte. De repente todo volvió a ser oscuridad.

La silueta, con paso silencioso, se iba aproximando. Violeta percibió cómo bordeaba la cama y, con mucho tiento, se descalzaba y se dejaba caer sobre el edredón. Hizo unos movimientos extraños que agitaron el colchón y la figura se deslizó entre las sábanas. Violeta llegó a la conclusión de que se acababa de quitar los pantalones. Como una sanguijuela se desplazaba hacia ella hasta que Violeta sintió su aliento en el pelo y sus pulsaciones retumbaron con más fuerza que un tambor; se iba a dar cuenta de que estaba despierta y apretó el cuchillo en su mano.

Cuando sintió que el cuerpo del asaltante se apretujaba contra el de ella, y oprimía su pezón con lascivia, Violeta, gritando con todas sus fuerzas y dándose la vuelta de sopetón, le asestó una cuchillada en alguno de sus músculos. Una voz masculina emitió un alarido y la liberó durante un segundo, momento que Violeta aprovechó para intentar una segunda embestida, pero el hombre, con rapidez, le paró el brazo y con la presión que ejercía la obligó a soltar el cuchillo. Se situó a horcajadas sobre ella y la inmovilizó sujetándole los dos brazos y llevándoselos por encima de la cabeza. Los ojos de Violeta ya se habían acostumbrado a la oscuridad y entre aquella negrura distinguió, sin lugar a dudas, un rostro lleno de odio; el rostro de Emilio.

—¿Por qué no puedes ser una mujer como las demás, Violeta? ¿Por qué tienes que actuar contra tu propia familia? Con lo que yo te he querido. ¡Soy el padre de tu hija! —Y se inclinó a besarla. El simple roce de su rasposa barba la hizo convulsionar de asco, pero no lo rechazó. Lo conocía muy bien y sabía que lo más inteligente era seguirle la corriente.

—Emilio, perdóname, pero no sabía que eras tú. Me has asustado — Violeta habló con voz lastimera, pero eso no tuvo que fingirlo, estaba a punto de llorar—. No deberías haber entrado de esta manera, y creía que estabas de viaje.

—¡Pero si me estabas invitando a gritos! —dijo con ironía— Te he estado llamado para avisarte que estaba ahí y has esperado a que el tío ese que te tiras te dejara en paz para cerrar la puerta y no darle una vuelta a la llave. ¡No te imaginas la de cosas que se aprenden en la cárcel! Abrir una puerta sin cerrojo es cosa de niños, y comprar un billete de tren y hacer que un buen amigo vaya en tu lugar lo es todavía más. Solo tú y yo sabemos que estoy aquí —Y soltó una burlona carcajada.

—Bueno, sí, tenemos que hablar, pero creo que este no es el momento...

—¿Hablar? ¿Hablar de qué? —La oscuridad le impedía a Violeta ver sus facciones, pero el rencor que le transmitía su voz la asustaba— ¿De que me metiste en la cárcel? ¿De que vas a quitarle a mi madre la parte que le corresponde de la herencia de ese hijo de puta? Esta vez no te vas a salir con la tuya —Y mientras lo decía, sujetó los brazos de Violeta con una mano y con la otra le iba bajando el pantalón del pijama—, y vas a quedarte calladita. No me obligues a hacerte daño, ahora que Carlos está en la cárcel sería una lástima que la policía no tuviera a quién echarle la culpa.

—Emilio, espera, te juro que no voy a decir nada. Os podéis quedar con todo.

—Perfecto. Y ahora te vas a portar como lo que eres: mi mujer.

A pesar de que su instinto le decía que mejor dejarse hacer, a Violeta le fue imposible no tratar de zafarse. Solo de pensar que Emilio la iba a violar, su cuerpo, lleno de rabia, empezó a zigzaguear con desesperación.

—Estate quieta, ya te he dicho que no quiero hacerte daño —Y con la mano libre le tapó la boca.

Podría haberle hecho caso, pero la mente de Violeta ya estaba rebosante de cólera y no podía razonar con sensatez, así que en el momento en que

consiguió morderle un dedo a Emilio, y este apartó la mano, fue incapaz de mantenerse callada.

—Nunca voy a ser tu mujer y nunca me voy a dejar doblegar por ti. Podrás violarme o podrás matarme, pero la repulsión que me provocas no la podrás cambiar en lo que me resta de vida —Y todavía tuvo tiempo de escupirle.

Esas palabras indignaron el ego de Emilio quien, fuera de sí y sin dejar de repetir: «Cállate», llevó la mano al cuello de Violeta para silenciarla y apretar con fuerza.

El aire dejó de entrar en los pulmones de Violeta y sintió que se ahogaba. Intentó liberarse, pero Emilio tenía todo su tronco bloqueado y le resultaba inviable. Una nube cubrió su cerebro y pudo escuchar cómo el sonido de la lluvia contra la persiana se iba transformando en imperceptible, al tiempo que empezaba a advertir que su cuerpo flotaba. Aquella sensación le resultó agradable y decidió dejarse llevar por esa placidez. Ya nada importaba.

Una inesperada bocanada de oxígeno y una luz cegadora la trajeron de vuelta a la realidad. Había dejado de percibir la presión de la mano de Emilio y tosió.

—¡Emilio, suéltala ya, la vas a matar! —gritaba Juanjo mientras tiraba de su hermano hacia atrás.

—¿Quién coño te crees que eres para meterte en los asuntos que hay entre mi mujer y yo? —Y se abalanzó con furia hacia Juanjo.

Violeta, todavía reponiéndose del ahogo y con una sequedad en la garganta que la obligaba a carraspear, se quedó atónita ante la escena: los dos hermanos, cubiertos de sangre, luchaban con ahínco por salir victoriosos. Emilio, con un corte en el bíceps pero mucho más fuerte, le asestaba puñetazos a la cara de Juanjo mientras este trataba, sin mucho éxito, de devolvérselos. Si no reaccionaba rápido acabaría con su propio hermano. Pensó en coger el cuchillo y clavárselo hasta las entrañas, pero se reconoció que no tenía valor y prefirió hacerse con la lámpara de metal que tenía sobre la mesita.

Sin pensarlo dos veces la desenchufó y levantándose de un salto la

estampó contra el cráneo de Emilio. Él se volvió desconcertado y Violeta volvió a estrellarla en su sien. Emilio se desplomó.

—¡Dios mío! ¿Lo he matado? —Y con mano trémula se agachó para comprobar sus latidos. Estaba vivo. Enseguida se acercó a Juanjo que permanecía acurrucado en el suelo —¿Estás bien?

Tenía pequeños cortes por la cara y labio, y un hematoma pujaba por resplandecer al lado de su ojo derecho. En breve se le pondría como un huevo.

—No sé qué decirte, la verdad. Físicamente, sí —Y palpó el suelo con la mano para recoger sus gafas. Uno de los cristales estaba hecho ciscos y Violeta imaginó que habría sido obra de un puño de Emilio.

—Voy a llamar a la policía y cojo hielos, eso frenará la hinchazón.

Fue a por el teléfono y mientras se dirigía al congelador aprovechó para llamar a la policía y a Javier. Aunque no se explicó mucho con las explicaciones, sabía que no tardarían en llegar. Por eso no quiso perder el tiempo mientras aplicaba hielo al ojo de Juanjo.

—Gracias por salvarme la vida. Si no llega a ser por ti, no lo podría contar. ¿Por qué se te ocurrió subir? ¿Escuchaste algún grito?

—En cuanto dejé a mi hermano en la estación supe que no iba a coger ese tren. Estaba demasiado obsesionado contigo y supuse que ahí había trampa — Se quedó callado unos segundos y comenzó a llorar—. Cuando apareciste con el cuento de la prueba de paternidad y vi cómo se puso mi madre, comprendí que no se quedaría de brazos cruzados y se pondría en contacto con Emilio para malmeterle y que actuase contra ti. Llevo dos días sin pegar ojo —Juanjo se avergonzaba de llorar y por eso trataba de contener la respiración y le costaba hablar—. Esta tarde he visto en el cesto de la ropa sucia una camisa de color rojo, como la que llevaba la tarde que lo despedí, y no he dudado de que Emilio estaría escondido en la habitación de mi madre o en alguna otra. Pero hasta que no se decidiese a actuar no podía hacer nada... —E intentó sonreír—Alégrate de que mi hermano haya cometido el error de dejarse la puerta entornada.

Violeta, con el pelo revuelto y todavía temblando, hizo el intento de sonreír pero las lágrimas le quitaron verosimilitud a su acción. Aun así recordó algunas palabras de Emilio y se atrevió a preguntar:

—¿Fue él —y señaló a Emilio con la cabeza— quien asesinó a Ignacio? Por fechas pudo hacerlo.

—Pudo..., pero él no fue...

Juanjo no pudo continuar porque el sonido del timbre los sobresaltó y Violeta se fue rauda a abrir. En un segundo su casa se convirtió en un río de gente: policías, camilleros y una exaltada Josefa abarrotaron su recibidor. Enseguida los acompañó hasta el dormitorio y empezaron las indagaciones. Mientras, los enfermeros colocaron a Emilio, quien ya comenzaba a dar signos de reacción, en la camilla dispuestos a bajarlo por las escaleras escoltados por una pareja de policías.

Violeta y Juanjo se encontraban detallando los pormenores, mientras Josefa negaba con la cabeza sin dar crédito, cuando Javier hizo su aparición y su presencia, rotunda y resolutiva, pareció adueñarse de la situación. Los interrogados enmudecieron y los policías, al reconocerlo, hicieron gesto de saludarlo, pero Javier fue más rápido y antes de que abrieran la boca y delataran su identidad se presentó:

—Me llamo Víctor Fernández y soy el vecino del primero izquierda; además de familiar de esta señora —Y fue a sentarse al lado de Violeta para rodearla con el brazo. Ella sintió un calambrazo y sus temores se borraron de un plumazo—. Por favor, explíquenme qué ha pasado aquí.

Los agentes, en colaboración con los testigos, lo pusieron al corriente de los hechos al tiempo que concluían con sus preguntas. Recordándole a Violeta que daban curso a la denuncia y que en un plazo máximo de 72 horas el juez convocaría audiencia se encaminaron a la salida.

En cuanto desaparecieron, Juanjo se levantó y diciendo: «Yo también me marchó. Seguro que mi madre está en un sinvivir y no se atreve a subir», puso pies en polvorosa y se esfumó.

Josefa se aferró a su medalla de la virgen y mirando de hito en hito hacia las sábanas ensangrentadas, logró decir:

—Yo esto no me lo puedo «de creer» y no aguanto más. Trabajaré el mes de diciembre por no dejar *colgaos* a los vecinos, pero ya se pueden ir buscando a otra portera. Me voy a mi pueblo que allí estoy bien tranquila —Y con las espesas cejas revueltas de tanto frotarse los ojos, miró a Violeta—. Usted debería hacer lo mismo. Este edificio está «maldecido».

Y como Violeta no necesitaba nada Josefa, enfundada en su camisión de felpa rosa, también se marchó a su casa.

Al quedarse a solas Javier y Violeta decidieron dirigirse al salón. Ella no podía soportar por más tiempo permanecer en esa habitación donde Emilio había estado a punto de estrangularla, y la visión de la sangre la sacaba de sus casillas.

Violeta cogió una manta y se tumbó en el sofá. Se sentía agotada, pero la tensión le impedía dormir. Javier la observaba mientras daba vueltas alrededor de la mesa.

—¡Cómo me la ha jugado este tío! —se recriminaba pasándose la mano por el pelo— Lo tenía todo muy bien planeado y he caído como un novato. ¡Seré gilipollas! —Se sentía culpable por no haber podido protegerla.

—No te martirices, tú no podías saberlo. Tus compañeros te aseguraron que cogió el tren. Anda —lo invitó con cara somnolienta—, ven conmigo y abrázame. Me tranquiliza sentirte a mi lado.

—Si te ves con ánimos podemos ir a mi casa de Terramelar. También podemos bajar porque aún tengo las llaves, pero el piso está muy desangelado. ¿Qué prefieres? —le preguntó sentándose y acariciándole el pelo.

—Vamos a dormir en el sofá. No tengo ánimos ni para beber un vaso de agua —y bostezó.

—Como quieras —le dijo tendiéndose a su lado—, pero mañana mismo te saco de aquí. Se acabaron las ex suegras locas, los ex maridos violentos y los



vecinos asesinos. Creía que mi vida era agitada, pero en comparación con la tuya es un paseo en una balsa de aceite —La miró a los ojos pero hacía un minuto que Violeta ya no escuchaba nada.

La seguridad que le reportaba la presencia de Javier había conseguido el efecto narcótico que tanto necesitaba. Él sonrió con satisfacción y abrazándola se dejó envolver por el sueño.

Lo primero que atisbó Violeta cuando abrió un ojo fue la cabeza de Javier reposando sobre su hombro. El brazo derecho le colgaba fuera del sofá, y con el izquierdo la rodeaba por la cintura. Aquella estampa le produjo sensación de calidez y se descubrió invadida por un profundo sentimiento de amor.

Con mucho cuidado para no despertarlo se pegó al respaldo y se incorporó. Se apartó la manta y con un ágil movimiento logró sobrepasarlo sin apenas rozarlo. De puntillas llegó a la cocina y miró la hora en el reloj del microondas. Las once. No había madrugado como le gustaba hacer, pero con todos los sobresaltos de la noche anterior no era para menos. Recordó que se les hicieron casi las cinco de la mañana.

Después de ir al baño y asearse un poco volvió a la cocina y sacó el exprimidor dispuesta a preparar un par de zumos de naranja y a calentar unas rebanadas de pan en la tostadora. Estaba introduciendo una cápsula de café en la cafetera cuando escuchó la voz de Javier que se aproximaba:

—¡Buenos días! Umm... qué bien huele —dijo cogiéndola por detrás y besándola en el cuello—. Quería sorprenderte y presentarme sin hacer ruido, pero he pensado que para un día como hoy no hubiese sido lo más acertado.

—Has pensado bien —comentó ella ofreciéndole un vaso con zumo—. Mi cupo para sustos ya está agotado.

—Pues prepárate que nos vamos, y no admito un no por respuesta —Javier parpadeó y se quitó una legaña del lacrimal. Dio un trago al zumo y continuó —: La semana que viene hablamos con más tranquilidad sobre nuestra relación, pero creo que ahora no es oportuno que estés sola. Esta tarde recogemos a Sofía y os instaláis en mi casa. Y ahora me voy a lavar la cara que buena falta me hace —Y dejó el vaso vacío sobre la encimera.

Seguía pensando que irse a vivir juntos era una decisión precipitada, pero

Violeta no podía negar que estaba fascinada con la determinación con la que actuaba y el cuidado y respeto con que la trataba. Era el tipo de hombre por el que valía la pena arriesgarse.

A los pocos minutos Javier reapareció.

—He pensado que ya podías coger algunas cosas y nos acercamos a Terramelar, así echas un vistazo a la casa y la acondicionas un poco para que Sofía esté a gusto.

En verdad era una buena idea, pero Violeta sentía la necesidad de hablar con Juanjo, tenía que explicarle muchas cosas, y no quería confesárselo a Javier; le diría que lo dejara estar y que se olvidara de hacer de detective. Por eso se escuchó decir:

—Como son muchos trastos los que he de recoger y he de dejar la casa ordenada ¿por qué no hacemos dos viajes? Te llevas tú algo ahora y cuando vuelvas ya metemos todo lo que falta —Ni ella misma entendía muy bien lo que había dicho, pero no importaba, la cuestión era que la dejara sola durante un rato.

—Pero si con que hagas dos pequeñas maletas ya está. Tómatelo como un pack de supervivencia, si te hace falta algo más, volvemos —puntualizó Javier con decisión y un poco extrañado.

—Está bien —claudicó Violeta—, pero antes de irme quiero pasar a ver a Juanjo. Ayer se jugó la vida por mí y quiero agradecérselo como es debido. Anoche estaba demasiado aturdida y supongo que se sentirá fatal por lo que le pueda pasar a su hermano...

—Así que era eso —Javier se cruzó de brazos y sonrió con picardía. Los atractivos hoyuelos se le marcaron en las mejillas—. Entonces casi mejor hago los dos viajes. Pero te pido, por favor, que a las dos estés en la puerta como un clavo. Así podremos disfrutar de la comida con tranquilidad.

Sin mediar palabra Violeta se abalanzó a besarlo y como una bala se dirigió a los dormitorios a preparar las maletas. Tiempo que Javier aprovechó para ducharse y bajar a su piso para coger algunos enseres y, de paso, echarse

un poco de colonia. Cuando volvió a subir Violeta lo esperaba con las dos maletas en la puerta.

A las doce en punto, vestida con un pantalón que se ceñía a las piernas, deportivas, un suéter de lana ancho y con el pelo todavía húmedo corrió por las escaleras. Estaba tan enfrascada memorizando las preguntas que debía hacerle a Juanjo para que no se le olvidara ninguna que al llegar al segundo piso casi se da de bruces con la cancela de hierro del ascensor que se abría en ese momento. Tuvo que frenar con decisión, agarrándose a una de las recargadas filigranas, para que su cabeza no se estampase contra el metal.

Ana también se llevó un buen susto cuando casi choca con Violeta, y se llevó la mano al pecho por el sobresalto.

—¡Ay, que no esperaba encontrarme con nadie! —exclamó Ana con un hilillo de voz— Pero qué alegría verte, Violeta. Mira, vengo de abrirle al pintor que ha podido acercarse ahora para pasarme presupuesto. Quiero cambiar la casa de arriba abajo.

Violeta estaba tan concentrada escudriñando a Ana que apenas reparó en el hombre de pelo cano que estaba detrás de ella y que la saludó con una inclinación de cabeza. Ella, sin apartar la vista de Ana, le devolvió el gesto por inercia, pero toda su atención estaba centrada en su vecina. Pasaba de observar los finísimos tacones al rojo de su laca de uñas, pasando por el maquillaje de su rostro. Parecía otra persona.

—Te noto cambiada, Ana, estás muy guapa —acertó a pronunciar Violeta, sin salir de su asombro.

—Ven, pasa y así me ayudas a elegir el color —le iba diciendo Ana mientras seleccionaba la llave—. Ya le he dicho que en blanco, es tan luminoso. Pero me comenta que existen infinitas tonalidades y no sé cuál escoger.

Por la prisa que llevaba estuvo a punto de negarse y dudó unos instantes, pero su alarma interna pitaba sin cesar y la empujó a introducirse en el

domicilio.

El pintor sacó una libreta alargada que desplegó en un segundo y Ana y él se enzarzaron en una discusión acerca del tono exacto que le quería dar a las paredes. Violeta seguía los comentarios acerca de si mezclar más marrón para que el matiz diera más en crema como si estuviese a cientos de kilómetros, solo podía fijarse en la boca de Ana que parloteaba y reía sin parar; esa boca otras veces temblorosa; esa boca de labios finos que siempre pasaban desapercibidos por la tonalidad clara que los adornaba, y que hoy gesticulaban en un rojo chillón. El mismo rojo que hacía menos de un mes fue utilizado para rayar el pomo de la puerta. Violeta se quedó petrificada.

—¿Te gusta el color que he elegido? —le preguntó Ana sacándola de su estupefacción. Violeta, desencajada, asintió con la cabeza y Ana prosiguió—: Voy a enseñarle la casa para que me prepare el presupuesto. ¿Te esperas?

Y en distendida conversación desapareció por el pasillo junto con el pintor.

Violeta apoyó la espalda contra la pared para no perder la estabilidad. Sintió que se mareaba y empezó a temblar mientras un sinfín de preguntas se agolpaban en su cerebro: «¿Quién era la persona que más se beneficiaba con la desaparición Carlos? ¿Quién pudo esconder las recetas junto con alguna pertenecía de Carlos? ¿Quién pudo llevarse un vaso y asegurarse de que las huellas de Carlos quedaran impresas en la lámpara? ¿Quién sabía poner una inyección en la vena exacta de la mano? ¿Quién pudo tirar los libros de la estantería y escribir las amenazas con un pintalabios rojo? ¿Y por qué fue Ana la última persona a quien Ignacio llamó? Eso no podía significar más que una señal que Ignacio trató de enviar». Ana era una asesina y no sabía cómo lo podía demostrar.

Escuchó los pasos que se acercaban y trató de serenarse. Ana, con aire jovial, se despidió del pintor y se dirigió a Violeta:

—Uy, ¡qué mala cara haces! ¿Te encuentras bien? Siempre que vienes a mi casa te mareas, pero no me extraña, con este color tan asfixiante que eligió Carlos no hay quien se relaje. ¿Quieres una Coca-Cola? —La voz de Ana era igual de aguda que siempre, pero esa inseguridad que la solía acompañar

había desaparecido.

—No, me encuentro bien, Ana, gracias, es solo que te veo tan... diferente.

—¿Sí, verdad? Ahora voy al doctor Peris casi todos los días y dice que tengo que dejar aflorar mi verdadera personalidad. Ignacio tenía razón, ha sido no ver a Carlos y sentirme liberada. Ya no quiero tener ningún recuerdo suyo y voy a pintar la casa como a mí me dé la gana, y he decidido que voy a vestirme más sexy. ¿Te gusta?

Violeta tuvo que reconocer que aquella falda de tubo y la camisa ajustada le sentaban como un guante, pero la intriga que la mantenía en ascuas le impidió no añadir algunas matizaciones e ir al grano:

—Pero ¿por qué has elegido el color rojo para los labios? Creía que solo te gustaba el brillo y los tonos rosados.

—En parte ha sido por ti —Pareció encogerse y Violeta vislumbró a la desvalida Ana. Las uñas, pintadas de rojo, todavía se mantenían a ras de la carne de lo mucho que se las había mordido—. Después de que me abrieras los ojos y me hicieras ver que Carlos era homosexual sufrí un gran cambio. Al principio no me lo podía creer, pero lo estoy digiriendo poco a poco y he dejado de echarme la culpa —Agachó la mirada e hizo el gesto de ir a chuparse el pulgar, pero reuló y se sujetó la mano—. En la tele y en todos los medios de comunicación no dejo de escuchar lo mal que lo pasan los gais hasta que salen del armario y sus familias los aceptan; y no dudo de que sufran, pero ¿qué pasa con los que no salen del armario y pretenden hacer una vida heterosexual? Nadie se preocupa de lo que sufren las parejas de los homosexuales encubiertos. ¿Sabes por todo lo que he pasado? Yo era una chica normal de veintiséis años que se casó enamorada, pero las constantes humillaciones, sus rechazos y sus desplantes me convirtieron en alguien apagado y sin personalidad, incapaz de dar un paso sin él, porque, por supuesto, él era mucho mejor que yo. ¿Y sabes quién tenía la culpa de todo? Yo, por no ser atractiva, por ser poca cosa y por no saber complacerlo. Y así es cómo me he sentido durante todos estos años: una mierda. Una mierda que estaba loca —con lágrimas mudas y tragando con dificultad finalizó—. ¿Por qué nadie habla de lo que siente la gente como yo?

Violeta se quedó silenciosa tratando de procesar las verdades que encerraba aquel espontáneo discurso. Cuando le habló de la posible homosexualidad de su marido jamás se le ocurrió pensar lo difícil que tenía que haber sido para Ana convivir con alguien que la rechazaba constantemente y que la hacía sentir culpable y fea. Siempre se hablaba del orgullo gay y de las dificultades por salir del armario, pero nadie había pensado en las posibles víctimas colaterales que conllevaba elegir una vida de espaldas a la verdad. No pudo evitar apiadarse de su vecina y entendía que Ana le hubiese hecho esa jugada a su horrible marido, pero tampoco podía olvidar que Ignacio no tenía la culpa y que se lo había llevado por delante. Aunque debía ser sutil si quería obtener una confesión. Así que, superando la opresión que sentía en el estómago y el color granate de las paredes que solo la ayudaban a sentir claustrofobia, le preguntó:

—¿Ignacio no te ayudó lo suficiente?

—Muchísimo. No sé qué hubiera sido de mí sin él, pero hasta eso me tuvo que quitar Carlos. Estaba tan obsesionado con aislarme y encerrarme que también tuvo que acabar con su vida. ¡Odio a Carlos y me alegro de que esté en la cárcel! —Volvió a hacer el amago de morderse la uña y se disculpó— Perdon, es que también estoy intentando deshacerme de este vicio y he cogido de la farmacia el producto ese que sabe tan mal —Y sonrió con tristeza— ¿Quieres un café? Lo hago en un momento.

Violeta ya no sabía qué pensar. Tal vez lo mejor sería acabar de recoger y continuar la conversación en otro momento. Prepararse concienzudamente un cuestionario y hacer que Ana admitiera su culpa, pero las dudas se le empezaron a apoderar. ¿Sería Ana realmente la asesina?

Rechazó amablemente la invitación y, prometiéndole una próxima visita, se marchó con una sensación amarga correteándole por la boca.

Salió tan abrumada que casi olvida el motivo por el que había bajado. Dudó en posponer su visita a Juanjo, pero escuchó un eco y asomándose a través del cristal que cubría el hueco del ascensor distinguió unos zapatos marrones sobre un escalón del piso inferior. Hubiese jurado que se trataba de Juanjo sentado sobre el mármol de la escalera y con paso sigiloso se encaminó a la primera planta.

Solo fueron necesarios unos pasos para confirmar que era él. Su pelo grisáceo y la forma de erguir la espalda le eran inconfundibles. Antes de llegar a su altura lo llamó por su nombre para no asustarlo. Él giró la cabeza con lentitud, como si un dolor en el cuello le impidiese un movimiento ágil, y forzó una sonrisa. El ojo izquierdo estaba prácticamente cerrado y los pequeños cortes y los hematomas eran más visibles. Violeta se sintió culpable y sin ser invitada se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —Violeta le puso la mano sobre la rodilla— Siento que las cosas hayan tenido que ser así, pero al mismo tiempo te agradezco infinitamente que me salvaras la vida.

—No podía consentir que mi hermano cometiera otra atrocidad. Estoy convencido de que su intención no era matarte, pero en un momento de ofuscación puede ser capaz de todo —Y se abanicó con un sobre que llevaba en la mano—. Bueno, ahora solo falta que mi madre me perdone. Es una mala persona, pero es mi madre. Aunque, si no lo hace, peor para ella.

—¿Estaba al tanto?

—Vuelvo a lo mismo —dijo con resignación—. No esperaba que acabase con tu vida pero sí que te diera tal susto que consiguiera cerrarte la boca. Para ella el dinero y el qué dirán lo es todo. Por eso ahora está atravesando una situación, por decirlo de alguna manera, difícil. Pero todos hemos pasado por situaciones difíciles.



—Si lo dices por tu homosexualidad —Violeta fue muy directa—, me imagino que habrá preferido mirar para otro lado.

—Decir para otro lado es poco, pero no te voy a soltar el rollo de lo complicada que fue mi niñez, adolescencia, juventud y madurez al lado de una madre egoísta que solo desea que su hijo sea perfecto, porque hablar de mi soledad nos llevaría todo el día —Y con pesadumbre jugueteó con el sobre—. Por cierto, ¿tanto se nota que soy gay? En cuarenta y cuatro años parece que mi madre nunca lo notó.

—Para serte sincera te diré que durante los años que estuve casada con tu hermano lo intuía, pero la confirmación la tuve cuando descubrí que Carlos y tú fuisteis amantes. Ana me empezó a contar detalles...

—¡Uy, terrible episodio! —la cortó Juanjo desenrollándose el fular que llevaba al cuello. Necesitaba hacer algo— ¿Quieres saber por qué estoy aquí sentado? Te lo voy a contar porque, ya que sabes mi secreto, necesito desahogarme con alguien —Violeta, apartándose un mechón de la cara y colocándolo tras la oreja, lo escuchó con atención—. Me he propuesto no entrar en casa hasta que abra este sobre que lleva en mi poder más de quince días y todavía no he tenido el valor de hacerlo. Y todo por culpa de Carlos Gómez, un ser despiadado que destruye todo lo que toca. ¡Cuánto me alegra que esté en la cárcel! —Y soltó una forzada carcajada. Violeta lo asió del brazo para añadir algo, pero él no la dejó y continuó—: No, espera que te cuente lo abominable que es: coincidimos una vez que él vino a recoger a su mujer, que era paciente de Ignacio, y así nos conocimos. Me vendió la moto de que iban a divorciarse; ella era una mujer desquiciada que le hacía la vida insoportable y que sabía de sobra que era homosexual, pero que le costaba tomar la decisión de separarse porque prefería seguir casada ante los ojos del mundo. Me enamoré de él como un imbécil y me creí, o me quise creer, todo lo que me contaba. Hace un año me dijo que su mujer se había emperrado en mudarse aquí y nos pareció una idea fantástica, así podríamos pasar más tiempo juntos. Lo cierto es que al conocerla no me pareció que Ana fuese tan espantosa, y empecé a sospechar que era él quien trataba de sacarla de sus casillas por pequeños detalles que me contaba, pero lo dejé correr. Hasta hace algo más de dos meses, cuando se presentó destrozado, diciendo que lo habían despedido; se derrumbó y me contó la verdad. Hacía tres años que le

confirmaron que era portador del virus del sida, y ese mismo día, completamente desquiciado, atropelló y mató a un ciclista. A partir de ahí cayó en una depresión que lo convirtió en un drogadicto. Yo me daba cuenta de que aparecía con los ojos rojos y a veces estaba un poco ido, pero el amor es ciego... —suspiró—. En fin, que ese día me confesó que estaba loco por mí y que, por eso, para que no lo abandonase nunca, se había propuesto contagiarme. ¿Habías oído alguna vez algo tan atroz? A partir de ahí dejé de hablarle y, a pesar de que me pedía perdón y trataba de convencerme para que nos fuésemos a una clínica en Suiza donde curan el VIH mediante trasplante de sangre de cordón umbilical, jamás, y digo jamás —expresó con énfasis—, volveré a tener contacto con ese cabronazo.

—Pues no te martirices más: estás limpio. Llámalo milagro o llámalo bendición del destino, pero no tienes ninguna enfermedad de transmisión sexual —Los ojos de Violeta estaban vidriosos por la emoción—. Tal vez deberías volver al hospital, contar tu historia y que analicen tus genes; es posible que sirvan para encontrarle remedio a la enfermedad —Y le rodeó la espalda con el brazo—. La gente piensa que el sida es una enfermedad que ya está erradicada y ni se imaginan la de contagios que hay, porque todos estamos expuestos. Y, encima, quien la contrae se siente avergonzado y trata de taparla. Esa es la auténtica lacra, porque cogida a tiempo tiene solución.

Pareció que Juanjo estaba hipando, pero simplemente se trataba de los momentos previos al estallido del llanto. A través del ojo semicerrado las lágrimas se le fueron colando.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Los he visto yo... Igual que vi las pruebas de paternidad.

Con mano trémula Juanjo rasgó el papel y sacó los resultados. Enseguida se llevó la mano al bolsillo y sacó un pañuelo para sonarse. No recordaba un momento tan feliz.

—¡Ah! Por eso sabías que Ignacio no era mi padre. Creía que te lo habría dicho él —comentó Juanjo pletórico. Todavía estaba saboreando su momento de gloria.

—¿Él? —Violeta no daba crédito.

—Me llamó poco después de la muerte de Enrique y me invitó a tomar café en su casa. Con mucho tacto, todo hay que decirlo, me expuso las circunstancias y sus inquietudes. Estaba cansado de no saber si tenía un hijo o no y me propuso la prueba de paternidad. Conociendo a mi madre todo era posible... —Juanjo torció el gesto—. Me aseguró que si era mi padre me dejaría herencia, y, si no, me quedaría con el ático y algo de efectivo. A mí, en realidad, lo que me importaba era saber la verdad, así que accedí, sin decírselo a mi madre, por supuesto. Lo voy a vender y a empezar una nueva vida lejos de ella.

—Y por eso lo llamaste el día de su muerte, para informarle de los resultados que te acababan de dar —afirmó Violeta con rotundidad. No quiso comentar que le parecía una idea excelente que se separase de su madre.

—Sí, así es —le confirmó Juanjo extrañado—. Fue una pena que lo asesinaran ese mismo día. Me hubiese gustado tener más charlas con él. Parecía un buen hombre.

—El mejor, Juanjo, no lo dudes. Y de violación nada, no creas a Mari Sales.

—Jamás la he creído. Su maldad no tiene límites. Aunque tengo la sensación de que hasta ahora ni ella misma sabía quién era mi padre.

—Menos mal que tú no has heredado ese gen... —Y enseguida le vino a la cabeza su ex marido, pero no quiso hacer comentarios acerca de su depravación—. Por cierto, ¿cómo sabes que Emilio no estuvo implicado en la muerte de Ignacio?

—Porque, igual que te pasa a ti, también dudé de él, y cuando fui a devolver el coche que le alquilé ese fin de semana comprobé el cuentakilómetros. No pudo hacer el trayecto, apenas lo utilizó.

—¡Vaya! Llegué a sospechar de él. Aunque, en realidad, he sospechado de todo el mundo... Hasta de Ana —Y se mordisqueó el labio.

—Hablando de Ana —dijo Juanjo metiéndose la mano en el bolsillo—, devuélveselo, por favor, yo no tengo valor para hablar con ella —Y le tendió una llave.

—¿Y esto?

—Son las llaves de su casa, me las dio Carlos hace tiempo y yo no debo tenerlas. Para lo que las he usado... El día que me hice la analítica estaba tan descontrolado que entré furtivamente por la noche y me dediqué a escribir amenazas con un pintalabios de mi madre y a tirar libros de la estantería para asustar a Carlos. ¡Dios, cuánto me arrepiento! ¡No le digas que fui yo! Bastante habrá sufrido Ana por culpa de Carlos... Y por la mía —añadió abatido.

Violeta se quedó sin habla. Ana había dicho la verdad y se acababa de quedar sin sospechosos. No le quedaba más remedio que reconocer que Javier tenía razón y que Carlos siempre había estado detrás de todas las desgracias.

Besó la mejilla de Juanjo y se puso en pie. Pasaba de la una y media y tenía que estar preparada a las dos. Subió un par de escalones con lentitud, pero la voz de Juanjo la detuvo.

—¿Sabes una cosa? Si no fuera porque estoy convencido de que Carlos Gómez es un asesino, hubiera pensado que tú estabas detrás de todo esto. Siempre he creído que cuando hay un asesinato el principal sospechoso es el que más se beneficia..., y a ti te ha salido todo redondo: mi madre te dejará en paz, tendrás una orden de alejamiento de Emilio, heredera de Ignacio y un novio guapo. ¿Qué más se puede pedir? —Y con el ojo sano le guiñó un ojo— Es broma, espero que seas muy feliz. Yo ya lo soy.

Sonrió de una manera reflexiva y continuó subiendo las escaleras. A cada peldaño que escalaba su mente le daba una vuelta a las consideraciones que de forma desenfadada Juanjo había lanzado al viento, y sus pasos se fueron ralentizando. Siempre había visto la detención de Carlos como un complot para cargarle con las culpas, pero esas nuevas apreciaciones la estaban empujando a ampliar su perspectiva. Era como si una mano invisible hubiera decidido poner las cosas en su sitio, concediendo la victoria al bando de los justos; y no solo a ella. El caballo blanco que triunfaba sobre la guerra, el hambre y la muerte.

A Juanjo le había dado impulso para despegarse de su madre y hacerle frente a la vida; Ana también se deshacía de un marido cruel y retorcido que la había llenado de complejos e inseguridades. A Cintia la situaba en terreno neutro, tal vez la muerte de su marido le había supuesto un alivio, pero, si la policía decidía investigar un poco más, todos sus intentos de pasar desapercibida serían inútiles y saldría a la luz que Enrique fue un mantenido que utilizaba su dinero y el de su familia para sacar comisiones con los préstamos que realizaba. Sonia y Alejandro se verían obligados a reducir su frenético ritmo de gastos y volver al mundo real. En cuanto a Mari Sales y a Emilio eran dos personajes que podrían darse por vencidos. La reputación de Mari Sales había quedado en entredicho y no vería ni un euro de la herencia; y a Emilio le retirarían el tercer grado, lo cual revertía en ella misma, como Juanjo había definido de una manera certera, más que positivamente. Y, por supuesto, el malvado Carlos desaparecía del mapa.

En cuanto a ella, si además Javier se había cruzado en su camino y le habían regalado un piso, era un añadido más que succulento. Solo la muerte de Ignacio empañaba su felicidad y no pudo evitar pensar en él. Si no se trataba de Carlos, ¿quién podía desear su muerte?: ¿Mari Sales? ¿Y por qué esperar tanto? No tenía sentido. ¿Sonia y Alejandro? Tampoco. A pesar de que esperaban la herencia como buitres, Ignacio siempre había terminado por

echarles una mano acompañada de un fajo de billetes. Si lo analizaba con calma, Ana se pegaba a Ignacio como una lapa y necesitaba a su psiquiatra más que respirar; ella sería incapaz de acabar con su vida. Y, sobre Juanjo, alguien que había sido capaz de salvarla de la muerte cuando si se hubiera abstenido podría haber cobrado una herencia millonaria, hacía un día que lo había tachado de su lista de sospechosos. La respuesta le llegó en forma de repentino flash: nadie, realmente, deseaba la muerte de Ignacio.

Ideas descabelladas empezaron a rondarle la cabeza a una velocidad desenfrenada y todas le conducían a Ignacio. Le había ocultado demasiados secretos y, si no fuera porque ella misma corroboró su defunción, hubiera subido al ático en busca de explicaciones. Tuvo que cerrar los ojos y apoyarse en la pared para recuperar el resuello. Aun así se sintió mareada y unos inesperados tiritones se apoderaron de su cuerpo. No podía estar en lo cierto porque necesitaba un porqué a lo inexplicable. ¿Por qué Ignacio le escondió tantos detalles?

Consiguió llegar al segundo piso y se obligó a pararse: estaba sudando y con rapidez se deshizo del jersey. ¿Dónde estaba la clave? No podía resignarse a que todo acabara ahí, sabía que Ignacio nunca la dejaría en la estacada. De repente una intuición la impulsó a subir los peldaños de dos en dos y llegar hasta su puerta en segundos. Los nervios le impidieron atinar en la cerradura a la primera, pero atemperó su respiración y enseguida consiguió abrir la puerta y correr, como si el fin del mundo estuviera al caer, hacia el salón.

Frenó en seco al llegar al sofá y se desparramó sobre él. Tenía miedo de equivocarse y agachó la cabeza. Dejó transcurrir unos instantes y muy lentamente fue alzando la mirada en dirección a aquellos cuadros a los que apenas había prestado atención. Allí seguían, justo en el lugar donde los colocó Consuelo. Los tres perfectamente enmarcados en aquellos retorcidos marcos de oro viejo; solo que el de los niños en la playa, con esa cometa roja que se dejaba mecer por el viento, su favorito, tenía un marco diferente: igual de dorado, pero liso. Ignacio lo había llevado a restaurar, y estaba convencida de que jamás hubiese consentido que se cometiera semejante error.

Con el corazón acelerado se fue aproximando a él, despacio, como si fuese a enfrentarse con un monstruo y sopesase sus fuerzas. Pero en cuanto se

agachó y lo tuvo entre sus manos se puso como una poseída a intentar separar el lienzo. La unión de las esquinas se notaba endeble y al tercer intento se escuchó el crujido de la madera. Por entre la tela y la pared del marco se escurrió un papel. Lo recogió como quien acuna a un recién nacido y al desdoblarlo se percató de que eran dos folios escritos por una cara. Con los ojos vidriosos y tragando saliva comenzó a leer:

    Mi querida Violeta,

    Si has llegado hasta aquí ha sido por uno de estos dos motivos: o porque el marco te ha llamado la atención o porque, siguiendo tu intuición, sabías que en esta historia había algo más. En cualquiera de los dos casos estoy igualmente orgulloso de ti. Lo que más siento es que voy a meterte en un aprieto, y como yo ya estaré criando malvas no vamos a poder discutirlo, pero eres la única persona en quien puedo confiar y sé que tu criterio será el más acertado.

    No pensaba involucrarte en esta aventura y así hice en el primer intento: la noche que apareció Enrique Giner. Había decidido poner fin a mi vida y me acababa de preparar la mezcla de Fentanest y agua mientras esperaba a Carlos Gómez, pero Enrique se presentó por sorpresa y desbarató todos mis planes. Cierto lo que te conté de que me acerqué a la cocina y que cuando regresé había desaparecido. Supongo que la llamada le sería crucial y ni siquiera se tomó la molestia de despedirse, pero me di cuenta de que se había bebido el vaso que tenía preparado para mí. No le di excesiva importancia porque en ese momento la dosis era mínima y pensé que, dado que Cintia le acababa de pedir el divorcio, dormiría como un lirón. No obstante, me quedé un poco inquieto y preferí posponer mi objetivo. Recibí a Carlos y a los cinco minutos lo largué.

    Imagínate cómo me sentí cuando al día siguiente me enteré de que Enrique estaba muerto. No daba crédito, pero, como fue un accidente y el mal ya estaba hecho, decidí mejorar el plan e implicarte un poco para asegurarme de que Carlos no tendría escapatoria. Te mentí respecto a las recetas; eso me ayudó a inocularte el gusanillo que despertaría tu curiosidad y aproveché cuando acompañé a Ana a su casa para dejar un talonario escondido en un

armario. Si la policía efectuaba un registro, ahí lo encontrarían; y qué mejor testigo que tú para aclarar que Carlos estuvo en mi casa el día que desaparecieron.

Quiero incidir en que tu participación se iba a ceñir hasta ese punto, pero luego comprobé que te sentaba tan bien conjeturar sobre los vecinos y olvidarte de tus problemas con Emilio y Mari Sales que me incliné a seguirte el juego.

Te agradezco que me informaras de la causa de la muerte de Enrique. Fue muy mala suerte que fuera alérgico, sabes que eso es un caso entre un millón, y nunca imaginé tal desenlace. Pero como también añadiste lo del whisky y los indicios señalaban a Carlos, elegí seguir por ese camino para el segundo intento.

Y ya que tenía que esperar un poco más, ¿qué mejor que saber si tenía un hijo por ahí? Me decidí a hablar con Juanjo y me pareció una persona muy razonable. Después de hacerme la prueba me marqué la fecha del resultado como la noche H y me dediqué a redactar dos testamentos, cada uno se descubrirá a su debido tiempo. En el primero, casi seguro que ya lo has leído, dejo a Mari Sales como la puta que es; ya que me voy no está de más que me dé el gustazo de esta pequeña venganza. Seguro que ahora se le bajan los humos y te deja en paz. De paso, le doy una lección a mi sobrina Sonia: que aprenda a vivir de acuerdo a sus posibilidades. ¡Qué lástima no poder ver su cara cuando se entere de que prácticamente la he desheredado! Aunque en el segundo testamento, que no puedo saber si ya ha salido a la luz, he sido más benévolo y queda mejor parada. Al igual que tú, que has sido como una hija para mí. Como ya sé que Juanjo no lleva mi sangre, pero el chico ha colaborado, y se merece una vida sin su abominable madre, le he dejado un pellizco, pero ni comparado con lo que te va a caer a ti, que repartirás con Sonia, a fin de cuentas es mi sobrina, y soy un sentimental. Pero tú vas a ser una mujer muy rica y espero que lo disfrutes muchos años, y con mucha salud, y todavía espero más que tengas esa vida maravillosa que te mereces.

Te he visto hace un rato y casi me quedo sin habla, pero no podía hacer ninguna despedida sensiblera porque te hubieses dado cuenta. Por cierto, me ha llamado el gilipollas de Emilio, está mosqueado por si tú y yo tenemos algo y me ha amenazado. Ten cuidado porque va a ir a por ti. Utiliza el dinero para



largarte cuanto antes.

Me queda poco tiempo y debo prepararme e introducir esta carta detrás del lienzo y encajar la madera para que no se deslice el papel, pero que tampoco te sea complicado separarlo. He llamado a Carlos y estará al caer. Me pincharé en la mano un poco de Fentanest, lo justo para poder firmar un poco drogado la recomendación de incapacidad, que parezca que he sido obligado y que conste que mi asesino es alguien relacionado con las jeringuillas y los anestésicos. Después bajaré e introduciré la aguja y la jeringuilla en su bolsa de basura. No puedo saber si llegarán a registrar sus inmundicias, pero, por si acaso, creo que es el lugar perfecto. En cuanto se vaya, ya habré hecho yo para que deje sus huellas en algún lugar estratégico, me prepararé un whisky lleno hasta los topes de Fentanest, pisaré una ampolla y ya tumbado sobre la alfombra llamaré a Ana; la policía debe pensar que en mi último aliento trato de avisarla. No quiero dejar cabos sueltos y hace un par de días me deshice de un vaso idéntico al que voy a utilizar. Deben pensar que el asesino trató de llevarse sus huellas. Y no sufras por mí, mi muerte será una de las más placenteras que existen.

Supongo que ahora te estarás preguntando por qué me tomo tantas molestias en enviar a Carlos a la cárcel. La respuesta es sencilla: porque es un hijo de puta que merece vivir encerrado el resto de sus días. Y no solo me refiero al daño que le ha provocado a Ana, ni al atropello del hermano de Cintia; ni siquiera a la putada que intuyo le ha colado a Juanjo. No, Carlos supera toda esa maldad.

Al morir Mercedes mi dolor era infinito, como también lo fue mi capacidad de reacción, y me pregunté: ¿cómo se me ha podido ir en menos de una semana de una neumonía? Así que antes de incinerarla me propuse hacerle la autopsia. El resultado me dejó boquiabierto: Mercedes tenía sida. La siguiente pregunta fue: ¿quién la contagió?

Me pasé todo el verano dándole vueltas y hasta me planteé que había sido un cornudo, pero el sentido común me decía que eso no era posible. Al final llegué a la conclusión de que tuvo que ser en la operación de estómago que le practicaron un año antes. Pero el misterio seguía radicando en que no hubo ninguna transfusión. Así que sospeché del cirujano y del anestesista. Uno de los dos la había contagiado.

En septiembre le fui con el cuento a Ernesto Rovira, quien en un principio me tachó de loco, pero acabó por ceder y me confesó que llevaban un tiempo sufriendo hurtos de anestésicos y que su principal sospechoso era el doctor Carlos Gómez, y así pasó a convertirse en nuestro primer objetivo. Como no teníamos forma de recoger muestras de sangre o saliva, bajo mi responsabilidad contraté los servicios de una señorita para conseguir el semen, pero finalmente con ella no fue posible y tuve que cambiarla por un señorito. A favor de Carlos, extraño pero he encontrado algo positivo en él, diré que se lo puso difícil a mi cebo; tenía pareja y estaba muy enamorado, pero en uno de aquellos momentos de alucinación opiácea sucumbió. Resultado: Carlos era portador del virus del sida.

Concluir que el prestigioso doctor Gómez, además de robar anestésicos para la venta y consumo propio, se dedicaba a hurtar parte de la anestesia que debía utilizar en las intervenciones y que, como buen malnacido, usaba con los pacientes la misma jeringuilla que acababa de emplear consigo mismo fue pan comido.

¿A cuánta gente puede haber contagiado? Dios, no lo quiero ni pensar.

Yo pretendía denunciarlo a toda costa, pero Ernesto no estaba dispuesto a ningún escándalo en su hospital. Todo lo habíamos hecho de forma ilegal y tal vez no sirviera en ningún juicio. A lo máximo que accedía era a despedirlo. ¿Y yo? ¿Cómo lo podía demostrar? Mi única arma era Mercedes y estaba incinerada... Solo espero que ese hijo de puta esté a buen recaudo y ya no pueda poner en peligro a nadie más.

Imagino que la siguiente pregunta que te estarás planteando es: «¿Ignacio, y has tenido que inmolarte para impedir que ese cabronazo deje de cometer putadas?» Otra vez la respuesta es no. Amo demasiado la vida como para quitármela sin más.

Ya que hablaba con Ernesto casi todos los días me decidí a hacerme un chequeo completo porque cada día me encontraba peor. Lo achacaba a la muerte de Mercedes que me había dejado abatido, pero los informes demostraron que me equivocaba: un cáncer de páncreas me estaba devorando y era cuestión de pocos meses. Así fue cómo se me ocurrió la idea de que mi muerte no fuese en vano. Lo entendí como una señal.

El día que me viste en el hospital hablando con Ernesto creí que me ibas a pillar. En teoría ya tendría que haber muerto, pero, como no pudo ser, acudí a la llamada de Ernesto que me insistía para que me sometiera a quimioterapia. ¿Para qué? ¿Para alargar la agonía? Eso no va conmigo.

Solo espero que me perdones por abandonarte de esta manera, pero sería lo mismo dentro de un mes y yo ya no tendría fuerzas para llevar el plan a buen término.

Y ahora te viene la putada, y gorda. Debes ser tú quien decida si he obrado bien o no. Y lo que estimes oportuno será lo correcto. Si crees que me he pasado y que Carlos merece otro tipo de juicio, adelante, enseña esta carta a la policía y que sea lo que Dios quiera. Si por el contrario piensas que he obrado en consecuencia, destrúyela y olvídate de todo. Y repito, cualquier camino es bueno. No te comas la cabeza que te conozco.

Por último me queda lo más difícil: despedirme de ti. ¿Y qué puedo decir yo sobre una de las mejores personas que he conocido? Que te quiero, que no cambies nunca y que te alejes de la gente tóxica. Ya sabes: mejor pocos y buenos que muchos y malos.

Me voy con la tranquilidad de estar seguro de que la felicidad ya tiene el dedo pegado al timbre de tu puerta. Creo en el esfuerzo diario y en el equilibrio del cosmos; y cuando una luchadora como tú está mucho tiempo en el *yin* es porque está a punto de llegar el *yang*. Solo deseo que te acuerdes de mí cuando tengas a tu lado a alguien que te merezca y los nombres de Emilio y Mari Sales sean un lejano recuerdo. Sé muy feliz.

Durante la lectura se había quedado hipnotizada y no consiguió despegarse la mano de la boca hasta que con la firma de Ignacio, escrita al final con su perfecta caligrafía, concluyó con la carta. A pesar de las nubes que empañaban su visión, enfocó los ojos en varias direcciones, valorando la carga y, al mismo tiempo, la liberación que le suponían aquellas letras.

Con mucha calma despegó la espalda de la pared y se levantó del suelo

para, sin prisa, dirigirse a la cocina. Abrió uno de los cajones y extrajo el encendedor de cocina. Se aproximó a la pila y allí, sin soltar la carta, encendió la llama en la que arderían aquellas dos hojas.

Mientras el fuego contraía el papel a una velocidad trepidante y hacía desaparecer la tinta al fundirse con las llamas, Violeta tuvo que apartarse un poco para que el humo y las minúsculas partículas de un intenso color negro que flotaban a su alrededor no se le introdujesen en los ojos.

Empezó a sentir el calor en sus yemas y soltó la diminuta esquina que todavía quedaba intacta en el fregadero. Saltaron unas chispas y abrió el grifo para que el agua corriese a sus anchas y apagase los últimos rescoldos. Con la mano empujó los pedacitos chamuscados para borrar cualquier rastro y en el momento en que las señales se esfumaron su móvil sonó en la lejanía.

Corrió con las manos mojadas hacia el salón y descolgó al cuarto tono:

—Uy, creí que no llegaba. Dime, Javier, ¿ya estás?

—Sí, baja. Ha salido el sol y hace un día increíble. Se me ha ocurrido que podíamos ir a El Saler a comernos una paella viendo el mar. Ya iremos luego a Terramelar. ¿Qué te parece? —La voz de Javier transmitía ilusión.

—Me parece perfecto. Por cierto —añadió Violeta con jovialidad—, hablar con Juanjo me ha sentado como una bendición y me ha confirmado que tenías razón, y Carlos es un asesino... Umm, ¿sabes que también intentó contagiarle el sida? Ya que eres policía y tienes muchos contactos deberíamos pensar en algo para filtrar que padece esa enfermedad, y evitar que infecte a otras personas. Es muy posible que haya más afectados y no podemos consentir que...

—Ahora lo pensamos con calma y estudiamos qué podemos hacer —la interrumpió con apremio—. Pero baja ya que es tarde.

Con el corazón acelerado llegó hasta la puerta, echó un vistazo rápido al recibidor y supo que sus horas en aquella casa estaban contadas. La próxima vez que volviera a entrar sería con el camión de la mudanza esperándola en la calle. Siempre había pensado que tan solo se necesitaba un segundo para que

la vida cambiara, y se encontró extraña al adivinar que su segundo había llegado. Con una emoción que se sentía incapaz de describir pegó un portazo y sin volver la cabeza trotó por las escaleras.

## Agradecimientos

Quiero darle las gracias de corazón a Blanca Martínez, por los buenos ratos y por la fantástica portada con la que me sorprendió.

A Rosa Criado, un apoyo incondicional, y a Tere Vicente, incansable en la difusión de mi primera novela, junto con mis primas: Mayte, Mariví, Terete y Marta, y mi querida cuñada Begoña.

Gracias a Ricardo Saiz, por ayudar a que esta novela haya visto la luz, y a mis lectores beta por no dejarme desfallecer, sobre todo a Puri, Consu, Nuria y Clara.

A mi madre, que tras sufrir un ictus que le afectó la visión no dudó en leerse más de 400 páginas y quedar encantada. Y gracias a mis hijas por renunciar a mis atenciones, permitiéndome escribir, con una sonrisa.

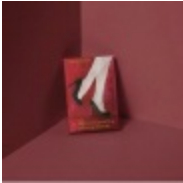
A mi gente de Instagram, el calor se siente a través de las redes.

Y todo mi amor a Pompeyo, quien creyó en mí desde el minuto uno.

## Sobre la autora

**Eugenia Dalmau** se licenció en Ciencias Económicas y Empresariales en la Universidad de Valencia, ciudad en la que nació. Perfeccionó su formación en Estados Unidos y los últimos 20 años el trabajo la ha llevado a viajar por Europa y América; y, como según dice, el lugar más insospechado o cualquier noticia le puede inspirar una historia, y las situaciones más absurdas, un personaje; tras años viendo posibilidades se decidió a publicar su primera novela: *El pecado que mató a Carolina Martín* donde, al igual que en *La vecina del tercero derecha*, se combina el suspense con personajes y circunstancias que se dan en el día a día, porque... ¿qué hay más intrigante que la vida misma?

## Otras publicaciones:



El pecado que mató a Carolina Martín

[www.eugeniadalmu.es](http://www.eugeniadalmu.es)